

UN NUEVO CASO DEL INSPECTOR SALGADO

LOS BUENOS SUICIDAS

TONI HILL

Autor de
**EL VERANO DE LOS JUGUETES
MUERTOS**

se

En una ciudad que ha perdido el brillo, un policía lucha contra las sombras.

Noche de Reyes de 2011. El inspector Héctor Salgado, insomne y obsesionado por la desaparición de su exmujer, recibe una llamada: la secretaria de dirección de una conocida empresa de cosméticos se ha arrojado a las vías del metro. Ante un caso que se intuía fácil, Salgado tendrá que pelear por destapar la red de sangre y mentiras que se oculta tras el presunto suicidio.

La agente Leire Castro, embarazada y atrapada en casa por una baja médica prematura, también piensa en el caso nunca cerrado de Ruth, la exesposa de Héctor. En su estado no debería emprender una investigación, pero en su carácter está insistir, no detenerse, derribar las fachadas que siempre ocultan males mayores.



Toni Hill

Los buenos suicidas

Inspector Héctor Salgado - 2

ePub r2.1

Titivillus 08.09.2017

Título original: *Los buenos suicidas*
Toni Hill, 2012

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Jan, el más joven de la familia

Prólogo

Una familia normal

Lola Martínez Rueda / *La voz de los otros*

Jueves, 9 de septiembre de 2010

«Hacían muy buena pareja», dicen los vecinos. «A él no lo veía mucho, pero siempre se mostraba muy educado; saludaba con amabilidad. Ella quizá guardaba algo más las distancias... Pero estaba muy pendiente de su hija, eso sí». «Tenían una niña preciosa», me comenta la dueña de una cafetería cercana a su domicilio, situado en el barrio del Clot, Barcelona, donde pocos días antes, sobre las diez, Gaspar Ródenas, su esposa Susana y la hija de ambos, Alba, de catorce meses, estuvieron desayunando. «Venían muchos fines de semana», añade. Y sin que se lo pregunte me cuenta lo que solían pedir, él café solo y ella café con leche, y lo graciosa que era la cría. Minucias, sí, por supuesto. Detalles intrascendentes y comentarios banales que ahora, a la vista de los hechos, consiguen perturbarnos.

Porque en la madrugada del 5 de septiembre, mientras su esposa dormía, ese padre «tímido pero amable» se levantó del lecho conyugal, entró en la habitación de su única hija, le puso una almohada sobre la cara y apretó con todas sus fuerzas. No podemos saber si la madre se despertó, tal vez llevada por ese sexto sentido que ha alterado el sueño materno desde que el mundo es mundo. En cualquier caso, Gaspar Ródenas, un marido «tan educado» según vecinos y compañeros, tampoco pensaba dejarla con vida. Susana murió poco después, de un solo disparo en el corazón. Luego, como mandan los cánones del asesino machista, Gaspar se dio a sí mismo el tiro de gracia.

Los nombres de Susana y de su hija han ido a engrosar la lista de mujeres que caen víctimas de quienes en teoría deberían amarlas, respetarlas e incluso, si pensamos en la niña, protegerlas. Cuarenta y cuatro mujeres han muerto a lo largo de este año 2010 a manos de sus parejas. Ahora ya son cuarenta y cinco, con el macabro añadido de una hija. Quizá este caso no se ajuste a la fórmula

que hemos aprendido a reconocer: una separación en curso, denuncias por malos tratos. Gaspar Ródenas no era, ironías de la vida, un hombre violento.

Los poderes públicos pueden, por una vez, sacar pecho y decir que nada parecía indicar que Susana y Alba se hallaran en peligro. Y tienen razón... Pero esto solo hace que sus muertes sean, si cabe, más terribles. Porque muchas mujeres estamos ya al tanto de que existen mecanismos —por escasos e insuficientes que estos sean— para defendernos de esos machos violentos que se creen con derecho a controlar nuestra vida y nuestra muerte. De esos tipos que nos chillan, nos desprecian y nos golpean. Lo que no podemos saber es cómo protegernos de ese rencor que se acumula en silencio, de ese odio mudo que estalla de repente en una noche y arrasa con todo.

Hay una foto de los tres tomada pocas semanas atrás, en una playa de Menorca. En ella se ve a Alba, sentada en la orilla con una pala roja en la mano. Lleva un gorrito blanco que la protege del sol de agosto. Detrás, de rodillas, está Susana. Sonríe a la cámara, feliz. Y a su lado, rodeándola con el brazo, aparece su marido. Viéndole allí, en actitud relajada, con los ojos medio cerrados por el sol, nadie podría imaginar que apenas un mes después ese hombre utilizaría las mismas manos que acarician a Susana para matarlas a las dos.

¿Por qué ese hombre de treinta y siete años, con un trabajo fijo y bien remunerado en una conocida empresa del sector cosmético, sin más cargas económicas que las habituales y sin antecedentes de ninguna clase, cometió unos asesinatos que, aún más que otros, repugnan a cualquier conciencia? ¿Cuándo se le ocurrió acabar con la vida de su esposa y de su hija? ¿En qué momento la locura se apoderó de él y deformó esa realidad cotidiana hasta convencerlo de que la muerte era la única salida posible?

La respuesta de sus familiares, amigos y compañeros de trabajo sigue siendo la misma, aunque ya ninguno de ellos puede creer lo que se empeñan en repetir: Gaspar, Susana y Alba eran una familia normal.

Héctor

1

Por segunda vez en un breve período de tiempo, el inspector Héctor Salgado vuelve la cabeza de repente, convencido de que alguien le observa, pero solo ve caras anónimas e indiferentes, personas que andan como él por una Gran Vía atestada y se detienen de vez en cuando ante alguno de los puestos tradicionales de juguetes y regalos que ocupan la acera. Es la víspera de Reyes, aunque nadie lo diría a juzgar por la agradable temperatura, ignorada por unos paseantes convenientemente vestidos con ropa de abrigo; algunos incluso con guantes y bufanda, tal como corresponde a la estación, contentos de participar en un simulacro de invierno al que le falta el ingrediente principal: el frío.

La cabalgata ha terminado hace un buen rato y el tráfico llena la calzada bajo las guirnaldas de luces brillantes. Gente, coches, olor a churros y a aceite caliente, todo aderezado con los villancicos, supuestamente alegres, cuyas letras rozan el surrealismo, que los altavoces lanzan contra los transeúntes sin el menor decoro. Según parece, nadie se ha molestado en componer canciones nuevas, así que un año más los peces siguen bebiendo en el mismo puto río. Debe de ser eso lo que jode de la Navidad, piensa Héctor: el hecho de que, en líneas generales, sea siempre igual, mientras nosotros cambiamos y envejecemos. Le parece de una desconsideración rayana en la crueldad que ese ambiente navideño sea lo único que se repita un año tras otro sin excepción y haga más evidente nuestra decadencia. Y por enésima vez en los últimos quince días desearía haber huido de todo este jolgorio a algún país budista o radicalmente ateo. El año que viene, se repite a continuación como si

fuera un mantra. Y al cuerno con lo que diga su hijo.

Va tan absorto en sus cosas que no se percata de que la cola de peatones, que avanza casi con la misma lentitud que la de los coches, se ha detenido. Héctor se encuentra parado delante de un puesto que vende soldaditos de plástico en bolsas: indios y vaqueros, aliados vestidos de camuflaje listos para disparar desde una trinchera. Hace años que no los veía y recuerda habérselos comprado a Guillermo cuando era un crío. En cualquier caso, el vendedor, un anciano de manos artríticas, ha conseguido recrear al detalle una exquisita escena bélica, digna de una película de los años cincuenta. No es lo único que vende: otros soldados, los clásicos de plomo, más grandes y de brillantes uniformes rojos, desfilan a un lado, y una escuadra de gladiadores romanos, históricamente desubicada, al otro.

El viejo le hace una señal, animándolo a tocar el género, y Héctor obedece, más por educación que por verdadero interés. El soldado es más blando de lo que creía y su tacto, casi de carne humana, le repugna. De repente se percata de que la música ha cesado. Los transeúntes se han detenido. Los coches han apagado los faros y las luces de Navidad, que parpadean casi sin fuerza, constituyen el único alumbrado de la calle. Héctor cierra los ojos y los abre de nuevo. A su alrededor la multitud empieza a desvanecerse, los cuerpos desaparecen sin más, esfumándose sin dejar el menor rastro. Solo el vendedor sigue en su puesto. Arrugado y sonriente, saca de debajo del mostrador una de esas bolas con nieve dentro.

«Para su mujer», le dice. Y Héctor está a punto de responderle que no, que Ruth detesta esas bolas de cristal, que la ponen nerviosa desde que era una niña, igual que los payasos. Entonces los copos que enturbian el interior caen al fondo y se ve a sí mismo, de pie ante un puesto de soldaditos de plástico, atrapado por las paredes de cristal.

—Papá. Papá...

Mierda.

La pantalla del televisor cubierta de niebla gris. La voz de su hijo. El dolor en el cuello por haberse quedado dormido en la peor postura posible. El sueño había sido tan real en la noche de Reyes.

—Estabas gritando.

Mierda. Cuando tu propio hijo te despierta de una pesadilla, ha llegado el momento de dimitir como padre, pensó Héctor mientras se sentaba en el sofá, dolorido y de mal humor.

—Me quedé dormido acá. ¿Y tú qué haces despierto a estas horas? — contraatacó, en un alarde absurdo de recuperar su dignidad paterna al tiempo que se masajeaba la parte izquierda del cuello.

Guillermo se encogió de hombros sin decir nada. Como habría hecho Ruth. Como había hecho Ruth tantas veces. En un gesto automático, Héctor buscó un cigarrillo y lo encendió. Las colillas rebosaban del cenicero.

—No te preocupes, no me dormiré aquí de nuevo. Vete a la cama. Y acuérdate de que salimos mañana temprano.

Su hijo asintió. Mientras lo veía caminar descalzo hacia su cuarto, pensó en lo duro que era ejercer de padre sin Ruth. Guillermo aún no tenía quince años, pero a veces, mirándolo a la cara, se diría que era mucho mayor. Había en sus rasgos una seriedad prematura que a Héctor le dolía más de lo que quería admitir. Dio una profunda calada al cigarrillo y, sin saber por qué, apretó el botón del mando a distancia. Ni siquiera recordaba qué había puesto esa noche. Con las primeras imágenes, esa foto fija en blanco y negro de Jean-Paul Belmondo y Jean Seberg, reconoció y recordó. *Al final de la escapada*. La película favorita de Ruth. No se sintió con ánimos de volver a verla.

Aproximadamente diez horas antes, Héctor contemplaba las paredes blancas de la consulta del psicólogo, un espacio que conocía bien, con un punto de incomodidad. Como de costumbre, el chaval se tomaba su tiempo antes de empezar la sesión, y Héctor todavía no había llegado a determinar si esos minutos de silencio servían para que el otro calibrara su estado de ánimo o si simplemente el tipo era de arranque lento. En cualquier caso, esa mañana, seis meses después de su primera visita, el inspector Salgado no estaba de humor para esperar. Carraspeó, cruzó y descruzó las piernas hasta que, por fin, inclinó el cuerpo hacia delante y dijo:

—¿Le importa si comenzamos?

—Por supuesto. —Y levantó la vista de sus papeles aunque no añadió nada más.

Permaneció en silencio, interrogando al inspector con la mirada. Tenía un aire de despiste que, combinado con sus rasgos juveniles, hacían pensar en un niño prodigio de esos que resuelven ecuaciones complejas a los seis años pero que a la vez son incapaces de darle una patada a un balón de fútbol sin caerse. Una impresión falsa, Héctor lo sabía. El chaval disparaba poco, cierto; sin embargo, cuando tiraba tenía puntería. De hecho, la terapia, que había empezado como una imposición laboral, se había convertido en una rutina, primero semanal y luego quincenal, que Héctor había seguido por voluntad propia. Así que esa mañana respiró hondo, tal como había aprendido, antes de contestar:

—Disculpe. El día no arrancó muy bien. —Se echó hacia atrás y clavó la vista en un rincón del despacho—. Y no creo que acabe mejor.

—¿Dificultades en casa?

—Usted no tiene hijos adolescentes, ¿verdad? —Era una pregunta absurda, ya que su interlocutor habría tenido que ser padre con quince años para tener un vástago de la edad de Guillermo. Se calló un momento para reflexionar y, en tono fatigado, prosiguió—: Pero no es eso. Guillermo es un buen chico. Creo que el problema es que nunca dio problemas.

Era cierto. Y aunque muchos padres estarían satisfechos con esa aparente obediencia, a Héctor le preocupaba lo que no sabía: lo que su hijo tenía en la cabeza era un misterio. Jamás se quejaba, sus notas eran regulares, nunca excelentes pero tampoco malas, y su seriedad podía ponerse de ejemplo para chavales más locos, más irresponsables. Sin embargo, Héctor notaba, o mejor dicho intuía, que había algo triste detrás de esa absoluta normalidad. Guillermo siempre había sido un niño tranquilo y ahora, en plena adolescencia, se había convertido en un chico introvertido cuya vida, cuando no estaba en el colegio, transcurría básicamente entre las cuatro paredes de su habitación. Hablaba poco. No tenía demasiados amigos. En definitiva, pensó Héctor, no es tan distinto a mí.

—Y usted, inspector, ¿cómo está? ¿Sigue sin dormir?

Héctor dudó antes de admitirlo. Era un tema en el que no se habían puesto de acuerdo. Después de varios meses de insomnio, el psicólogo le había

recomendado unos somníferos suaves, que él se negaba a tomar. En parte porque no quería acostumbrarse a ellos; en parte porque era de madrugada cuando su mente funcionaba a pleno rendimiento y no quería prescindir de sus horas más productivas; en parte porque dormir le sumergía en terrenos inciertos y no siempre agradables.

El chaval dedujo el trasfondo de su silencio.

—Se está agotando inútilmente, Héctor. Y sin quererlo está agotando a la gente que le rodea.

El inspector levantó la cabeza. Pocas veces se dirigía a él de forma tan directa. El chaval le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—Sabe que tengo razón. Cuando empezó a venir a la consulta tratábamos un tema bien distinto. Un tema que quedó relegado después de lo que le sucedió a su exmujer. —Hablabla en un tono firme, sin vacilaciones—. Entiendo que la situación es dura, pero obsesionarse no le conduce a ninguna parte.

—¿Cree que estoy obsesionado?

—¿No lo está?

Héctor esbozó una sonrisa amarga.

—¿Y qué me sugiere? ¿Que me olvide de Ruth? ¿Que acepte que nunca sabremos la verdad?

—No hace falta que lo acepte. Solo que conviva con ello sin rebelarse contra el mundo todos los días. Escúcheme, y ahora se lo pregunto como policía que es: ¿cuántos casos quedan sin resolver por un tiempo? ¿Cuántos se aclaran años después?

—No lo entiende —repuso Héctor, y tardó unos segundos en seguir hablando—. A veces..., a veces consigo olvidarlo todo, durante unas horas, mientras trabajo o cuando salgo a correr, pero luego vuelve. De golpe. Como un fantasma. Expectante. No es una sensación desagradable: no acusa ni pregunta, sin embargo está allí. Y no se marcha fácilmente.

—¿Qué es lo que está allí? —La pregunta había sido formulada en el mismo tono neutro que marcaba todas las intervenciones del joven terapeuta, aunque Héctor notó, o quizá temió captar, un matiz especial.

—Tranquilo. —Sonrió—. No es que a veces vea muertos. Es solo la sensación de... —Hizo una pausa para buscar las palabras—. Cuando has

vivido mucho tiempo con alguien, hay veces que simplemente sabes que está en casa. Te despiertas de una siesta, y sientes que la otra persona está allí, sin necesidad de verla. ¿Me entiende? Eso ya no me sucedía. Quiero decir, nunca me ocurrió durante el tiempo en que estuve separado de Ruth. Solo después de su... desaparición.

Se produjo una pausa. Ninguno de los dos dijo nada durante unos largos segundos. El psicólogo garabateó algo en aquel cuaderno al que Héctor no tenía acceso visual. A veces pensaba que aquellas anotaciones formaban parte del ritual teatral de una consulta: símbolos que servían únicamente para que el interlocutor, es decir él, se sintiera escuchado. Iba a exponer su teoría en voz alta cuando el otro tomó la palabra; habló despacio, con amabilidad, casi con cuidado.

—¿Se da cuenta de una cosa, inspector? —preguntó—. Es la primera vez que admite, aunque sea de soslayo, que Ruth podría estar muerta.

—Los argentinos sabemos bien qué significa «desaparecido» —repuso Héctor—. No lo olvide. —Carraspeó—. Aun así, no tenemos ninguna prueba objetiva de que Ruth haya muerto. Pero...

—Pero usted lo cree así, ¿no es verdad?

Héctor miró por encima del hombro, como si temiera que alguien pudiera oírle. Luego respondió:

—La verdad es que no tenemos ni idea de qué le pasó a Ruth. Eso es lo que más jode. —Había bajado la voz, hablaba más bien para sí mismo—. Ni siquiera podés llorarla porque te sentís como un puto traidor que tiró la toalla antes de hora. —Suspiró—. Perdona, las Navidades no me sentaron bien. Pensé que tendría tiempo para avanzar en esto, pero... Tuve que rendirme. No hay nada. No encontré nada. Maldita sea, es como si alguien la hubiera borrado de un dibujo sin dejar rastro.

—Creía que el caso ya no estaba en sus manos.

Héctor sonrió.

—Está en mi cabeza.

—Hágame un favor. —Ese era siempre el preludeo del final—. De aquí a la próxima sesión intente concentrarse, al menos durante un rato cada día, en lo que tiene. Bueno o malo, pero en lo que compone su vida; no en lo que le falta.

Eran casi las dos de la madrugada, y Héctor sabía que no volvería a dormirse. Cogió el tabaco y el móvil y salió de casa para subir a la azotea. Al menos allí no despertaría a Guillermo. El terapeuta tenía razón en tres cosas. Una, debía empezar a tomar esos malditos somníferos, aunque le jodiera. Dos, el caso ya no estaba en sus manos. Y tres, sí, en el fondo existía en él la convicción de que Ruth había muerto. Por su culpa.

Hacía buena noche. Una de esas noches que podían reconciliarte con el mundo si se lo permitías. El litoral de la ciudad se extendía ante sus ojos, y había algo en los destellos luminosos de los edificios, en ese mar oscuro pero tranquilo, que conseguía ahuyentar los demonios que Héctor llevaba dentro. De pie, rodeado de maceteros con plantas secas, el inspector Salgado se preguntó, con total sinceridad, qué tenía.

Guillermo. Su trabajo como inspector en los mossos, intenso y frustrante a la vez. Un cerebro que parecía funcionar correctamente y unos pulmones que debían de estar ya medio negros. Carmen, su vecina, su casera; su madre de Barcelona, como decía ella. Aquella azotea desde la que se veía el mar. Un terapeuta pesado que le hacía pensar boludeces a las tres de la mañana. Pocos amigos, pero buenos. Una inmensa colección de películas. Un cuerpo capaz de correr seis kilómetros tres veces por semana (a pesar de los pulmones machacados por el maldito tabaco). ¿Qué más tenía? Pesadillas. El recuerdo de Ruth. Los recuerdos con Ruth. El vacío sin Ruth. No saber qué le había sucedido era una traición a todo lo que para él era importante: a sus promesas de otro tiempo, a su hijo, incluso a su trabajo. A aquel piso de alquiler donde ambos habían vivido, se habían amado y habían peleado; el piso del que ella se había marchado para empezar una nueva vida en la que él solo era un actor secundario. Aun así, ella le quería. Continuaron queriéndose, pero de otra forma. El vínculo entre ambos era demasiado fuerte para romperse definitivamente. Él estaba aprendiendo a vivir con todo eso cuando Ruth desapareció, se desvaneció, dejándole solo con esa sensación de culpa contra la que se rebelaba a todas horas.

Basta, se dijo. Esto no me sirve. Parezco el protagonista de una película francesa: cuarentón, autocompasivo. Mediocre. Uno de esos que se pasa diez minutos de metraje mirando el mar desde un acantilado, acuciado por

preguntas existenciales, para luego enamorarse como un tonto del tobillo de una adolescente. Y al hilo de esa reflexión recordó la última charla, o quizá mejor llamarla pelea, mantenida con su compañera, la subinspectora Martina Andreu, justo antes de Navidad. El motivo de la discusión era lo de menos, pero ninguno de los dos parecía ser capaz de ponerle fin. Hasta que ella le miró con su franqueza insultante y, sin pensarlo dos veces, le soltó a bocajarro: «Héctor, de verdad, ¿cuánto hace que no echas un polvo?».

Antes de que su patética respuesta se repitiera en su cabeza, sonó el móvil.

2

Las luces azules de los coches patrulla bañaban la plaza Urquinaona, ante la sorpresa de los cuatro mendigos, pasados de alcohol, que solían usar los bancos de madera como colchón y que aquella noche no podían dormir.

Héctor se identificó y descendió la escalera del metro sin poder evitar una sensación de malestar. Los suicidas que escogían ese medio para realizar su salto del ángel eran bastantes más de los que se publicaban en los medios, más de los que se contabilizaban en las estadísticas, aunque no tantos como afirmaban las leyendas urbanas. Algunas citaban incluso la existencia de «estaciones negras», andenes desde los cuales el número de personas que decidía acabar con su vida era desproporcionadamente más alto de lo habitual. En cualquier caso, y para evitar lo que se conocía como «efecto llamada», esas muertes se ocultaban al público. Héctor siempre había pensado, sin más pruebas que la intuición, que dichos suicidios eran más fruto de un momento de desesperación que un plan trazado de antemano. El borde del andén, la posibilidad de acabar con los problemas solo dando un paso — en un instante terrible del que no había vuelta atrás— se imponían al miedo natural a una muerte dolorosa, a la visión del propio cuerpo cercenado.

De todos modos, el procedimiento policial se caracterizaba por la rapidez de actuación: retirar el cadáver lo antes posible y restablecer el servicio, aunque en ese caso, dada la hora, disponían de un tiempo extra; sepultar el hecho bajo la coartada de una incidencia o una avería durante el rato en que, obligatoriamente, la circulación quedaba suspendida. Por eso le extrañó que el agente Roger Fort, que esa noche estaba de turno, se hubiera tomado la

molestia de llamarlo a casa de madrugada para informarle de lo sucedido.

El mismo Roger Fort que en ese momento le miraba con una expresión titubeante mientras el inspector Salgado descendía el segundo tramo de escaleras que conducía al andén.

—Inspector. Me alegro de que haya venido. Espero no haberle despertado.

Había algo en ese chico, una formalidad respetuosa, que Héctor apreciaba y de la que recelaba al mismo tiempo. En cualquier caso, Fort era el reemplazo más improbable a la joven, resolutiva y más bien descarada Leire Castro. Héctor estaba convencido de que lo último que se le habría ocurrido hacer a la agente Castro en esas mismas circunstancias habría sido apelar a instancias superiores; sin duda se había sentido capacitada para resolverlo ella sola. Esa era la única objeción que Héctor podía poner a su trabajo: Leire era incapaz de esperar a que los demás llegaran a sus conclusiones; se anticipaba y movía ficha por su cuenta, sin encomendarse a nadie. Y ese era un rasgo que no siempre estaba bien visto en un trabajo donde orden y disciplina seguían siendo considerados sinónimos de eficacia.

Pero, muy a su pesar, Castro estaba de baja por embarazo y el comisario Savall le había colocado en el equipo a ese agente recién llegado de Lleida. Moreno, con una perenne sombra de barba que se empeñaba en salir a pesar de los afeitados, de estatura media y complexión de jugador de rugby; el apellido parecía encajarle a la perfección. Como Leire, aún no había cumplido los treinta. Ambos pertenecían a la nueva hornada de agentes de investigación que estaba llenando el cuerpo de los Mossos d'Esquadra de chicos que a Salgado le parecían demasiado jóvenes. Tal vez porque a sus cuarenta y tres años se sentía a veces como un viejo de setenta.

—No me despertaste. Pero no sé si yo me alegro de que me llamas.

Fort, algo desconcertado por la respuesta, se sonrojó.

—El cadáver ya está cubierto y se ha procedido a retirarlo, como manda...

—Espera. —Salgado odiaba la terminología oficial, que solía ser el refugio de los incompetentes cuando no sabían qué decir. Y repitió entonces algo que le habían dicho a él cuando empezaba, una de esas frases que en su momento le pareció ridícula pero que ahora, años después, había cobrado sentido—. Esto no es una serie de las diez de la noche. El «cadáver» es una persona.

Fort asintió y el rojo de sus mejillas se hizo más intenso.

—Perdón. Sí, es una mujer. De entre treinta y cuarenta años. Se está buscando el bolso.

—¿Saltó a las vías con él?

El agente no contestó a la pregunta y se ciñó a su guión.

—Quiero que vea las imágenes. Las cámaras del metro grabaron parte de lo ocurrido.

El ruido de voces procedente del andén dejó claro que algo pasaba.

—¿Quién más hay abajo?

—Dos chicos. Los de la patrulla están con ellos.

—¿Chicos? —Salgado se armó de paciencia, pero el tono evidenciaba su descontento—. ¿No me dijiste por teléfono que el suicidio se produjo poco antes de las dos? Creo que habéis tenido tiempo de sobra para tomarles declaración y mandarles a casa.

—Eso se hizo. Pero los chicos volvieron.

Antes de que Roger Fort tuviera oportunidad de dar más explicaciones, el vigilante de seguridad se acercó a ellos. Era un hombre de mediana edad, ojeroso y con semblante fatigado.

—Agente, ¿van a ver la cinta ahora o prefieren llevársela?

Hablando en plata, tradujo Héctor: «¿Me van a dejar terminar mi turno de una maldita vez?». El agente Fort abrió la boca para decir algo, pero el inspector se le adelantó.

—Vamos —decidió Héctor, sin mirar a su subordinado—. Luego me explicas lo de los chicos, Fort.

La cabina donde se registraban las imágenes de lo que sucedía en los andenes era pequeña y flotaba en ella un olor espeso, mezcla de sudor y encierro.

—Aquí tiene —se limitó a decir el vigilante—. Aunque tampoco espere gran cosa.

Héctor le observó de nuevo. O bien había gente que nacía para desempeñar un trabajo en concreto o bien el empleo iba moldeando a quienes lo realizaban hasta lograr la simbiosis entre persona y tarea. Aquel individuo de tez macilenta y aliento agrio, de movimientos lentos y voz sin inflexión alguna parecía el candidato perfecto para estar allí sentado ocho horas, si no

más, observando aquel pedazo de vida subterránea a través de una pantalla de escasa resolución.

La cámara enfocaba el andén desde el extremo por donde entraba el convoy, y Salgado, Fort y el vigilante contemplaron en silencio la llegada del metro a la 01.49 exactamente. Héctor recordó al instante su sueño: tal vez por la tonalidad difusa y grisácea de la pantalla, los individuos que esperaban en el andén parecían cuerpos de rostro desdibujado y movimientos sincopados, como zombis urbanos. Justo cuando el pitido anunciaba la salida, un grupo de chavales, vestidos con tejanos anchos, sudaderas y gorras, entraron corriendo en el andén y, enfadados al ver que perdían ese tren, se liaron a golpes contra las puertas ya cerradas; una reacción tan absurda como inútil. Uno de ellos hizo un descriptivo gesto con el dedo ante la cámara cuando el metro arrancó dejándolos en la estación.

—Tuvieron que esperar seis minutos porque... —dijo el vigilante; su voz por fin expresaba algo parecido a la satisfacción.

—Ahí está, inspector —le interrumpió el agente Fort.

Cierto, una mujer entró por el extremo opuesto. No había forma de saber si era alta o baja. Morena, con abrigo negro y algo en la mano. Estaba tan alejada de la cámara que su rostro apenas resultaba visible. Por la distancia y porque, una y otra vez, volvía la cabeza hacia el lugar por donde había accedido al andén.

—¿Lo ve, inspector? No deja de mirar hacia atrás. Como si alguien la siguiera.

Héctor no respondió. Tenía la vista fija en la pantalla. En aquella mujer a la que, según el reloj que anunciaba la cuenta atrás para el siguiente metro, le quedaban poco más de tres minutos de vida.

Ella se mantenía apartada de las vías, de perfil a la cámara. En primer plano, dos de los cuatro chavales se habían sentado, o más bien tumbado, en los bancos. Héctor distinguió entonces a una chica entre ellos. Antes no la había visto. Shorts negros muy cortos y tacones altísimos, un anorak blanco. A su lado, uno de los chicos intentó agarrarla de la cintura, y ella, malhumorada, se desasíó y le dijo algo que hizo que los otros dos prorrumpieran en carcajadas. El chaval se volvió hacia ellos, amenazante, pero ambos continuaron burlándose.

Héctor no perdía de vista a la mujer. Estaba incómoda, eso era obvio. Al principio había hecho ademán de ir hacia los chicos; sin embargo, al oír las risas se detuvo y apretó con fuerza el bolso. Nadie más había bajado al andén, pero ella seguía mirando obstinadamente hacia atrás. Quizá en un esfuerzo por ignorar a los adolescentes, a todas luces de origen latinoamericano. Dirigió por fin la mirada hacia lo que tenía en la mano y, pensativa, avanzó un par de pasos hasta colocarse en la línea amarilla que delimitaba la zona de seguridad, como si quisiera ganar unos segundos colocándose al borde del andén.

—Estaba mirando su teléfono móvil —apuntó Fort.

Y entonces todo pareció suceder a la vez. Los chicos se levantaron pegando brincos, ocupando toda la imagen al tiempo que el tren entraba en la estación.

—Ella tuvo que saltar justo en ese momento —dijo el vigilante, mientras en la pantalla el convoy se detenía, se abrían las puertas y el andén se llenaba de curiosos—. Pero no se ve por culpa de esos latinos. De hecho, fue el conductor del convoy quien dio la voz de alarma. Pobre tipo.

Es curioso, pensó Héctor, inspira más pena la figura del conductor que la de la suicida. Como si esta se hubiera mostrado desconsiderada en su último acto.

—¿Y no hay más cámaras que capten la imagen desde otro ángulo? —preguntó Salgado.

El vigilante negó con la cabeza y añadió:

—Están las que controlan los tornos de entrada, para que la gente no se cuele sin pagar, pero durante ese rato nadie entró por ahí.

—Muy bien. Esto ya está visto —sentenció Salgado. Y si Fort le hubiera conocido mejor habría sabido que aquel tono seco presagiaba tormenta—. Nos llevamos la cinta y así este señor puede cerrar e irse a casa.

El vigilante no se opuso.

—Por Dios, Fort, dime que no me has hecho venir a estas horas solo para enseñarme una grabación donde no se distingue nada. —Hacía apenas un par de semanas que estaba bajo sus órdenes, así que el inspector expresó su disgusto de la manera más educada posible en el corto trayecto que les separaba del andén, aunque hablar en voz baja no conseguía disimular el malhumor. Tomó aire; no quería pasarse de duro, y a esas horas de la

madrugada era fácil dejarse llevar. Para colmo, el agente tenía una expresión tan compungida que Salgado se apiadó de él—. Da lo mismo, ya hablaremos de esto con calma. Ahora ya estoy aquí, así que vamos a zanjar el tema con esos chicos.

Y apresuró el paso escaleras abajo, dejando a Fort con la palabra en la boca.

Los chicos, solo dos de ellos, estaban sentados en uno de los bancos, el mismo que habían ocupado antes. Ya no se reían, pensó Héctor al verlos totalmente rígidos. La juerga se había acabado de golpe. Mientras iba hacia ellos, intentó no ver las bolsas de plástico negro que había diseminadas por la vía. Se volvió hacia el agente.

—Asegúrate de que han terminado, y retirad el cuerpo ya.

La luz mortecina de la estación daba a los chicos un aspecto sucio. Dos agentes uniformados estaban de pie frente a ellos. Charlaban, en apariencia ajenos a los chavales, aunque sin dejar de vigilarlos. Cuando Salgado se acercó, ambos le saludaron y dieron un paso atrás. El inspector se quedó en pie y clavó la mirada en los adolescentes. Dominicanos, casi sin duda. Uno de ellos rondaba los dieciocho o diecinueve años; el otro, que a juzgar por el parecido debía de ser su hermano menor, era más joven que Guillermo. Trece, catorce a lo sumo, decidió Héctor.

—Bueno, chicos, es muy tarde y todos queremos terminar cuanto antes. Soy el inspector Salgado. Me decís vuestros nombres, me contáis lo que visteis y me explicáis por qué os dio por regresar —añadió al recordar lo que le había comentado Fort—. Después nos vamos todos a dormir, ¿de acuerdo?

—No vimos nada —saltó el más joven, mirando a su hermano con cierto rencor—. Estuvimos de joda por ahí y regresábamos a casa desde el Port Olímpic. Hicimos el transbordo de la línea amarilla a la roja, pero el metro se nos escapó. Por los pelos.

—¿Nombre? —repitió el inspector.

—Jorge Ribera. Y él es mi hermano Nelson.

—Nelson, ¿tú tampoco te fijaste en la mujer?

El chico de más edad tenía unos ojos muy negros y su cara reflejaba una expresión dura, desconfiada. Imperturbable.

—No, señor. —Miraba al frente sin fijar la vista en nadie. El tono de su

respuesta sonó marcial.

—¿Pero la visteis?

El pequeño sonrió.

—Nelson solo tiene ojos para su chica. Aunque ella le salió brava...

Salgado identificó entonces al que incordiaba a la chica del anorak blanco. Nelson fulminó a su hermano con la mirada. No obstante, Jorge debía de estar habituado porque ni siquiera se inmutó.

—Muy bien. ¿Había alguien más en la estación? —Héctor sabía que no, aunque siempre quedaba la posibilidad de que alguien hubiera entrado en el último momento. Sin embargo, ambos chicos se encogieron de hombros. Estaba claro que habían estado bastante entretenidos con la discusión entre Nelson y la chica—. De acuerdo. ¿Qué hicisteis luego?

—Nos echaron del metro, así que salimos corriendo para pillar el bus nocturno. Y cuando ya estábamos en la parada, Nelson me hizo volver.

Su hermano le apremió a seguir con un codazo y Jorge bajó la cabeza. Su desparpajo parecía haberse diluido de repente.

—Cuéntaselo —ordenó Nelson, pero Jorge se limitó a mirar hacia otro lado—. ¿O quieres que se lo diga yo?

El hermano pequeño soltó un bufido.

—Joder, lo vi en el andén. Antes de que se abrieran las puertas. El metro frenó de golpe, sin llegar a entrar del todo en la estación, y entonces me fijé en que había algo en el suelo. Lo agarré sin que nadie me viera.

—¿Qué era?

—Era un teléfono móvil, inspector —respondió Roger Fort, que se había acercado a ellos tras cumplir con las órdenes—. Un iPhone nuevecito. Este.

Jorge miró la bolsa que sostenía Fort con una mezcla de frustración y deseo.

—¿Obligaste a tu hermano a venir para devolverlo? —Era obvio que así había sido, pero soltó la pregunta sin pensar.

—Los Ribera no robamos —repuso Nelson, muy serio—. Además, hay cosas que es mejor no ver.

El pequeño puso los ojos en blanco, como quien está harto de oír sandeces. Héctor lo notó y, tras guiñarle un ojo al hermano mayor, se dirigió a Jorge en tono muy severo.

—Muy bien, chaval. Tú y yo nos vamos a comisaría. Agente Fort, lléveselo.

—¡Eh, yo no he hecho nada! No puede...

—Hurto, alteración del escenario de una investigación. Resistencia a la autoridad, que es algo que añado yo por mi cuenta porque seguro que te vas a resistir. Y... ¿cuántos años tienes? ¿Trece? Estoy seguro de que al juez de menores no le gustará nada que un crío de esa edad ande «de joda», como tú dices, a las tantas de la madrugada.

El chaval parecía tan asustado que Héctor se contuvo.

—A no ser... A no ser que tu hermano, que parece un tipo sensato, me asegure que se va a ocupar de ti. Y tú me prometas que le harás caso.

Jorge asintió con la cabeza, con el mismo fervor que un pastorcillo al que se le aparece la Virgen. Nelson le rodeó los hombros con el brazo y, sin que su hermano lo viera, devolvió el guiño al inspector.

—Yo me ocupo de él, señor.

La estación casi estaba desierta, solo quedaban allí Salgado, Fort, y dos empleadas del servicio de limpieza que, tras santiguarse, se pusieron a trabajar y se olvidaron rápidamente de que aquella estación había sido el escenario de una muerte violenta. El mundo debe seguir girando, pensó Héctor, cayendo sin querer en un lugar común. Sin embargo, resultaba casi escalofriante que todo continuara de una forma tan normal. En unas horas, la línea volvería a abrirse al tráfico, el andén se llenaría de gente. Y de aquella mujer solo quedarían pedazos dispersos, guardados en bolsas de plástico negro.

—Hemos encontrado el bolso, inspector —dijo Fort—. La mujer se llamaba Sara Mahler.

—¿Era extranjera?

—Nacida en Austria, según su pasaporte. Pero vivía aquí, no era una turista. En su cartera hay también una tarjeta de esas de fichar. Trabajaba en unos laboratorios. «Laboratorios Alemany» —leyó.

—Habrá que ponerse en contacto con la familia, aunque eso puede esperar a mañana. Vuelve a comisaría, rellena el informe y empieza a localizar a los

familiares. Y no los llames antes de que sea de día. Dejémosles una noche más de sueño.

Héctor estaba agotado. Le pesaban los párpados de puro cansancio y no tenía ni ánimos para echarle la bronca a Fort por haberle hecho ir hasta allí. Quería irse a casa, acostarse y dormir sin pesadillas. Probaría esos dichosos somníferos, pese a que la palabra, mezclada con lo que acababa de ver allí, le hacía pensar en una muerte indolora, aunque muerte al fin y al cabo.

—Hay algo más que quisiera enseñarle, señor.

—Hazlo. Te doy cinco minutos. —Recordó entonces que en apenas unas horas salía de viaje con su hijo, y pensó que los somníferos quedarían ya para otra ocasión—. Ni uno más.

Héctor se dejó caer en el banco y sacó un cigarrillo.

—No le digas a nadie que he fumado aquí o te empapelo.

El agente ni siquiera respondió. Le tendió el móvil a su superior mientras decía:

—Este es el único mensaje que hay. Es extraño, la agenda está vacía y no consta ninguna llamada. Por lo tanto esto es lo que estaba leyendo en el andén, antes de...

—Ya.

Héctor miró la pantalla. Era un mensaje con solo tres palabras, escritas en mayúscula, y con una foto adjunta.

NO TE OLVIDES

Cuando descargó la foto, Salgado comprendió por qué le había llamado Fort y por qué aquel chaval dominicano había arrastrado a su hermano de la oreja para que devolviera el dichoso móvil.

Primero creyó que eran unas cometas atrapadas en un árbol. Luego, tras ampliar la foto y ver bien los detalles, se percató de que no. Había un árbol, sí, de ramas gruesas y sólidas. Pero lo que colgaba de él, los tres bultos que estaban suspendidos mediante cuerdas, eran animales. Los cuerpos rígidos de tres perros ahorcados.

Leire

3

Año nuevo, vida nueva... Aunque de momento bastante parecida a la anterior, se dijo Leire mientras se miraba de perfil en el espejo. Ese era otro de los componentes engañosamente inéditos de su actual existencia. Lo habían subido de la tienda y desde el primer instante ella había querido que decorara el recibidor del piso al que acababa de mudarse y que aún no podía calificar de hogar. En él, sin embargo, seguía viéndose como un globo.

Pero había tenido mucha suerte. Todo el mundo lo decía, así que ella había acabado por callar y asentir. Aquel piso de techos altos, casi sin pasillo, con dos habitaciones amplias y sol por la mañana era sin duda el mejor de los que había visitado, y el precio, que en teoría había bajado mucho en los últimos tiempos, era de hecho el máximo que le permitía su sueldo. «Vistas a la Sagrada Familia», rezaba el anuncio, y en sentido estricto no mentía. Verse, se veía desde la ventana con marco de madera que daba paso a un balcón diminuto. Sin embargo, una no podía pasarse el día mirando esas agujas, que asomaban entre los edificios que tenía enfrente, por bonitas que fueran. Lo que el anuncio no decía, ni tampoco le comentó la señora de la inmobiliaria que le enseñó el piso, era que las tuberías tenían cien años y se atascaban; que los azulejos del cuarto de baño, de un estridente color naranja que la mujer definió como «de los alegres años setenta», tendían al salto al vacío por culpa de la humedad, y que los radiadores de la calefacción eran más bien un adorno futurista y daban el mismo calor que un jarrón chino. Al parecer, había que consolarse de la humedad, el frío y el charco del lavabo, que a ratos burbujeara como si un alien fuera a salir del desagüe, saliendo al balcón y

admirando la Sagrada Familia. Todo un lujo si eras japonesa.

De todos modos, lo que la hacía sentirse extraña en ese piso no eran sus defectos, ni por supuesto sus vistas, sino que, por primera vez en años, no parecía ser suyo del todo. Una de las dos habitaciones tenía una cuna, un armario de haya y una cenefa de patos amarillos que recorría sus cuatro paredes, dividiendo los dos tonos de verde que su amiga María había elegido como el color ideal para el cuarto del bebé. Y no solo eso: en una parte de su armario, ese que siempre había sido únicamente para ella, se habían colado unas cuantas prendas masculinas casi sin avisar.

Abrumada, Leire Castro fue hasta el balcón, contenta de poder recorrer el piso sin encontrarse cajas de por medio. Eso sí que era un cambio. «El primero de los que vendrán, ¿verdad?», dijo dirigiéndose al niño que en esos instantes se alimentaba de ella. A veces le respondía con movimientos bruscos. Otras parecía no darse por aludido. Intentó imaginar los rasgos de aquel bebé, Abel, que flotaba en su interior, pero solo conseguía ponerle una carita arrugada, como de gnomo dormido. ¿Se parecería a ella o a Tomás? Bueno, si se parecía a él tampoco estaría nada mal, pensó con una sonrisa. «Aunque mejor que las semejanzas se reduzcan a lo físico, ¿eh, chaval? O si no, tú y yo vamos a tener problemas...».

Tomás había sido el ligue de una noche, que luego se prolongó a tres y, más tarde, a algún fin de semana esporádico. Sexo sin compromiso. Sexo sin tabúes. Y una vez, una única vez, aunque nadie la creyera, sexo sin condón. Pero con puntería. La reacción de Tomás, después de un plato de croquetas refritas que ya era mítico para ambos, fue ese «necesito tiempo para hacerme a la idea» que, en opinión de Leire, solía ser el preludio del «esto no va conmigo». No obstante, Tomás la sorprendió regresando apenas un par de días después para hablar «en serio».

Y lo habían hecho, largo y tendido, sopesando pros y contras como si todo aquello fuera un tema racional y, a la vez, sabiendo que no lo era. Al final, sin embargo, habían llegado a una serie de acuerdos comunes. Uno, no estaban enamorados, al menos no de esa manera idílica que no te permite imaginar la vida sin el otro. Dos, vivían en ciudades distintas, aunque separadas por tres horas escasas de AVE. Tres, el niño era cosa de los dos. Así que la conclusión, más bonita en enunciado que en su letra pequeña, había sido: no,

no serían pareja —al menos de momento—, pero serían padres. «Padres con derecho a roce», los llamaba María.

La resolución les satisfizo y, la verdad, estaban haciendo cuanto podían por llevarla adelante. Tomás iba a pasar algunos fines de semana a casa de Leire, se había encargado de la mudanza y de tareas como poner enchufes; hablaba de Abel con cierto entusiasmo y amenazaba con hacerlo socio del Real Madrid. No habían tocado el tema del dinero; María les había regalado las cuatro cosas del cuarto del bebé y, por lo que se refería al piso, Leire no pensaba aceptar ni un euro de él. Hasta el nacimiento del niño tampoco se le puede pedir más, pensaba ella. Aunque en el fondo le habría gustado tener a alguien a su lado en las clases de preparación al parto, en las ecografías, cuando la visión en la pantalla de lo que tenía dentro le hacía saltar unas lágrimas que ella no lograba entender, o, sin ir más lejos, los viernes por la noche, cuando estaba demasiado cansada para salir pero no para estar sola. O también durante aquel interminable puente de Reyes, pensó mientras contemplaba la Sagrada Familia, ese testigo inacabado de su aburrimiento que estaba empezando a odiar por momentos. Sin embargo, Tomás estaba en la Sierra —un lugar cuyo nombre hacía pensar a Leire en maquis o bandoleros—, esquiando con unos amigos. Que ella no tuviera nada que hacer y que su mejor amiga, María, se hubiera ido a pasar el fin de semana fuera no era culpa de Tomás, aunque tampoco fomentaba que pensara en él con cariño. La madre de Leire, asturiana y sin pelos en la lengua, había resumido todo aquello con unas frases que estaban resultando proféticas. «Sola. Cuando nazca el niño vas a estar sola. Si llora por la noche vas a estar sola. Y el día que aprenda a decir papá le enseñarás una foto. Si es que tienes alguna», había vaticinado antes de ponerse a trocear un pollo con una furia inusitada. Y ella, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta, había murmurado para sus adentros algo que se parecía bastante a: «Ya me ocuparé de eso cuando llegue el momento».

No obstante, la verdad era que a ratos se sentía sola, y a ello contribuía bastante la baja prematura a causa de unas contracciones rebeldes y precipitadas que tuvo a mediados de diciembre. Ya llevaba meses condenada al trabajo de oficina, pero al menos estaba en comisaría, podía participar en los casos, tenía gente alrededor. Faltaba mes y medio para el nacimiento de Abel. Seis semanas en las que —lo estaba viendo— no haría otra cosa que

engordar, visitar a su médico, ver a otras embarazadas y escoger ropa de bebé. Se sabía de memoria todos los artículos de las revistas sobre la mejor manera de bañar, cambiar y estimular al bebé; una distracción que ya formaba una columna de sabios consejos que llegaba hasta la mitad de la altura del sofá.

Fue al anochecer del día siguiente cuando, acostada en el sofá viendo un capítulo de una serie policíaca que habían echado al menos dos veces antes, la sensación de abandono se hizo tan intensa que le quitó hasta las ganas de llorar. El piso desconocido, la falta de obligaciones y la ausencia de contacto con otras personas, acrecentada por tantos días festivos, terminaron por sumirla poco a poco en un estado melancólico en el que también jugaban un papel importante la pereza y el aburrimiento. «Abel, tu mamá se está poniendo muy tonta», dijo en voz alta, por oír algún ruido que no procediera de la televisión. Tuvo ganas de gritar, de hacer saber al mundo que seguía allí. Y, sin querer, casi de manera automática, pensó que si desapareciera, nadie la echaría de menos hasta el lunes. Y eso con un poco de suerte... Su madre la llamaba todos los días, aunque seguramente, conociéndola, no daría la alarma hasta que el montón de llamadas sin responder fuera preocupante. Tomás le mandaría algún mensaje durante el fin de semana. O no. Y María, ella sí, pondría el grito en el cielo si no la localizaba el lunes, en cuanto regresara. Pero era viernes. Como a Ruth, la exmujer de su jefe, nadie empezaría a buscarla hasta que fuera, quizá, demasiado tarde. Se apoderó de ella un temor vago, impropio de su carácter. Tienes que parar esto, se dijo, y cerró los ojos en un intento de alejar tantas nubes de su cerebro, por lo general, despejado.

Y entonces, cuando los abrió y vio que nada cambiaría solo con desearlo, supo a qué iba a dedicar su tiempo las seis semanas que le quedaban de embarazo.

—Leire, estás de baja. —La subinspectora Martina Andreu pronunció la frase marcando las sílabas—. Vas a tener un bebé y el médico te ha ordenado reposo. ¿Sabes qué significa «reposo»? Te lo diré: ausencia de trabajo.

Leire se mordió el labio inferior, maldiciéndose a sí misma por no haber

previsto que la subinspectora, paradigma de la sensatez, frenaría su proyecto en seco. Durante el fin de semana le había dado vueltas a la idea para encontrar la mejor forma de plantearla, pero, ese lunes por la mañana, sus argumentos chocaron con la lógica aplastante de la subinspectora Andreu.

—Además —prosiguió esta—, el caso ya ni siquiera es nuestro. El comisario Savall se lo asignó a Bellver, ya lo sabes.

—Por eso. —Se esforzó por encontrar las palabras adecuadas, lo cual, dada la opinión que tenía del inspector Dídac Bellver, no era precisamente fácil. Tomó aire y lo soltó. Al fin y al cabo, apenas tenía nada que perder—. Subinspectora, creo que desde comisaría no puede hacerse mucho para resolver este caso. Usted sabe cómo es esto, las urgencias se amontonan y son reemplazadas por otras. Y en desaparecidos confluyen chavales escapados de casa y adultos que se largan sin avisar con verdaderos casos criminales. Usted, como yo, es consciente de que no dan abasto. Y el tema de Ruth Valldaura ya es agua pasada... hace seis meses que desapareció.

Eso —ambas eran conscientes— era lo peor de todo. Si se hablaba de desapariciones, las primeras horas eran determinantes y, en el caso que las ocupaba, la voz de alarma se había dado tarde. La ausencia de pistas hacía pensar en un homicidio, aunque Savall se había escudado en la inexistencia del cuerpo del delito y en las circunstancias especiales que habían rodeado esa desaparición para asignar el caso a Bellver y su equipo.

Leire tuvo la sensación de que sus palabras no caían en saco roto. La dureza del semblante de Martina Andreu se suavizó. Solo un poco, lo bastante para que ella, que la conocía bien, cobrara nuevos ánimos.

—Por otro lado, no perdemos nada si yo dedico parte de mi tiempo al caso. No quiero hacerlo sin su consentimiento —mintió con la desfachatez de quien estaba seguro de tener razón.

Lo cierto era que necesitaba información, ver en qué punto se hallaba el expediente, datos concretos, si es que había alguno nuevo después de que el caso fuera retirado oficialmente de manos de Salgado en una tormentosa conversación con el comisario Savall, tras la cual todos habían temido que Héctor Salgado abandonara el cuerpo.

—El inspector Salgado hizo cuanto pudo, pero, no nos engañemos, el comisario tenía razón en una cosa: Héctor estaba, está aún, demasiado

implicado en el caso para ser objetivo. Y Bellver...

—No te pases —la interrumpió Martina Andreu—. Como bien has dicho antes, Bellver y su gente están sobrecargados de trabajo. Igual que todos.

—Por eso mismo —insistió Leire. Había percibido un cambio en el tono de su superiora, así que se mostró cuidadosa para no perder lo ya conquistado—. Serán seis semanas, quizá menos. Si el niño se adelanta, se acabó. Pero creo que puedo aportar una mirada fresca al caso. Yo no conocía a Ruth Valldaura. Mientras lo investigábamos siempre tuve la impresión de que, dada la identidad de la víctima, todo el mundo daba por sentadas una serie de cosas. Y el inspector Salgado tampoco podía verlo, por mucho que quisiera.

—Lo sé.

Leire sonrió. Presentía que estaba a punto de ganar la partida.

—Escucha —prosiguió Martina—. No sé muy bien a qué viene esto, ni por qué me metes a mí en este lío. Sin embargo, te conozco lo bastante para comprender que harás lo que te dé la gana, con o sin mi aprobación. No, Leire, no me mientas. Has venido a verme porque puedo facilitarte ciertas cosas, no porque pienses hacerme caso si te lo prohíbo. Al fin y al cabo, es tu tiempo libre y puedes emplearlo en lo que quieras.

—Si usted me dice que no, abandonaré el tema. No quiero meterla en ningún lío y le prometo que, si averiguo algo, la informaré a usted directamente. Ya decidirá cómo proceder con Bellver a partir de ahí.

La agente Castro sabía que avanzaba por terreno minado. La animadversión de la subinspectora hacia Bellver era pública desde que él le arrebató, con méritos más personales que profesionales según algunos, la plaza de inspector. Pero Leire también intuía que la más insignificante alusión al asunto haría que Martina Andreu se cerrara en banda.

—Está bien. Pasa a recogerme a las siete, al final de mi turno, y tendrás una copia del expediente. Ah, y ni una palabra de esto al inspector Salgado si te cruzas con él.

Era improbable, y la subinspectora lo sabía: Savall lo había convocado a su despacho, junto a algunos otros, para tratar un tema con un inspector de la Policía Nacional, un tal Calderón. Tras solo media hora reunidos, se preveía que la cosa iba para largo.

—Leire, si quieres trabajar durante la baja, se aplican las mismas reglas

que si estuvieras de servicio, así que, por tu propio bien, quiero estar al tanto de todo. Me tendrás al día de cada paso y de cada detalle. No hagas nada por tu cuenta o te aseguro que cuando vuelvas tu vida aquí será muy difícil. ¿Está claro?

La mirada de agradecimiento que le dirigió Leire Castro convenció a la subinspectora por un momento de que no estaba haciendo nada malo. Como había dicho la propia agente, no perdían nada por intentarlo y, en el fondo, Martina estaba casi segura de que el caso de Ruth Valldaura estaba condenado a no resolverse jamás. Al mismo tiempo, y no sin cierta envidia profesional, estaba segura de que si había alguien en esa comisaría capaz de enfrentarse a un misterio aparentemente irresoluble, esa persona era la agente Castro.

4

Así pues, esa misma noche, ya con el expediente en las manos, Leire hizo lo que su cuerpo y su mente le pedían a gritos. Necesitaba actividad, interesarse por algo, y el archivo que tenía delante, aun conocido en su mayor parte, suponía un desafío que, entre otras cosas, la hacía sentirse viva. Y útil. Con una disciplina que había aprendido a valorar, lo leyó despacio, como si se enfrentara a él por vez primera, convencida de que en ocasiones el matiz más insignificante acababa desembocando en la solución.

Luego, tras un buen rato de intensa concentración, hizo algo que desde pequeña le había servido para interiorizar las cosas. Sentada a la mesa del comedor, reescribió los detalles más relevantes, como si de un esquema se tratara. Era una tarea algo fastidiosa ahora que prácticamente no se escribía nada a mano, pero Leire era consciente de que eso la obligaba a pensar, la activaba más que la simple lectura. No seguía un orden preciso, sino que más bien dejaba que su mano fuera esbozando lo que para ella era una primera aproximación a los hechos.

Ruth Valldaura Martorell. Treinta y nueve años. Diseñadora e ilustradora de bastante éxito debido a una línea de artículos para el hogar muy popular en los últimos tiempos. Separada y con un hijo, Guillermo, con el cual vivía. Desaparecida de su domicilio, una vivienda tipo loft que también usaba como estudio, situada en la calle Llull, el 7 de julio de 2010, aunque el hecho no se denunció hasta dos días más tarde. En su hogar no se hallaron rastros de violencia ni la puerta había sido forzada. Según su compañera sentimental, Carolina Mestre, faltaban una maleta pequeña y cuatro prendas, lo que concordaba con lo último que se sabía de Ruth, quien había manifestado su intención de marcharse a pasar el fin de semana al apartamento que sus

padres poseían, y poseen aún, en la localidad costera de Sitges. Su coche se encontró aparcado cerca de su vivienda habitual, lo que inducía a pensar que probablemente su propietaria no hubiera llegado a cogerlo la mañana del viernes 7 de julio, cuando anunció a sus padres, a su exmarido y a su nueva pareja que no volvería hasta el domingo por la noche. Sus mensajes habían sido escuetos. Al parecer, Ruth quería estar un par de días sola cerca de la playa.

El domingo por la noche, su hijo Guillermo, a quien debía recoger de casa de un amigo con el que estaba pasando unos días de vacaciones, llamó a su padre, el inspector Héctor Salgado, para preguntar por Ruth. Esa fue la voz de alarma.

Las primeras investigaciones se centraron en las amenazas proferidas contra la familia del inspector Salgado por parte del doctor Omar, un curandero de origen africano vinculado a una red de tráfico de mujeres que se había desmantelado a mediados del año anterior. Los proxenetas fueron detenidos, y aunque se sospechaba que Omar utilizaba el vudú para aterrorizar a las jóvenes prostitutas nigerianas, solo una se mostró dispuesta a testificar en su contra. La muerte violenta de esa chica llevó al inspector Salgado a presentarse en la consulta que Omar tenía en un callejón cerca de Correos y a propinarle una paliza que fue el origen de las amenazas a Salgado y su entorno. Más tarde, el mismo doctor fue asesinado por sus cómplices.

Sin embargo, según confesó Damián Fernández, el abogado y asesino de Omar, este llevó a cabo antes de morir un rito de maleficio contra la persona de Ruth Valldaura. El objetivo era, obviamente, vengarse del inspector Salgado. Ese testigo afirmó que Omar estaba seguro de que Ruth desaparecería sin dejar el menor rastro. Tal como sucedió al final.

Leire hizo una pausa antes de seguir escribiendo. Los hechos objetivos eran así de simples. Daba igual que ella no creyera en las patrañas del curandero, la realidad, la asombrosa realidad, era que, por culpa o no del maleficio, el destino de Ruth había sido el que había vaticinado el cabrón de Omar. Y aunque durante un tiempo se pensó que el propio doctor había contratado a alguien para que llevara a cabo su amenaza, a Leire nunca le había convencido esa hipótesis. Si algo quedaba claro al estudiar a un personaje tan oscuro como el curandero era la fe que tenía en su propio poder: a pesar de que a todos les pareciera un cuento chino, Omar estaba seguro de que el ritual funcionaría.

Por primera vez en meses, Leire echó de menos un cigarrillo, pero se contuvo. Había dejado de fumar a finales del verano y no tenía la menor intención de recaer. Para calmar la ansiedad, fue hasta la cocina, cogió un par de galletas, que el médico también le había prohibido, y regresó a la mesa. Era tarde, pero al día siguiente podía dormir cuanto deseara. Cogió de nuevo el

bolígrafo y volvió a la carga.

Ruth Valldaura era una persona reservada, sin demasiados amigos y sin enemigos conocidos. La opinión generalizada era que se trataba de una mujer equilibrada, atractiva, amable y con una pronunciada tendencia a la introspección. Mantenía una relación cordial con su exmarido y en su historia sentimental posterior, con Carol Mestre, no parecía haber problemas más graves que los roces habituales de cualquier pareja. Ruth había aceptado su lesbianismo, o bisexualidad, de forma abierta. No había intentado ocultarla a sus padres ni a su hijo. Su trabajo, aunque bien remunerado, tampoco la convertía en una persona rica, ni conocida más allá de los círculos de su sector. Trabajaba sola, aunque colaboraba con su pareja y asociada en la comercialización de sus diseños. De hecho, fue en el ámbito profesional donde se enamoraron.

Las investigaciones sobre su desaparición llegaron enseguida a un punto muerto. La calle donde vivía, situada en la antigua zona industrial de Poblenou, no muy lejos de donde aún vive su exmarido, quedaba bastante desierta durante los fines de semana de verano, y los escasos vecinos a los que se interrogó no aportaron ningún dato significativo.

Existen, a priori, dos alternativas que, a pesar de ser meras suposiciones, deben ser tenidas en cuenta:

- 1. El doctor Omar y su entorno, con maldición incluida, signifique lo que signifique.*
- 2. Alguien cercano a Ruth, por improbable que parezca. Su exmarido, su novia, algún amigo/a.*

Leire suspiró. Algo en la última frase la hizo sentirse como una traidora. Apreciaba mucho a Héctor Salgado. Le respetaba como jefe y le caía bien como persona. Y lo encontraba guapo, pensó con una sonrisa. Abel pareció protestar desde su vientre, o quizá advertirla de que ya era tarde y debía acostarse de una vez. «Ya voy, chaval. Pero que sepas que si no hubiera sido mi jefe, si tú no estuvieras ahí, y si todo fuera de otra forma, mamá le habría tirado los trastos a ese argentino». El bebé dio otra patada y Leire se acarició la barriga. Aunque al principio le había parecido raro, ahora le encantaba notar cómo se movía. Era la prueba fehaciente de que estaba vivo.

Rápidamente escribió un párrafo más.

Existe, como siempre, una tercera opción. Un desconocido. Una persona de quien no tenemos noticia alguna, alguien que tuviera algo contra Ruth Valldaura y que se presentó en su casa aquel viernes antes de que ella saliera. Alguien a quien Ruth conocía y a quien dejó entrar en su casa sin sospechar nada extraño.

Este asesino o secuestrador X se habría visto beneficiado por las pistas que apuntaban al doctor Omar y habría tenido tiempo para esconder bien su rastro.

Hasta tal punto, pensó Leire antes de acostarse, que seis meses después nadie había logrado descubrirle.

Sara

5

Sara Mahler. El nombre volvió a la cabeza de Salgado durante la interminable reunión en una de las salas de la comisaría. No todo el rato, ya que el encuentro era denso y requería su concentración, pero a ráfagas, sin poder evitarlo, su mente volvía a esa mujer que el jueves de madrugada había saltado a las vías. A la foto de su pasaporte, que había visto de nuevo hacía unas horas. Sara Mahler no era guapa. Tenía la tez pálida, la nariz estrecha y los ojos azules muy pequeños. Unos rasgos centroeuropeos traicionados por un cabello negro azabache, obviamente artificial, que resaltaba aún más la blancura de su piel.

Cuando acabó la reunión eran casi las siete de la tarde. El inspector se apresuró a dirigirse a la mesa de Fort, a quien no había visto desde el día de los hechos. El agente estaba allí con Martina Andreu.

—¿Sabemos algo más de Sara Mahler? ¿Has localizado a la familia?

Fort casi se cuadró antes de responder.

—Sí, inspector. Me costó todo el viernes y parte del sábado dar con ellos, pero por fin lo conseguí. Su padre ha llegado esta mañana desde Salzburgo. —Tardó unos segundos en añadir, en tono casi misterioso—: Es un tipo raro, la verdad. No he podido comunicarme mucho con él, porque solo habla alemán, pero desde luego era evidente que no estaba demasiado afectado. Según lo poco que sé, hacía años que no se veían. Sara llegó a Barcelona en 2004 y, por lo que he entendido, solo regresó a su país en una ocasión, al año siguiente. Y su padre nunca había pisado España, eso sí lo ha dicho.

El agente se calló las siguientes palabras que le había traducido la

intérprete. Joseph Mahler, aprovechando el viaje, pensaba pasar unos días en Mallorca, donde tenía unos amigos. El hecho de que alguien se planteara un viaje así como la excusa para tomarse unas vacaciones había dejado al pobre agente Fort estupefacto. Y triste.

—Muy bien —dijo Salgado—. ¿Y de Sara? ¿Qué más sabemos?

Fort consultó sus notas, como si temiera olvidarse de algo.

—Sara Mahler, treinta y cuatro años. Como ya he dicho, llegó a Barcelona hace siete, a mediados de 2004. Vivía en el pasaje de Xile, cerca del mercado de Collblanc, y compartía piso con otra chica. Kristin no sé qué... No entendí el apellido. También se había ausentado durante el puente de Reyes, así que no he hablado con ella hasta hoy.

Héctor asintió, animando a Fort a proseguir.

—Según Kristin, Sara era secretaria de dirección en Laboratorios Alemany, una empresa dedicada a la fabricación y comercialización de productos cosméticos.

—¿Te ha dado algún motivo que explique el suicidio de Sara? ¿Algún desengaño amoroso, problemas en el trabajo?

Fort negó con la cabeza.

—No, señor, pero eso no significa que no los haya. —Al ver la cara de perplejidad de su jefe, se apresuró a añadir—: Quiero decir que Kristin llevaba compartiendo piso con Sara apenas dos meses. No eran amigas ni nada por el estilo. Le pregunté si en la habitación de Sara había encontrado alguna nota. Ya sabe...

—Sí, ya sé. ¿Y?

—Le ha costado ir a mirar. Al parecer, a Sara no le gustaba que entraran en su cuarto. Le he dicho que ya no se iba a enterar y entonces sí ha ido. Pero nada. Ni nota, ni nada que se le parezca.

Por primera vez, Martina Andreu, que había estado escuchando sin participar, se volvió hacia Salgado.

—¿Hay algo, aparte de ese mensaje macabro, que nos indique que no fue un suicidio?

—La verdad es que no. Lo más fácil es que esa mujer, agobiada por el motivo que fuera, saltara a las vías del metro por voluntad propia. Sin embargo, el mensaje y la foto no me gustan. ¿Sabemos quién lo envió, Fort?

—Será difícil, inspector. Fue enviado desde una web de mensajes gratuitos. Estamos esperando la IP, pero no suelen arrojar mucha luz.

—Entonces dedícate a cosas más tangibles —le advirtió Héctor—. Andreu, ya sé que todo esto seguramente no llevará a ninguna parte, pero tampoco está de más que Fort vaya a ver a esa tal Kristin no sé qué. Y al trabajo de Sara... Los has llamado también, ¿no? Es raro que no se haya presentado nadie. Ningún amigo, novio... —Y añadió, con su típica media sonrisa—: O amiga o novia.

—Quizá por eso saltó a las vías —dijo la subinspectora—. Porque sabía que nadie la iba a echar mucho de menos.

—Desde luego su padre no —terció Fort. La impasibilidad de aquel individuo lo había conmovido.

En ese momento sonó el teléfono de la mesa y el agente respondió. Fue una conversación breve.

—Vaya, si antes lo decimos antes aparece.

—¿El novio?

—No, inspector. Su jefe. El jefe de Sara, quiero decir.

—Ya te he entendido.

—Está en la puerta y quiere que le reciba el inspector encargado del caso.

Héctor echó un vistazo al reloj. Se moría por salir a fumar un cigarrillo, pero le pudo la curiosidad.

—Que entre. ¿Cómo has dicho que se llama?

—No lo he dicho, perdone. —Fort parecía inmune a la expresión de agobio que se apoderaba por momentos de la cara de su jefe—. Se llama Víctor Alemany, director general de Laboratorios Alemany.

Antes de que Fort llegara a la conclusión de que, dada la coincidencia de apellidos, se trataba de un negocio familiar, y, lo que era peor, que la expresara en voz alta, Héctor dio media vuelta y fue hacia su despacho. Ya en la puerta, sin embargo, se volvió para añadir:

—Martina, mañana tenemos que hablar. Por lo de la reunión con Savall. A primera hora, ¿de acuerdo? Es importante. Fort, a ti te tocará ir solo a ver a la compañera de piso de Sara. Échale un vistazo a la habitación de esa pobre chica.

Víctor Alemany sí estaba afectado, se dijo Héctor. O cuando menos incómodo. Se había sentado ante su mesa hacía pocos minutos y su cara reflejaba algo que solo cabía definir como una gran perplejidad.

—Inspector Salazar...

—Salgado.

—Sí, perdone. Todo esto me parece terrible... —Daba la impresión de que buscaba otro adjetivo, pero se rindió enseguida y repitió—: Terrible.

Héctor le observó. En su trabajo tendía a evaluar a la gente rápido y, tras esos pocos minutos, podía decir que Víctor Alemany parecía un tipo decente. En la cuarentena, no mucho mayor que Salgado, Alemany tenía un aire casi nórdico. Era rubio, con algunas canas; llevaba un buen traje y unas gafas que debían de ser caras, tras las que se escondían unos ojos de color azul celeste. A pesar del atuendo, no había mucho en él del patrón del ejecutivo agresivo. De hecho, desde que había cruzado la puerta, a Héctor le había recordado a Michael York, el estudiante protagonista de *Cabaret*. Evidentemente, con unos cuantos años más.

—¿Cuándo sucedió? No nos hemos enterado hasta esta mañana, al advertir que Sara no había venido a trabajar...

—¿Era algo raro? Que no se presentara en el despacho, me refiero.

—Creo que no había sucedido nunca. Vamos, estoy seguro. Sara no faltaba nunca. Ni siquiera llegaba tarde. Al revés, solía ser de las primeras en entrar.

—¿Su empresa se dedica a...?

—Somos un laboratorio de productos cosméticos. —Víctor Alemany sonrió—. Cremas faciales y corporales de todo tipo, maquillaje... Lo fundó mi abuelo, en los años cuarenta, y aquí estamos aún.

—¿Tiempos difíciles?

Alemany se limitó a encogerse de hombros.

—No podemos quejarnos. Aunque me temo que lo peor está por llegar.

—¿Qué hacía Sara exactamente? —preguntó Héctor para encauzar de nuevo el tema.

—Era mi secretaria desde hacía cinco años.

—¿Y estaba satisfecho con ella?

—Por supuesto —respondió el otro, con lo que parecía una total franqueza—. No había ninguna queja de su trabajo. Nunca cometía errores.

No llegaba tarde, no se equivocaba, no se ausentaba... Salgado pensó que Sara Mahler lo hacía todo a la perfección. Incluso suicidarse.

—¿La conocía bien?

—Ya se lo he dicho. Era mi secretaria. Si se refiere a si sé algo de su vida privada, le diré que no, al menos no porque ella me lo explicara. Se limitaba a cumplir de manera excelente con sus tareas, pero no me contaba demasiadas cosas de sí misma.

—¿Y al resto del personal? —preguntó Salgado. Iba un poco a ciegas, ya que desconocía la magnitud de la empresa de la que estaban hablando y creyó preferible no preguntar. Ya se enteraría si hacía falta.

—Sara era una mujer reservada. No estoy seguro de que tuviera amigos en el trabajo.

Y al parecer tampoco fuera, se dijo Héctor. Pero Víctor Alemany prosiguió:

—Creo que era una cuestión de mentalidad, ¿sabe? Sara era austríaca, tenía una formación muy rígida. Sigue habiendo ciertas diferencias culturales.

—Ya.

Hubo unos instantes de silencio, y mientras duró la pausa Salgado se empezó a consolidar su perfil de Sara Mahler: ordenada, puntual, poco sociable, exigente consigo misma y con los demás; sin lazos familiares importantes. Víctor Alemany no le interrumpió ese momento de reflexión. De hecho, también se le veía absorto en sus propios pensamientos.

—¿Sabe si tenía novio? —preguntó por fin el inspector.

Alemany pareció volver en sí.

—No lo sé, aunque sinceramente no lo creo. Supongo que en algún momento habría hecho algún comentario al respecto.

Héctor asintió.

—Escuche, inspector Salgado, si hay algo en lo que podamos ayudar... Cualquier cosa. Sé que apenas tenía familia, así que si hace falta dinero para repatriar los restos o... —La palabra «restos» se le antojó de repente poco adecuada, dadas las circunstancias de la muerte—. Ya me entiende. Todavía no puedo creer que... Pudo ser un accidente, ¿no? Quizá se mareó y cayó...

—Siempre resulta difícil de aceptar. Aunque tiene razón: existe la posibilidad de una caída accidental. —Hizo una pausa y soltó—: O de que

alguien la empujara deliberadamente.

—¿Quién haría algo así?

Esa era la gran pregunta, pensó Héctor. Por lo poco que sabía de Sara Mahler, parecía una mujer capaz de suscitar antipatía pero no odio.

—Bien, si necesita algo más ya saben dónde encontrarnos. Por cierto, debo salir de viaje mañana y no volveré hasta el viernes. Para cualquier cosa póngase en contacto con la empresa. —Víctor Alemany sacó una tarjeta de visita y garabateó un teléfono—. Es el número directo de mi hermana Sílvia. Trabajamos juntos.

Mandan juntos, corrigió mentalmente Héctor. Esa clase de negocios siempre le había fascinado: la complejidad de las relaciones familiares aún más enredada con temas empresariales.

Víctor Alemany hizo ademán de levantarse, cuando Héctor le frenó con un gesto suave.

—Un momento. ¿Le suena de algo esta fotografía?

La imagen de los perros ahorcados consiguió que Víctor palidciera. Era un tipo sensible, no había duda.

—¿Qué es esto?

—Alguien la mandó al móvil de Sara, con un mensaje que decía: «No te olvides».

Víctor se quedó desconcertado, pero prefirió no añadir nada más.

—¿Está seguro de que no la ha visto antes?

—Sí —mintió.

Era obvio que Víctor Alemany no iba a contarle nada más. Héctor sabía cuándo la gente se cerraba en banda y también cuándo era el momento de insistir.

6

Mientras el taxi que había cogido a la salida de la comisaría avanzaba lo que le permitían los semáforos de la avenida Paral•lel —diseñados para ralentizar un tráfico que ya de por sí no era muy fluido a esas horas de la tarde—, Víctor Alemany se resistió a los intentos de conversación del conductor, un hombre bastante mayor con ganas de hablar de la crisis y de la «panda de ladrones» que ocupaba el gobierno. Víctor, que se consideraba más bien progresista y que, desde luego, no tenía la menor intención de discutir de política con un taxista de la vieja escuela, se limitó a dar un par de respuestas monosilábicas y a consultar mensajes inexistentes en el móvil. El conductor captó la indirecta y se vengó conectándose con sus compañeros a través de la emisora del servicio, con lo que el vehículo se llenó de voces entrecortadas, roncas y algo siniestras que se comunicaban en un código que, a oídos del pasajero, recordaba al que usaría una banda de atracadores de bancos en una película.

Notó la vibración del móvil y miró la pantalla, pese a albergar pocas dudas sobre quién era. Sílvia. Impaciente como siempre, incapaz de esperar la llamada de rigor. No le bastaba con haber insistido en que fuera a comisaría... Por un instante tuvo ganas de ignorar a su hermana, pero la costumbre, instalada en él desde la más tierna infancia, le empujó a contestar. «Hola. Oye, voy en un taxi. Te llamo cuando llegue a casa. Sí, sí, todo bien. No, no han dicho nada de eso. No te preocupes».

Sus propias palabras le provocaron una sensación teñida de cierto remordimiento. «Todo bien». Todo bien para él, claro. Todo bien para ellos. Y sobre todo, tratándose de Sílvia, todo bien para la empresa. Casi se rio en voz

alta al pensar en lo mucho que había cambiado su hermana: cuando eran adolescentes nadie habría adivinado que la rebelde Sílvia —la misma que se rapó media cabeza y decoró su habitación con pintadas y símbolos anarquistas, la misma que se escapó de casa con dieciocho años para unirse a un grupo de okupas, la que voceaba opiniones extraídas de panfletos radicales — cambiaría las mallas agujereadas por trajes sastre, los grafitis por cuadros enmarcados y las consignas izquierdistas por otras que, siendo benévolo, solo cabía calificar como prácticas y, siendo realista, de neoliberales.

Ejecutiva competente, madre estricta de una adolescente y un chaval de once años, Sílvia era la antítesis de lo que había sido. Víctor recordó a su padre: el viejo zorro debió de ser el único en intuir que eso sucedería, ya que nunca se tomó los desafíos de su hija demasiado en serio. «Démosle cuerda suficiente para que corra», dijo la segunda vez que Sílvia huyó de casa. «Cuando se canse, será el momento de tirar con fuerza». Y vaya si tiró: años después, cuando la hija pródiga llamó a su puerta con dos críos a cuestas y sin nadie al lado, el viejo impuso sus condiciones con un simple: «O tragas o te vas». Lo sorprendente fue que Sílvia no solo había aceptado esa autoridad, sino que, probablemente harta de sus vagabundeos previos, había dado un giro de ciento ochenta grados en su estilo de vida. O quizá, sospechaba Víctor, su hermana era más capaz de autoconvencerse de que el viejo tenía razón que de admitir que ella se había visto obligada a claudicar. Ahora, con cuarenta y cinco años, y después de muchos de castidad voluntaria, había empezado una relación con un empleado de la empresa. Por supuesto, dado que en la nueva Sílvia no había lugar para la frivolidad, la boda ya estaba prevista la primavera de ese año. Tiempo que debía ser suficiente para que Víctor se acostumbrara a la idea de que César Calvo, además de responsable de logística y almacenaje de Laboratorios Alemany, iba a convertirse en un miembro más de la familia. Un miembro con voz, aunque no muy alta, y cuyo voto sería meramente consultivo, pensó Víctor. Esperaba que César fuera consciente de ello...

En cualquier caso, la frialdad de la que hacía gala su hermana no dejaba de asombrarle: el hecho de que Sara hubiera decidido poner fin a su vida de una forma tan truculenta había pasado de ser una tragedia a un inconveniente en cuestión de minutos. La cara de Sílvia, que él leía como si fuera la suya

propia, había reflejado ese cambio de sentimiento. Quien no la conociera tan bien, sin embargo, habría jurado que el semblante serio de su hermana melliza expresaba pesar por la muerte de una persona que se situaba en ese terreno impreciso que acoge las relaciones de empresa: no querida como una amiga, por supuesto, pero algo más que una simple conocida. En palabras de la propia Sílvia, que en su cargo como responsable de recursos humanos había hecho llegar un comunicado a toda la empresa, Sara Mahler había sido «una apreciada compañera de trabajo, a quien todos echaremos de menos». Obviamente, la circular no hacía mención de la causa de la muerte, aunque — Víctor estaba seguro de ello— los rumores ya debían de haber empezado a germinar a media mañana. Y, a esas horas de la tarde del lunes, las ocho y media pasadas, todo Laboratorios Alemany sabía que Sara Mahler, la secretaria del director, se había suicidado. Y que su cuerpo estaba en una sala de autopsias, troceado.

La idea le dio escalofríos, le revolvió el estómago. Tenía ganas de llegar a casa, de abrazar a Paula. El trayecto se le hacía eterno; se percató de que llevaban unos minutos parados. Una docena de coches más adelante, el semáforo en rojo pasó a verde sin que ni un solo vehículo se moviera; luego se burló de ellos con el ámbar y, cuando por fin un coche consiguió cruzar, volvió a su rojo original sin el menor asomo de piedad. El taxista soltó una retahíla de tacos que Víctor decidió ignorar: se le daba bien aislarse de los problemas ajenos. Y entonces, al hacer esa reflexión, le vino a la cabeza el semblante preocupado de Sara Mahler una de las últimas veces que habló con ella. Había sido poco después de la cena de Navidad de la empresa.

Se le ha hecho tarde. Anochece tan pronto que tiene la sensación de que son solo las seis, aunque lo cierto es que el reloj de la mesa marca las 20.40. Cuando levanta la cabeza de los informes de los delegados de zona que está revisando, una tarea que quiere dejar terminada antes de irse, se da cuenta de que Sara ha entrado en el despacho. Seguro que ha llamado y ni siquiera la ha oído. Le sonrío, cansado.

—¿Aún estás por aquí? —Sabe que su secretaria suele quedarse hasta que él se va. Nunca se lo ha pedido: Sara parece haberlo asumido como una

obligación inherente a su puesto.

—Sí... —Sara titubea, toda una novedad. Al final se decide, a medias—: Quería hablar contigo, pero se ha hecho muy tarde. Mejor lo dejo para mañana.

Sí, piensa Víctor. Mañana. La charla le retrasará y desea poner punto final a la jornada y marcharse a casa. Lo que dice, sin embargo, es muy distinto.

—No. Pasa y siéntate. —Señala los papeles y le sonrío de nuevo, sin muchas ganas—. Esto puede esperar.

Tenerla sentada al otro lado de la mesa le resulta raro porque Sara suele quedarse de pie. La solemnidad de los gestos de su secretaria le inquieta un poco, y por un momento le asalta el vago temor de que, a esas horas, vaya a exponerle un problema grave. Ella está incómoda, eso es obvio: rígida, sentada al borde de la silla. Él se cambia las gafas y entonces, cuando por fin la ve con detalle, nota que tiene los ojos un poco enrojecidos.

—¿Te sucede algo? ¿Hay algún problema?

Sara le mira como si lo que fuera a contarle tuviera una trascendencia vital. Permanece en silencio, consternada, hasta que por fin toma la palabra.

—Es sobre Gaspar. —Lo dice rápido pero sin fuerza.

Una mueca de disgusto se dibuja en la cara de Víctor. No quiere hablar de Gaspar Ródenas. De hecho, preferiría no haber oído nunca ese nombre. Cambia el tono, y añade una nota de dureza a su voz.

—Sara. Lo de Ródenas —se siente incapaz de pronunciar su nombre— fue una tragedia. Nunca lo entenderemos. Es algo que escapa a la comprensión humana. Lo mejor que podemos hacer es olvidarlo.

A pesar de que ella asiente con la cabeza, como si estuviera de acuerdo, Víctor se arrepiente de haber comenzado esa conversación. Desvía la mirada hacia la calle: le encantaría disfrutar de una vista más elegante, como la avenida Diagonal; en los primeros momentos de éxito, cuando la crema anticelulítica, la estrella de su gama de productos, batía récords de ventas, llegó a pensar en trasladar las oficinas a un emplazamiento más regio. En cualquier caso, y aunque desde esa ventana ve las inhóspitas calles vacías de la Zona Franca, sigue teniendo ganas de salir del despacho, no de remover un tema que le parece oscuro y truculento.

—Ya lo sé —dice Sara—. Y eso he intentado. Lo intentamos todos... Sin

embargo...

Se interrumpe, quizá porque él sigue con la mirada perdida, súbitamente ausente. Ella lo nota, por supuesto, y agacha la cabeza.

—No quieres hablar de esto, ¿verdad? —pregunta Sara. En su voz vibra una nota de decepción.

—Ahora no, Sara. —Se vuelve hacia ella—. Comprendo que fue un golpe para todos. Para mí también. Confiaba en él, le ascendí.

Su tono oculta que eso no es del todo cierto: él había dado su voto al otro candidato. Sílvia y Octavi Pujades, el jefe directo de Gaspar, lo votaron a él. Y algo en el rostro de Sara le indica que ya lo sabe: un brillo en sus ojos revela que no se cree lo que él le está diciendo. Pero Víctor pasa por alto esa impresión y sigue hablando, con ganas de zanjar el tema.

—Es imposible saber lo que pasa por la cabeza de la gente. Ni lo que sucede en su casa, a puerta cerrada. Ródenas solo trabajaba aquí. Lo que hizo, por horrible que nos parezca, no tiene nada que ver con nosotros. Y debemos olvidarlo, por el bien de la empresa. Así que, respondiendo a tu pregunta, no, no quiero hablar de eso.

Durante los últimos minutos Sara ha ido recobrando su compostura habitual. Se ha ofendido, piensa Víctor. No obstante, ya es tarde para echarse atrás, para preguntarle qué quería decirle. Ella no le da opción, de todos modos. Murmura una disculpa, se levanta y se dirige a la puerta. Se detiene un momento, antes de salir. Por un instante, Sara parece decidida a dar media vuelta, a interrumpirle de nuevo y a soltarle a bocajarro lo que tenía en mente cuando entró. No lo hace. Víctor trata de no mirarla directamente para no darle pie a sincerarse, pero aun así, advierte que lo que expresa la cara de Sara ya no es desilusión, ni orgullo herido, sino tristeza.

El taxi frenó bruscamente en la calle Nou de la Rambla, justo delante de la dirección que había indicado al subir. Víctor pagó y bajó con un adiós seco y, aunque se moría de ganas de ver a Paula, se paró delante de aquel portal antiguo, con solera, como decía ella, y sacó el móvil para llamar a Sílvia. Había ciertos temas de los que no quería hablar en casa y otro del que no quería hablar con su hermana, así que para no extenderse, se limitó a hacerle

un resumen de su entrevista con el inspector.

A Kristin Herschdorfer le encantaba Barcelona. Lo repitió varias veces, como si la buena opinión que tenía de la ciudad fuera a congraciarse con el agente que había ido a verla para hablarle de su compañera de piso, cuando la realidad era que el propio Roger Fort aún no estaba del todo cómodo en la Ciudad Condal. Le parecía grande, llena de gente a todas horas y no especialmente hospitalaria. Esa mañana, por ejemplo, había dado varias vueltas para aparcar el coche en las cercanías del mercado de Collblanc y luego había tardado un buen rato en encontrar el pasaje de Xile, la calle donde había vivido Sara Mahler. Y, sin embargo, comprendía que para aquella chica de veinticuatro años nacida en Ámsterdam el hecho de que el sol brillara en el mes de enero era ya un gran punto a favor de Barcelona. Kristin asistía a un curso de español en la universidad, no muy lejos de su casa, con la intención de empezar en septiembre un máster en energías renovables. Eso sí, como la mayoría de los extranjeros, la holandesa vivía con bastante desconcierto el bilingüismo que imperaba en la ciudad.

—Pero ahora tengo un amigo catalán —comentó con una sonrisa, y Fort no habría sabido decir si ese hecho obedecía a razones sentimentales o a la necesidad de aprender la lengua sin pagar un curso extra. En cualquier caso, estaba seguro de que a Kristin no le iban a faltar candidatos si el elegido no resultaba ser un buen maestro.

—Hábleme de Sara. Ya sé que llevaban poco conviviendo...

—Desde octubre. Primero *vivé*, viví, con otras dos chicas en el centro, pero una estaba loca. Totalmente loca. Y había demasiado ruido. Por las

noches, no podía dormir. Así que busqué otro piso. Vi varios y al final me mudé aquí porque está más cerca de la universidad.

—Esto es más tranquilo que el centro, desde luego. ¿Y qué tal con Sara? —insistió.

Kristin se encogió de hombros.

—Bueno... —Se retorció un largo mechón rubio y desvió la mirada—. El piso está bien. La verdad es que no creo que pueda pagarlo. Yo sola, quiero decir.

—Le preguntaba por Sara —dijo el agente con suavidad.

Kristin parecía reacia a hablar de su compañera de piso.

—Ya. —Sonrió, como si fuera a decir algo indebido—. Bueno... No está bien criticar a los que no están. Sin embargo..., Sara era un poco peculiar. ¿Cómo explicarle...?

Era evidente que no encontraba la forma de hacerlo, así que Fort se decidió a concretar.

—¿Ella había compartido piso antes? —No estaba muy al corriente de los sueldos de una secretaria de dirección, pero el alquiler de ese piso no tenía aspecto de ser muy elevado. Y, de algún modo, resultaba extraño que una persona más bien solitaria, o al menos sin muchos amigos, como Sara Mahler, hubiera metido a una desconocida en su casa.

—No. Bueno, quizá hace tiempo. Cuando llegó a Barcelona. —Kristin siguió jugueteando con el mechón rubio hasta que fue consciente de ello y lo soltó—. Creo que ese era el problema. Yo pagaba lo que me pidió, sí, pero se comportaba como si ella fuera la dueña y yo una invitada. No sé si me entiende.

Roger Fort había compartido piso mientras estudiaba en la academia y tenía presente que el inquilino más antiguo disfrutaba derechos adquiridos a los que no renunciaba fácilmente. Asintió, pues, y Kristin sonrió, aliviada.

—¿Y sabe por qué alquilaba una de las habitaciones?

—No me lo dijo. Comentó algo de que le había entrado miedo de dormir sola en el piso... —Bajó un poco la voz antes de seguir hablando—: Aunque luego era como si le *molest*e, molestara tener a alguien aquí. Creo que se había acostumbrado a vivir sola.

—Ya. La convivencia no es fácil.

Kristin negó con la cabeza al tiempo que lanzaba un suspiro.

—Yo estoy harta. Voy a buscar un estudio o algo parecido, por pequeño que sea.

—¿Sara era muy... maniática?

—¿Perdón?

Fort intentó explicarse.

—Exigente... No sé, con las tareas de la casa o con el ruido.

—¡Oh, sí! Más bien era como una madre aburrida. No, no aburrida...

—¿Pesada? —sugirió él.

—¡Sí! Si yo dejaba platos sucios en la cocina por la noche, ella me dejaba una nota por la mañana: «Debes fregarlos». Si dejaba un *sweater* en la silla, lo doblaba y lo llevaba a mi habitación. Con otra nota. —Kristin enrojeció—. No soy desordenada. De verdad. En el piso de antes solo limpiaba yo. Pero Sara era... ¿excesiva?

—Exagerada, supongo —dijo Fort.

Kristin asintió, y empezó a despotricar contra Sara Mahler sin la cautela que había mostrado al principio.

—Mire, ¿ve ese jarrón? El de la mesa. Bueno, pues se rompió. Lo rompí..., sin querer, claro, mientras le echaba el polvo.

La frase hizo sonreír a Roger Fort, aunque ella no se dio cuenta y siguió hablando, como si en la historia del jarrón roto se concentrara la esencia de su convivencia con Sara Mahler.

—No es muy bonito, ¿verdad? Quiero decir que es barato. Feo. No es para llorar por él.

—¿Sara lloró por el jarrón roto?

—Casi... Me miró como si hubiera atropellado a su madre. Le dije que le compraría otro. Más bonito. Y ella me contestó que yo no lo entendía. Que no era por el dinero sino por el cariño que se tiene a las cosas. Después pasó la tarde pegando los trozos. ¿Lo ve? Se nota si se acerca.

—¿Se enfadaba a menudo?

—No. Enfadarse no. Ponía mala cara. Y siempre estaba aquí —añadió, ya sin tapujos—. No salía casi nunca. Aparte de ir a trabajar, claro. Estaba todo el día en casa, en su habitación, delante del ordenador. Yo diría que era adicta a Facebook. Mi amigo dice que buscaba... ya sabe, sexo, aunque yo no lo

creo. Creo que el sexo no le gustaba.

Ante la cara de extrañeza del agente Fort, ella se explayó.

—Me lo dijo. No así, con esas palabras, pero me lo dijo. Albert, mi amigo, se queda a dormir a veces. Y un día por la mañana, cuando él se fue, Sara me dijo que nos había oído. Ya me entiende... —Kristin se ruborizó un poco—. También me pidió que, por favor, intentara no hacer ruido. Pero su cara tenía expresión de asco. En serio —insistió, como si aquello le resultara inconcebible.

—¿No tenía amigos? ¿O amigas?

Kristin negó con la cabeza.

—No que yo sepa. Aunque tampoco me enteraba mucho. Entre una cosa y la otra me queda poco tiempo libre...

—¿Y no le extrañó que no volviera a casa el miércoles por la noche? Si salía poco...

—Oh, me extrañaría mucho. No. —Se corrigió—: Me habría extrañado mucho. Es así, ¿verdad? Pero yo no estaba en Barcelona. Albert y yo nos fuimos a una casa que sus padres tienen en la montaña y no volvimos hasta el domingo. Y entonces oí el mensaje de la policía y llamé.

Roger Fort carraspeó.

—Habló conmigo. —Hizo una pausa breve—. No quiero ser desagradable, pero ¿cree que Sara era capaz de quitarse la vida? ¿La vio alguna vez triste, realmente triste? ¿Deprimida?

Kristin meditó la respuesta y tardó en contestar.

—Bueno... —dijo por fin—. Yo pensaría en el suicidio si hubiera sido ella. Aunque claro, entonces ya no sería ella exactamente. —Al ver la cara de perplejidad del agente, Kristin prolongó su explicación—: Quiero decir que Sara estaba bien. No parecía contenta, pero tampoco triste. Era como si siempre estuviera preocupada, eso sí. A veces por tonterías, como la del jarrón o porque el ascensor no funcionaba bien. Pero no la imagino saltando...

Y, por primera vez en toda la conversación, la joven pareció tomar conciencia de que su compañera de piso, aquella mujer a la que había descrito en un momento como maniática, exagerada, solitaria y frígida se había lanzado a las vías del metro. Kristin se sonrojó y sus ojos se llenaron de unas lágrimas que ella no hizo el menor intento de reprimir.

—Lo siento —murmuró—. Es que es raro estar aquí hablando de Sara mientras ella está... Perdone.

Kristin se levantó y salió disparada hacia el cuarto de baño. Desde el otro lado de la puerta, el agente Fort la oyó llorar desconsoladamente, como lo haría una niña. Esperó con paciencia a que saliera, pero, al ver que se demoraba, se levantó de la silla y dio una vuelta por el piso.

Era un espacio impersonal, decidió. Muebles neutros. Un cuadro que debía de estar ahí desde hacía años. El sofá, quizá la pieza más nueva, estaba cubierto con una funda de un color marrón desvaído, seguramente la misma que había ocultado el sofá anterior. Era evidente que a Sara no le preocupaba mucho la decoración. Fort se dirigió hacia la estantería donde estaba el jarrón: las líneas por donde se había roto resultaban visibles. Kristin tenía razón, no parecía caro. Era un jarrón cuadrado, de cerámica blanca, sin más gracia, de esos que se envían con un ramo de flores. Ya se apartaba de él cuando algo le llamó la atención. En el interior había algo. Lo sacó y vio que era una tarjeta de visita con el membrete de Laboratorios Alemany. «Gracias por todo», decía. Iba firmada, y Fort tardó un rato en descifrar los nombres. Sílvia y... Otro que empezaba por «c», César. Sí. Sílvia y César. Así que el jarrón, sin duda con un ramo dentro, había sido un regalo de la empresa, pensó Fort mientras deambulaba por el piso en dirección a la habitación de Sara. Cuando estaba cerca, oyó que se abría la puerta del cuarto de baño.

—Iba a echar un vistazo al cuarto de Sara —le dijo sin volver la cabeza.

Kristin fue hacia él, pero vaciló antes de cruzar el umbral.

—Es la segunda vez que entro sin que esté ella —dijo a modo de excusa—. Sara me lo dijo muy claro cuando llegué.

Roger asintió. Sara debía de haber sido una mujer bastante imponente para que sus prohibiciones siguieran vigentes aun estando muerta. Solo la había visto en la fotografía del pasaporte, así que se acercó a las que había prendidas en un corcho, en la pared, al lado de la pantalla del ordenador, pensando que su hermana había tenido uno idéntico cuando era adolescente. Él nunca había entendido qué valor tenía un billete de tren, la entrada de una sesión de cine o cualquiera de los pequeños objetos que su hermana conservaba en aquella especie de altar juvenil. Al parecer, podía tratarse de una costumbre femenina porque Sara Mahler, a los treinta y cuatro años, hacía

lo mismo.

Se sorprendió al ver a una Sara sonriente y en absoluto sola. Al contrario, las fotos mostraban a una chica algo gruesa, radiante, de cabello muy negro; a su lado, en distintas imágenes, desfilaba casi toda la plantilla titular del Barça, entrenador incluido.

—Ah, sí —dijo Kristin—. Le apasionaba el fútbol. Creo que por eso alquiló este piso, porque está bastante cerca del Camp Nou. Era una auténtica fan de él —señaló la imagen en que aparecía Sara con Pep Guardiola.

—¿Iba a menudo al campo?

—No. A algunos partidos, aunque tampoco muchos.

Observó con atención la cara de Sara. En ese momento estaba claro que el suicidio no entraba en sus planes ni siquiera como un pensamiento remoto. Le brillaban los ojos y la sonrisa le iluminaba la cara.

—Ya, ya veo. Me llevaré esta foto, ¿de acuerdo?

Kristin se encogió de hombros, dubitativa.

Otra de las fotografías llamó la atención del agente, en primer lugar porque no la acompañaban futbolistas. Un grupo de hombres y mujeres, vestidos con atuendo informal, posaban delante de una furgoneta. La descolgó y se la mostró a Kristin.

—Ni idea —dijo ella—. Compañeros de trabajo, supongo.

—¿Sara no pertenecía a un grupo de senderismo o algo parecido?

Ella se rio, como si la simple idea fuera descabellada. Él volvió a mirar la foto y se fijó en Sara: en esa también sonreía con entusiasmo, y ese gesto alegre le confería un aire casi infantil; iba vestida con un short beis hasta media pierna que no la favorecía en absoluto. Cogió la foto del corcho, ya sin pedir permiso.

Roger miró a su alrededor. En la habitación había poco más que ver. Abrió el armario, ya con escasas esperanzas, y encontró ni más ni menos lo que debía contener: ropa, cuidadosamente doblada o colgada. Sí, sin duda Sara había sido una mujer más que ordenada: las prendas estaban dispuestas por colores y el conjunto era de una precisión milimétrica. Junto al ordenador había estantes con libros de bolsillo, en su mayor parte en alemán o inglés. En la mesita de noche vio una novela, de una autora llamada Melody Thomas, que Sara tenía a medias a juzgar por el punto de libro. Ya nunca sabría el final,

pensó Fort. Salió de la habitación con cierto pesar y con las fotos de Sara en la mano.

—¿Y qué hago con sus cosas? —preguntó Kristin, como si la cuestión acabara de ocurrírsele en ese instante—. ¿Tengo que guardarlas en cajas?

El rostro de la joven mostraba aprensión y, no por primera vez desde el jueves por la noche, el agente Fort, que procedía de una familia numerosa y relativamente unida, sintió que le embargaba una tristeza dolorosa al pensar que Sara Mahler no tenía a nadie que recogiera sus pertenencias, aparte de esa compañera de piso a la que conocía desde hacía poco más de dos meses y que, en cualquier caso, lo haría por mera obligación. Tampoco tenía muy claro que el señor Joseph Mahler tuviera demasiado interés por las cosas de su hija.

Kristin esperaba una respuesta, así que Fort optó por una solución de compromiso.

—Supongo que sería lo mejor, si no le importa. Cuando lo haya hecho, llámeme y vendré a buscar las cajas de su compañera.

—De acuerdo.

—Una cosa más. —No quería enseñarle a esa chica la foto de los perros: bastante alterada se veía ya. Sin embargo, debía preguntárselo—. ¿Sara le habló alguna vez de perros? ¿Le daban miedo o algo parecido?

Ella le miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Perros? —Negó con la cabeza—. No. Para nada. No sé si le gustaban o no, pero ¿qué tiene que ver eso con su suicidio?

Había pronunciado la palabra por primera vez. Era extraño, reflexionó Fort, cuánto costaba decir ciertas cosas. La gente hablaba con total libertad de sexo, por ejemplo, y sin embargo el tema de la muerte, sobre todo cuando esta era autoinfligida, seguía siendo un tabú difícil de superar.

—No lo sé. Probablemente nada —repuso él, sin darle más datos.

Segundos después el agente Roger Fort se dirigía a la puerta, sin saber muy bien si había sacado algo en claro de aquella charla, aparte de dos fotografías y una sensación de melancolía que parecía oprimirle el pecho.

—Perdone —le dijo Kristin cuando el agente estaba ya en el rellano—. Antes he dicho cosas feas de Sara. No eran mentira. Pero luego me he acordado de cuando estuve enferma y ella llamó al médico y cuidó de mí. Preparaba sopa y me la llevaba a la cama. —Bajó la cabeza, como

avergonzada—. Es una tontería. Solo quería que lo supiera. Sara era extraña, pero no era mala persona.

Roger Fort asintió y le sonrió. La puerta del ascensor se abrió y tras ella salió un individuo que, según dedujo, era el amigo catalán de Kristin. Igual de joven aunque mucho menos rubio. Mientras bajaba, el agente Fort observó las dos fotos. Y pensó que la última frase de la holandesa era un epitafio acertado, aunque habría podido aplicarse a una gran parte de la población mundial. Guardó las fotos antes de salir. La sonrisa de Sara Mahler, aquel semblante añorado en un cuerpo de mujer, se le había quedado alojado en algún rincón de la memoria, junto con una sensación de desánimo que, de repente, hizo que las calles de Barcelona, llenas a rebosar de vehículos y transeúntes, se le antojaran un espacio desconocido y hostil.

8

Hay noticias buenas que uno se alegra de dar porque sabe que van a ser bien recibidas; otras absolutamente nefastas que uno se ve obligado a transmitir con cara de circunstancias deseando que el trago pase lo antes posible. Y luego existe una tercera clase, más ambigua, que genera una sensación a medio camino entre la satisfacción y la nostalgia; al menos a mí, pensó Héctor cuando se disponía a explicar a la subinspectora Andreu la «oportunidad» que se le presentaba.

Martina estaba intrigada, sin duda. Desde la tarde anterior, la frase de Salgado había estado rondándole la cabeza, como un aguijón molesto aunque tan pequeño que no podía extraerlo. Para colmo, él había pasado toda la mañana de nuevo con Savall y no estuvo libre hasta después de la comida.

—Suéltalo de una vez, Héctor —le espetó en cuanto se sentó ante él—. Me tienes en ascuas y no lo soporto. Ya sabes que las sorpresas me ponen nerviosa.

Lo sabía. A veces Héctor se solidarizaba con el marido de la subinspectora, a quien apenas conocía. Tener al lado a alguien que era la voz de la razón podía ser molesto a veces.

Salgado tomó aire.

—¿Viste que ayer estuvimos reunidos con Savall?

—Claro que lo vi. No te hagas el interesante —le advirtió ella con una sonrisa.

—Espera. No seas impaciente. —Había pensado en las palabras más adecuadas, pero en ese instante, con ella delante, mirándole con su franqueza

habitual, las mandó al carajo—. Bueno, estuvo Calderón. Ya le conoces, de la unidad de crimen organizado de la Nacional.

Martina le conocía de vista. Habían cooperado en el caso del tráfico de mujeres nigerianas, un año atrás, aunque había sido Héctor quien había trabajado más estrechamente con él.

—Te lo resumo en pocas palabras. Ahora anda metido en varios temas, aunque se dedica en especial a uno. Las mafias del Este. Ucranianos, georgianos, rumanos... y rusos. —El énfasis en la última palabra fue evidente—. Hasta el momento, los rusos han utilizado España como lugar de inversión, no de delincuencia.

Martina asintió. Las noticias sobre los supuestos *vori v zakone*, o «ladrones de ley», hacía tiempo que rondaban por periódicos y despachos oficiales. Eran los equivalentes a los capos de la mafia italiana, que residían cómoda y lujosamente en diferentes lugares de España, sobre todo del sur, y blanqueaban dinero gracias al gran pozo sin fondo que había sido la inversión inmobiliaria, en particular en urbanizaciones costeras.

—Bien —prosiguió Héctor—. Como también sabes, el tema inmobiliario ya no es lo que era y, según Calderón, algunos de los que hasta ahora se dedicaban acá solo a invertir están cambiando su estrategia. Se llevan el dinero a otro lado, más rentable, y empiezan a pensar en España como lugar de negocio. Ya sabes, drogas, chicas, todo...

»Al parecer se están dispersando. Antes vivían todos juntos, por lo general en sitios de costa, con la intención de pasar desapercibidos y ser tomados por residentes extranjeros que buscan un clima más benévolo que el suyo. Hace unos meses, según Calderón, comenzaron los traslados. El jefe permanece en su sitio, pero sus colaboradores se han distribuido por distintos puntos de la península: Valencia, Madrid, Galicia, Tarragona...

—¿Creen que están montando una especie de red organizada?

—Exacto. Es mala época, Martina, todos lo sabemos. Y en un momento como este, el dinero es bien recibido en todas partes sin que nadie haga muchas preguntas.

—¿Hablas de corrupción?

—Corrupción, necesidad... Pobreza, al fin y al cabo. El mejor acicate del crimen. La pobreza de los nuevos ricos, sobre todo los que ya no quieren

volver a ser pobres. —Héctor se encogió de hombros—. No sé muchos detalles. Por lo visto la cosa aún está empezando, y por una vez quizá les llevemos ventaja. Al menos estamos al tanto de sus movimientos, que ya es algo. Y desde Interior hay una voluntad firme de no dejar que sus negocios florezcan. Le pese a quien le pese.

Martina Andreu no dijo nada, pero en su postura se veía con claridad que no entendía qué tenía que ver ella con todo eso.

—Bien. Esa voluntad firme se traduce en fondos para una unidad especial con Calderón a la cabeza. Y con colaboradores de los distintos cuerpos autonómicos. Creo que Savall lo llamó una «unidad integral». —Sonrió.

—¿Y? —Martina no se atrevió a plantear la pregunta concreta.

—Y quieren que tú entres en ella. Bueno, de hecho quieren que coordines la parte que nos corresponde. Tendrás a un reducido grupo de agentes a tu cargo y reportarás directamente a Calderón.

Martina Andreu apoyó la espalda en la silla, como si alguien acabara de empujarla.

—Pero... —Ella no era diplomática, nunca lo había sido, y formuló la pregunta a bocajarro—. ¿No sería más lógico que te encargaras tú de esto? ¿O algún otro inspector?

Salgado enarcó las cejas al tiempo que sonreía.

—Bueno... Martina, no nos engañemos, tú sabes que yo estoy más o menos en el banquillo en este momento. —Acalló con un movimiento de cabeza la inminente protesta de la subinspectora—. Es así. Ya está. En parte me lo busqué. —Se dio un leve golpe en el pecho—. *Mea culpa*. No te preocupes por eso.

—Claro que me preocupo. No es justo, y...

—¡Martina, no! Como dicen los tangos, la vida no es justa. Si alguien cree lo contrario, lo compadezco. Le partí la cara a Omar, eso es un hecho que, en una ficha, se traduce como propensión a la violencia, sin espacio para más explicaciones. Y luego —su voz se volvió más seria— está el tema de Ruth.

Martina desvió la mirada. Había llegado a cogerle manía a ese nombre y a todo lo que implicaba, aunque jamás se lo diría a su jefe. Apreciaba tanto a Héctor, le había visto tan obcecado en encontrar una respuesta, que cuando Savall se cuadró y le quitó el caso casi se había sentido aliviada. No era justo,

pero como él acababa de decir, ¿acaso la vida lo era?

—Así que ahora solo tienes que pensar si te interesa o no. —Ambos sabían que eso era una estupidez. Si el comisario la había propuesto, había poco que pensar—. Martina, es una buena oportunidad. Tú lo sabes.

Héctor era consciente, o al menos creía intuir, algo más. Savall había querido rescatar a Martina Andreu, una mujer a la que apreciaba personal y profesionalmente, del bando de los proscritos. Para lo bueno, y sobre todo para lo malo, el nombre de Andreu se asociaba al de Salgado, y lo mejor para la carrera de la subinspectora era que ese vínculo se rompiera cuanto antes. Eso no iba a decírselo a ella, por supuesto. Martina era tan leal que no vacilaría en montar un escándalo si sospechaba algo así.

—Mi situación es complicada —matizó ella—. Sabes que Rafa sigue en paro, ¿verdad?

Él asintió. El marido de la subinspectora era arquitecto técnico y había sido uno de los primeros en sufrir el pinchazo de la burbuja inmobiliaria. Primero pasó meses sin cobrar y finalmente se había quedado sin trabajo, y con pocas perspectivas de encontrarlo, en septiembre del año anterior.

—No sé si es el mejor momento para que yo...

Héctor la comprendía, pero su obligación era llevarle la contraria.

—Martina, no lo hundas más. No sacrifiques una buena oportunidad por una lealtad mal entendida. Eso no os hará ningún bien, ni a él ni a ti.

—No te imaginas lo que es verlo en casa. —Ella era poco dada a tratar temas personales, incluso con él—. Está irritable, se enfada con los críos por cualquier tontería. A ratos pienso que no lo voy a soportar más. Me supera verlo deprimido y al mismo tiempo me da cierta rabia, como si en parte fuera culpa suya. Como si la solución fuera que aceptase cualquier cosa. Y entonces me odio a mí misma... Joder.

—No es culpa suya y lo sabes. Pero si dejas pasar esta oportunidad sí tendrás algo real que cargar sobre sus hombros.

Ella se esforzó por sonreír.

—Así que quieres librarte de mí, inspector Salgado.

—Por supuesto —admitió él con fingida solemnidad. Miró al techo, como si diera gracias a un ser supremo—. Todo esto es una conspiración ideada por mí para librarme por fin de tus broncas.

Se miraron con más cariño del que solían demostrarse. Ninguno de los dos era precisamente efusivo en sus afectos; quizá por eso se habían entendido siempre tan bien.

—Y si aceptara, ¿cuándo empieza todo?

—Savall te espera en su despacho... ya mismo. Hay una reunión en Madrid pasado mañana.

—Joder. ¿Tengo a alguien preparándome la maleta en casa sin que yo lo sepa?

—Pensé en enviar a Fort, más que nada para que hiciera algo útil...

La broma de Héctor quedó en el aire, como una flecha sin rumbo, cuando la puerta se abrió y el sujeto en cuestión apareció en el umbral.

—Perdón —se disculpó Roger.

Salgado casi enrojeció y Martina Andreu aprovechó el momento para levantarse.

—Te dejo al jefe todo para ti. Hablamos luego —añadió dirigiéndose a Salgado. Le guiñó un ojo antes de salir y murmuró—: Tú sigue haciendo amigos.

Héctor se pasó los primeros minutos dilucidando si Fort habría oído su desafortunado comentario: se maldecía por haberlo hecho y al mismo tiempo no podía evitar pensar que aquel chico tenía el don de la inoportunidad. Así que cuando de repente vio en su cara que acababa de formularle una pregunta que no había oído, no supo qué responder y observó la foto que el agente había colocado en su mesa con atención desmesurada.

—A ver, Fort —le dijo por fin, en un intento de recapitular—, encontraste esta foto en el piso de Sara Mahler y hablaste con su compañera. No corras, cuéntame la entrevista sin prisas.

Su subordinado le miró, sonrojado, y asintió.

—Lo siento —dijo, y Héctor se sintió aún peor que antes—. Supongo que tenía prisa por llegar al final.

Acto seguido, Roger Fort obediente, le contó las impresiones sacadas de su breve encuentro con Kristin Herschdorfer. Le explicó que, sin ser definitivas, apuntaban a que Sara Mahler no era una persona de convivencia

fácil, llevaba una vida solitaria y, en líneas generales, no parecía feliz. Todo listo para que la alegre Navidad le diera la estocada final, pensó Héctor. Su compañera de piso estaba fuera; la vivienda, vacía. Si en esos últimos días Sara se había sentido deprimida, tal vez optó por terminar con todo para siempre. De repente se le ocurrió una pregunta que por lo visto nadie se había formulado hasta entonces.

—¿Y por qué estaba en la estación de metro a esas horas? ¿Alguna idea?

El agente Fort puso cara de desconcierto.

—Quiero decir que, según esa tal Kristin, Sara salía poco... Y si hubiera tenido la costumbre de trasnochar, te lo habría dicho. Pero en la madrugada del jueves, Sara estaba en el metro. Tenía que ir o venir de alguna parte, ¿no?

—Se respondió a sí mismo—: Incluso si hubiera decidido arrojarse a las vías, no tenía por qué irse a una estación tan alejada. Y dudo que saliera de casa con esa idea.

La duda era más que razonable. Aunque las estadísticas eran una ciencia inexacta, pocas mujeres elegían ese método para terminar con su vida. Héctor seguía pensando que las que lo hacían sucumbían a una tentación instantánea, a ese momento de desesperación en que el salto mortal se les antojaba la única opción.

Roger negó con la cabeza, apesadumbrado.

—No lo sé, señor. Lo siento, no se me había ocurrido hasta ahora.

—Bien, no te preocupes. ¿Qué más querías decirme?

Fort prosiguió con su relato despacio: la descripción del piso, de la habitación; las fotos de los futbolistas en el corcho de la pared..., y por fin llegó a la fotografía que el inspector Salgado tenía delante.

Mostraba a Sara con siete personas: dos mujeres y cinco hombres de edades diversas, entre los treinta y los cincuenta y tantos años. Sara estaba en un extremo de la imagen y, aunque sonreía, había una distancia casi imperceptible pero real entre ella y el resto del grupo.

—¿Todos son compañeros del trabajo?

—Sí, señor. En cuanto la vi, tuve la impresión de que una de las caras me resultaba familiar. La del chico que está en el lado opuesto de la foto. El que lleva gafas.

—¿Y?

—Si no me equivoco, y creo que no, se trata de Gaspar Ródenas.

Héctor frunció el ceño ligeramente. Un emocionado Roger Fort repitió por fin la frase que había dicho al principio de la conversación y que el inspector no había llegado a oír.

—El pasado septiembre, Gaspar Ródenas mató a su mujer y a su hija, de catorce meses. Luego se suicidó.

Salgado observó la foto. Él no llevaba casos de violencia familiar, pero la edad de la niña se le había quedado grabada.

—¿Quieres decir que Sara y Gaspar Ródenas trabajaban en la misma empresa? ¿Y que ambos se han suicidado?

—Sí, señor. Es un poco extraño, ¿verdad?

Sí, pensó Héctor. Bastante extraño. Volvió a mirar la foto: de esas ocho personas, todas relativamente jóvenes, dos habían muerto de manera violenta. En un caso, el suicida se había llevado por delante a su familia; en el otro, solo a sí misma. Aunque todo podía tener otra explicación, si se atendía a los expertos.

—¿Recuerdas lo del efecto llamada? —le preguntó a Fort—. Si me lo preguntas a mí, te diré que no creo mucho en esas cosas, pero algo hay. Si Sara estaba muy deprimida, la acción de su compañero pudo darle la idea.

Lo dijo sin demasiado convencimiento. Los actos de un parricida difícilmente podían ser tomados como ejemplo por nadie que estuviera en sus cabales. Y, hasta el momento, en su composición de lugar, Sara Mahler no era ninguna demente.

Héctor consultó la hora antes de continuar hablando. Ese día quería salir pronto del despacho.

—Fort, hazme una copia de la foto antes de irte. Mañana intenta averiguar qué hacía Sara en esa estación. Y pide información a la gente de violencia familiar, a ver qué te cuentan. —Buscó con la mirada la tarjeta que le había dado Víctor Alemany hasta encontrarla—. En cuanto recabemos un poco más de información, nos acercaremos a Laboratorios Alemany para hacerles una visita de cortesía.

Roger Fort asintió, aunque Héctor no estuvo muy seguro de que hubiera captado la ironía.

—Ah, y buen trabajo, Fort. Sigue así.

Lo dijiste al estilo Savall, se reprochó a sí mismo. En el último minuto y sin mirar al otro a la cara.

9

Aunque hacía meses que tenía las llaves del piso de Sílvia —desde antes del verano, cuando anunciaron su compromiso—, cada vez que César las usaba sin que ella estuviera tenía la sensación de ser un intruso. Abrió despacio y tardó unos segundos en entrar, como quien teme el ataque de un perro inexistente. Dentro de poco sería también su casa, pensó, pero no conseguía despojarse del todo de la actitud que tendría un invitado. Era consciente de ello y le fastidiaba bastante, la verdad. Preferiría moverse con la misma despreocupación que en su apartamento: dejar la chaqueta apoyada en una silla de cualquier manera, quitarse los zapatos y cambiarse de ropa. En su lugar, colgó el abrigo en el perchero del recibidor y se aflojó un poco el nudo de la corbata. Nada más.

No se oía ningún ruido, y César fue hacia la cocina a coger una cerveza. Sabía que Sílvia las compraba para él. La abrió y tiró la chapa en uno de los tres cubos de basura pequeños, no sin antes comprobar que la arrojaba al que correspondía. Maldito reciclaje. En su apartamento tenía una única bolsa de basura, como siempre, pero Sílvia se fijaba en esos detalles. Y sus hijos también. Joder, en alguna ocasión se había sentido como un destructor del medio ambiente solo por tirar el cartón de leche donde no debía. El reloj marcaba las 18.40, lo cual significaba que Sílvia tardaría aún más de una hora en llegar. Pol tenía entrenamiento de fútbol sala y Emma, la mayor, debía de estar en casa de alguna amiga. Mejor, César se sentía más cómodo sin ellos por allí.

El martes era el único día que Sílvia salía del trabajo un poco antes de las

seis para asistir a su clase de yoga semanal. Solo un tornado devastador habría podido alterar esa rutina, que proseguía luego en casa con una cena ligera, un rato de tele en el sofá y un polvo rápido en el dormitorio. Por eso César estaba allí, aunque ese martes había llegado más temprano de lo habitual. Había salido pronto del trabajo, no porque tuviera nada especial que hacer, sino porque a media tarde se hartó del ambiente, cargado de conjeturas, que se respiraba en la empresa.

Desde el día anterior, la noticia de la muerte de Sara había estado en boca de todos: murmuraciones, más o menos malintencionadas, que apuntaban al suicidio de la secretaria del director general como única explicación. «Nadie se cae a las vías del metro por accidente» había sido con leves variaciones la frase del día. A partir de ahí, las elucubraciones se dispararon en direcciones diversas, sin más fundamento que cuatro tópicos de psicología barata: la tristeza de la Navidad, la soledad de las mujeres, el desarraigo, la falta de sexo. Tonterías, en el fondo, porque muy pocos conocían bien a Sara Mahler; si se hubiera realizado un concurso de popularidad en la empresa, ella habría quedado en una de las últimas posiciones, no tanto porque la gente la encontrara antipática sino más bien porque ni siquiera se habrían acordado de citarla. Sara pasaba desapercibida: prefería el *e-mail* a la comunicación personal, apenas se movía de su mesa, asistía a las cenas de empresa y se mostraba educada, pero sin confraternizar demasiado. Para colmo, en algún momento había corrido el rumor de que no era de fiar: demasiado cercana a Víctor Alemany, demasiado reservada para que alguien la hiciera partícipe de los cotilleos generales y demasiado extranjera para entender que la gente saliera a fumar en horas de trabajo o que pasara más de cinco minutos al lado de la máquina de café. Y, sin embargo, César sabía que se equivocaban: Sara había sido perfectamente capaz de guardar un secreto... Al menos, eso esperaba.

Basta, se dijo. Se había ido del trabajo para no hablar de Sara y ahora no conseguía quitársela de la cabeza. Y, con toda seguridad, cuando llegara Sílvia el tema saldría de nuevo. Es suficiente, se repitió. Acabó la cerveza y depositó el envase en el cubo del vidrio. Luego fue hacia el salón, se sentó con cuidado en un sofá que milagrosamente seguía tan blanco como el primer día y encendió la tele. En la pantalla apareció uno de esos concursos de tarde,

presentado por un individuo que intentaba insuflar entusiasmo a la audiencia. Uno de los concursantes era un chaval negro, que se batía en un duelo de palabras con una mujer de mediana edad a la que sin duda superaba en conocimientos. Con una leve expresión de disgusto involuntaria, César cambió de canal y se encontró con un documental sobre peces. Esto está mejor, pensó, dejándose acunar por una voz en *off* monocorde y serena. Tal vez fuera por la cerveza, tal vez porque la noche anterior la había pasado en vela o porque en el fondo los peces no le importaban en absoluto, pero lo cierto fue que el sueño le atacó con alevosía. Se dijo que solo sería un momento, que cerrar los ojos le ayudaría a relajarse, y unos minutos después estaba dormido, con la cabeza ladeada y el mando de la tele en la entrepierna.

Despertó de repente, sobresaltado, al notar un roce en la bragueta. El sueño había sido tan profundo que en ese instante no sabía bien dónde estaba, ni si era de día o de noche. Tardó unos segundos en volver del todo al mundo consciente, a ese sofá blanco, a la tele encendida. Y a Emma, en albornoz, que le sonreía con el mando a distancia en la mano.

—Buenos días —le dijo ella, irónica—. Roncabas como una fiera del zoo. Pobre mamá, tendrás que comprarle tapones para los oídos.

Él bostezó, sin poder evitarlo. Tenía un aire desconcertado que a ella parecía divertirle. César se dio cuenta entonces de que alguien, Emma, acababa de apagar el televisor.

—Creo que no la estabas viendo —afirmó ella.

Su cabello estaba mojado, y cuando dejó el mando sobre la mesita, César se percató de que la hija de Sílvia no llevaba nada debajo del albornoz. Acurrucada en un rincón del sofá, se diría que era un gatito de angora blanco, dócil solo en apariencia.

—¿Qué hora es? —preguntó César—. ¿Estabas aquí cuando he llegado?

—En la ducha, supongo. —Miró el reloj digital que había junto a la tele—. Y es pronto. Mamá aún tardará un rato.

El tono de Emma le despertó del todo. La miró de reojo. Dieciséis años. «Como dieciséis soles», habría dicho su madre. César apoyó las manos en las rodillas e hizo ademán de incorporarse, pero ella extendió las piernas

desnudas y dejó los pies en la mesita de centro formando una barrera ridícula, fácilmente franqueable.

—Emma... Déjame pasar. Voy al baño.

Ella se rio.

—Huir es de cobardes. —Bajó la mirada—. Por cierto, deberías tirar esos zapatos. Son cutres. Estoy segura de que a mamá no le gustan nada. Ni a mí tampoco.

César tardó unos segundos en reaccionar. El descaro de esa cría lo dejaba sin palabras.

—¡Emma, joder, basta! —El tono de enojo resultó exagerado, postizo. Ella bajó las piernas, obediente. Pero él no se movió—. Escucha, ya vale. Te lo dije muy claro hace tiempo: esto no tiene ninguna gracia.

Era la verdad. Se lo había dicho. Se lo había repetido ya bastante, sobre todo durante el verano anterior, durante las tres semanas que pasaron juntos en un chalet alquilado de la Costa Brava. Al principio no habían sido más que roces casuales, siempre cuando estaban solos, sin Sílvia y sin Pol. En el coche, camino del supermercado; en la playa, mientras los otros dos se bañaban... O, con absoluto descaro, una tarde que se quedaron juntos en la piscina porque Sílvia había ido a la peluquería del pueblo y Pol había salido a montar en bici con sus amigos. Entonces él quiso zanjar el tema por primera vez. Un «no» firme, como el que le soltarías a un cachorrillo que se empeña en comerse los cables. Ella se había limitado a sonreír, como una Gioconda perversa, y a susurrarle, casi al oído: «¿Y qué harás si sigo? ¿Contárselo a mamá?».

Era lo que debería haber hecho y lo sabía. Simplemente no se atrevió. Emma era la hija perfecta: matrículas de honor, educada, responsable, puntual. Sílvia estaba tan orgullosa de ella que no le habría creído. Por otro lado, ¿qué iba a decirle? ¿Qué su hija adolescente lo acosaba? ¿A él, a un tipo corriente, de cuarenta y siete años? La mera idea de expresarlo en voz alta le resultaba ridícula. Y, sin embargo, que Emma lo encontrara atractivo le llenaba de un orgullo tonto que a veces le ayudaba a masturbarse de miércoles a sábado.

—Venga, ya hemos hablado de esto antes. Búscate un noviete de tu edad. —Intentó frivolar, quitarle hierro al asunto, aunque el resultado fue que Emma torció el gesto, contrariada como una niña pequeña.

—No me digas lo que tengo que hacer. No eres mi padre.

—Desde luego que no —replicó él—. Haz lo que te dé la gana, pero déjame en paz, ¿vale?

Ella volvió a reírse. Verlo enfadado la excitaba.

—Si me das un beso —le retó—. Solo uno...

—No digas tonterías.

—Va... En la mejilla. Un beso de papá.

La tenía al lado, más cerca. El albornoz se había aflojado un poco, lo bastante para insinuar sus senos jóvenes. Emma le cogió la mano e intentó guiarla hacia su piel. Suave, blanca, con olor a jabón. César cerró el puño para resistirse y la agarró con fuerza. Se miraron, desafiantes. Los labios de ella entreabiertos, inocentemente ávidos. Transcurrieron unos segundos, pero en ese pulso ambos se comprendieron. Intuyeron que algún día sucedería lo inevitable.

Pero no entonces: él consiguió desasirse y ella lanzó un gemido de dolor.

—Me has torcido la muñeca, bruto.

—Me marchó. Dile a tu madre que he tenido que irme. Y, ya que eres tan valiente, le explicas por qué. —César habló sin pensar. Esa vez las palabras dieron resultado.

—¡No! César, no te vayas...

Él caminó hacia el recibidor dando zancadas, se puso la chaqueta. Emma le gritó desde el salón.

—¡César, vuelve! Por favor... No quiero que te vayas.

César se vio a sí mismo como si se observara de lejos y se gustó solo a medias. Él, que se había desenvuelto con soltura en prostíbulos y bares de copas, jugaba ahora a hacerse el ofendido, a representar el papel de hombre digno e inflexible, cuando en realidad no era más que un tipo patético incapaz de manejar a una jovencita. «Huir es de cobardes», se repitió. Aun así, el enfado se impuso y él tenía ya la mano en la manecilla de la puerta cuando Emma corrió hacia el recibidor y le soltó con voz ronca:

—Si te vas, haré lo mismo que esa tal Sara de la empresa. Me mataré. Con lejía. Y antes dejaré una nota explicando que es por tu culpa.

César no sabía si hablaba en serio. Decidió darse la vuelta.

—Emma...

Error. Debería haberse ido. Lo sabía aunque fuera incapaz de hacerlo. A ella le brillaban los ojos. Quizá fueran lágrimas, de furia o de frustración, pero no llegaron a caer. Se quedaron en esa mirada turbia, contenidas, amenazantes.

—Por tu culpa y por culpa de mamá. De los dos. Dejaré una nota que os hundirá para siempre en la miseria. —Se envalentonó al ver la cara de él, cada vez más pálida—. Y tendréis que explicar también lo de esa Sara. El porqué se mató, si es que se mató.

—¿Qué dices? —Su voz era apenas un murmullo.

—Yo me entero de todo, César. Mamá habla contigo por teléfono creyendo que no la oigo. —Se rio; fue una carcajada agria, enfermiza, impropia de su edad. Y repitió—: Siempre lo sé todo. No lo olvides. —Hizo una pausa, dio un paso hacia delante, bajó un poco la cabeza. Las posibles lágrimas habían desaparecido, engullidas por la sensación de victoria—. Y ahora, ¿me das ese beso? Solo uno... Un beso de papá.

Por un momento él no supo si besarla o cruzarle la cara de un bofetón. Y allí de pie, inmóvil y sudoroso, comprendió con temor que tampoco sabía cuál de las dos opciones le excitaba más.

Hacía una noche impropia del mes de enero. Sosegada, tranquila. Engañosamente cálida. Incluso, con muy buena voluntad, se apreciaba alguna estrella que osaba dejarse ver a través de aquel gran velo que cubría la ciudad y que ya se había convertido en su único cielo. Si continuamos contaminando la ciudad, pensó Héctor, los cristianos tendrán que buscar otro sinónimo para el paraíso, alguna isla remota o algo parecido, porque a este cielo no va a querer ir nadie. Quizá lo dejarán de purgatorio, un lugar que siempre había imaginado de un color ocre sucio, para alojar a los pecadores de medio pelo. Los auténticos seguirían condenados al infierno. Como los suicidas.

Siempre se le había antojado extraño que la Iglesia condenara a estos de forma irrevocable. No había justificación alguna que redimiera a quien se quitaba la vida. No había suicidas buenos y malos. A todos se les infligía el mismo castigo, sin excepciones y sin tener en cuenta su andadura previa. Disponer de la propia vida era el máximo pecado. Pues vaya, si no tenemos ni eso, ¿qué nos queda?, se dijo Héctor mientras encendía el cuarto cigarrillo desde que había subido a la azotea. Fumar y matarse de a poco, pensó sonriente. Se acercó a la barandilla y lanzó una bocanada de humo para enturbiar aún más el cielo nocturno: el sueño no llegaría por medios naturales, no le cabía la menor duda.

Y eso que la noche había empezado con una nota prometedora. Por Navidad, a modo de indirecta en absoluto sutil, le había comprado a Guillermo unas zapatillas de deporte, regalo que su hijo contempló con el mismo interés que si hubiera sido una máquina de tricotar. Sin embargo, el día

anterior, a la hora del desayuno, en un cambio de registro que debía de ser el rasgo distintivo de la adolescencia, el chico le había preguntado cuándo iría a correr y Héctor se había apresurado a cerrar el trato, antes de que su hijo se volviera atrás. Martes por la tarde, sobre las ocho.

Así había sido. Un Guillermo reticente le esperaba en casa, ya cambiado y listo para salir cuando él llegó a las ocho y media pasadas. Sin hacer mucho caso a las protestas sobre el retraso, Héctor se puso el pantalón corto y se calzó las zapatillas, temiendo de antemano que la idea de «hacer cosas juntos» no fuera tan buena como le había parecido en el momento de comprar el regalo. Maldita pedagogía moderna que nos vuelve a todos medio imbéciles, pensó justo al salir. La cara de mal humor de Guillermo no auguraba nada bueno.

Y los augurios se cumplieron. En parte por culpa del chaval, y en parte por la de Héctor. Como siempre. Él no estaba acostumbrado a tener compañía mientras corría, y verse obligado a esperar a alguien constantemente le ponía nervioso. Por otro lado, a Guillermo parecía avergonzarle practicar deporte con su padre, quien, además, estaba en mejor forma que él. Ciertamente es que uno no suele hablar mucho mientras corre, pero entre ellos se instauró un silencio tenso. Héctor había escogido un recorrido corto, en línea recta, paralelo al mar. Sin embargo, su ritmo era más rápido y, aunque contenía el paso, dejaba atrás a su hijo cada pocos metros. Al final, cuando se le ocurrió decirle, en voz alta y con un leve tono de bronca: «Guille, hijo, acelera un poco», el muchacho le miró como si acabara de someterle a la peor de las humillaciones y, con semblante hosco, dio media vuelta y se alejó en dirección contraria corriendo, entonces sí, de verdad. Héctor dudó entre seguirle o continuar con su recorrido. Al final, a sabiendas de que era mejor que pasara el tiempo y se calmaran los ánimos, optó por la segunda posibilidad.

Cuando llegó a casa, su hijo ya se había duchado y encerrado en su cuarto. Dedujo que también había cenado, puesto que encontró platos en el fregadero, sin lavar. Añadir otro reproche le pareció excesivo y fingió no verlos. Pero cuando vio las zapatillas en la caja, encima de la mesa, en un gesto que a todas luces era un desafío, llamó a la puerta del cuarto de su hijo. No obtuvo respuesta. Abrió sin que Guillermo diera señales de inmutarse: tenía el ordenador encendido, por supuesto, y los auriculares conectados. Héctor tuvo

que hacer un esfuerzo que su terapeuta habría elogiado para no desconectar todos los aparatos eléctricos y conseguir que le prestara un mínimo de atención.

Luego mantuvieron una conversación que, vista con perspectiva, habría sido mejor evitar. El contenido y las formas daban igual; el resultado había sido que Guillermo le había invitado a abandonar su cuarto —«¿Te importa dejarme en paz?»— y él había respondido con una frase típica de padre cavernario, con el acento argentino que ya solo le salía cuando se enojaba, que jamás pensó que pronunciaría. Para colmo, cuando estaban en pleno intercambio de frases hechas, cada uno en su papel, había llamado Carmen.

La casera no pareció advertir que interrumpía una discusión paternofilial. Se la veía emocionada, incluso nerviosa. Un estado que, Héctor lo sabía, solo podía deberse a una cosa: efectivamente, el hijo de Carmen, Carlos, Charly para todo el mundo, la había llamado esa tarde después de años sin dar señales de vida. Todas las balas perdidas encuentran un agujero donde alojarse, reflexionó Héctor. Y Charly era una bala de largo recorrido que siempre acababa haciendo daño. No obstante, una madre es una madre, y aunque Carmen no era tonta y sabía de qué pie calzaba su hijo, la mujer estaba contenta, y Héctor dedicó un rato a charlar con ella. Charly llegaría el viernes para quedarse una temporada. Obviamente no tenía trabajo, ni mucho dinero, ni había concretado plan alguno. La crisis sin duda favorecería el retorno de los hijos pródigos que ya rondaban la treintena.

Después de que Carmen se fuera, retomar la discusión con Guillermo le pareció absurdo, así que cenó poco, vio un rato la televisión y, finalmente, con el portátil bajo el brazo, subió a la azotea. Nada era como debía ser, se dijo: ni los hijos, ni los padres, ni aquella noche de invierno.

Convencido de que no se dormiría, encendió el ordenador y se lanzó a la búsqueda de información. Era un poco ridículo, ya que todo aquello podría obtenerlo al día siguiente de Roger Fort, pero quería hacer algo y el nombre de Laboratorios Alemany seguía reverberando en su mente. No tenía ganas de leer la historia de la empresa en ese momento, aunque sí vio un vídeo corporativo, realizado con bastante acierto, sobre los criterios que definían la

compañía: juventud, libertad y belleza integral... Un adjetivo, este último, que parecía estar en auge.

El vídeo recogía breves entrevistas con miembros de la empresa, entre los que reconoció a algunos que salían en la fotografía de grupo. Ni Sara, ni el otro suicida, Gaspar Ródenas, aparecían en él. Sí salía Víctor Alemany, por supuesto, y su hermana, Sílvia, una de las mujeres de la foto. Con la copia de la instantánea en la mano y en un segundo visionado del vídeo, identificó también a Brais Arjona, brand manager de la línea Young, y a Amanda Bonet, una preciosa joven que, según el subtítulo, era la responsable de diseño y *packaging* de la misma línea. Le quedaban tres personas sin nombre: tres hombres que aparecían en la foto aunque no en el vídeo y que debían de pertenecer a departamentos técnicos. No, uno de ellos sí salía: Manel Caballero, adjunto al director técnico. Resultaba casi irreconocible pero sí, era él: el mismo chico de cabello un poco largo que en el vídeo hablaba de «innovación y desarrollo» con poca soltura. Desde luego mucha menos que el tal Brais Arjona, un tipo que demostraba un aplomo envidiable. En argot cinematográfico, la cámara le quería, aunque no tanto como a Amanda Bonet. Sin duda, Amanda era una de las mujeres más bellas que Héctor había visto nunca, y hablaba despacio, con claridad y sin afectación.

Efectuó luego otra búsqueda. «Gaspar Ródenas». No aparecían muchos enlaces, ya que la prensa solía ser cuidadosa a la hora de citar los apellidos. No le importó: al día siguiente tendría el informe oficial. Iba a dejarlo — tampoco eran horas de leer relatos de padres que matan a sus hijas de apenas un año—, cuando un artículo le llamó la atención. El titular, «Una familia normal», apuntaba una nota de ironía que le gustó, aunque la sorpresa se la dio el nombre de la periodista que lo firmaba: Lola Martínez Rueda. Lola. Joder, Lola... Después de tanto tiempo.

Sonrió al recordarla. Su aire desenfadado, su risa contagiosa, aquellas manos que no paraban quietas. Lola... Hacía años que no pensaba en ella. Había aprendido a relegarla a un diminuto espacio de su cerebro, a sepultarla bajo el peso de la decisión tomada. Sin embargo, en ese momento, en esa madrugada falsamente cálida, vio su cara como si la tuviera delante y ese recuerdo disipó su mal humor.

Las ciudades, como los perros, no duermen del todo. Como mucho se adormecen, descansan, cobran fuerza para soportar el trasiego de coches y de peatones que les espera a la mañana siguiente. Sus calles respiran con un poco más de libertad, ocupadas solo por ese reducido número de personas que se mueve de madrugada. Animales nocturnos de distinto pelaje deambulando por aceras o calzadas casi vacías, siempre más frías, más silenciosas. Más lentas. Son horas en las que cualquier ruido, por nimio que sea, se convierte en un estruendo. La puerta de un coche al cerrarse bruscamente suena como una detonación, los pasos firmes provocan ecos, las voces parecen gritos.

Brais Arjona había pertenecido durante años a ese mundo de sombras. Acostumbraba a salir solo y volvía solo, pero eso no le importaba. Lo que buscaba, lo que necesitaba, era llenar esas horas con caras anónimas y cuerpos desconocidos. Por desgracia, incluso en una ciudad como Barcelona, las fieras nocturnas tendían a ser siempre las mismas y a veces, al descubrir entre la fauna a tipos que ya conocía de vista, se sentía incómodo, asqueado de ese ambiente de rincones oscuros e individuos solitarios. Se cruzaba con otros de más edad y apartaba la mirada, no para ignorarlos, sino para no verse a sí mismo cuando ya no fuera tan joven, tan atractivo. Tan deseable. Aun así, invariablemente, a pesar de que muchas madrugadas se hacía el firme propósito de reducir esas escapadas, de salir solo con sus amigos, de quedarse en casa viendo una película, el olor de la noche despertaba en él un

instinto casi irreprimible. Y, pasadas las doce, cuando la mayoría de los trabajadores responsables se metían en la cama, él se lanzaba a la calle. Como un lobo. En busca de su manada. En busca de una presa. En busca de algo que apaciguara su hambre.

Al igual que le había sucedido en Madrid, durante su primer año en Barcelona hubo noches memorables y otras para olvidar. Pero incluso las peores tenían algo estimulante. Eso formaba parte del juego y él lo sabía. No obstante, poco a poco, todas empezaron a parecerse cada vez más: las buenas y las malas se iban fundiendo en una sola categoría, mediocre y grisácea. Los mismos hombres, los mismos cuartos oscuros, las mismas barras de bar. Las mismas miradas que, sin necesidad de palabras, ponían en marcha el complejo, y a la vez simple, mecanismo del sexo. Y entonces, cuando el hastío amenazaba con devorarlo, o quizá precisamente por eso, apareció David.

David, su marido, que en ese momento dormía abrazado a la almohada como si fuera un salvavidas. David, que se acostaba a las doce como muy tarde y se despertaba a las siete, rebosante de energía. David, que cazó al lobo y lo reconvirtió en un afable animalito doméstico. Brais nunca tuvo problemas en aceptar su homosexualidad, ni siquiera veinte años atrás en su Galicia natal, en esas tierras lluviosas que entonces odiaba y que, de un tiempo a esa parte, tendía a añorar. Era probable que la falta de una familia le allanara el camino: no había nadie a quien contárselo, o cuando menos nadie a quien le importara de verdad. Pero, de haber tenido algún problema, de haber sido uno de esos individuos que esconden sus verdaderos deseos, la presencia de David habría disipado el menor atisbo de temor o de vergüenza. Porque querer a alguien con esa fuerza no podía estar mal. Por eso se habían casado, en un gesto simbólico: para proclamar al mundo que estaban juntos, que estarían juntos y que, con un poco de suerte, envejecerían juntos. Una vejez que aún parecía lejana. Brais tenía treinta y siete años; su marido acababa de cumplir treinta y uno. La vida se extendía ante ellos como un largo camino feliz. No obstante, esa noche el camino parecía truncarse, desembocar en un precipicio abrupto y peligroso. Al menos para él.

Es una noche de minutos eternos, un amanecer que se resiste a llegar. Son casi las tres cuando Brais se levanta de la cama harto de pensar y se dirige, descalzo, hasta el portátil que había dejado en la mesa del comedor. Sabe que

no debe mirarla, pero hay algo malsano en esa imagen que le resulta adictivo.

La foto llegó adjunta en un correo de solo tres palabras. «No te olvides». Como si alguien pudiera olvidarse de eso. Brais cierra los ojos durante unos segundos, el tiempo que tarda en abrirse la foto. A pesar de que ya sabe lo que contiene, todo su cuerpo se pone en tensión. Levemente inclinado, con las dos manos apoyadas en la mesa, contempla la pantalla y siente deseos de destrozarla de un puñetazo. Podría hacerlo, pero no serviría de nada. Los tres perros ahorcados seguirían en su cabeza: las fauces abiertas, los cuellos estirados, las patas rígidas. Como reos ejecutados sin piedad.

Permanece unos minutos más inmóvil, tenso. Su cuerpo le pide actuar, reaccionar de algún modo físico a ese estímulo fijo e imperturbable. Por eso, aún de pie, cierra la ventana de la imagen y vuelve al correo. Compone un *e-mail* rápido y lo dirige a las cuentas personales de las cinco personas interesadas: Sílvia Alemany, César Calvo, Amanda Bonet, Manel Caballero y el de más edad de todos, Octavi Pujades. Los que todavía siguen vivos, piensa con frialdad. Los que aún pueden salvarse.

Luego vuelve a la cama y abraza a su marido con la vaga intención de contagiarse de esa tranquilidad de espíritu que otorga a David un sueño profundo, reparador, el sueño de los inocentes. Es lo único que importa, piensa Brais, poder dormir con David a su lado durante lo que le queda de vida.

Hace ya meses que para Octavi Pujades el día y la noche se han convertido en una especie de duermevela continuo. Había leído en alguna parte que eso se usaba como medio de coacción para los prisioneros de guerra: cuando las coordenadas temporales desaparecían, la mente perdía pie y se despeñaba hacia la incoherencia. Quiere creer que no es su caso, que su cerebro sigue funcionando con la misma precisión, que analiza y decide usando la más pura lógica. Para Octavi, director financiero de Laboratorios Alemany desde hace más de veinte años, dos más dos han sido siempre cuatro en los balances y en la vida. Por eso le incomoda que en otras profesiones, en otros ámbitos, la gente sea tan inexacta, tan matemáticamente incorrecta.

Cuando a su esposa le diagnosticaron el cáncer que la tiene postrada en la

cama, el médico afirmó que, por desgracia, Eugènia no llegaría al amanecer del nuevo año. En sus propias palabras, si conseguía sobrevivir hasta Navidad ya sería todo un logro. Y Octavi Pujades actuó en consecuencia con esa previsión. Habló con Sílvia y con Víctor, designó a un sustituto en funciones —no el que habría escogido, sino el único posible dadas las circunstancias— y se tomó unos meses de excedencia para atender a su esposa. Eugènia solo le había pedido una cosa: morir en casa. En el mismo espacio donde llevan viviendo dieciocho años, desde que cambiaron el piso de la ciudad por esa vivienda independiente situada en Torrelles de Llobregat, en una urbanización donde aún existían los pájaros. Él se lo había prometido y había asumido la tarea con la misma disciplina que aplicaba a su entorno laboral. Iban a ser cinco meses a lo sumo, desde agosto hasta fin de año, una cantidad de tiempo suficiente pero no excesiva. Estaba relativamente seguro de que Gaspar Ródenas, el reemplazo elegido, desempeñaría su puesto y a la vez le mantendría informado. Nunca, ni en los peores momentos de duda, se le ocurrió pensar que Gaspar moriría antes que Eugènia y que al final tendría que recurrir a quien debería haber sido el primer candidato. La vida tiene una extraña forma de buscar justicia, pensó. Antes se decía que los caminos del Señor eran inescrutables, lo cual venía a ser más o menos lo mismo.

Esta madrugada, Octavi entra en lo que había sido su habitación y ahora es una cámara mortuoria con un cadáver que se resiste a morir. La fuerza con que Eugènia se aferra a este mundo, a esas escasas horas de conciencia sin dolor que conforman su vida, le parece admirable y sorprendente a la vez. Nunca habría creído que ese cuerpo pequeño y delgado albergara tanta capacidad de resistencia, tantas ganas de plantar cara a esa muerte que tiene que estar agazapada en algún rincón de ese cuarto, cual ave carroñera lista para clavar las garras sobre su presa.

Eugènia duerme. La medicación la mantiene sedada durante gran parte del día y de la noche; él se sienta en el borde de la cama. Sabe que está haciendo todo lo posible. Sin embargo, por mucho que ha intentado obligarse, no ha conseguido compartir ese lecho con ella, y eso le duele. Desde el principio se trasladó al cuarto de su hijo mayor, vacío desde que este se casó. De hecho,

cuando muera Eugènia, venderá esa casa. Es absurdo mantener una vivienda tan grande, pensada para una familia de cinco miembros como mínimo. Se lo cuenta a su mujer, a pesar de que ella no puede oírle. Hace lo que no ha hecho en años de matrimonio: explicarle sus planes, tener en cuenta la opinión que ella expresaría si pudiera. Lo bueno de llevar tanto tiempo casado con la misma persona es que en un ochenta por ciento de los casos sabes lo que te dirá. O lo que te diría si poseyera el control de todas sus facultades.

Le habla, pues, de su hijo, que ha ido a verla esa tarde mientras ella dormitaba; de su hija, que se resiste a visitarlos porque cada vez que lo hace sale deshecha en llanto, y de esa otra hija, la más joven, la más turbulenta, que aparece sin avisar y se marcha sin decir adiós. Octavi sigue fiándose del criterio de su mujer sobre esta última. Tranquilo, le ha dicho ella siempre, hay personas que encuentran su camino de forma natural y otras que necesitan dar vueltas y vueltas, retroceder para luego avanzar de golpe. Y cuando llegue el momento, Mireia dará un salto que nos dejará a todos atrás.

Una vez se agota el tema de los hijos, Octavi sigue hablando. Después, tras unos instantes, pasea la mirada por el techo, como si temiera que, al oír su confesión, esa rapaz asesina cambie de víctima y se lo lleve a él. Como se llevó a Gaspar y se ha llevado a Sara, dejando como única esquela esa fotografía inmundada. Y recuerda, sin quererlo, las palabras de Gaspar cuando este fue a verle, aquella frase que se ha quedado grabada a fuego en su mente. «No nos merecemos otra cosa. Así acabaremos todos, Octavi. Muertos como perros».

El despertador, puesto a las seis menos cuarto, anuncia el principio del día para Manel Caballero. Siempre le ha costado levantarse, ya de niño habría dado cualquier cosa por retrasar el momento de regresar al mundo real. Odiaba las clases con la misma intensidad con que ahora detesta los laboratorios donde trabaja, no por el puesto en sí, sino porque le obliga a relacionarse con gente. Si pudiera elegir, realizaría sus tareas en casa o, como mucho, rodeado de unas cuantas personas escogidas. Inteligentes, limpias, calladas. De las que no se meten en las vidas ajenas. Es decir, prácticamente ninguna.

Como todos los días, coge una toalla limpia para secarse y luego la deposita directamente en el cesto de la ropa para lavar. Procede a vestirse con las prendas que dejó preparadas la noche anterior y, cuando termina, se dirige a la cocina para preparar el desayuno. Solo café; a esas horas su estómago no admite nada sólido. Antes de salir de la cocina friega la taza y la cucharilla, las seca con cuidado y las guarda en su sitio. Vuelve al cuarto de baño y se cepilla los dientes durante tres minutos exactos. Echa un vistazo y, aunque mientras se duchaba no había caído ni una sola gota de agua en el suelo, lo friega con meticulosidad. Le gusta marcharse sabiendo que ha dejado el piso impoluto, la cama hecha, la cocina recogida. Eso le da fuerzas para sobrellevar la peor parte del día: el trayecto en transporte público hasta Laboratorios Alemany. Gente ruidosa con la que debe compartir el espacio durante casi cuarenta minutos. Solo por eso habría cambiado de empleo: se lo había planteado muy seriamente, pero la situación no está para caprichos. Además, sus perspectivas laborales han mejorado mucho desde el verano, y hace meses que decidió que merece la pena aguantar inconvenientes menores como ese. Así que todos los días soporta el viaje como quien se somete a un vía crucis. Aislado de todos gracias a los auriculares o a un libro; de pie, porque esos asientos de plástico le dan asco y porque así puede moverse si alguien se instala demasiado cerca. Sale antes de casa por eso, porque tiene comprobado que el autobús siguiente va mucho más lleno. Las contadas ocasiones en que ha tenido que cogerlo le ha faltado el aire.

Ese día el autobús va medio vacío por alguna razón inexplicable, así que no tiene que fingir que lee. Si alguien le observara, jamás habría adivinado que ese chico pulcro y bien peinado, vestido sin estilo pero con ropa exquisitamente planchada, está pensando en dos compañeros suyos que han muerto en cuestión de meses. Su rostro no deja traslucir pena ni sorpresa. Más bien indica una intensa concentración, como si estuviera intentando resolver mentalmente una ecuación demasiado compleja para sus capacidades.

Manel Caballero no ve el *e-mail* con la foto adjunta y el otro que mandó Brais de madrugada hasta que enciende el ordenador en su lugar de trabajo. Su costumbre de ser el primero en llegar le concede unos minutos para evaluar la situación y ponderar las opciones. Tarda poco en decidirse: con un clic rápido elimina ambos correos y luego los hace desaparecer de la papelera. Su buzón

está de nuevo limpio como su piso. Libre del menor atisbo de suciedad.

Amanda Bonet, en cambio, sí mira el correo desde casa, tanto el personal como el del trabajo. De hecho, es lo primero que hace todas las mañanas y su última actividad antes de acostarse. Siempre con la esperanza de recibir un mensaje especial, uno de esos correos que la llenan de excitación y que le alegran la noche o el despertar. Lleva meses así, embargada de una emoción contenida, enganchada a esos mensajes y a esos apasionados encuentros semanales. Más feliz de lo que nunca había sido, aunque quizá «felicidad» sea un término demasiado simple para describir sus sentimientos.

Por tanto, ese miércoles, Amanda sigue su rutina habitual y sus ojos adquieren un brillo especial al ver que en su correo personal hay cuatro mensajes nuevos. No por la cantidad, sino por uno en concreto. Mira los remitentes de los otros tres: uno es de una amiga y otro de Brais Arjona, y se dice que ya los contestará luego, mientras que el tercero es de alguien desconocido, sin asunto. Lo borra sin abrirlo por miedo a los virus y se concentra en el único que le interesa. Después de la noche que ha pasado, plagada de pesadillas atroces que no logra recordar del todo, necesita comunicarse con él, y solo puede hacerlo a través del correo. Un medio frío tal vez, pero en cualquier caso mucho mejor que nada. Abre el mensaje y sonrío ante la primera línea, un saludo cariñoso, envolvente, protector. Le imagina escribiéndolo de madrugada, pensando en ella desde su cama, componiendo ese texto mientras la evoca en su memoria.

Sigue leyendo y, como siempre, va sucumbiendo al efecto que esas frases provocan en ella. Todavía se asombra de que él logre esa respuesta de su cuerpo solo con palabras. A veces, pocas, piensa que esos instantes la satisfacen casi tanto como los encuentros de los domingos por la tarde. En cualquier caso, sabe que la realidad no tendría sentido sin esta parte del juego, de la misma forma que los correos o los mensajes al móvil carecerían de emoción si no existieran los momentos reales de piel, de roce, de recompensa o de castigo.

Lee el mensaje hasta el final, saboreando cada término, cada elogio, cada reconvencción y, sobre todo, cada orden. Él le da indicaciones precisas sobre

cómo debe vestirse, peinarse, perfumarse. Sobre la ropa interior que ha de llevar. Ella a veces le desobedece —es una regla no escrita—, aunque nunca en nada demasiado obvio. En apariencia sigue sus mandatos al pie de la letra y se excita al ponerse la falda que él ha escogido para ese día, al echarse las gotas de la colonia que él quiere oler, o al ser consciente de que su lencería, algo que él difícilmente verá en el trabajo, no es del color requerido. El hecho de que trabajen en la misma empresa añade a la situación el aliciente del disimulo, el riesgo del romance ilícito que él acentúa en alguna ocasión con atrevimiento controlado. Es más, nadie se ha percatado de sus juegos... Nadie sabe nada de ellos, especialmente ahora que Sara ha muerto.

No, no quiere pensar en Sara. Recuerda de repente la pesadilla que la ha aterrado esa noche. La imagen de Sara corriendo por el largo túnel del metro, perseguida por una jauría de perros. Y ella, Amanda, contemplando la escena como quien ve una película de miedo, sufriendo por Sara, intentando advertirle que lo peor no estaba detrás de ella, sino al final de ese maldito túnel. Pero era inútil: la mujer que huía sin mirar atrás no la oía por mucho que gritara. «Detente, Sara. Nadie va a hacerte daño. No son perros, somos nosotros». Entonces se había visto a sí misma, con los demás, corriendo en vano por el mismo túnel para alcanzar a Sara. No estaba segura de si la perseguían para salvarla de su terrible destino o para verla morir arrollada por un tren.

Leire

Llevaba quince minutos esperando y empezaba a impacientarse, no porque tuviera muchas cosas que hacer, sino porque en el fondo temía que Carolina Mestre no se presentara. Consultó el móvil para ver si había algún mensaje advirtiéndolo del retraso. Nada. Contempló con desánimo la infusión que tenía delante y, por hacer algo, dio un pequeño sorbo e hizo una mueca de disgusto. Un brebaje de lo más insulso, a juego con el local.

Echó un vistazo a su alrededor, cada vez más convencida de que Carol no acudiría a la cita. Ella la había llamado por teléfono el martes por la mañana y, tras una especie de monólogo por su parte, ensayado para causar la impresión correcta, su interlocutora había colgado el teléfono con un lacónico: «No tengo nada que decirte». Leire se había armado de paciencia y había insistido un rato después. Esa vez nadie respondió al teléfono y ella dejó un largo mensaje en el buzón de voz. Pasó casi el día entero sin obtener respuesta de Carol y, cuando ya desesperaba, le llegó un mensaje de texto, escueto y poco amistoso, que la citaba en esa cafetería el miércoles a las seis de la tarde. Y allí estaba, en aquel local del centro de paredes blancas y pizarras negras que anunciaban cosas como *brunch* y *blackberry muffin*, con la única compañía de una camarera rubia y lacia que parecía tomarse el empleo como un paso necesario antes de alcanzar la fama, y de otro cliente, un turista joven que, por el precio de un café solo, saqueaba la conexión wi-fi del local.

Leire hojeó una de esas revistas gratuitas, llenas de fotos y de entrevistas con cantantes que no conocía y que, salvo escasas excepciones, tenían aspecto de haber estado pasando hambre durante una buena temporada. La infusión se

le enfriaba pero no conseguía bebérsela. A partir del tercer mes de embarazo las náuseas habían cedido paso a unas manías tontas y súbitas ante alimentos de diversa índole. En ese momento, aquel té de frutos rojos le daba un asco indescriptible. Se dijo a sí misma que en cuanto llegara a la última página de la revista se levantaría y se iría, y así habría sido si no le hubiera llegado un mensaje al móvil, no de quien esperaba, sino de Tomás. Cabrón, pensó en cuanto vio su nombre en la pantalla. No había dado señales de vida desde Nochevieja, es decir, doce días antes.

¿Cómo estás? Iré a verte el fin de semana. T.

Enfadada consigo misma porque en el fondo le apetecía verle, se disponía a contestar cuando oyó un carraspeo cercano. Alzó la mirada e intentó cambiar la mueca de enojo por una sonrisa. Aunque hubiera llegado casi veinticinco minutos tarde, Carol no la había dejado plantada.

La había visto solo una vez, en comisaría, justo después de la desaparición de Ruth, y ya entonces le había asombrado lo guapa que era. Muy morena, incluso en invierno, todo su cuerpo proclamaba en silencio una excelente forma física. De rostro anguloso y cabello muy corto pero cortado con estilo, no conseguía evitar que su expresión y sus gestos tuvieran un aire brusco, casi beligerante, como si viviera sumida en una alerta permanente. Sus ojos oscuros y sus largas pestañas mostraban cautela, y su tono de voz resultó menos firme que por teléfono cuando, después de pedir una Coca-Cola Zero a la apática camarera, dijo:

—Bueno, tú dirás.

No era un inicio muy prometedor, y Leire iba a endosarle de nuevo el discurso que ya le había soltado dos veces por teléfono cuando de repente perdió la paciencia. El té que era incapaz de beber, la camarera flaca, el mensaje de Tomás y la pose indolente de la recién llegada formaron una especie de resorte en su interior que la hizo saltar.

—Oye, no tienes por qué hablar conmigo si no quieres. De verdad. Esto no es un interrogatorio ni yo estoy aquí en plan oficial, así que no existe la menor obligación por tu parte.

Carol enarcó una ceja sin decir nada y la miró fijamente. Entonces se

encogió de hombros y casi sonrió.

—Tranquila. No te alteres, no debe de ser bueno para...

—No estoy alterada —mintió Leire—. Al menos no más de lo que lo estaría alguien que lleva media hora esperando a una persona que, para colmo, cuando llega ni siquiera tiene la decencia de disculparse.

Carol soltó un suspiro y desvió la mirada. El otro cliente de la cafetería las observaba, aunque solo de reojo. Leire cogió el bolso e hizo ademán de levantarse.

—No. No te vayas. Y perdona por el retraso. —Carol hablaba en voz baja—. De hecho, llegué antes que tú y te vi entrar. Fui a dar una vuelta, para pensar un poco... Y al final se me ha hecho tarde.

Eso está mejor, pensó Leire. Así que también suavizó el tono en su siguiente intervención.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo?

—Bueno, tú dirás —repitió Carol, pero esta vez acompañó la frase con una media sonrisa. Y añadió enseguida—: Me dijiste por teléfono que querías hablar de Ruth.

—Sí. Ya sé que suena raro. Ni siquiera yo misma estoy segura de entenderlo, pero... Tengo la sensación de que este caso no se ha abordado de la mejor manera. —Se corrigió antes de que su oyente sacara conclusiones inapropiadas—. Todos estábamos demasiado involucrados, y más aún el inspector Salgado. Y estaban pasando muchas cosas al mismo tiempo.

Se detuvo unos segundos antes de terminar su razonamiento.

—Me gustaría retomarlo desde una perspectiva más fría. Y para eso debo saber cosas de ella: cómo era, qué hacía... Qué le preocupaba.

Carol asintió despacio. Aunque un matiz de desconcierto enturbiaba aún su mirada, parecía decidida a concederle, al menos, un mínimo voto de confianza.

—Ojalá pudiera decirte cómo era... como es. No quiero hablar de ella en pasado y tampoco soy muy objetiva sobre ese tema.

—Da igual, muéstrate tan subjetiva como quieras. —Comprendió que Carol no era propensa a las confidencias, de manera que decidió ayudarla—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntas?

—No sé si debería contarte esto precisamente a ti... —No la miraba, tenía

la vista clavada en la portada de la revista.

—Esto es entre tú y yo. Ya te lo dije, el inspector Salgado no está al tanto de lo que estoy haciendo. Y quiero que siga así —recalcó.

Carol suspiró.

—Héctor... ¡Por Dios, cómo he llegado a odiar ese nombre! Tiene algo especial ese tipo, ¿no? Hay hombres así, que consiguen que el mundo gire siempre a su alrededor. No, ya sé, no piden nada nunca. Actúan como si fueran autosuficientes, pero al mismo tiempo imploran ayuda a gritos. O esa es la impresión que os da a vosotras...

Leire pasó por alto la indirecta y aprovechó esa vía para encarar el tema que le interesaba.

—¿Eso era lo que opinaba Ruth?

—Ruth se ha pasado toda su vida comprendiendo a Héctor. No es que fuera como una madre, pero en algunas reacciones sí parecía su... No sé cómo decirlo. Su hermana mayor. Iba desprendiéndose de ese papel poco a poco a pesar de que hacerlo le costaba un gran esfuerzo.

—¿Cuándo empezó lo vuestro?

—Oficialmente, seis meses antes de que rompiera con su marido. En realidad la atracción mutua surgió cuando nos conocimos. Al menos por mi parte y, teniendo en cuenta como se desarrollaron las cosas, diría que también por la suya.

—Trabajabais juntas, ¿no?

—Sí. Bueno, no exactamente. Ruth llevaba años dedicada a la ilustración. Por si no lo sabes, eso se paga fatal. Había hecho alguna exposición también, aunque sin demasiado éxito. Pero yo vi parte de su obra y le propuse utilizar algunos de sus diseños en el ámbito de la decoración. Al principio pensé que se iba a ofender: algunos artistas se estremecen ante el término «comercializar». —Sonrió—. No obstante, se lanzó a ello con entusiasmo, como si fuera una aventura, algo que no se le había ocurrido. Y con resultados magníficos.

Leire lo sabía. En esos últimos días, entre otras cosas, se había dedicado a repasar los diseños de Ruth Valldaura. Había empezado con una línea textil de hogar, pero en un par de años había ampliado su colección a gran variedad de objetos que revelaban una inmensa creatividad. Si buscabas el nombre de Ruth

Valldaura en Google, aparecía al segundo un buen número de tiendas, sobre todo de España, Francia e Italia, donde sus productos se vendían en exclusiva. Tiendas no excesivamente caras, aunque sí originales, muy bien seleccionadas por la mujer que tenía delante en ese momento.

Mientras hablaban, el joven cliente había decidido abandonar el mundo virtual y volver a su ocupación real, la de turista, y la camarera continuaba inmóvil detrás de la barra, menos hermosa de lo que ella parecía creer. Leire tenía sed, pero casi temía perturbar la quietud de aquella esfinge recordándole que estaba allí para hacer algo útil en lugar de meditar. Por suerte, Carol decidió que necesitaba beber algo más fuerte que esa Coca-Cola sin azúcar y Leire aprovechó para pedir una botella de agua. Carol fue hasta la barra y regresó cinco minutos después con el agua, una copa de vino tinto y una divertida cara de desesperación.

—Por Dios, creía que se iba a partir en dos mientras descorchaba la botella —dijo.

Leire se rio y se bebió medio botellín de un trago. Carol comenzaba a caerle bien.

—Ahora no sé muy bien qué hacer —dijo, pensativa, tras dar un pequeño sorbo al vino—. Me refiero al piso y al dinero que sigue llegando. Supongo que debería hablar con Héctor...

—No es un mal tipo —repuso Leire—. De verdad.

—Eso decía Ruth. Cuando yo me encabronaba, con perdón, ella siempre lo defendía. Es tan difícil no tener celos de alguien que ha estado con tu pareja durante tanto tiempo... —Prosiguió antes de que Leire tuviera tiempo de intervenir, con la vista fija en el contenido de la copa—: No, no era eso. Era ella. ¿Sabes una cosa? En algunos momentos, Ruth hacía que te sintieras el centro del mundo. Cuando tenías algún problema, cuando hablabas con ella de madrugada, haciendo el amor... Pero había veces en que su mente se hallaba muy lejos, y entonces te dabas cuenta de que jamás serías el centro de su vida. Ruth era mucho más libre de lo que ella misma creía. Y quien estuviera a su lado debía aceptar ese puesto sin aspirar a más. Claro que esto lo veo ahora; en esa época me sacaba de quicio. Vivía con el miedo perpetuo de perderla y me esforzaba por retenerla. —Bebió otro trago de vino—. Supongo que habría terminado abandonándome. Nunca imaginé que acabaría perdiéndola así.

Vaciló ante la última palabra. Carol no tenía aspecto de ser de las personas que lloran en público, aunque el dolor estaba impreso en cada uno de sus gestos.

—¿Qué crees que pasó?

—No lo sé. Hay algo evidente: ella nunca se hubiera ido así por las buenas. Era demasiado seria, demasiado responsable. Y, además, está Guillermo. Al principio pensé que había sido cosa de su ex. Lo sé, lo sé, es un buen tipo. —Suspiró—. No estoy diciendo que le hiciera daño, aunque admito que llegué a sospecharlo. Pero en cuanto lo vi supe que no, que por mucho que yo le odiara, ese hombre no habría sido capaz de algo así. Cuando algo te duele, te vuelves más receptiva al dolor ajeno.

Dio un último sorbo al vino. En la copa ya solo quedaba una sombra de color granate, como un rastro de sangre.

—Tuvo que ser algo relacionado con él, de todos modos. Con su trabajo, con ese hombre al que pegó... —Miró a Leire a los ojos, con expresión de absoluto desconcierto—. No se me ocurre ninguna otra cosa. ¿Quién si no iba a hacerle daño a Ruth?

—Perdona la pregunta, pero ¿estás segura de que no había nadie más?

—¿Se puede estar segura de eso? —Ambas sonrieron—. Por mi parte no, eso sí puedo jurarlo. Ni siquiera ahora, seis meses después. Nadie puede compararse con Ruth. Ni de lejos.

Carol se sumergió en sus recuerdos durante unos instantes y Leire casi pudo sentir cómo la nostalgia se apoderaba de aquel local, de sus pizarras y de sus mesas vacías, incluso de la camarera que, convertida de nuevo en estatua de sal, parecía evocar también un amor perdido.

—Yo juraría que Ruth me fue fiel. Creo que me habría contado la verdad. Los meses que engañó a su marido fueron una tortura para ella. Ya sé que parece una frase hecha, sin embargo, es la verdad.

—¿Nunca hubo una mujer antes que tú? Disculpa la intromisión. Es que me parece extraño que alguien descubra que le atraen las personas de su mismo sexo a los treinta y ocho años.

Carol se encogió de hombros.

—Estoy bastante segura de que fui la primera, si es que eso tiene algún mérito.

—¿No se lo preguntaste jamás?

—Cómo se nota que no la conociste. Ruth contaba lo que quería. Y era capaz de dejarte sin palabras con solo una mirada. Yo a veces me reía de ella, diciéndole que parecía sacada de una serie inglesa. Ya sabes, de esas con caballeros y damas arriba y criados abajo.

Leire asintió. En las fotos de Ruth también había advertido ese aire aristocrático. Incluso en tejanos y camiseta se veía elegante. Con estilo propio. En el local sonaba una música tranquila, una especie de bossa nova a ritmo de jazz que llenó el ambiente de una melodía empalagosa, susurrante.

—No sé en qué más puedo ayudarte. Y tampoco sé si quiero seguir hablando de esto —admitió Carol con franqueza.

—Lo entiendo. Solo una cosa más, ¿estaba trabajando Ruth en algo nuevo?

—Ella siempre tenía algo en mente. Hay varias carpetas con esbozos y dibujos sueltos. Siguen en su casa, claro.

—¿Te importaría que les echara un vistazo?

No albergaba grandes esperanzas; en realidad lo que quería ver era la casa, el lugar donde se había perdido el rastro.

—Tengo unas llaves. Supongo que no importará que los veas aunque no sé de qué te va a servir. —Suspiró—. Definitivamente tengo que hablar con Héctor de todo esto. No, no de ti —aclaró—. Hablo de qué hacer con el alquiler, con las cosas de Ruth, con el dinero...

El dinero. Era la segunda vez que Carol mencionaba ese tema, y la policía desconfiada que Leire llevaba dentro no pudo evitar percatarse de ello. Si había aprendido algo en sus años de experiencia policial era que la codicia era una de las emociones más viejas del mundo. Y una de las más letales... En ese caso, sin embargo, y dejando a un lado impresiones personales —no conseguía imaginar a esa mujer con la que compartía la mesa matando por dinero—, había un hecho obvio: Ruth valía mucho más viva que muerta. Era joven, le quedaban muchos años de carrera profesional, de generar beneficios que Carol compartiría. Sin el cerebro creativo, la parte comercial de esa sociedad no tendría nada más que vender. A pesar de eso, tomó nota mental de averiguar el estado financiero de la sociedad que ambas compartían. El peligro de cualquier investigación, lo sabía, era dejar cabos sueltos basándose en impresiones personales o ideas preconcebidas. De todos modos, decidió

concentrarse de momento en la posibilidad de ver ese espacio donde Ruth había vivido y trabajado. No tenía muy claro que Carol no se arrepintiera de ese ofrecimiento si no lo pillaba al vuelo, así que se arriesgó a preguntar:

—¿Tienes mucha prisa? Estaba pensando que no es muy tarde y que, si no tienes inconveniente, podríamos acercarnos ahora hasta la casa de Ruth.

—¿Ahora? —Carol vaciló.

—A mí me va bien. —No quería insistir demasiado, solo lo justo. Intuía que esa tarde había conseguido construir un clima de confianza, de cooperación, que podía enfriarse en cuanto ambas se separaran.

No se equivocaba. Carol meditó durante unos segundos y luego asintió.

—De acuerdo. Tengo el coche en el garaje y llevo las llaves. En realidad aún no he conseguido dejarlas en casa.

Leire no añadió nada más. Pagó la cuenta sin atender a las protestas de Carol y se dirigió a la puerta. Cuanto antes salieran de allí, menores serían las posibilidades de que su acompañante cambiara de opinión. Ya en la puerta, mientras se abrochaba el abrigo, una especie de mantón que según su amiga María la hacía parecer pobre como una cantautora rusa, miró a la camarera a través de los cristales. En aquel local tan grande y vacío parecía una figura insignificante. Seguía sentada detrás de la barra y a su espalda se alzaba un muro de botellas. Un fondo verde y escurridizo para aquella criatura pálida, de labios muy rojos y cejas perfiladas que apoyaba los codos en el mármol blanco.

Los pisos vacíos son como actrices en decadencia, pensó Leire. Bien arreglados, siempre esperando la llegada de esa persona que les diera sentido, que volviera a convertirlos en espacios acogedores y vivos, no lograban desprenderse de un aire rancio, polvoriento, ese punto de dejadez asumida que en lugar de atraer repelía. El de Ruth, de grandes dimensiones y techos altísimos, se veía aún más hueco, más abandonado. Más melancólico.

No era exactamente un loft, sino más bien un híbrido entre un estudio y un piso convencional. En uno de sus lados se encontraba el salón y una barra americana que lo separaba de la cocina; un tabique prefabricado se comía unos metros: esa había sido la habitación de Guillermo. En el otro extremo, al final de un pasillo largo y un poco lúgubre, se abría de nuevo otro espacio de planta cuadrada, equipado para servir de estudio y también provisto de unas paredes de Pladur, que delimitaban el dormitorio de Ruth. En realidad eran como dos pisos simétricos, unidos por ese corredor.

Como si intuyera la pobre impresión que daba el piso, Carol encendió todas las luces y, de alguna forma, logró reanimar aquel espacio frío. En pie en medio del salón, Leire era capaz de imaginar perfectamente a Ruth y a su hijo sentados en el sofá de cuero marrón que se apoyaba en una pared de ladrillos. Las otras paredes eran blancas. Examinó la amplitud del espacio, las vigas color tostado que surcaban los techos. Un par de cuadros grandes, abstractos, contrastaban con la sobriedad del sofá, y una alfombra inmensa —uno de los diseños de Ruth— animaba un suelo de madera que pedía un buen pulido. Había libros apilados en los rincones, pero el conjunto no daba sensación de

desaliño, sino de ese desorden cálido que emana de los lugares donde la gente vive tranquila, relajada, descuidadamente feliz.

—El estudio está al final del pasillo. Si no te importa, prefiero esperarte aquí.

Leire lo comprendió. Estaba segura de que Ruth y Carol habían compartido más ratos en esa zona de trabajo, con habitación y baño incluidos, que en el salón. Por lo poco que sabía de ella, intuía que Ruth valoraba su intimidad; no la imaginaba retozando con su amante, fuera del sexo que fuese, en el sofá del salón, junto al cuarto de su hijo.

El estudio era tal como cabía esperar de una ilustradora. Dos mesas, una provista de un ordenador y otra más grande, parecida a la que Leire había usado en las clases de dibujo en el instituto; apoyadas en esta, había multitud de carpetas, todas con sus correspondientes etiquetas. Ruth Valldaura era una persona ordenada sin exageraciones. Sensata, pensó Leire, que no soportaba ni el caos ni la pulcritud excesiva. Echó un vistazo a los trabajos que había en la mesa, que en su mayor parte eran ilustraciones para un libro de haikus.

La misma elegancia que se desprendía de las pocas fotos que había visto de ella se plasmaba también en aquellos dibujos de trazo simple pero expresivo. Ruth hablaba a través de sus dibujos: cada uno de los que Leire tenía delante contaba una breve historia.

—Perdona. —La voz de Carol le llegó desde el otro lado—. ¿Vas a tardar mucho?

La pregunta era la traducción educada de «Por favor, vámonos ya», y Leire decidió fingir que no la oía durante unos minutos. Luego comprendió que si quería observar todo aquello a fondo necesitaría más tiempo del que disponía a esas horas. Esto es lo malo de investigar por tu cuenta, se dijo. Se dirigió a las carpetas grandes del suelo, sin saber muy bien qué buscaba ni qué podían aportarle. Nada, probablemente... Y sin embargo, parte de la naturaleza de Ruth tenía que estar reflejada en su trabajo, de eso no cabía duda. Fue moviendo las carpetas y mirando las etiquetas. Su obra más comercial le interesaba poco; confiaba en encontrar otra cosa, un apartado más personal, más íntimo... Los dibujos que una artista hacía para sí misma, no por encargo.

Carol insistió y esa vez Leire le contestó con un vago: «Un segundo, ya termino». Empezaba a ponerse nerviosa y a barajar la posibilidad de pedirle

las llaves para regresar otro día cuando una carpeta pequeña, de esas que suelen usarse para guardar recibos, apareció dentro de otra mucho más grande. No llevaba etiqueta alguna, así que la abrió y le echó una ojeada rápida. Leire nunca había tenido muchos escrúpulos: comprobó que cabía en el enorme bolso que llevaba, la guardó y fue a reunirse con Carol. Esta tenía tantas ganas de marcharse que ni siquiera le prestó atención.

Apagaron las luces y salieron al rellano. La puerta se cerró con un gemido resignado, la tristeza asumida de quien sabía que su mejor momento había quedado atrás.

Carol se empeñó en acompañarla a su casa y Leire apenas protestó, aunque lo que llevaba en el bolso la hacía sentirse como una ladrona ingrata. Durante el trayecto hablaron poco, no había mucho más que decir, y cuando llegaron resultaba obvio que la conductora quería marcharse cuanto antes.

—Por cierto —le dijo Carol justo antes de despedirse—, no sé qué historia te traías con el teléfono cuando he llegado, pero las ansias asesinas no te harán sentir mejor.

Desconcertada, Leire tardó unos segundos en reaccionar. Había olvidado por completo el mensaje de Tomás.

—Bueno —dijo mirándose la barriga—, no estaría bien dejar a este niño sin padre tan pronto.

Carol sonrió y no dijo nada más. Desde la acera, Leire la vio partir y luego se dirigió al edificio donde vivía. Subió en el ascensor, sola, pensando que, por una vez, sería agradable que alguien la esperara en casa. Quizá hubiera que achacar esa idea a la conversación con Carol: el amor ajeno siempre suscita envidia. Y si de algo no le cabía ya la menor duda, era de que esa mujer había vivido una verdadera historia de amor con Ruth. Correspondido o no, eso era lo de menos. Carol había amado a Ruth, y Héctor también. Para ser sincera, no estaba segura de si alguien la había querido a ella de ese modo, y la invadieron unas ganas enormes de conocer al objeto de esas pasiones: de preguntarle cuál era su secreto, su pócima, el sortilegio por el que conseguía embrujar así a hombres y mujeres. Y entonces tuvo la firme convicción, aun sin prueba alguna que la sustentara, de que las personas que poseen ese encanto viven en peligro sin saberlo, porque siempre hay alguien que las ama a distancia, o las ama demasiado. O que simplemente no soporta

amarlas de ese modo.

Sentada en el sofá de casa, Leire abrió la carpeta con la sensación íntima de estar cometiendo un acto reprobable del que, además, seguramente no obtuviera nada útil aparte de saciar esa curiosidad sobre Ruth, que era cada vez más fuerte. Aunque quizá todas las personas serían igual de interesantes si se examinara su vida bajo la lente de un microscopio: los detalles enriquecen incluso las existencias más anodinas.

En el interior de la carpeta, amontonados sin orden ni concierto, aparecieron dibujos, recibos, catálogos de exposiciones, artículos recortados de revistas sobre temas diversos y algunas fotos antiguas. Leire fue revisándolo todo con la paciencia de un coleccionista. A pesar de que quienes la conocían afirmaban que era una mujer de acción, si había algo que caracterizaba a la agente Castro en su faceta laboral, era la obsesión de no dejar un solo dato, un solo hilo, sin examinar a fondo. Así que, sin sueño aunque cansada —al final del día tenía los pies tan hinchados que no se los reconocía—, fue separando despacio las fotos de los dibujos, los recibos de los trozos de papel donde aparecía anotado un número de teléfono o una dirección. Un rato después tenía varios montones diferenciados y, para quitárselo de encima, empezó a revisar el de los recibos y catálogos que, como era de esperar, aportaban poca información. Que a Ruth le gustaba el arte y las exposiciones de diseño y fotografía era algo que ya sabía. Pasó a las fotos, porque no eran muchas. Los ordenadores han sustituido los álbumes fotográficos, se dijo, recordando los que su madre tenía en casa. Y al instante pensó que seguro que su madre la había llamado esa tarde, y tomó nota mental de comunicarse con ella al día siguiente a primera hora. Si no lo hacía, la bronca podía ser épica.

Algunas eran fotos raras, cabía suponer que tomadas por la propia Ruth. Una sombra en el suelo, una alcantarilla, un cielo plagado de nubes. Por supuesto había alguna de ella con Carol, muy pocas, y algunas más antiguas, de Ruth con Guillermo y de Ruth con Héctor. Leire se detuvo un momento para observar a su jefe, más joven, pero con la misma mirada de perro triste. Incluso cuando sonreía. A su lado, en esa foto en concreto, Ruth estaba

espléndida; él la miraba de reojo, como si no se creyera que esa mujer estuviera a su lado por algo más que por puro azar. Ella, en cambio, miraba a cámara con la intensidad de las personas felices. Había un par de fotos más de ese mismo día, que debía de haber tenido lugar unos cinco años atrás, porque Guillermo no parecía tener más de ocho o nueve. Un chaval serio, parecido a su padre en el gesto y a su madre en la fisonomía.

Leire fue pasando las fotos familiares y se dio cuenta de que, dejando estas a un lado, solo quedaba una, mucho más antigua. Dos niñas vestidas con maillot de gimnasia; el atuendo y el peinado las hacían parecer casi idénticas, sin embargo, al mirarlas de cerca Leire reconoció en una de ellas a Ruth, y a su lado una amiga o compañera de clase. Por suerte, llevaba la fecha escrita a mano detrás: «Barcelona, 1984». Ruth tenía entonces trece años.

El siguiente montón era el de los dibujos, algunos simples esbozos y otros más elaborados. Uno de ellos le llamó la atención porque la chica que aparecía en él era clavada a la niña que acompañaba a Ruth en la foto. Leire admiró de nuevo el talento de Ruth Valldaura: unas líneas simples componían un rostro serio, totalmente reconocible. En el dibujo la niña era ya algo mayor e iba vestida con una especie de capa. Estaba de pie, junto a un acantilado, mirando hacia el fondo. Ruth la había dibujado como si la tuviera delante, como si ella misma estuviera suspendida en el aire o en el fondo del precipicio, observándola desde abajo. Algo en ese dibujo resultaba inquietante, el aura trágica que envolvía a la figura. Debajo había algo escrito, sin duda la caligrafía de Ruth, pero Leire no consiguió entender lo que decía hasta pasado un buen rato.

El amor genera deudas eternas.

La frase se le quedó en la cabeza mientras atacaba el último montón de papeles: direcciones y números de teléfono, recortes de prensa y cosas por el estilo. No tenía ninguna esperanza de hallar nada y por eso, cuando vio el nombre de la calle escrito en un pedazo de papel, no le prestó mayor atención. Unos segundos después, sin embargo, el corazón se le aceleró al reconocer, en uno de esos papeles, la dirección y el número de teléfono de la consulta del doctor Omar.

A la mañana siguiente, después de un desayuno sano y equilibrado, totalmente distinto al donut que solía comer unos meses atrás, Leire salió a la calle. Refrescaba, tal como habían advertido los meteorólogos que, en tono apocalíptico, llevaban un par de días vaticinando la llegada del auténtico invierno. Aunque había salido con tiempo suficiente, una vez en la acera decidió regalarse un taxi hasta su destino. No era una visita que le apeteciera hacer en absoluto, pero la creía necesaria y, en contra de lo que había esperado, no le habían puesto ninguna objeción. A las doce de esa mañana la esperaba Montserrat Martorell, la madre de Ruth. Solo le había rogado, en un tono que tenía poco de súplica y mucho de advertencia, que fuera puntual; su marido acostumbraba a salir todos los días alrededor de esa hora y al parecer «era mejor que no estuviera presente porque se alteraba demasiado». No era de extrañar.

El taxista la dejó en la plaza de Sarrià, muy cerca de la calle peatonal donde había crecido Ruth Valldaura, un barrio que no podía ser más distinto del lugar donde había terminado viviendo. A pesar de que la plaza en sí misma le pareció bastante fea, la zona era sin duda agradable, especialmente esa calle, que conservaba cierto aire de pueblo, como si fuera la vía principal de otra ciudad, más pequeña, más escogida, que tenía poco que ver con el resto de Barcelona.

Montserrat Martorell, señora de Valldaura, era tan imponente como sugería su nombre, pensó Leire cuando la señora en cuestión la recibió en la salita, que era como su piso de alquiler entero.

—Hace frío para estar en el patio —le dijo, como si fuera una verdad incontestable.

La mujer que tenía delante, mayor pero en absoluto vieja, la había recorrido de arriba abajo con la mirada. En diez segundos —Leire estaba segura—, aquella señora se había hecho una composición de lugar. Sus ojos solo habían dejado traslucir una leve desaprobación al posarse en su abultada barriga, como si considerara impropio que una mujer en su estado anduviera por casas ajenas. Sin embargo, el gesto duró apenas un instante; luego sonrió y adoptó el papel de anfitriona a la perfección. Le ofreció café, té o un refresco, que Leire rechazó con extraordinaria amabilidad.

—Bien, pues entonces usted dirá.

La frase había sido más o menos idéntica a la que había iniciado la charla con Carol, pero en esta ocasión Leire respondió con una elaborada explicación, la misma que le habría dado a la directora del colegio donde había estudiado si hubiera tenido que justificar que no había hecho los deberes. La señora Martorell la escuchó con atención, sin interrumpirla ni tampoco facilitarle la tarea. Resultaba imposible saber qué pasaba tras aquellos ojos grises, escrutadores, demasiado fríos para ser hermosos. Leire terminó su perorata y esperó el veredicto, pero en su lugar recibió una pregunta.

—¿Y mi yerno no sabe nada de esto?

El hecho de que aún se refiriera al inspector Salgado como su «yerno», aunque sin excesivo cariño, no le pasó desapercibido.

—Tal vez le parezca raro, pero no, no sabe nada. Hemos considerado que era mejor así. —Utilizó ese plural que enmascara siempre las decisiones controvertidas.

—Discúlpeme —le dijo la señora Martorell después de un silencio que delataba sus dudas—, debo reconocer que la forma en que se hacen las cosas actualmente me desconcierta. El marido de mi hija es policía y, sin embargo, es usted quien se ocupa de investigar su desaparición.

Leire estaba segura de que había otras cosas de este mundo que la desconcertaban más, así que se limitó a apuntar:

—Su «ex» marido.

Estaba claro que a la señora Martorell la corregía poca gente.

—Técnicamente no habían llegado a tramitar el divorcio. ¿No lo sabía?

—No.

—Pues así es.

—Usted sabía que su hija estaba manteniendo una relación con...

—Por supuesto —replicó, sin dejar que terminara la frase—. Ruth me informó de ello.

—¿Le parecía mal?

No había pensado ser tan directa, pero había algo en aquella mujer que hacía imposibles los rodeos. Aunque Montserrat Martorell podía ser una señora de la vieja escuela, Leire creyó intuir que prefería la franqueza a los paños calientes.

—¿Qué más da lo que me pareciera? Escuche, usted aún no lo sabe: llega un momento en que los hijos hacen su vida. Mejor o peor, pero la hacen. Y su papel, como el mío, será callar y aceptar. A veces cuesta, y hay que morderse la lengua en más de una ocasión. Como a todo, al final se aprende. —Se detuvo un momento para tomar aire—. De todos modos, y respondiendo a su pregunta, le diré que no, no me parecía mal. ¿Le sorprende?

La cara de Leire debió de reflejar algo parecido a la perplejidad, porque la señora Martorell sonrió.

—Ustedes, los jóvenes, creen que lo han inventado todo. Siempre ha habido mujeres y hombres que aman a los de su mismo sexo. No es una novedad de este siglo, créame. Lo que sí es nuevo es que lo hagan abiertamente; no obstante, el hecho es el mismo, ¿no?

—Sí. Pero tuvo que sorprenderles. Así, de repente... A mi madre le sorprendería, por ejemplo —admitió con sinceridad—. No quiero decir que lo desaprobara, pero sin duda le extrañaría.

—Cuando nazca su hijo verá qué pocas cosas de las que haga pueden sorprenderla. —Su tono era tan autosuficiente que Leire se irritó sin querer—. En cualquier caso, usted no ha venido para saber qué opinaba yo de que mi hija se acostara con otra mujer, ¿verdad?

Leire enrojeció, y se odió a sí misma por no poder evitarlo.

—No. He venido porque tengo la sensación de que debo conocer mejor a Ruth para averiguar qué le pasó. Y la relación con la familia suele revelar mucho sobre la gente.

—Supongo que así es —admitió Montserrat Martorell—. Debo decirle que la relación con mi hija era buena. No vivía pendiente de nosotros porque yo la eduqué para eso: para que fuera independiente, para que triunfara, para que escogiera su camino. Y lo hice bien.

—¿Y su marido?

La mujer hizo un gesto vago con la mano, como si ese fuera un detalle sin importancia.

—Los maridos servían de poco a la hora de criar a las niñas. Al menos antes. Solo sabían consentirlas.

Leire observó a la mujer que tenía delante. Su aparente impasibilidad la asombraba, y tenía la impresión de que tras ella podía ocultarse un mal genio terrible.

—¿Qué cree que le sucedió?

—Creo que lo que sucedió es que ustedes no hicieron bien su trabajo. Porque, si lo hubieran investigado a fondo, ahora no estaríamos hablando de esto. Creo que mi yerno, o exyerno si lo prefiere, ha sido igual de inepto a la hora de retener a su mujer que a la hora de investigar su desaparición. Y creo que a usted debería darle vergüenza presentarse en mi casa, medio año después, para hacerme un montón de preguntas de las que solo cabe deducir que no tienen ni la menor idea de lo que le pasó a Ruth. ¿Quiere que le diga qué más creo? Creo que mi hija jamás debió vivir sola en ese barrio, creo que esta ciudad está llena de delincuentes que campan a sus anchas. No, no me importaba que Ruth se acostara con otra mujer. Ni que dejara a su marido, que bien se lo merecía. Lo que me importa, lo que me saca de mis casillas, es que... Es que a día de hoy no sé si tengo una hija muerta o no. No sé si debo llorar o conservar alguna esperanza. No sé si... —Se interrumpió, alterada, y dio la impresión de hacer un esfuerzo por serenarse—. Si no tiene nada más que añadir, le rogaría que se fuera. Mi marido debe de estar a punto de llegar.

La respuesta había sido tan tajante que, aun estando sentada, Leire se echó hacia atrás.

Leire se levantó tan deprisa como se lo permitió su abultado vientre. El rapapolvo de la señora Martorell era, con mucho, el peor que se había llevado en años. Quizá se debiera al resquemor del orgullo herido, o tal vez simplemente trataba de hallar una salida digna a esa visita, pero cuando ya

estaba de pie, preguntó:

—Ha dicho antes que ninguna madre puede llegar a sorprenderse demasiado de lo que haga un hijo, y deduzco que con eso quería decir que conocía bien a Ruth. ¿Hubo alguna otra chica en su vida? Hablo de mucho antes, de cuando Ruth era muy joven y aún vivía aquí. —Lo preguntó pensando en la niña de la foto, en la figura del acantilado, aunque con pocas esperanzas de obtener una respuesta.

La señora Martorell la miró fijamente, como si de repente aquella joven embarazada hubiera dicho por fin algo sensato.

—Claro que la hubo. Se llamaba Patricia, Patricia Alzina. Era compañera de Ruth en las clases de gimnasia rítmica. Y su mejor amiga.

—¿Y qué pasó?

Montserrat Martorell desvió la mirada, entrecerró los ojos y respondió con voz neutra, menos indiferente de lo que hubiera querido.

—Patricia murió a los dieciocho años en un accidente de automóvil. Volvía de Sitges, de pasar unos días en casa. Era una conductora inexperta y perdió el control del coche. Se despeñó por la carretera del macizo de Garraf.

Gaspar

Con un manotazo brusco, César apagó la radio del coche. En aquella parte de la carretera, sembrada de curvas, las interferencias eran constantes y las frases a medias lo ponían nervioso. Además, tampoco estaba de humor para interesarse por una tertulia deportiva en la que los comentaristas desgranaban las alineaciones y analizaban las jugadas con el mismo tono mordaz que usarían los contertulios de un programa de cotilleos.

Necesitaba silencio. Un silencio absoluto que le permitiera pensar en todo lo que estaba pasando. En Sara, en Gaspar, en los perros colgados y, en otro orden de cosas, en Emma y el riesgo que suponía aquella cría consentida para su relación con Sílvia. Demasiados problemas, se dijo, mientras reducía a segunda para encarar el siguiente recodo de la carretera comarcal que conducía hasta el pequeño municipio de Torrelles de Llobregat, donde residía Octavi Pujades. Todo para él, pensó César. Nunca había comprendido a la gente que se complicaba la vida yéndose a vivir lejos de la ciudad solo por tener una casa sin vecinos, por disfrutar de esa absurda paz que, al final, acababa por destrozarles los nervios. Él aún no había llegado y ya le daba pereza el trayecto de regreso por esa carretera que cruzaba el bosque. Un bosque oculto entonces por la oscuridad, pero que intuía denso, amenazante.

Los faros de otro vehículo que circulaba en dirección opuesta le advirtieron, con un par de destellos fugaces, que llevaba las luces largas puestas. No se había dado ni cuenta y las cambió al instante. A partir de ese momento avanzó más despacio: solo conseguía ver a unos pocos metros y eso lo intranquilizaba. Él era un hombre cuidadoso, cauto, y había aprendido que

lo mejor para andar por la vida sin sorpresas desagradables era tomarse las cosas con calma y prevenir los problemas. Verlos venir de lejos. Por eso iba a hablar con Octavi a espaldas de Sílvia. Había pocas personas en las que César confiara, pero el director financiero era una de ellas. Por edad, por conocimientos, incluso por simple experiencia vital, consideraba que su opinión merecía ser tenida en cuenta. Confiaba mucho más en él que en el chulo de Arjona, por ejemplo, entre otras cosas porque, en el fondo, nunca se había fiado de quienes se desvían de la norma y además hacen ostentación de ello. No le parecía mal, allá cada uno con sus líos de cama, no obstante, ese hecho trazaba una línea invisible que, unida a la arrogante autosuficiencia de Brais Arjona, le provocaba inseguridad. Como si él fuera un individuo vulgar, un cuarentón anodino y limitado. Y de los demás mejor no hablar: Amanda era una cría y el tipo del laboratorio no podía ser más raro. Estaba Sílvia, por supuesto, y con ella había hablado de todo largo y tendido, hasta agotarse, pero César tenía la impresión de que para aclararse las ideas necesitaba mantener una charla con un hombre mayor y responsable. Sólido.

Un animalillo cruzó la carretera de repente y César dio un volantazo por puro instinto. Maldito bosque, pensó. Malditas sombras. Malditos perros muertos.

Está demasiado cansado por la carrera. Ha finalizado el trecho más empinado del camino y, justo en ese momento, el cielo se ensombrece de repente. Es una nube tan súbita, tan espesa, que el día se apaga ante sus ojos, como si presenciara un eclipse o los efectos de una maldición bíblica. Luego, poco a poco, el sol va cobrando fuerza hasta imponerse en aquella lucha y mostrar de nuevo su poder. Es entonces cuando, solo en mitad de aquel campo que se extiende hasta donde le alcanza la vista, se percata de que el cobertizo de madera, el mismo que aparece dibujado en el estúpido mapa que les han dado en la casa antes de salir, está a unos quinientos metros de distancia. Al lado de un árbol solitario, de tronco y ramas fuertes. César resopla, fatigado, y nota cómo la boca se le llena de una saliva amarga, más propia de un domingo de resaca que de una mañana de sábado en el campo. Puto campo, rezonga casi en voz alta. Putas jornadas de trabajo en equipo. *Team building*. Como si no

llevara ya años organizando los equipos humanos del almacén. Como si aquellos formadores fueran a enseñarle algo que no supiera ya.

Mira hacia atrás: sus compañeros tardarán al menos diez minutos en llegar, así que puede detenerse allí, como prueba de respeto al grupo y de paso para descansar un poco. Ha corrido demasiado, piensa mientras espera, satisfecho de haber sido el primero en llegar. Por una vez ese fin de semana habrá vencido a Brais Arjona. Al parecer, la competitividad es de los pocos atributos que no pierden fuerza a partir de los cuarenta.

Cuatro y cuatro, esa ha sido la indicación que el formador les ha dado por la mañana. Un sorteo rápido. Ocho papeletas numeradas introducidas en una bolsa: él, Gaspar, Manel y Sara habían sacado números pares; Brais, Amanda, Sílvia y Octavi, los impares. A cada uno de los equipos se les han entregado varios sobres con pistas que marcan dos recorridos distintos con un mismo objetivo final. Todo un prodigio de imaginación por parte de los organizadores de las jornadas, un gabinete de selección y formación de personal que cobra cada uno de esos sobres como si en ellos se ocultara la fórmula secreta de la Coca-Cola. Pues ya está: ante sus ojos se extiende un llano y al fondo, recortada contra unas montañas terrosas y secas, se alza la maldita cabaña. O el cobertizo, o lo que diablos sean esos cuatro troncos mal ensamblados, donde, según la pista número siete que Sara ha leído en voz alta, se halla el «botín».

Un botín que su grupo alcanzará, si nada se tuerce, antes que el de Brais. No acaba de entender por qué le jode tanto que el brand manager esté destacando en esas jornadas que, de hecho, no tienen ninguna importancia. Pero le jode, sí, y bastante, que el día anterior Brais Arjona se revelara como el más rápido, el más ágil mentalmente... En resumen, el más listo. Incluso superando a Octavi y a Sílvia en la resolución de problemas de lógica, una especie de entretenimiento diabólico ideado por aquellos formadores repelentes. Luego, lo que se suponía que debía ser un paseo en canoa, una actividad puramente lúdica y tranquila, se había convertido en una carrera cuando Brais, que remaba con Amanda, se había empeñado en desafiarlos a él y a Sílvia. Ella había aceptado sin darle más importancia y, como era de esperar, habían perdido sin la menor dignidad. De hecho, a medio camino su canoa había empezado a dibujar círculos en lugar de una línea recta, y cuando

por fin la enderezaron y llegaron a la orilla contraria, habían tenido que soportar la sonrisa lobuna de Arjona y el comentario de la propia Sílvia: «En la próxima prueba ya sé con quién tengo que ir». Pues bien, el azar ha decidido que ella forme parte del grupo de Brais, y sin embargo, eso no será sinónimo de victoria.

Oye pasos y se vuelve en lo alto del sendero. Es Gaspar, el empleado del departamento financiero que, como él antes, sube trabajosamente por la cuesta. César no le conoce demasiado, ese era otro de los criterios que a veces la empresa tiene en cuenta a la hora de seleccionar a la gente para estas jornadas, pero en el día y medio que llevan juntos le ha caído bien. Lo peor que se puede decir de él es que es un poco soso. Blando. Le tiende la mano para ayudarlo a recorrer la parte final del camino.

—Dura la subidita, ¿eh? —le dice sonriendo—. Espero que luego nos den una buena comida.

Gaspar asiente, sin resuello, y entorna los ojos, deslumbrado por el sol. La nube se ha desplazado y se halla entonces encima del cobertizo, tiñendo el fondo del paisaje de un azul grisáceo y tormentoso. Es una visión bonita: un cielo enfurecido a punto de soltar la rabia contenida sobre una simple cabaña, en apariencia demasiado frágil para soportarla. A la derecha, delimitando aquella especie de estampa campestre, está el árbol. Inmenso, imperturbable. A prueba de tempestades. Gaspar Ródenas, que lleva colgados unos prismáticos que se ha traído de casa, se los acerca a los ojos para disfrutar de la imagen.

—Menuda nube. ¿La has visto? Joder, de golpe se ha hecho de noche. Ahora parece que se aleja. Creo que deberíamos ir hacia la choza y ver qué hay antes de que...

César se calla al darse cuenta de que Gaspar no solo no le escucha, sino que suelta una especie de exclamación de sorpresa al tiempo que aparta los prismáticos. Después, sin decir nada, vuelve a colocárselos ante los ojos y ajusta la imagen, como si estuviera viendo algo asombroso.

Y entonces, antes de preguntarle a qué viene aquel súbito interés, César oye voces por su izquierda y, rayando en la desolación, comprueba que Arjona y su grupo, ellos sí, los cuatro juntos, avanzan en diagonal hacia la cabaña. Sílvia se vuelve hacia él y le saluda, y César, sin saber muy bien por qué,

sintiéndose como un crío de colegio, sale corriendo en esa misma dirección. Por su parte, al verlo de reajo, Brais también emprende la carrera, seguido de cerca por Amanda.

César quiere parar. Sabe que perderá —ellos están más cerca y son más rápidos— y que su humillación será aún mayor por haberlo intentado cuando carecía de posibilidades, pero es incapaz de evitarlo. Lo único que podría dejarlo aún más en ridículo sería tropezar y caerse de bruces. Y, de repente, nota que su pie derecho se enreda en algo que sobresale del terreno, una raíz traicionera que está allí solo para joderle, y todo su cuerpo sale propulsado hacia delante. Haberlo previsto, sin embargo, le ayuda a amortiguar la caída con ambas manos, lo cual en ese instante supone un leve consuelo para su ego, más maltrecho que sus pobres rodillas.

Permanece unos momentos tendido en el suelo, inmóvil, y oye la voz de Gaspar, más alterada de lo normal, que le dice:

—César... César, ¿estás bien?

Tarda un poco en contestar. Le da vergüenza levantar la cabeza del suelo y enfrentarse a la mirada risueña, o peor aún, compasiva, de Sílvia, pero cuando lo hace no se encuentra con ninguna de ambas. De hecho, nadie mira hacia él. Los otros cuatro, y también Gaspar, parecen hipnotizados por algo que hay en el árbol. Cuando dirige la vista hacia este comprende por qué.

De sus ramas cuelgan varios perros. Tres, hasta donde alcanza a ver. Les han puesto sogas alrededor del cuello y se mueven suspendidos como adornos de un abeto profano.

—¿Te ha costado encontrar la casa? A veces de noche resulta difícil orientarse por estas urbanizaciones si uno no las conoce bien.

Octavi Pujades le recibió vestido con un chándal azul que llevaba con la misma soltura que el traje de oficina.

—Bueno, solo un poco —contestó César, que se había pasado veinte minutos largos dando vueltas por un camino con casas independientes, todas parecidas, hasta dar con la que buscaba. Se sintió obligado a añadir—: Octavi, perdona que me presente así...

—No digas tonterías. No has venido sin avisar y, además, me alegro de

que estés aquí. Estos días me siento muy desconectado de todo.

César asintió.

—¿Cómo está? —preguntó, aún de pie en el recibidor.

Octavi Pujades se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. En junio el médico no le daba más de seis meses de vida y aquí estamos, casi a mediados de enero, y todo sigue igual. Supongo que puede suceder en cualquier momento... Pero pasa, siéntate.

El salón era un espacio amplio y cómodo, sin lujos aparentes aunque bien amueblado con piezas de estilo colonial. La chimenea estaba encendida, lo que César agradeció ya que las temperaturas habían empezado a descender. Y allí, aunque estaban a pocos kilómetros de Barcelona, el frío arreciaba.

—¿Quieres tomar algo? Te ofrecería un whisky, pero luego tienes que conducir...

César pensó en las curvas de la carretera y negó con la cabeza.

—Tengo cerveza sin alcohol, para las visitas —repuso Octavi, sonriente—. Siéntate, ahora te la traigo.

César le vio dirigirse a la cocina y pensó que sería mejor que la muerte se llevara a su mujer antes de que él se consumiera cuidándola. Le había encontrado ojeroso, envejecido. Octavi Pujades no había cumplido aún los sesenta, pero el último medio año valía por diez, se dijo. Si lo comparaba mentalmente con el hombre que había participado en el dichoso fin de semana de *team building* que había tenido lugar en marzo del año anterior, todo él parecía haberse encogido. Había adelgazado, y la pérdida de peso se le notaba sobre todo en la cara: en aquellos pómulos afilados como aristas y en los ojos hundidos, negros como colillas apagadas.

—Toma, ¿quieres vaso?

—No hace falta. Gracias.

—Salud.

Bebieron y contemplaron el fuego durante unos segundos. Octavi apoyó la cerveza en una mesita de madera y cogió un cigarrillo.

—Tú ya no fumas, ¿verdad?

César iba a negar con la cabeza, sin embargo, se arrepintió. Había dejado de fumar cuando empezó a salir en serio con Sílvia, que detestaba profundamente el olor a tabaco. En aquel momento creyó que, pasara lo que

pasase con su relación, abandonar el hábito no le haría ningún daño; no obstante, en algunas ocasiones lo echaba de menos.

—Solo fumo muy de vez en cuando —dijo, cogiendo también un cigarrillo.

—Todo esto de la salud y el tabaco son chorradas —afirmó Octavi—. Eugènia no ha probado un cigarrillo en su vida. Además, está claro que de algo hay que morir.

La última frase no resultaba especialmente tranquilizadora y César, que acababa de dar su primera calada en casi once meses, tuvo un súbito ataque de náuseas que remitió enseguida. ¿Cómo podía gustarle algo que sabía tan mal?, se preguntó. Y a la vez, ese sabor era como reencontrarse con un viejo amigo, uno al que conoces desde hace tanto tiempo que ya se lo perdonas todo. La segunda calada le sentó mejor. Dio otro trago de cerveza antes de decidirse a hablar.

—Ya sabes por qué he venido. Sílvia está muy nerviosa. Bueno, supongo que todos lo estamos... —El cigarrillo se le hacía raro en la mano y lo dejó en el cenicero. Una fina columna de humo se erigió entre ambos.

—No es para menos. Lo de Sara ha sido un golpe terrible. Suicidarse de esa manera tan... sangrienta. —Movi6 la cabeza como si no pudiera creerlo.

—Sí, aunque no es solo eso. —César buscó las palabras con cuidado. Tampoco quería ser alarmista—. Cuando pasó lo de Gaspar... Bueno, pensé que todo terminaría ahí. Pero ahora ya son dos: dos muertos en poco más de cuatro meses, dos personas que estaban allí ese fin de semana. Dos de nosotros. Y luego está lo de las fotos.

Octavi siguió fumando despacio. El resplandor del fuego se reflejaba en su semblante fatigado cuando habló.

—¿De verdad pensaste que lo de Gaspar sería el final?

César tomó aire y desvió la mirada.

—Vino a verme, ¿lo sabías? —comentó Octavi—. A finales de agosto, cuando le quedaban solo un par de días de vacaciones.

—¿Y qué quería?

—Pensé que querría hablar de trabajo, por supuesto. Iba a sustituirme oficialmente hasta que... hasta que todo esto de Eugènia terminara. Y todos sabemos que mi prejubilación se acerca, así que en un par de años Gaspar habría sido el director financiero de Laboratorios Alemany. Eso le imponía un

poco...

—Ya. Y supongo que también le imponía tener que lidiar con Martí Clavé —matizó César.

Su interlocutor se encogió de hombros.

—Es evidente que Martí esperaba ser el elegido. Es mayor, lleva más tiempo en la empresa... Era mi sustituto natural.

Ninguno de los dos hizo ningún otro comentario. No era necesario. Octavi se inclinó hacia el cenicero para apagar el cigarrillo y César advirtió que el pulso le temblaba un poco.

—Pero no era solo eso... Quiero decir que no vino únicamente a hablar de trabajo. Estaba... ¿Cómo decirlo? Alterado.

—Y arrepentido también, ¿no?

Octavi suspiró despacio, como si aún le quedara humo en la boca.

—Sí, y le tranquilicé como pude. También le aseguré que estaba preparado para el puesto. Que se lo merecía... No sé si le convencí, aunque me dio la impresión de que se marchaba un poco más tranquilo. Luego, apenas una semana después, me enteré de lo que había hecho. Supongo que era más débil de lo que pensábamos. —Hizo una pausa y preguntó de nuevo—: ¿De verdad creíste que la tragedia de Gaspar sería el punto final?

—Tal vez me engañara. —César meneó la cabeza lentamente—. Lo que no creí en ningún momento fue que eso afectara al resto de tal manera. A Sara, por ejemplo.

—En eso estamos de acuerdo. Y quizá, fíjate que solo digo quizá, la cosa acabe aquí. —Octavi Pujades se inclinó hacia delante y bajó la voz—. César, lo peor que podemos hacer es perder la calma. Hasta ahora se han producido dos suicidios, sí. Un joven que perdió la cabeza y se cargó a su familia, y una secretaria solterona y triste que se hartó de estar sola. Eso es lo que creo yo, lo que pensará todo el mundo. Que ambos trabajaran en la misma empresa es simple casualidad. Al menos ninguno de los dos ha revelado lo que pasó.

—Eso dice Sílvia. Pero ¿y lo de la foto?

—Ese es otro tema. Solo uno de nosotros pudo sacar esa fotografía. Es decir, tú, Sílvia, Amanda, Brais, Manel o yo, por supuesto. ¿Recuerdas quién llevaba cámara aquel día?

—Yo no. Sílvia llevaba, creo. Y Sara también. Diría que casi todos.

Además, con los móviles pueden hacerse fotos como esa.

Octavi asintió.

—Claro. No lo había tenido en cuenta. En estas cosas me noto la edad... La foto. Y esa frase: «No te olvides».

—¿Tú lo has olvidado? —preguntó César—. Porque yo no. Durante unos meses sí. No es que lo olvidara, por supuesto, pero... se diluyó. Como esas confesiones que se sueltan durante una borrachera o un ataque de ira y que al día siguiente te hacen sentir fatal. Luego, con el tiempo, pierden esa importancia, y al final, si no han tenido consecuencias, se pierden en la memoria.

Octavi sonrió y cogió otro cigarrillo.

—No creo que ese sea un buen ejemplo, César.

—Supongo que no... Aunque da igual. No es eso de lo que venía a hablar contigo. Tenemos que trazar un plan común.

—Sílvia me ha dicho por teléfono que habéis quedado mañana, tal como proponía Arjona en su correo. Yo no creo que pueda asistir, pero estaré de acuerdo con lo que decida la mayoría.

—Por eso he venido a verte. Sílvia es partidaria de seguir igual, y la verdad es que el criterio del resto me trae sin cuidado. Incluido el de Arjona, no porque no tenga cabeza, sino porque no me fio un pelo. Quiero saber cuál es tu opinión. Es demasiado valiosa para no contar con ella. —Lo decía con sinceridad, casi suplicaba.

Octavi Pujades exhaló el humo lentamente. A César le pareció oír un quejido procedente del fondo de la casa.

—Son las ocho y media. Dentro de nada tendré que ir a darle la morfina. Es lo único que puedo hacer por ella: evitar que sufra. —Cambió de tono y miró a César a los ojos—. No sé si tengo una opinión muy definida sobre lo que hay que hacer. Lo que sí sé es que perder la calma no ayudará en nada. Eso tiene que quedar muy claro. Y, César... Si yo fuera tú, no confiaría en nadie. En nadie —repitió.

«Habla con su madre», le había dicho Carmen, su casera, aquella misma mañana mientras desayunaban juntos. Y Héctor Salgado se fiaba más del instinto de esa mujer que de todos los informes policiales redactados por concienzudos expertos. «Piensa que era su madre, pero también era abuela. Ella tenía que saber si su hijo era capaz de algo tan horrible».

Héctor discrepaba. Le constaba que el cariño materno podía provocar una especie de ceguera permanente ante los defectos filiales. Que no fuera el caso de Carmen, que reconocía que su Carlos era un vago que no se metía en líos más serios por pura pereza, no significaba que lo mismo pudiera aplicarse de manera generalizada. Aun así, algo había de razón en su argumento: la madre de Gaspar Ródenas era la abuela de Alba, a la que oficialmente él había ahogado con una almohada mientras dormía la misma noche en que mató a su mujer de un disparo. Todo antes de pegarse un tiro.

Los informes policiales dejaban pocas dudas en el aire sobre cómo se desarrollaron los hechos, aunque aportaban escasas certezas sobre el porqué. Si es que algo así podía explicarse de manera racional, cosa que el inspector Salgado tendía a no creer. El cómo, la secuencia de hechos que desembocó en la matanza familiar, parecía claro. A mediados del mes de julio, Gaspar Ródenas compró una pistola. Sus compañeros de violencia machista habían seguido ese rastro con relativa facilidad hasta dar con el vendedor, un ratero de poca monta que de vez en cuando se dedicaba al tráfico de armas de fuego. No había constancia de si Gaspar informó de ello a su mujer o no. Toda la familia de Susana Cuevas residía en Valencia, y aunque habían pasado juntos

unos días de vacaciones, la hija venida de Barcelona no había mencionado nada al respecto. Y esto no es Estados Unidos, pensó Héctor. Aquí la gente no suele tener pistolas en casa para protegerse de nada, menos aún una pareja joven, con una niña, que vivía en un piso del Clot donde las posibilidades de que esa arma les resultara de utilidad eran nulas.

Así que era más lógico suponer que Gaspar ocultó la compra de la pistola a su mujer. La familia de ella había aportado muy poca luz al caso, según el informe. Estaban tan destrozados por la tragedia que apenas podían hablar. Se limitaron a decir que Susana estaba muy contenta con su hija, que a Gaspar le habían ascendido hacía poco, y que, al menos en apariencia, se llevaban bien. Estaba claro que la atención de la familia se había centrado en la niña, a la que veían poco. «Debió de volverse loco», había dicho el hermano mayor de Susana, que había estado con ellos en Valencia. «Su me dijo que él estaba un poco estresado con el nuevo cargo. Pero fue un simple comentario, y ella misma añadió que “era cuestión de tiempo”, que ya se acostumbraría».

Uno no asesina a su familia por un simple problema de estrés laboral, se dijo Héctor. De eso estaba seguro. En cualquier caso, y siguiendo con el relato de los hechos, la tarde del 4 de septiembre, Gaspar Ródenas había llegado a su casa sobre las 19.45. Un vecino se cruzó con él en la escalera y, como era habitual, se habían saludado. El inmueble donde residían Gaspar y su familia constaba de solo seis vecinos, dos puertas por tres pisos de altura; los Ródenas vivían en el principal. En su misma planta habitaba una anciana octogenaria, bastante dura de oído, y el piso superior, hasta entonces ocupado por una familia de «morenitos», según la misma vecina, había quedado vacío después de que estos se volvieran a su país. Los demás vecinos estaban de vacaciones. El hombre que se había cruzado con él por la noche, vecino del segundo primera, creyó escuchar ruidos de madrugada, pero en ningún momento sospechó que fueran disparos.

Quien los encontró, quien se encontró con aquella escena horrenda, había sido precisamente la hermana de Gaspar, María del Mar Ródenas, que fue el sábado a mediodía a ver a su sobrina, tal como habían quedado. «Gaspar no contestaba al móvil, pero como les había asegurado que iría, fui de todos modos. Pensé que andarían ocupados con la niña... Y, bueno, la verdad es que Susana nunca se ponía cuando llamábamos. Sin embargo, cuando llegué y

nadie contestó al timbre, ni al móvil, sí que me pareció raro. Para ser sincera, me enfadé un poco. Trabajo casi todos los sábados, en el Hipercor de Cornellà, y Gaspar sabía que me hacía ilusión comer con la niña el único sábado al mes que tenía libre». María del Mar regresó a su casa, era de suponer que bastante cabreada, puesto que desde L'Hospitalet, donde vivía aún con sus padres, hasta el barrio del Clot había al menos cuarenta y cinco minutos en metro. Continuó llamando toda la tarde y, finalmente, al ver que su hermano seguía sin responder a sus mensajes, cogió el juego de llaves que Gaspar había dejado en su casa y volvió al piso. «No lo había hecho nunca, entrar sin que estuvieran ellos. Y estaba segura de que a Susana no le iba a gustar, pero me daba igual. Aquello no era normal... Solo quería asegurarme de que no pasaba nada».

Esa pobre chica tardará en olvidar lo que vio, pensó Héctor. Le dolía tener que recordárselo, sin embargo, no le quedaba otro remedio. Si quería conocer a Gaspar Ródenas, saber cómo era, averiguar qué le había llevado a cometer un acto tan atroz, debía hablar con su familia. Pensaba hacerlo el día anterior, pero Savall había vuelto a tenerlo reunido con Andreu y Calderón toda la tarde. Así que finalmente concertó un encuentro con María del Mar, a las cinco en punto, en una cafetería próxima al ayuntamiento del municipio donde residía. No era la madre de Gaspar, no obstante, de momento tendría que conformarse con ella.

Era un lugar ruidoso y amplio, y la clientela, formada en su mayor parte por comerciantes de la zona, se concentraba a esa hora en la barra. O, con la reciente entrada en vigor de la ley antitabaco, en la calle, fumando mientras aún conservaban el sabor del café en la boca.

Héctor había ido solo, dejando a Fort dos cometidos: averiguar qué hacía Sara Mahler a esas horas en el metro de Urquinaona y, ya de paso, recabar información sobre Laboratorios Alemany. Tenía previsto acercarse a la empresa al día siguiente, viernes, para ver a Sílvia Alemany y, a ser posible, a los otros compañeros que aparecían en la foto. De algún modo, esa imagen de ocho personas vestidas en plan excursionista casaba con aquella otra, tan desagradable, que había recibido Sara Mahler en su móvil. Dos piezas que

podían formar parte del mismo puzzle o no, pensó Héctor. Y la comparación le hizo pensar en el comisario Savall, gran aficionado a ellos, con quien más pronto o más tarde tendría que hablar del caso. Mañana, pensó. Antes o después de ir a los laboratorios.

María del Mar le esperaba en la puerta. Los dos entraron en el local y buscaron una mesa vacía al fondo. Por suerte para ellos había más de una, y escogieron la del rincón, que les aseguraba al menos cierta privacidad.

Héctor esperó a que la camarera les hubiera servido las bebidas y dedicó unos minutos a romper el hielo con la chica. María del Mar, «Llámeme Mar, por favor», había estudiado magisterio, y durante unos meses había sido cajera en unos grandes almacenes de la zona. Desde noviembre, estaba en paro. Lo mismo que su novio, según le contó. Este, llamado Iván, había trabajado en la construcción hasta el año anterior y lo único que había podido encontrar desde entonces eran «algunas chapuzas aisladas con su primo». Obras menores, ingresos que con suerte llegaban a los mil euros... A los veintisiete años ambos seguían viviendo en casa de sus respectivos padres, ya que, justo cuando se disponían a alquilar un piso, Iván se había quedado en la calle.

—No sé si llegaremos a casarnos algún día —comentó Mar con tristeza—. Pero usted no ha venido a que le cuente mis penas, inspector. ¿Hay algo nuevo en el caso de mi hermano? —Lo preguntó con temor, como si dentro de ella anidara la sospecha de que Gaspar Ródenas aún ocultaba pecados por desvelar.

Héctor decidió ser tan sincero como fuera posible; lo último que quería era dar esperanzas en un caso oficialmente archivado.

—En realidad, no. —Optó por no mencionar la muerte de Sara—. Solo estoy intentando saber más cosas sobre tu hermano. Cerrar el caso con una explicación mejor que ese «arranque de locura transitorio», si es posible...

Se trataba de una explicación bastante inverosímil, pero Mar parecía confiada por naturaleza, así que no dijo nada y aguardó a que el inspector siguiera hablando.

—Gaspar y tú os llevabais unos cuantos años...

—Diez.

—Supongo que no conocerías a sus amigos...

—Bueno, conocía a los del barrio, pero Gaspar los dejó de lado en cuanto

empezó a salir con Susana. —Esbozó una media sonrisa—. A ella no le caíamos muy bien.

Algo así había intuido Héctor al leer la declaración de Mar, y se dijo que un buen modo de adentrarse en la personalidad de Gaspar de la mano de su hermana era ahondando en esas diferencias y en la relación entre el matrimonio.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—No lo sé... cinco o seis años. Espere. —Hizo una cuenta mental—. Sí, cinco años. Se casaron el año en que yo terminé magisterio; apenas llevaban unos meses saliendo. —Sonrió—. Se decidieron rápidamente.

—¿Y ellos se llevaban bien?

—Sí. Bueno, ella organizaba y él asentía. Es una forma de llevarse bien, supongo.

—¿Susana era una mujer... mandona?

—Más que mandona, era de las que ponían mala cara cuando las cosas no se hacían a su manera. Así que Gaspar intentaba no contrariarla. Al final, se había convencido de que la única manera correcta de hacerlo todo era exactamente como decía Susana.

—¿A ti no te caía bien?

Ella miró a su alrededor. Fue un gesto fugaz, casi invisible, pero lo hizo.

—Es horrible hablar mal de los muertos. Y más en este caso... La verdad es que no: Susana no me caía bien. No me importaba que mangoneara a mi hermano, eso era cosa suya, pero me daba mucha rabia la forma en que trataba a mis padres. Sobre todo a partir del nacimiento de Alba —añadió.

—¿Veías a menudo a la niña?

—¿A menudo? —Mar sacudió la cabeza—. Mi madre casi tenía que pedir audiencia para ver a su nieta. Nunca era el momento adecuado. Me siento fatal diciendo esto...

Héctor lo sabía. Era una reacción habitual, sin embargo, en una investigación no había lugar para la consideración hacia los que ya no estaban. Al revés, había que sacar a la luz sus secretos, desentrañar sus defectos, airear sus errores. Las víctimas habían perdido la vida, y con ella el derecho a la intimidad.

—¿Qué crees que pasó? —preguntó Héctor.

—No lo sé... Cuando entré... —Se estremeció y bajó la vista, como si tuviera otra vez delante aquella escena—. Cuando entré pensé que había sido obra de un ladrón. Ya sabe, una de esas bandas de rumanos que atracan pisos.

Parecía a punto de echarse a llorar y Héctor le preguntó si quería parar un instante. Ella negó con la cabeza. Tenía el cabello oscuro, bonito, y el semblante tenso, pero era precisamente esa expresión lo que otorgaba cierto atractivo a unos rasgos neutros, demasiado correctos para resultar bellos. Mar Ródenas, como su hermano, pertenecía a ese inmenso grupo de gente que no era ni guapa ni fea. Les faltaba intensidad, decía siempre Ruth de esa clase de personas. No obstante, en circunstancias como esas, la emoción reprimida les proporcionaba fuerza y algo parecido a la belleza.

—Ya sabía que venía a hablar de esto, inspector —añadió, mirando al inspector Salgado—. ¿Sabe? Mi casa parece un cementerio y mis padres dos muertos en vida. Mis padres... Dios, hace una semana apareció una pintada en la puerta del taller de mi padre. «Asesino. Hijo de puta», decía. ¡Como si el asesino fuera él! Mi padre, pobre hombre, que jamás nos ha levantado ni siquiera la voz...

La mirada de Héctor se ensombreció. Sí, esa era otra de las consecuencias en estos casos: la incomprensión, el insulto indiscriminado.

—¿No se dan cuenta de que nosotros hemos perdido a un hijo, a un hermano? ¿A una nieta?

Mar no aguantó más y rompió a llorar. No era un llanto reconfortante, sino amargo. Furioso.

Héctor se sintió súbitamente mal. Odiaba esa parte de su trabajo, la de torturar almas aunque fuera sin querer.

—Dejémoslo ya —murmuró.

—Estoy bien. Estoy bien. —Mar cogió una servilleta de papel y se limpió la cara—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Lo que vi. —Carraspeó antes de proseguir—: Mi hermano estaba en el comedor, con la cabeza sobre la mesa. La pistola estaba en el suelo, a su lado. Creí que estaba solo porque no se oía a la niña. Es ridículo, pero eso fue lo que pensé. Fui corriendo hacia la habitación de Alba, y al pasar por delante del cuarto de baño vi que la puerta estaba abierta: Susana estaba tumbada en el suelo, boca arriba, con una mancha de sangre en el camisón. Y entonces comprendí que Alba también tenía

que estar en casa.

Hablaba como si estuviera en trance.

—Alba estaba en la cuna, en la habitación de al lado. Hacía poco que dormía sola. En un primer momento suspiré aliviada al ver que no había sangre. Está dormida, pensé. Sea lo que sea lo que haya pasado, ella está dormida y no se ha enterado de nada. Di un paso hacia la cuna y tropecé con algo. Una almohada. Y entonces me di cuenta de que no dormía. De que en ese cuarto no se oía nada. De que ella también...

Cerró los ojos y no fue capaz de seguir. Le temblaban las manos. Héctor pensó que parecía más joven aún de lo que era.

—Solo una cosa más —dijo en voz baja—. ¿Te suenan estas fotografías?

Sacó las dos fotos del bolsillo interior de la chaqueta y dejó encima de la mesa la del grupo del trabajo en la que aparecía Gaspar. Mar la miró. Sus rasgos se alteraron un poco al ver a su hermano, pero negó con la cabeza.

—Me parece que este vino al tanatorio —dijo señalando al señor de mayor edad, aquel que Héctor aún no había identificado—. Era el jefe de mi hermano aunque no sé cómo se llama. Vino acompañado de una mujer, aunque de ella no me acuerdo bien.

Antes de mostrarle la foto de los perros, Héctor preguntó:

—¿En casa de tu hermano no encontraron ninguna nota? ¿Ni algo parecido a esto, por casualidad?

—No había nada... La policía ya me lo preguntó. Se llevaron su ordenador y todo... Luego nos lo devolvieron. Mi padre lo tiró todo. —Entonces miró la foto y reprimió una expresión de asco—. ¿Qué es esto? ¿Qué tiene que ver con mi hermano? Es horrible.

—Lo sé. Tranquila, seguramente nada. Es... un cabo suelto que no consigo explicar —dijo Héctor. No quería dar más información y se sentía aún peor por ello, así que zanjó la conversación ahí.

Salieron a la calle y Héctor respiró hondo, como si hubiera emergido de un pozo en el que faltaba el aire. Se quedó unos minutos en la puerta, fumando, mientras veía cómo Mar se alejaba. En la esquina la esperaba un chico que, sin decir nada, le pasó un brazo alrededor de los hombros, como si quisiera consolarla. Al menos no está del todo sola, pensó Héctor antes de tirar el cigarrillo al suelo, algo que detestaba pero que parecía la única solución

cuando uno se veía obligado a fumar en la calle.

Si no había retenido mal la dirección, el taller mecánico propiedad del padre de Gaspar Ródenas tenía que estar en una de esas calles del centro. Héctor lo encontró sin problemas y se quedó unos minutos de pie, en la puerta, mirando hacia el interior. No sabía si merecía la pena entrar y hablar con el dueño, y casi estaba a punto de irse cuando un hombre salió del garaje y encendió un cigarrillo. Era un individuo de casi sesenta años, y, a juzgar por su semblante y sus manos, había trabajado durante más de cuarenta. Sin saber muy bien por qué, Héctor se acercó a él y le pidió fuego. Fumar es una insana forma de romper el hielo, se dijo al pensar que acababa de apagar un cigarrillo hacía menos de diez minutos.

—¿Es usted el señor Ródenas? —le preguntó al devolverle el mechero.

El hombre señaló el cartel del taller, pero acompañó el gesto de una mirada de desconfianza.

—Disculpe que le moleste —prosiguió Héctor—. Soy el inspector Héctor Salgado y...

—¿Qué quiere? —La pregunta sonó casi hostil.

—Quizá no sea un buen momento, pero me gustaría hablar con usted sobre su hijo.

El señor Ródenas fumó en silencio. Héctor iba a añadir algo más cuando su interlocutor le habló sin mirarle.

—¿Tiene usted hijos, inspector?

—Uno.

—Entonces me entenderá. Eduqué a los míos para que supieran diferenciar el bien del mal. Así que no puedo creer que Gaspar hiciera eso. No, no lo creeré nunca. No sé lo que pasó, pero sé que no sucedió como lo cuentan.

Lanzó la colilla a la calle y dio media vuelta. Desde dentro bajó la persiana sin añadir ni una palabra más. En el metal se apreciaban aún rastros de las pintadas, una sombra rojiza, acusadora e injusta.

Sílvia Alemany se miró en el retrovisor interior del coche antes de arrancar. Dios, si la cara era el espejo del alma, a las dos le hacía falta un maquillador profesional. En el fondo a eso se dedican, pensó mientras maniobraba para salir del aparcamiento de la empresa. A falsear almas. Podía hacer una lista de sus productos: cremas rejuvenecedoras, nutritivas, antioxidantes... Lo mismo daba: su efecto sobre el rostro era a lo sumo circunstancial; la cara interior, la que importaba de verdad, envejecía sin remedio. Se agrietaba, se secaba, y no había bálsamo ni ungüento que lo evitara. Por eso las arrugas volvían a salir, por eso negocios como el suyo seguían siendo necesarios. En el fondo eran como el retrato de Dorian Gray: relegaban la vejez, la maldad y la podredumbre a ese rostro interno y secreto, manteniendo el visible medianamente puro, joven y hermoso. Pero el retrato estaba ahí, agazapado en tu interior, listo para traicionarte cuando menos te lo esperabas.

Su coche se mezcló con los muchos vehículos que entraban en Barcelona a esas horas de la tarde. Un ejército de seres obedientes e industriosos que se retiraba durante unas horas y que al día siguiente realizaría el trayecto en sentido contrario. Tan cansados y aburridos por las mañanas como por las noches: los hombres epsilon de 2011 que habían hallado la felicidad en las compras a plazos. Sonrió con ironía al pensar que ella al menos tenía el placer de ser por unas horas algo parecido a una mujer alfa. Una especie de reina consorte, necesaria y apreciada, aunque, como todas, levemente temida.

La fila de coches se detuvo y Sílvía se disponía a poner música cuando sonó el móvil.

—¿Sí?

El manos libres la desorientaba: siempre tenía la impresión de que el otro no la oía bien.

—¿Mamá?

—Hola, cariño. Estoy en el coche.

—Ya. Una cosa, ¿vendrás a cenar?

—No lo sé. Hay comida en casa, ¿no?

—Sí, claro. Pero Pol dice que está muerto de hambre y que le apetece pizza. Si tú no vienes, podríamos pedir una.

El coche de atrás tocó el claxon, impaciente. Sílvia se dio cuenta de que la cola había avanzado unos metros.

—Voy, voy...

—¿Qué?

—No, no es a ti, Emma. Estoy en un atasco.

—Ya. Bueno, ¿qué dices?

Sílvia dudó solo un momento.

—No.

—Pero mamá...

—He dicho que no. Emma, hay pollo en la nevera. Y ensalada de pasta que hice ayer. Si no he llegado en una hora, prepara la cena para ti y para tu hermano, cariño.

Hubo unos instantes de silencio. Luego se oyó la voz de Emma: dócil y amable.

—Vale. Ya le había dicho que no querrías. No te preocupes por la hora. Yo me encargo.

—Gracias, cielo. Oye, te veo luego en casa, ya sabes que no me gusta hablar cuando conduzco. Hasta luego. Un beso... Y dile a Pol que no proteste.

—Un beso, mamá. Hasta la noche.

Sílvia lanzó un beso imaginario a su hija. Ojalá todos fueran como Emma, pensó con orgullo, mientras encendía la radio del coche. Estaba segura de que la cena estaría hecha y la cocina recogida cuando llegara. La había educado bien, lo cual no era tarea fácil en los tiempos que corrían. Pocas niñas de dieciséis años eran tan responsables, tan de fiar. Si al final se marchaba al extranjero a estudiar segundo de bachillerato, la echaría muchísimo de menos.

Aún no había decidido qué hacer y no podía demorarlo demasiado. Y eso no era lo único que tenía pendiente. La boda, sin ir más lejos. Por sencilla que fuera la ceremonia, había una serie de cosas que hacer... Suspiró. En ese momento no estaba de humor para pensar en festejos. Incluso se le había ocurrido la posibilidad de retrasarla, aunque no sabía cómo se lo tomaría César. Y, a pesar de que no lo admitía a menudo, lo cierto era que le apetecía casarse con él. Tener a alguien en ese asiento de copiloto que llevaba años vacío. No se trataba del amor de su vida. Gracias a Dios, ese ya lo había superado, como si fuera el sarampión, y había quedado inmunizada para siempre. En César buscaba otra cosa: respeto, compañía ahora que los niños empezaban a volar... Le constaba que era un buen hombre, alguien en quien podía confiar y que, al menos, la quería tanto como ella a él.

Te has convertido en una cínica, pensó. El cinismo quizá no fuera bueno para el alma, pero era necesario para sobrevivir. Sílvia había tenido que tragarse muchas cosas cuando volvió y se presentó ante su padre. El viejo la había ayudado, sí: la había mantenido mientras terminaba la carrera, que había dejado a medias al largarse. Le había dado un puesto en la empresa, aunque se había asegurado de que su hermano, el mellizo bueno, fuera el heredero de verdad. Viejo hipócrita: muchas lecciones de moral para luego acabar muriendo, de un infarto, en la cama de una puta cubana. Afortunadamente, Víctor era manejable, y ella había acumulado durante años grandes reservas de cinismo para no proclamar a voces que la mediocridad de su hermano habría hundido la empresa si ella no hubiera estado allí, llevando el timón desde la sombra, evitando gastos innecesarios y riesgos locos, sobre todo en los momentos de bonanza. Suerte que Víctor, en pleno enamoramiento de aquella imbécil de Paula, había dejado de implicarse en los asuntos de la empresa, dejándolos cada vez más en sus manos.

Le sale relativamente barato, se dijo Sílvia, pero a cambio ella había conseguido otra cosa que le compensaba más que el dinero: ejercer el poder. Algo adictivo a lo que no pensaba renunciar.

Esa misma tarde, por ejemplo. Ya se iba cuando Saúl, su segundo de a bordo, le comentó que Alfred Santos quería verla. El director técnico del laboratorio era un individuo amable, de trato fácil, uno de esos hombres que causaba pocos quebraderos de cabeza. Por eso le había recibido enseguida. Si

había alguien que se mereciera ser atendido ese era Santos; seguro que no la importunaba por tonterías.

Y efectivamente, no era ninguna tontería. Un indignado Santos, más enfadado de lo que ella le había visto nunca, estuvo media hora larga exponiendo los defectos, los conflictos y los problemas que generaba en el laboratorio Manel Caballero. Santos, y en opinión de Santos, tan graves, que estaba decidido a despedirlo. En realidad, lo habría hecho ya tiempo atrás de no haber sido porque la actitud y las palabras del ayudante de laboratorio dejaban entrever que, si era necesario, podía recurrir a instancias más altas que su jefe directo y, por tanto, dejar a este en ridículo ante todo el departamento. Silvia había necesitado hacer acopio de toda su diplomacia para mantener a aquel imbécil de Caballero en el puesto. Y, tras un buen rato de excusas y razonamientos que parecían sacados del manual del empresario cobarde, Santos la había mirado fijamente a los ojos y le había soltado: «No lo vas a despedir, ¿verdad? Él tiene razón: yo no pinto nada». Y por una vez en su vida, Silvia Alemany no había sabido qué decir. «No sé qué coño está pasando aquí últimamente, pero no me gusta. Suicidios, gilipollas que se creen los reyes del mambo y directivos que parecen incapaces de dirigir con sensatez».

A la mierda, pensó ella mientras aceleraba para cruzar en ámbar un semáforo solo para verse obligada a detenerse diez metros más adelante. Tenía que hablar con Manel Caballero y lo haría ese mismo día, en cuanto terminara la reunión en casa de César. Allí estarían todos: Amanda, Brais y el gilipollas, como lo había llamado Alfred Santos. Octavi no podía acudir, tal como imaginaba, y eso la intranquilizaba: el director financiero se hacía escuchar y, en líneas generales, estaba de su parte. Y, por supuesto, faltarían Sara y Gaspar. Gaspar...

Nunca habría creído que fuera precisamente Gaspar Ródenas el que tuviera conflictos de conciencia. Los habría esperado de Amanda, por ejemplo. Era tan joven, tan inocente y al mismo tiempo pertenecía a ese grupo de personas creativas que, en su opinión, abordaban de un modo poco práctico los asuntos generales de la vida; la combinación perfecta para sufrir de remordimientos o para aplicar al día a día lemas de esos que figuraban en los calendarios, al lado de fotos de amaneceres o noches estrelladas. Pero no:

Amanda no había manifestado la menor señal de inquietud, quizá porque lo único que tenía de joven e inocente era su aspecto. Aquella belleza casi virginal, impoluta, luminosa... Como Dorian Gray, Amanda parecía inmune a las maldades del mundo.

No, había sido Gaspar quien se había plantado en su despacho después del verano, agobiado por un sentimiento de culpabilidad del que no podía librarse. Gaspar, el contable pragmático, honesto y cabal; el padre de familia con más cosas que perder. Sílvia había recurrido a su poder de persuasión, a toda su capacidad para convencer. Recurrió incluso a una amenaza velada en una clara muestra de ese cinismo que ya formaba parte de su naturaleza y, posteriormente, casi sin pestañear, pasó de la reprensión al elogio: «Tú eres muy importante, contamos contigo, no nos falles, confío tanto en ti...».

«Somos un equipo, Gaspar. Yo te entiendo, no lo dudes. Pero nos diste tu palabra, hicimos un pacto. Me consta que eres una persona para quien la palabra dada significa algo, ¿no es así? De momento todos hemos cumplido como caballeros. Y me cuesta, no, me duele pensar que alguien tan íntegro como tú quiera echarse atrás: retractarse de lo que prometió a sus compañeros y, en consecuencia, perder todo lo que ha conseguido en nombre de... ¿De qué, Gaspar? ¿Exactamente de qué? ¿De verdad crees que merece la pena?».

Un discurso brillante, retorcido y falso como una guirnalda navideña. Apelar a la solidaridad desde una posición de mando, distorsionar conceptos como honestidad o responsabilidad, y colocar al otro en una posición en la que, libremente, por voluntad propia, decidía hacer lo que se le pedía, no porque fuera a obtener algún beneficio de ello, sino porque sentía que así debía ser. En la empresa, como en la vida, la amabilidad generaba deudas más profundas que la imposición. Sílvia lo sabía y lo utilizaba, sobre todo con personas débiles e inseguras. Eso no podía aplicarse a Brais Arjona, sin ir más lejos, aunque tampoco hacía falta. Brais entendía que se había montado en su mismo barco y que o remaba en su misma dirección o se hundía con ellos. Con Gaspar, al parecer, no había encontrado la zanahoria adecuada, y el resultado, aquella tragedia familiar, era algo en lo que prefería no pensar.

Vio un hueco no demasiado grande donde aparcar el coche y, como mandaban los cánones, señaló la detención e inició la maniobra. Estaba a punto de bajar del vehículo cuando el móvil volvió a sonar. Número oculto.

Respondió por inercia, aunque estaba segura de que se trataría de una de esas llamadas promocionales de alguna compañía telefónica.

Héctor cogió el metro en una estación de L'Hospitalet para ir hasta la comisaría de plaza Espanya, la misma línea que escogió Sara Mahler para terminar con su vida. De pie, mientras el tren avanzaba por el túnel, se dedicó a observar a los pasajeros. A esas horas en su mayor parte eran trabajadores o estudiantes que regresaban a casa después de la jornada laboral. Enfrascados en periódicos gratuitos o concentrados en sus teléfonos móviles, en el vagón se respiraba fatiga, el desencanto de la monotonía. Una chica hablaba a gritos por el móvil: peleaba con alguien sin el menor recato y nadie parecía hacerle el menor caso. Estamos en un mundo cada vez más autista, pensó Héctor. Le sacó de sus cavilaciones la entrada en el vagón de una mujer mayor, cargada con un carro pesado que apenas podía arrastrar. No había un solo asiento libre y la señora permaneció durante unos minutos apoyada en el carro, tambaleante, hasta que un joven sentado a su derecha la vio y le hizo señas para que ocupara su sitio. Los viajeros que la anciana tenía delante miraron ostensiblemente hacia otro lado.

El joven se quedó de pie, cerca de Héctor, y le saludó con timidez. El inspector recordó de repente: aquel chico era Nelson o Jorge —no recordaba cuál era cuál—, el hermano mayor que había regresado al andén a devolver el móvil de Sara Mahler la noche de Reyes. A Héctor le encantaba esa faceta provinciana de Barcelona, una ciudad que no era tan grande como pretendía ser.

—¿Cómo estás? —preguntó Héctor.

El muchacho se encogió de hombros.

—La vida está dura —dijo a modo de respuesta. Miraba a Héctor como si le extrañara verlo allí, en un vagón de metro—. ¿Han descubierto algo más sobre aquella mujer? La que saltó a las vías...

—Poca cosa —repuso Héctor.

—Bueno, me bajo en la próxima. Y no se preocupe, mi hermano no volverá a meterse en líos.

—Seguro que no. —Héctor sonrió—. Pero no lo pierdas de vista por si acaso.

Las puertas se abrieron y Nelson, o Jorge, asintió con la cabeza y salió al andén.

En cuanto llegó a comisaría, Héctor supo que el agente Fort tenía noticias para él. Esperaba que entre las aficiones de su subalterno no estuviera la de jugar al póquer, porque jamás lograría ocultar que llevaba una buena mano.

—He estado revisando los movimientos bancarios de Sara Mahler —le dijo, fiel a su costumbre de explicar todo el proceso hasta su conclusión—. En general son bastante rutinarios, recibos domiciliados y poco más. Me llamó la atención una cuota fija de la asociación de mujeres Hera. Tengo que investigarla. Sin embargo, desde octubre hasta diciembre, Sara retiró algunas cantidades de dinero importantes. Aquí las tiene detalladas.

Era cierto: doscientos euros un día, cien en otra ocasión, doscientos cincuenta justo antes de Navidad. En sí no había nada raro, pero a juzgar por los extractos bancarios anteriores, Sara era de las que prefería llevar poco dinero encima, e iba sacando veinte o treinta euros varias veces por semana.

—Hay algo más: se gastó quinientos euros en una joyería el 22 de diciembre y otros cien en un conjunto de ropa interior.

A primera vista, lo que resultaba evidente era que, en los últimos meses, Sara había gastado más del triple de lo habitual. Lencería, joyas...

—¿Tú qué opinas? —preguntó Héctor.

—Diría que hay un novio o amigo por ahí... Lo cual explicaría por qué Sara estaba en la estación de Urquinaona a esas horas de la noche. Quizá había quedado con él...

Y quizá él le había dado plantón, pensó Héctor.

—¿Alguna idea de adónde había ido esa noche?

Fort meneó la cabeza, apesadumbrado.

—No, y ya no sé cómo podríamos averiguarlo, la verdad. Hemos preguntado por todos los restaurantes y bares de copas de los alrededores y nadie recuerda haber visto a Sara. Tampoco la hemos localizado en las cámaras de seguridad de la zona. A no ser que ese novio se presente y nos lo diga...

—Es raro que su compañera de piso no se diera cuenta de nada.

Fort sonrió al pensar en Kristin. Aquella chica estaba demasiado ocupada para interesarse en exceso por la vida de Sara. Iba a decirlo cuando sonó el teléfono de la mesa. Atendió la llamada y luego miró al inspector.

—Creo que podrá preguntárselo usted mismo.

Por el pasillo, acompañada de un amable agente de uniforme que, además, cargaba una caja para ayudarla, apareció Kristin Herschdorfer, que llevaba otra caja de cartón, más pequeña, pero que debía de pesar lo suyo.

—Hola —saludó, algo nerviosa por encontrarse en una comisaría—. He traído las cosas de Sara.

Fort enrojeció un poco.

—No hacía falta que viniera, me ofrecí a recogerlas yo mismo en su casa.

Kristin enarcó una ceja, como si no fuera eso lo que había entendido.

—Bueno, no importa. Mi amigo me acompañó hasta la puerta con el coche.

—¿Aquí está todo? —preguntó Héctor.

Dos cajas difícilmente podían contener todas las pertenencias de Sara Mahler.

—Oh, no. Solo lo que había en su habitación. La ropa sigue allí. No sé qué hacer con ella. Y algunos muebles debían de ser suyos, claro. Creo que tendrán que hablar con la propietaria del piso. Yo me mudaré de allí a final de mes.

Héctor asintió.

—Disculpe, señorita, ¿le comentó algo Sara sobre un amigo nuevo? ¿Le dijo ella si había conocido a alguien especial últimamente?

Kristin negó con la cabeza.

—No. Para nada. —Sus ojos se iluminaron de genuina curiosidad—. ¿Tenía un novio?

—Podría ser —se limitó a decir Héctor. En realidad, no estaba muy seguro de nada.

—Pues si lo tenía, debió de conocerlo por internet. Y nunca vino a casa, al menos cuando estaba yo allí.

—¿Usted pasaba mucho tiempo en casa?

—No —respondió Kristin—. A mi amigo no le gustaba mucho Sara. Decía que nos... ¿espiaba?

—Otra cosa, ¿mencionó alguna vez Sara la asociación Hera?

—¿Qué?

La cara de Kristin dejó claro que no le sonaba de nada.

—Ya —dijo Héctor—. Muchas gracias, señorita...

—Herschdorfer —dijo ella, sonriente—. Ya sé que es difícil. Ah, algo más. No creo que sea importante, pero el otro día, cuando se marchó, recordé que un día Sara sí tuvo una visita. Una chica del trabajo.

—¿Del trabajo? —Héctor sacó del bolsillo la foto del grupo—. ¿Es alguna de ellas?

Kristin observó la foto durante un segundo.

—Sí, esta. Era muy guapa, la verdad.

Amanda Bonet, se dijo Héctor.

—Si trabajaban juntas es normal que fueran amigas... —apuntó Fort.

Kristin miró al agente y se encogió de hombros.

—Bueno, en realidad solo la vi una vez. Al principio de mudarme, por eso lo había olvidado. —Suspiró, como si quisiera borrar de su mente a Sara y todo lo que la rodeaba—. Mi amigo me espera fuera.

—La acompañaré —se ofreció Fort.

Ella le premió con una sonrisa radiante.

—Gracias. Es muy amable. Por cierto, ¿usted sabe hablar catalán también?

Héctor no comprendió por qué la pregunta hizo enrojecer a Roger Fort hasta el nacimiento del pelo. Los vio alejarse por el pasillo y no pudo evitar sonreír a su vez, pero el gesto se truncó al ver aparecer a Dídac Bellver, que se cruzó con Fort y la chica holandesa y a punto estuvo de arrollarlos. Avanzaba hacia él con la decisión de una locomotora y, a juzgar por su cara, de bastante mala leche.

Diez minutos después, encerrados en el despacho de Héctor, este seguía sin entender el enfado de su colega.

—No tienes ningún derecho a meterte en mi trabajo —le repitió Bellver por enésima vez, con el índice extendido y unos centímetros más cerca de su compañero de lo necesario.

—Mira —repuso Héctor, que, medio sentado sobre su mesa, empezaba a impacientarse—, te juro que no sé de qué me estás hablando, así que más vale que te expliques mejor.

—¿No lo sabes? Va, Salgado, no me vengas con esas. Ese aire de inocencia igual te funciona con otros, pero no conmigo.

Héctor inició una cuenta atrás, de diez a cero, una técnica básica para no perder la calma; sin embargo, al llegar a cinco se hartó de contar.

—Ni aire de inocencia ni hostias, Bellver. Hacé el favor de decirme a qué viene esto o te largás de mi despacho. Y no te lo repetiré.

—Conque no sabes de qué va esto, ¿eh? Ya, a mí no me engañas. —Tomó aire y soltó la bomba, como un escupitajo—: ¿Acaso no fuiste tú quien le pidió a la subinspectora Andreu que sacara el expediente de tu exmujer de mis archivos?

Héctor se quedó tan desconcertado que, por una vez, no tuvo respuesta.

—¿No pretenderás que me crea que Andreu lo hizo por su cuenta? Vamos, Salgado, que no me chupo el dedo.

—Te juro que no sé nada de eso —repitió Héctor muy despacio.

Bellver hizo una mueca irónica.

—¿Qué coño buscas, Salgado? Si quieres saber algo sobre ese caso, ven y pregúntame. No mandes a tus secuaces a hacer el trabajo sucio.

—Yo no mandé a nadie. Bellver, me importa un comino que me creas o no, pero te lo digo por tercera y última vez: no tengo nada que ver con eso.

—Pues debería importarte. —A Bellver se le entrecortaban las frases—. Debería importarte, Salgado, porque no siempre vas a tener la misma suerte, ¿sabes? A otro ya le habrían dado la patada y a ti te mantienen aquí no sé muy bien por qué.

—¿A lo mejor porque resuelvo casos?

El inspector Bellver tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Qué estás insinuando?

Héctor sabía que lo que iba a decir le costaría más de un disgusto, no obstante, en el fondo, hacía tiempo que tenía ganas de soltarlo.

—Insinúo que si se valorara a la gente por los resultados, la puntuación de tu departamento no sería realta. Insinúo, aunque no te guste, que no tengo la menor necesidad de agenciarme el expediente de Ruth para ver vuestros progresos, porque me apuesto el cuello a que no hay ninguno. Y también insinúo que será mejor que no me rompas las bolas si no quieres que deje de insinuar y...

—¿Y qué? ¿Que me partas la cara como al negro?

Estaban tan cerca el uno del otro que sus alientos se mezclaban. Héctor retomó la cuenta atrás, dispuesto a no perder los estribos del todo. Por su parte, Dídac Bellver debió de tomar la misma decisión porque retrocedió hasta la puerta. Con la mano en el pomo, y sin dejar de mirar a su oponente, le espetó:

—Esto no quedará así, Salgado. Te lo juro. Empiezo a pensar que quizá tengas más cosas que ocultar en ese caso de las que suponía.

—Ándate de mi despacho. Hací favor.

Sin embargo, Bellver no pensaba detenerse, aún no.

—Al principio supuse que se trataba tan solo de la desaparición de una mujer adulta, emocionalmente inestable, que...

Héctor saltó como si la mesa le hubiera propulsado hacia arriba.

—Ruth no era emocionalmente inestable. No te atrevas a decir eso de nuevo.

Bellver se rio. Puta hiena, pensó Héctor.

—Bueno, llámalo como quieras. Pero tiene que joder, ¿no? Que tu mujer te deje por otra tía.

Le habría golpeado. Y no una vez, sino hasta borrarle esa maldita sonrisa para siempre, de no haber sido porque en ese momento Roger Fort abrió la puerta y se quedó mirándolos a ambos con el semblante muy serio. La interrupción del agente, deliberada o no, surtió efecto. Fue como si con él hubiera entrado una ráfaga de aire frío capaz de apagar el fuego.

Bellver masculló algo incomprensible, aunque en tono más apaciguado, y Salgado asintió sin responder. El agente Fort se apartó un poco para que el inspector Dídac Bellver pudiera salir.

—Gracias —le dijo Salgado a Fort. Y esta vez sí le miró a los ojos.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer? —preguntó César.

Durante toda la reunión había intuido que Sílvia ansiaba quedarse a solas con él, contarle algo, pero en ningún momento imaginó que el asunto sería tan grave.

Ella no contestó, y nada daba pie a pensar que fuera a hacerlo. Parecía absorta en la contemplación de la alfombra, una barata de Ikea que tenía una mancha de café en una esquina.

—Sílvia —insistió, dando un paso hacia esa mujer que solía tener respuesta para todo—, ¿me estás escuchando? No entiendo por qué has esperado a que se fueran para contármelo. A ellos también les afecta. Nos afecta a todos.

Se volvió hacia él con un gesto brusco y por un segundo César no supo si la expresión de desdén dibujada en su cara iba dirigida a la alfombra sucia, al piso en general o exclusivamente a él. Lo que Sílvia dijo a continuación, sin embargo, lo sacó de dudas.

—No digas tonterías. ¿No te das cuenta de que uno de ellos es el responsable de esto?

Ellos, es decir, Brais, Amanda y Manel, habían llegado dos horas y media antes, tal como habían quedado. Brais Arjona fue el primero en llamar a la puerta, pero, por suerte para César, Amanda apareció un poco después. Manel fue el penúltimo, y todos, sumidos en un silencio incómodo, se dedicaron a

esperar a Sílvia durante quince largos minutos, una eternidad que César habría aliviado con un cigarrillo de haberlo tenido. Hasta donde sabía, ninguno de los allí presentes fumaba, así que se tragó las ganas a sorbos de cerveza. Al menos Brais le acompañaba en eso; Manel y Amanda habían rechazado su ofrecimiento con esa amabilidad forzada de las visitas, y él no tenía otra clase de bebidas en una nevera que ya nunca estaba llena. Cuando por fin llegó Sílvia, sorprendentemente tarde, César soltó un profundo suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante todo ese rato o como si expulsara el humo de un cigarrillo imaginario.

—Perdonad —dijo ella al entrar, en un tono que César no se creyó del todo—, este barrio es terrible. No encontraba aparcamiento.

Los cinco estaban sentados alrededor de una mesita de centro: tres en el sofá, con Brais en medio, Sílvia en la butaca adyacente y César en una de las sillas que había llevado hasta allí desde la mesa del comedor. Nadie decía nada, por inercia o por nerviosismo; fue Brais quien abrió fuego con la misma pregunta que, un rato después, ya en un salón casi vacío, formularía César.

—¿Qué vamos a hacer?

César buscó la complicidad de Sílvia con la mirada, sin embargo, al notar que ella no le seguía el juego, decidió tomar la palabra. La postura de ambos estaba clara: lo habían hablado hasta la extenuación durante los últimos dos días.

—Estamos aquí para decidirlo entre todos, ¿no? —Y tras unos segundos añadió—: Por cierto, fui a ver a Octavi el otro día. No ha podido venir, pero acatará lo que acuerde la mayoría.

—¿Cómo está su mujer? —dijo Amanda.

Se trataba de una pregunta absurda, porque todos sabían cómo estaba realmente la esposa de Octavi Pujades. Y porque no se habían reunido allí para intercambiar comentarios corteses.

César iba a responder que todo seguía su curso inevitable cuando Manel Caballero le interrumpió, dirigiéndose a Sílvia.

—Perdón. ¿Se encuentra bien? —Era el único que le hablaba de usted a esas alturas, quizá porque era bastante más joven, o tal vez porque en su trabajo cotidiano de laboratorio apenas tenía relación con ella.

Todos miraron a Sílvia Alemany, que, en efecto, estaba muy pálida, como

si algo le hubiera sentado mal.

—Me encuentro bien, gracias —dijo ella, y al hablar su cara fue recobrando el color—. Y me sentiría bastante mejor si no tuviera que defenderte ante tu jefe a todas horas. No, no me mires con esa cara, Manel, ya sabes de qué te hablo. En una situación tan delicada como esta lo que menos interesa es que alguien dé la nota, ¿no crees?

César disimuló una sonrisa. Aquella era la Sílvia de siempre: la mujer que tomaba la iniciativa, que no se arredraba. Que se expresaba con firmeza y convicción.

—Brais ha hecho una pregunta y quiero contestarle con otra —prosiguió ella, ya al mando de la situación—. ¿Qué opciones crees que tenemos?

Aguardó unos segundos para que todos procesaran la cuestión y continuó hablando.

—Esa noche todos llegamos a un acuerdo que, al menos por parte de algunos, entre los que me incluyo, se ha cumplido a rajatabla. Parece necesario que os recuerde que hasta ahora nadie sabe nada de lo que pasó allí arriba. Me consta que la policía cerró el caso de Gaspar y estoy segura de que harán lo mismo con el de Sara si no nos ponemos nerviosos.

—Pero... —intervino Amanda— ¿qué les ha pasado? ¿Por qué han muerto?

La simplicidad de la pregunta los dejó a todos sin palabras. Amanda había hablado en voz baja, como era su costumbre, aunque era evidente que no se trataba de una pregunta retórica y César se sintió obligado a darle una respuesta.

—Sé que Gaspar Ródenas estaba muy abatido, y a pesar de ello me sorprendió mucho que llegara a ese extremo. En cuanto a Sara... Tal vez fue un accidente o tal vez sufrió un desmayo en el peor momento.

—Por favor, César, no nos andemos con tantos rodeos —repuso Brais—. Que yo sepa, no has colocado micrófonos en esta sala, ¿no? Entonces hablemos claro. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Allí arriba hicimos un pacto, como bien ha dicho Sílvia. Y Gaspar Ródenas se arrepintió al instante: todos lo vimos e intentamos convencerlo de que mantuviera su palabra. ¿No es así?

—Así es —concedió Sílvia.

—Por lo que se refiere a Sara, creo que el caso es distinto. Al menos yo no vi en ella la menor señal de depresión o de remordimientos, aunque debo admitir que no era una mujer fácil de interpretar.

—Te aseguro que no —dijo Amanda casi sin pensar, y todos se volvieron hacia ella—. Quiero decir que era muy reservada, muy suya... Era imposible saber qué le pasaba por la cabeza.

A pesar de que resultaba bastante obvio que la aclaración no revelaba todo lo que Amanda había querido decir, no añadió nada más. Con un gesto inconsciente se subió las mangas de la americana negra que llevaba y enseguida volvió a bajárselas.

Brais, que estaba a su lado, decidió que no era el momento de insistir.

—Bien. Dicho esto, cabe la posibilidad de que, como Gaspar, Sara no aguantara la presión. O simplemente que eso fuera la gota que colmara el vaso. Nunca me pareció una mujer feliz.

César miró a Sílvia: habían planeado conducir ellos la discusión, sin embargo, Brais estaba llevando la voz cantante y en un sentido que, al menos hasta ese punto, coincidía con sus intereses. Ella asintió con un gesto casi imperceptible.

—No quiero ser frío, pero lo que en estas circunstancias me preocupa, la razón por la que propuse que nos viéramos hoy, no son precisamente Gaspar o Sara, sino esas dichosas fotos. ¿Quién coño las manda? ¿Y qué pretende? Porque, además, tiene que ser uno de nosotros.

Brais lanzó una mirada directa a Manel, quizá con alguna intención o quizá solo porque estaba sentado a su lado. En cualquiera de los casos, el analista de laboratorio reaccionó, ofendido.

—Oye, si estás insinuando que yo me dedico a enviar esas cosas te equivocas. —Había enrojecido y la voz le salió algo más aguda de lo normal—. También yo recibí el *e-mail*. Creo que aquí la única persona que no sabía nada de esto hasta que yo se lo comenté era Amanda.

—Descarto sin abrir la mitad del correo que recibo —repuso ella, tajante—. Pero te aseguro que si estuviera haciendo eso me habría asegurado de enviármelo a mí misma también. No soy tan idiota.

—Eh, eh, no nos pongamos nerviosos —terció César—. Antes de que empecemos a acusarnos, hay algo en lo que no has pensado, Brais. —

Resultaba evidente que le complacía sobremanera señalar algo que el otro hubiera podido pasar por alto—. Está claro que solo uno de nosotros pudo sacar esa foto, Dios sabe con qué intención. Tal vez se la enseñó a alguien o se la envió, a algún amigo, conocido, pareja... No sería tan extraño, verlos allí fue un shock.

Todos negaron.

—Ni se me ocurrió sacar fotos ni se lo he dicho a nadie —aclaró Amanda—. Quizá Sara sí lo hizo... Ya visteis lo afectada que estaba por el tema de los animales.

Brais abandonó sus reflexiones y, por fin, retomó la palabra con el tono categórico que le caracterizaba.

—Sea como sea, esos mensajes indican que alguien quiere recordarnos lo que pasó. Y todos sabemos que los perros son solo un símbolo. Mi pregunta es: ¿para qué? ¿Qué diablos busca con eso?

Nadie tenía la respuesta, al menos en apariencia, así que Sílvia se decidió a tomar las riendas de la conversación de nuevo, aunque tuvo que esperar unos instantes ya que sonó un móvil, el de Amanda, que colgó sin responder.

—Seamos lógicos, Brais. Eso no podemos saberlo, así que lo más práctico será dejar de lado ese asunto y decidir qué es lo que vamos a hacer. Mirad, estoy segura de que los mossos no tardarán en aparecer por la empresa aunque sea para una visita rutinaria. Al fin y al cabo, en cinco meses han muerto dos personas vinculadas con los laboratorios. No tienen por qué sospechar nada más, pero vendrán a vernos por lo de Sara. Lo hicieron cuando sucedió lo de Gaspar...

—Lo que Sílvia quiere decir —intervino César— es que debemos actuar con normalidad. *A priori*, el suicidio de Sara no tiene nada que ver con nosotros.

—¿Y si preguntan por las fotos? —inquirió Manel—. No sabemos si ella también recibió una. La mía llegó unos días después de su muerte; quizá la persona que las envía le mandó una a ella antes. Y otra a Gaspar.

—¿Como una especie de sentencia de muerte? —César quiso ser irónico, pero no lo consiguió del todo.

—Desde luego yo no pienso saltar por la ventana, ni pegarme un tiro —afirmó Brais—, así que por mí pueden seguir enviando fotos hasta que se

cansen.

—Si preguntan por las fotos les contaremos la verdad —dijo Sílvia—. No tenemos nada que ocultar. Encontramos a esos pobres galgos, o sabuesos, o lo que sea, colgados de un árbol e hicimos por ellos más de lo que habría hecho la mayoría de la gente. Y si, como tú dices, hay un tarado que se dedicó a fotografiarlo y ahora le ha dado por gastarnos una broma, tampoco creo que tenga mucha más importancia.

Tal como lo dijo, parecía pensado para que alguien se diera por aludido; no obstante, nadie se considera a sí mismo un tarado, pensó César.

—No hemos tenido en cuenta a Octavi —recordó Amanda—. Tal vez, con todo lo que le está pasando a su esposa...

—¡Octavi no nos traicionaría nunca, Amanda! —cortó Sílvia—. Me gustaría poder estar tan segura de todos como de él.

Amanda se ruborizó, un acto inconsciente que, sin embargo, la mostró más guapa que nunca. Incluso Brais, poco sensible a la belleza femenina, tuvo ganas de protegerla.

—¿Me estás acusando de algo? —murmuró—. ¿A mí?

—Solo digo que si esto sale a la luz, algunos perderemos más que otros. Pero quiero recordaros algo: todos compartimos la responsabilidad, el pacto fue unánime.

La terminología casi hizo reír a César. Pacto, responsabilidad, unánime.

—No nos apartemos de la cuestión —dijo cuando Sílvia le lanzó una mirada fulminante—. ¿Estamos de acuerdo en lo que vamos a hacer?

Asintieron. Aunque a César no le gustara la expresión, el grupo renovó el «pacto». Algo a lo que ya parecían haberse acostumbrado.

«No digas tonterías. ¿No te das cuenta de que uno de ellos es el responsable de esto?».

La pregunta de Sílvia se quedó en el aire, hiriente como un insulto.

—No tiene por qué ser así —repuso César, aunque, obviamente, era una posibilidad bastante razonable.

—¿Ah, no? ¿Cómo si no iban a saber lo que hicimos? —No estaba enfadada con él, pero necesitaba descargar la tensión acumulada.

—¿Seguro que era un hombre?

—No estoy segura. La voz sonaba rara, como si masticara algo. ¿En qué piensas?

—Manel ha llegado tarde, poco antes que tú.

Ella suspiró, entre vencida y furiosa.

—Me da lo mismo quién sea. No pienso ceder.

—Entonces irá a la policía. ¡Tiene pruebas, te lo ha dicho! ¡Nos ha enviado la foto!

Sílvia se tomó su tiempo antes de contestar.

—No creo que lo haga —dijo por fin—. Al menos de momento. Ir a la policía terminaría con sus esperanzas...

—¿Y entonces?

—Me ha dicho que si no entregábamos el dinero, alguien más moriría de aquí al lunes.

César la miró como si no la conociera, como si aquella mujer que tenía delante no fuera la misma con la que pensaba casarse en unos meses.

—Eso lo cambia todo, Sílvia, ¿no te das cuenta? Por el amor de Dios, hay que ir a la policía y...

Lo cogió del brazo con fuerza.

—Ni se te ocurra. —Ella hablaba muy despacio y con cada sílaba la presión de su mano aumentaba—. No vamos a hacer nada en absoluto. ¿Me has entendido? Nada.

El AVE de las nueve y diez de la mañana salió con puntualidad de la estación de Atocha, lleno en su mayoría de hombres y mujeres de negocios que, portátil en mano, aprovechaban esas tres horas para trabajar o cuando menos para mirar la pantalla con cara de intensa concentración. Embutidos en sus uniformes de combate, lanzaban bombas en forma de *e-mails* incendiarios o estudiaban el mejor plan de ataque. O al menos así los veía Víctor Alemany esa mañana de viernes en la que se sentía de un humor especialmente bueno. Casi pletórico. Aunque en su aspecto externo se distinguía poco de esos otros soldados, por dentro sabía que su guerra estaba a punto de terminar, saldada con una victoria tan rentable como gloriosa.

Había sido una semana intensa, la culminación de otras reuniones esporádicas que comenzaron meses atrás. Por mucho que Octavi le aconsejara prudencia, toda la negociación se le había hecho tan larga, tan fastidiosamente eterna, que después del verano estuvo a punto de zanjarla aceptando la oferta sin más dilaciones. Y es que lo que Víctor quería por encima de todo era empezar de nuevo, con Paula y sin lastres. Sin una empresa familiar que llevaba adherida, cual siamés parásito, desde que tenía uso de razón. Durante años había creído que ese debía ser el núcleo de su existencia: dirigir la empresa, sacarla adelante, hacerla crecer. Algo que, en contra de la opinión general, había logrado. ¿Y para qué? Para que su vida solo cambiara por fuera: un coche más grande, trajes más caros, algún viaje absurdo a un destino exótico solo en apariencia. Aburrida, sí, así había sido su realidad hasta que conoció a Paula. Sonrió al pensar que precisamente gracias a los laboratorios

y a sus nuevas campañas había llegado a conocer a Paula de la Fe. Ni siquiera le sonaba su cara, ya que veía poco la televisión y menos aún series de producción nacional. Tal vez por eso la trató con más naturalidad, tal vez por eso ella se había fijado en él. O tal vez no. Lo mismo daba, no merecía la pena pensar en los porqués. El resultado era que él y Paula estaban juntos, que el aburrimiento parecía desterrado a un pasado remoto y que, poco a poco, él había empezado a vivir de verdad; no a respirar, comer, dormir e incluso follar, poco y de forma mecánica.

A los cuarenta y tantos años, Víctor Alemany se había enamorado como solo lo hacen los cuarentones frustrados o las adolescentes feas: sin medida. Quería viajar con ella, pasar el día con ella, y si hubiera sido un monarca de la era feudal, habría puesto el reino a sus pies. A ratos, le asaltaba el temor de estar sobrepasándose, de hallarse a punto de tirar por la borda todo lo que hasta entonces había sido su vida, de que esa euforia que le avasallaba por las mañanas hasta casi hacerle estallar fuera el preludio de una caída en picado. En esos momentos pensaba en su padre, muerto en la cama de una putita joven no porque estuviera cometiendo un exceso, como dijo Sílvia, sino porque su cuerpo no estaba acostumbrado a divertirse. El corazón también se oxida, pensaba Víctor, pero él había reaccionado a tiempo. Y, una vez ese órgano se ponía en marcha, no había fuego enemigo que pudiera pararlo.

La decisión de vender Laboratorios Alemany germinó después de una conversación con Paula, en la que por primera vez en su vida confesó a alguien lo mucho que se aburría. Y ella, más joven, le había dado una respuesta que irradiaba lucidez a espuestas: «Es tuya, Víctor. Es tu empresa. No eres como los demás empleados que están obligados a trabajar en ella. Tú puedes elegir». «Elegir», un verbo que en casa de los Alemany se había usado poco y siempre en sentido negativo. Su hermana, por ejemplo había «elegido mal» años atrás y había pagado las consecuencias. Sin embargo, él, a quien su padre reprendía a menudo por su indecisión, se había llevado el premio.

Sin duda había llegado el momento de escoger, o al menos de plantearse la posibilidad de hacerlo... Había pedido consejo a Octavi Pujades, por supuesto, y este había intentado reprimir esas ganas de cambio que amenazaban con arrollarlo todo en una época en que la situación económica hacía desconfiar de las buenas ofertas y de las decisiones repentinas.

Prudencia, moderación, *seny*, argumentos razonados que perdieron su fundamento cuando a la pobre mujer de Octavi le diagnosticaron el cáncer que la condenaba a una muerte anticipada. A partir de ese día, Octavi Pujades no tuvo más remedio que darle la razón en sus planteamientos básicos, aunque siguió obligándolo a mantener la negociación en el mayor secreto y a ser cauto en los acuerdos con aquellos inversores que habían surgido como caídos del cielo y cargados de dinero en efectivo. Aprovechando la baja de Octavi, ambos habían podido reunirse varias veces con los futuros compradores a espaldas de todos, en especial de Sílvia, no porque ella tuviera autoridad para impedir una venta, sino porque la presión de su hermana habría sido una carga añadida a todo el asunto. Solo la malograda Sara podía haber sospechado que su jefe y el director financiero se llevaban algo entre manos, pero a Víctor le constaba que su secretaria era leal.

Ahora sí, pensó Víctor, no podía postergar más hablar con Sílvia. Había estado a punto de sincerarse con ella en Navidad, y si no lo hizo fue más por pereza que por miedo, porque el acuerdo era casi firme. Pero Octavi le aconsejó esperar hasta enero, hasta esa última reunión que se acababa de celebrar, y Víctor concluyó que no había nada malo en ello, en fingir un poco más aunque en el fondo eso le hiciera sentirse mal. Como en la cena de empresa, su último acto, aquella pantomima que había representado con la convicción de un actor consumado.

Y fue al pensar en aquel evento cuando su memoria, aquella facultad caprichosa y traicionera, decidió capturar el hilo que andaba deambulando por su cerebro desde que el inspector de acento argentino le había enseñado aquella foto horrible, y lo unió a otro recuerdo con la fuerza de un puñetazo.

—Toda mujer quiere sentirse hermosa.

La voz de Víctor Alemany, director general de los laboratorios que llevan su nombre, se impone sin dificultad en la sala, a pesar de que, a oídos de algunos, la afirmación suena más bien pomposa, desubicada en los tiempos que corren. No obstante, los presentes se limitan a expresar su desaprobación a través de muecas irónicas, que enseguida quedan ocultas bajo una máscara de atención educada: solo se oye algún carraspeo aislado, el ruido de alguna

cucharilla que roza el plato de postre. Las casi cien personas que se hallan en una de las salas de los laboratorios, eficazmente convertida por una noche en salón comedor, se preparan para escuchar el discurso, o al menos para fingir que lo hacen. Forma parte de la tradición: cada año se celebra una cena de empresa por Navidad, cada año el director toma la palabra durante unos minutos, cada año se aplaude respetuosamente al final. Luego la fiesta, si es que puede llamarse así, sigue adelante sin más interrupciones. Por tanto, puede decirse que la mayor parte de las caras que observan a Víctor Alemany muestran un interés circunstancial, el mismo con que escucharían al padre de la novia que se empeñara en pedir un brindis por la feliz pareja. Nadie espera que diga nada original, ni interesante, pero hay que sonreír y atender.

Esta noche, sin embargo, tras las cinco palabras iniciales, las luces descienden poco a poco hasta que el salón queda a oscuras y en la pared situada detrás del señor Alemany aparece proyectada la reproducción de un cuadro. Una mujer de piel blanca y melena rubia —tan larga que su dueña cubre con ella parte de su desnudez— se mantiene en equilibrio sobre una gran concha que flota en un mar plácido. A su izquierda, suspendida en el aire, una pareja abrazada de dioses alados —podrían ser ángeles, aunque todo el mundo sabe que no tienen sexo— agita con su aliento sus rubios cabellos y, al otro lado, una dama vestida de blanco sostiene un manto rosado, listo para envolver a la recién llegada, como si su belleza fuera demasiado extrema para los pobres mortales. Todos conocen esa imagen, aunque hay quien tendría problemas para acertar el nombre exacto del cuadro o el autor. En cualquier caso, no se trata de un examen de historia del arte, y enseguida otra imagen se superpone a la anterior. Es un detalle de la misma mujer, el rostro de la misma Venus de cabellos dorados. Sus ojos color miel tienen la mirada perdida; la tez, aunque ligeramente sonrosada en las mejillas, es de una blancura sin mácula; la boca, de labios apenas carnosos, permanece cerrada, sin sonreír. La mujer se muestra ajena a su entorno. Joven, pura, intemporalmente bella.

—El canon de belleza ha ido cambiando a lo largo de los siglos.

Víctor Alemany pronuncia su segunda frase de la noche, una obviedad que, al menos, no resulta políticamente incorrecta y que precede a una colección de hermosos rostros femeninos que se suceden en la pared al ritmo de una canción. No siguen un orden cronológico, de manera que el busto sereno de

Nefertiti se alterna con la cara, sensual y casi salvaje, de una Brigitte Bardot adolescente, y una madonna renacentista de aspecto plácido da paso a la faz, maquiavélicamente atractiva, de la madrastra de Blancanieves. Nadie sabe quién ha hecho la selección, pero la primera impresión es que, quienquiera que sea el responsable, tiene una fuerte predilección por las mujeres rubias. Frías o voluptuosas, tranquilas o arrebatadoras, ocupan más de la mitad de las imágenes que se proyectan. Casi es un alivio que de repente surja el rostro de ébano brillante de Grace Jones, a quien la mayoría de los allí presentes reconoce entonces como la voz grave de la melodía de fondo, «I've Seen That Face Before», una especie de tango electrónico a ritmo de acordeón. Son esos rasgos extremos y andróginos los que dan paso a una rápida sucesión de fotografías de mujeres desconocidas, de edades y bellezas diversas.

Poco después termina la proyección y, por un instante, los presentes dudan sobre si deben o no aplaudir. Alguien empieza tímidamente y otros le imitan. Sin embargo, el conato de aplauso queda acallado por Víctor Alemany, quien, aunque agradece el gesto con un asentimiento de cabeza, levanta la mano derecha, como un líder político que sabe que lo mejor aún está por llegar.

—Durante años, nos hemos dedicado a ofrecer a las mujeres la posibilidad de sentirse hermosas, la ilusión de recuperar la juventud perdida. Y, lo más importante, a un coste de lo más razonable. Nuestra marca ha sido sinónimo de calidad y buen precio, y son esos dos conceptos básicos los que nos han traído hasta el día de hoy durante más de seis décadas.

Empieza ahí el discurso más clásico, el que todos esperaban al principio. El que se remonta al nacimiento de la empresa. Repasa el año que termina: ha sido un período turbulento, de reestructuración, de cambios. Pese a que de momento no pueden quejarse de los resultados, se esperan tiempos difíciles. En la mesa más cercana a Víctor Alemany, dos personas se miran. Amanda Bonet y Brais Arjona son conscientes de que han sido parte de esos cambios: caras nuevas en una empresa con más de medio siglo de historia.

El director general prosigue: se acercan años difíciles, a nadie se le escapa, pero él está seguro de que están preparados para los nuevos retos. La empresa ha tomado decisiones arriesgadas, sí, aunque con un objetivo, una meta, una ilusión. La nueva línea de productos ya está en el mercado. LA/Young. Un nombre pretencioso, muy discutido al principio y finalmente

aprobado por real decreto. Un logotipo, Y, que ahora aparece en la pared, anunciando el inicio de una segunda proyección.

Los más directamente involucrados en Y saben lo que viene a continuación. El publlirreportaje se rodó justo antes del verano, por eso la piel de los participantes muestra un leve bronceado. Alfred Santos es el primero en salir en pantalla para presentar la línea de productos: cremas suaves para pieles jóvenes, un segmento de mercado al que Laboratorios Alemany no se había dirigido específicamente hasta ahora. Piel que no necesitan cremas reafirmantes, sino otras que aporten luminosidad. Además, y Víctor Alemany lo sabe bien, su público objetivo va más allá, porque muchas mujeres de treinta a treinta y cinco años se sienten igualmente jóvenes. De ahí que Brais Arjona eligiera como modelo para las fotos de toda la línea a Paula de la Fe, que había alcanzado cierta notoriedad interpretando el papel de una profesora liada con un alumno en una teleserie. Paula tiene veintinueve años, aunque en la serie se supone que acaba de terminar la carrera y posee un aspecto juvenil. Lo que ni Brais ni nadie del equipo podían figurarse era que su jefe y Paula iniciarían una relación que aportaría a la marca una celebridad inesperada y un poco frívola, en opinión de Sílvia. A Víctor le habría gustado que Paula estuviera con él esta noche, pero al final se ha impuesto el criterio de Sílvia, «Esto es una cena de empresa», y ha decidido no discutir con su hermana. Ya no merece la pena.

El reportaje prosigue con Amanda, que bien podría ser la modelo de la campaña, hablando del diseño del envase, alejado del bote clásico que evoca las cremas de mamá. Y tras ella, Brais Arjona, brand manager de la línea Y, expone con elocuencia los conceptos de marketing: juventud, innovación, libertad. Todos se mezclan en la campaña que nos presenta a Paula de la Fe recién levantada, obligada a ir a trabajar después de una noche de juerga cuyos estragos se ven rápidamente redimidos por una ligera capa de After Hours, la crema estrella de la gama. Mientras se aplica el producto, una ojerosa aunque contenta Paula tararea el estribillo de una canción; por fin, cuando el espejo le devuelve una imagen perfecta, la canción suena a todo volumen y reconocemos, si no el título o la banda —«Alright» de Supergrass—, sí el estribillo: «We are young, we are free», el lema de la campaña, pensado para quienes conocen la canción y, por tanto, no son ni tan *young* ni

tan *free* como les gustaría ser.

Al final de la presentación se oye un aplauso amable y casi sincero. Víctor abandona el puesto de orador y antes de volver a la mesa, con su hermana, con los demás, decide pasar por su despacho un momento, para dejar sus papeles. Camina deprisa, hablar en público siempre le ha puesto un poco nervioso.

Antes de entrar en su despacho ve luz en el de Sílvia y se acerca a la puerta, que está entornada. Víctor se sobresalta cuando, al tratar de abrir, se encuentra a Sara.

—¡Sara! ¿Qué haces aquí?

Sara Mahler, siempre tan eficiente, parece azorada. Y torpe, porque mientras balbucea que de repente se acordó de que Sílvia le había pedido unos papeles, se le cae la carpeta que llevaba en la mano. Su jefe, amable, se dispone a ayudarla, aunque ella se agacha y se apresura a recoger todo el contenido. Pero algo capta la atención de Víctor, aunque en ese instante no le da más importancia.

Una foto campestre, un paisaje montañoso. Víctor apenas tiene tiempo de distinguir la imagen de un árbol, visto desde lejos, y menos aún de advertir que algo cuelga de sus ramas, antes de que Sara, de nuevo eficiente, lo guarde en la carpeta y salga del despacho con un simple:

—Vamos, Víctor. El anfitrión no debería ausentarse de la fiesta.

En poco más de doce horas el rumor de la discusión entre Salgado y Bellver se había extendido por toda la comisaría, y en apenas una hora más llegaría, por supuesto, a las instancias más altas. Héctor había aparecido en su puesto de trabajo a las ocho de la mañana y, de camino a su despacho, ya había percibido alguna mirada de soslayo, alguna conversación interrumpida. Estaba seguro de que tendría que abordar el tema con el comisario en un momento u otro, pero también de que le quedaba al menos una hora de tranquilidad hasta que esa charla tuviera lugar. Tiempo suficiente para revisar por última vez los expedientes de Ródenas y Mahler antes de ir a Laboratorios Alemany, aunque albergaba pocas esperanzas de que esa visita diera algún resultado útil. La autopsia de Sara Mahler, rutinaria dadas las circunstancias, no aportaba dato alguno que hiciera pensar que la víctima no hubiera saltado a las vías por voluntad propia. La de Ródenas, que constaba en su expediente junto con las de su esposa e hija, era todavía más concluyente si cabía. Y, sin embargo, los suicidios de dos personas de la misma empresa, dos personas que en apariencia llevaban vidas tan normales como las de la mayoría, seguían alertando ese instinto del que Héctor había aprendido a fiarse a lo largo de los años.

Observó una vez más la foto del grupo intentando leer aquellas caras inmutables, inmortalizadas para la posteridad en un retrato no muy favorecedor. Se fijó especialmente en las de Gaspar y Sara. Ella sonreía, obedeciendo con toda seguridad las instrucciones de quien sostenía la cámara. Gaspar no. Gaspar Ródenas miraba al objetivo con concentración, como si

estuviera delante de un balance que no cuadraba: el ceño fruncido, el cuerpo tenso. Una expresión bastante parecida a la de la foto tomada en la playa que aparecía en el artículo de Lola. Tal vez fuera la cara que ponía para las fotos, se dijo Héctor, dejando ambas sobre la mesa. Confiaba en su instinto, sí, pero también sabía que a veces era muy fácil dejarse llevar por falsas impresiones.

Si hubiera reflexionado dos minutos más, no lo habría hecho. Sobre todo porque las ocho y media de la mañana no eran horas de llamar a nadie. Y menos aún a alguien a quien hacía más de siete años que no veía. En realidad, llamó en parte porque no creía que Lola conservara el mismo número después de tanto tiempo y en parte porque había sentido deseos de hacerlo desde la primera vez que vio su nombre en el encabezamiento de aquel artículo. Cuando le contestó una voz somnolienta, de recién levantada, se dio cuenta de que no sabía muy bien qué decirle.

—¿Sí?

—¿Lola?

—Según para quien...

—Lola. ¿Te desperté?

Hubo una pausa, un silencio durante el cual Héctor la imaginó en la cama, con la mirada turbia del sueño interrumpido.

—¿Héctor? —La voz sonó ya totalmente despierta.

—Yo mismo.

—Joder. Voy a demandar al horóscopo. Me anunciaba una semana tranquila y sin sorpresas.

Él sonrió.

—Bueno, estamos a viernes. Casi acertó. —Los silencios por teléfono eran tan malos como en la radio, pensó Héctor. Nerviosismo estático—. ¿Qué tal?

La carcajada de Lola denotaba más sarcasmo que humor.

—No me lo puedo creer. —Se rio de nuevo—. ¿Tantos años de silencio y me llamas a las ocho y media de un viernes de enero para preguntarme qué tal estoy? Esto es como un capítulo de *Sexo en Nueva York*, aunque sin sexo. Y en Carabanchel.

Él iba a decir algo cuando ella le cortó.

—Héctor, perdona, pero creo que necesito una ducha y un café para hablar

contigo.

—¿Un cigarrillo no?

—Ya no fumo.

—Claro. Escucha, desayuna y te llamo más tarde. Estoy con un caso sobre el que tú escribiste hace unos meses y me gustaría hablar contigo. —Esperaba que ella le preguntara a qué caso se refería—. Gaspar Ródenas. El tipo que ma...

—Que mató a su mujer y a su hija y luego se pegó un tiro. No hace tanto tiempo. Lo recuerdo.

—¿Puedes echarle un vistazo a tus notas, por favor?

—Si me lo pides así supongo que será importante.

—Gracias. Te dejo despertar tranquila. Lola... —añadió antes de colgar—, me alegro de hablar contigo.

No supo si ella lo había oído o no, porque la comunicación se cortó al instante, pero en su cara debió de quedarse una sonrisa boba el tiempo suficiente para que la viera el comisario Savall, que le convocó en su despacho cinco minutos más tarde.

—¿Precisamente hoy estás de buen humor, Héctor? —le soltó a modo de saludo.

—Bueno, comisario, dicen que las calaveras también sonrían. Y no es que tengan muchos motivos para estar contentas.

Lluís Savall se quedó mirándolo sin comprender muy bien la respuesta.

—Déjate de calaveras y siéntate, Héctor. Y cuéntame qué diablos pasó ayer tarde con Bellver. —Su tono no auguraba nada bueno.

Había algo en aquella mujer que le resultaba antipático, aunque no habría sido capaz de precisar qué era con exactitud. Hasta el momento, Sílvia Alemany se había mostrado tan amable como eficaz y había respondido sin vacilar a todas sus preguntas. Y, sin embargo, Héctor Salgado no conseguía librarse de la irritante sensación de estar asistiendo a una representación forzada. Algo a lo que ya se había acostumbrado después de tantos años de servicio, ya que en líneas generales estaba convencido de que todo el mundo mentía en mayor o menor grado. El engaño, a uno mismo o al entorno, era tan natural como

respirar: muy pocas personas soportarían un juicio crudo y sincero sobre ellas o sobre sus seres queridos. Pero incluso teniendo eso en cuenta, la actuación de Sílvia Alemany acusaba un punto académico, entre impostado y condescendiente, que estaba empezando a enojarlo. Y mucho.

Llevaba media hora en Laboratorios Alemany. Había llegado acompañado del agente Fort, a quien enseguida envió a dar una vuelta por la empresa con instrucciones de una ambigüedad calculada, aunque con un objetivo definido: tantear el ambiente, tomarle el pulso a aquella organización dedicada a los productos de belleza que, según el detallado informe del propio agente, había empezado a funcionar en los años cuarenta y se había mantenido, sin grandes logros pero a la vez sin problemas serios, durante toda su historia. Solo en la última década había logrado destacar de la competencia, debido a la fabricación y comercialización de LA/Slim, una crema que había hecho furor entre las señoras y caballeros con unos cuantos kilos de más. A partir de ahí, Laboratorios Alemany había ampliado sus ambiciones y su oferta, pasando de ser una marca de perfil bajo que se vendía en supermercados a escalar algunos puestos en el panteón de la belleza artificial. A finales del año anterior había lanzado una línea dedicada a las mujeres más jóvenes, Young, de la que Héctor nunca había oído hablar, pero que, a tenor de la campaña de publicidad, era una gran apuesta dentro de la empresa.

Sílvia Alemany no era ni adolescente ni hermosa, y era de constitución delgada por naturaleza, sin necesidad de ayudas adicionales. Se parecía a su hermano, pensó Héctor, aunque le faltaba encanto o le sobraba autosuficiencia. Si en su momento había comparado a Víctor con Michael York, su hermana le recordaba vagamente a Tilda Swinton, una actriz a la que admiraba a pesar de que sus papeles solían ponerlo nervioso. Era consciente de que gran parte de su mal humor procedía de la charla con Savall de hacía un rato, pero también de que una porción significativa la provocaba aquella mujer educada y altamente razonable que tenía sentada al otro lado de la mesa.

El despacho no era en absoluto ostentoso, lo cual le había sorprendido. Más bien parco en detalles, de una austeridad que tenía poco que ver con lo que él había imaginado al pensar en una empresa dedicada a la estética, el espacio engañaba: Sílvia Alemany no era, sin lugar a dudas, una mujer sencilla.

—La verdad es que no sé en qué podemos ayudarle, inspector. Aún estamos en shock por la muerte de Sara; en realidad, sabemos pocas cosas de la vida privada de nuestros empleados. Nunca habría sospechado que Sara fuera tan... infeliz.

—No era una mujer con muchos amigos, ¿verdad?

Sílvia se encogió de hombros, como dando a entender que eso no era asunto suyo.

—No tengo la menor idea de si tenía amigos o no fuera de aquí. Personalmente creo que Sara no era de las que trababa amistad con sus compañeros de trabajo, sin embargo, eso no implica que no los tuviera en otros ámbitos.

Por supuesto. Nadie podía quitarle la razón en eso.

—¿Y Gaspar Ródenas?

Sílvia tomó aire antes de contestar.

—Inspector Salgado, ya hablé con sus compañeros sobre Gaspar —replicó con voz entre seria y fatigada—. No veo qué relación guarda con la muerte de Sara.

—Tampoco yo lo tengo muy claro aún —dijo Héctor, mientras sacaba la foto de grupo de la carpeta—. No obstante, resulta cuando menos raro que dos de las personas que aparecen en esta imagen hayan muerto, ¿no cree?

Ella ni siquiera miró la foto.

—Yo no lo calificaría de raro, inspector. Triste, tal vez.

—¿Cuándo se tomó la fotografía?

—El año pasado, en marzo o abril, no lo recuerdo. Y no sé qué...

Héctor la interrumpió a propósito.

—¿Fue una salida de empresa?

—Fueron unas jornadas de *team building*. No sé cómo traducírselo... — El tono condescendiente apareció de nuevo.

—Sé lo que es, gracias. Veo que usted también asistió.

Ella sonrió.

—Ocupar un cargo directivo no implica estar fuera del equipo, inspector. Más bien al contrario. Solemos organizar varias jornadas similares a lo largo del año, con diferentes empleados.

—¿Puede darme los nombres del resto?

Sílvia miró la foto, como si no recordara con exactitud quién había participado.

—El hombre moreno, de cabello muy corto, es Brais Arjona, brand manager de la línea Young; a su lado está Amanda Bonet, responsable de diseño...

—¿De la misma línea?

—Sí, aunque no en exclusiva. No sé si sabe que Laboratorios Alemany ha experimentado un gran crecimiento en los últimos años. Nuestros envases habían quedado anticuados y, cuando contratamos a Brais Arjona, este insistió en la modernización del *packaging* del producto. Fue él quien propuso a Amanda. Y, por supuesto, ella se ha ocupado directamente del diseño de la nueva línea.

—Comprendo. ¿Y los demás?

—Aparte de mí, está César Calvo, responsable de almacenaje y distribución. —En la foto, César la abrazaba por los hombros, así que en tono frío añadió—: Y mi prometido. Nos casaremos en unos meses. —Sin dar tiempo a otros comentarios, prosiguió—: Manel Caballero, el chico más joven, forma parte del departamento de I+D, investigación y desarrollo.

Héctor no acababa de decidir si Sílvia Alemany le explicaba conceptos obvios por pura amabilidad o con la intención de irritarle. En cualquier caso, le irritaba. Si ella se percató del ceño fruncido del inspector, no le prestó la menor atención.

—Octavi Pujades, el de más edad, es nuestro director financiero desde hace años; ya lo era en la última etapa de mi padre. Y los otros dos son, como usted ya sabe, Gaspar Ródenas y Sara Mahler.

—Si no recuerdo mal, Gaspar pertenecía al mismo departamento que el señor Pujades, ¿no es así? ¿Es habitual en esas jornadas que asistan dos personas del mismo departamento?

Ella sonrió.

—Eso depende. En ocasiones se organizan por departamentos, para cohesionar el grupo. En otras, como esta, se trata de acercar a personas de distintas divisiones. Así que la respuesta es no, no es habitual en este caso.

—¿Cómo se escoge a los participantes?

—Bueno —Sílvia mantenía aquella sonrisa amable—, no se trata de un

sorteo, la verdad: el azar y la empresa no casan bien. Brais y Amanda llevaban meses de intensa colaboración, con los roces que eso siempre comporta, y pensé que les iría bien colaborar en un ambiente distinto. Al mismo tiempo, me pareció conveniente que establecieran un contacto más personal con los responsables de otras áreas: César, Octavi y yo misma. A veces los perfiles creativos como los suyos tienden a olvidar que forman parte de una realidad más amplia, que existen otros empleados que se ocupan de temas más tangibles. El grupo se equilibra también por edades, así que se escogió a Manel Caballero, de I+D, y a otra persona de ventas que finalmente no pudo asistir. Gaspar Ródenas pertenecía al mismo rango, así que, aunque también era de finanzas, decidimos incluirlo.

—¿Y Sara Mahler?

—Bueno, para ser sincera, me temo que a veces el personal administrativo se siente un poco excluido. Necesitábamos una mujer más, para compensar, y Saúl y yo pensamos en Sara.

—¿Saúl...?

—Saúl Duque. Es quien se encarga de organizar los detalles de estas actividades. Mi segundo de a bordo. Odio la palabra asistente, tiene algo de servil, ¿no cree? Le ha visto al entrar, su mesa está justo frente a la puerta de mi despacho.

Sílvia Alemany se había relajado. Estaba claro que hablar de los entresijos de la empresa le resultaba agradable.

—¿Y fueron bien? Me refiero a esas jornadas.

—Ni bien ni mal. Entre usted y yo, inspector, poco a poco voy llegando a la conclusión de que esa clase de actos tienen más un efecto motivador que otra cosa. Las personas se sienten valoradas, lo cual ya es positivo en sí mismo.

Héctor asintió.

—Pero en este caso las jornadas sirvieron para algo más. Al menos para Gaspar Ródenas, ¿no?

Sílvia volvió a ponerse en guardia.

—¿Lo dice porque posteriormente fue elegido para desempeñar las funciones de Octavi durante su excedencia? Bueno, yo no diría que eso sucediera a raíz de esas jornadas. Se tuvieron en cuenta un par de nombres, y

el de Gaspar era uno de ellos.

Mentía. Y cuando mentía su tono de voz adoptaba un ligero tono desdeñoso.

—¿Y por qué se inclinó la balanza a favor de Ródenas?

—Fue Octavi Pujades quien lo prefirió, y mi hermano y yo estuvimos de acuerdo, claro. Al fin y al cabo, no se trataba de un ascenso definitivo. No era tan importante, inspector. Solo unos meses de mayor responsabilidad.

Héctor sonrió para sus adentros: estaba seguro de que el otro nombre que se barajó en esa reducida lista no lo había visto exactamente igual. No obstante, decidió pasar a otro tema.

—¿Y fue por casualidad durante esas jornadas cuando se sacó esta otra foto? —preguntó al tiempo que la dejaba en su mesa.

—A ver... —Sílvia Alemany cogió la foto impresa y la observó sin demasiado interés, aunque con el semblante serio—. ¿De dónde la ha sacado, inspector?

Él decidió no mentir.

—Sara Mahler la recibió en un mensaje de texto poco antes de... suicidarse. —La pausa fue intencionada y su interlocutora se dio cuenta de ello—. ¿Le resulta familiar?

—No comprendo por qué iba alguien a enviarle algo así. Me parece del peor gusto.

—Desde luego no es una imagen bonita —convino Héctor—. Sin embargo, usted ya la había visto, ¿verdad?

—Inspector, no sé qué insinúa exactamente, pero puedo asegurarle que no había visto nunca esta fotografía. Y no es algo que resulte fácil de olvidar. Además, el hecho de fotografiar una escena así es de lo más macabro.

Héctor esperó unos segundos, y estaba a punto de volver a formular la pregunta cuando ella se le adelantó.

—No había visto la fotografía, pero vimos ese árbol, sí. Y esos pobres animales ahí colgados. Lo hacen algunos cazadores, ¿sabe? Cuando los animales son ya viejos, han perdido el olfato o simplemente están enfermos, los ahorcan así. Es de bárbaros.

—Desde luego. Debió de impresionarles.

Sílvia asintió con un estremecimiento que esa vez fue auténtico.

—Una de las pruebas consistía en un juego de pistas. Se formaron dos equipos y emprendimos la búsqueda. El objetivo era llegar a una cabaña relativamente alejada de la casa donde nos alojábamos. A su lado estaba ese árbol.

—Comprendo.

—En realidad llegamos casi a la vez. Los dos equipos, quiero decir. Incluso hubo una carrera final entre César y Brais para ver quién alcanzaba antes el objetivo. —Lo dijo con displicencia, como si hablara de dos chiquillos tras una pelota—. Cuando lo vimos de cerca se nos quitaron las ganas de todo.

—¿Recuerda si alguien le hizo una foto?

Sílvia negó con la cabeza, como si la mera idea le pareciera una aberración.

—¿Por qué iba a hacer alguien algo así? Es horrible.

—No lo sé, pero alguien lo hizo. Y se la envió a Sara por alguna razón.

La actuación de Sílvia era tan convincente que Salgado empezó a dudar de su lectura de la situación y a achacar su desconfianza al resentimiento de su conversación anterior en comisaría.

—No puedo ayudarle en eso, inspector. Pero créame cuando le digo que todos nos quedamos muy afectados al verlo. Quizá piense que es una tontería, sin embargo, en vivo impresionaba mucho. —Tomó aire y añadió—: Tanto que decidimos enterrarlos.

—¿Enterrarlos?

Ella sonrió.

—Visto en perspectiva suena ridículo, lo sé. En ese momento sentimos que no podíamos dejarlos allí. A la intemperie, colgados por el cuello. La casa donde nos alojábamos estaba lejos del pueblo y no estoy muy segura de que alguien hubiera acudido rápidamente solo por unos perros.

—La violencia contra los animales es un delito —aclaró Héctor—. Alguien habría ido, se lo aseguro.

—Supongo que tiene razón. No se nos ocurrió. Eso fue a media mañana y por la tarde, cuando ya habíamos acabado las actividades, decidimos volver y enterrarlos. Creo que se nos contagió la teoría del espíritu grupal y las tareas compartidas. —Lo dijo con un dejo de ironía que a Héctor no le pasó por alto.

—Así que regresaron, los descolgaron y los enterraron allí.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Me cuesta creer que después de que nos tomáramos tantas molestias, alguno de los presentes tuviera el mal gusto de sacar una foto y luego se la enviara a Sara.

—¿Reciben alguna presión de grupos ecologistas? —preguntó Héctor—. Por la utilización de animales y...

—Nuestros productos son cien por cien ecológicos, inspector. No experimentamos con animales. Siempre hay algún grupo radical que nos mete en el mismo saco que a otros laboratorios, pero, a decir verdad, hace ya tiempo que no sucede.

Héctor se quedó pensativo unos instantes. La explicación de Sílvia Alemany era razonable aunque seguía sin dar respuesta a la pregunta de fondo. ¿Quién había sacado la foto? Y sobre todo, ¿por qué se la habían mandado precisamente a Sara Mahler justo antes de que ella acabara en las vías del metro?

—Entremos en el terreno de las hipótesis, señora Alemany. Si tuviera que apostar por alguno de ellos, ¿quién diría que tomó esa foto?

Sílvia se encogió de hombros.

—Eso no es justo, inspector. —Al ver que él la observaba con una mirada inquisitiva, prosiguió—: Lo que voy a decir le parecerá un intento de desviar el asunto, pero, para serle sincera, creo que el único de nosotros capaz de algo así era Gaspar Ródenas. No, no en el sentido que usted cree. Gaspar pertenecía a varias asociaciones para la defensa de los animales, y puede que quisiera una foto del árbol para denunciar lo sucedido.

Héctor asintió. Era probable, aunque en el expediente de Ródenas no se hacía mención alguna al ecologismo o a los derechos de los animales.

—Le extrañará que sepa ese detalle de Gaspar Ródenas, pero cuando sucedió la tragedia repasé su expediente laboral. Compréndalo, fue todo un shock que alguien a quien veíamos todos los días se convirtiera de repente en un asesino suicida. Así que revisé los test psicotécnicos y los informes que se realizaron sobre él durante los años que trabajó aquí. En uno de ellos se mencionaba ese dato y por eso lo recuerdo.

—¿Había algo en esos test que pudiera predecir lo que hizo?

Sílvia Alemany negó con la cabeza.

—Si lográramos ver eso con una prueba tan simple, ustedes no tendrían trabajo, ¿no cree?

Había poco más que añadir y Héctor aceptó el ofrecimiento de Sílvia Alemany de visitar la empresa acompañado por Saúl Duque.

—Se la mostraría yo, inspector, pero tengo una reunión dentro de diez minutos.

—¿Su hermano no ha vuelto aún? Me comentó que se iba de viaje.

—¿Qué hora es? —Al ver que eran ya las once y cuarto, prosiguió—: Debe de estar a punto de llegar, aunque quizá pase antes por casa a dejar la maleta. ¿Quería verlo?

—No, no es necesario. Muchas gracias por todo.

—Si necesita algo más, ya sabe dónde encontrarnos. —Ella se había levantado, señal inequívoca de que el encuentro tocaba a su fin—. Inspector, confío en que será discreto con los trabajadores. Bastantes comentarios desagradables ha habido después de las muertes de Gaspar y de Sara...

—Tranquila —dijo Héctor—, intentaré que no cunda el pánico.

—Estoy segura de que lo hará.

Fue un falso elogio, la satisfacción que traslucía la voz de Sílvia Alemany era demasiado evidente para que Héctor no la percibiera. Y, sin tener muy claro por qué, eso le jodió aún más. Lo que ni él ni la propia Sílvia sabían era que ese aire de confiada superioridad se haría añicos unas dos horas más tarde, cuando Víctor llegara a la empresa y, a puerta cerrada, mantuviera con su hermana una conversación confidencial que borraría de ella el menor atisbo de buen humor.

A medida que corría por un paseo marítimo oscuro y solitario, Héctor tenía la esperanza de que la tensión se evaporara en forma de sudor y de cansancio, pero el aire fresco de la noche se lo estaba poniendo bastante difícil. Un mar invisible, presente solo en forma de rumor agitado, casi furioso, tampoco ayudaba demasiado. Por eso aceleró el ritmo, buscando el desahogo que nada más conseguía con el agotamiento de los músculos, cuando el cerebro diluía las preocupaciones para concentrarse únicamente en resistir la carrera. Sin embargo, de momento no había forma de lograrlo y las imágenes del día, desagradables en su mayor parte, seguían saltando por su memoria, desordenadas y rebeldes como pirañas hambrientas.

La bronca de Savall, que había intentado capear con experta ironía, no había sido ninguna sorpresa en el fondo aunque sí en la forma. El comisario le había escuchado, por supuesto, y se había mostrado de acuerdo en que Bellver podía ser, hablando en plata, un capullo de marca mayor, pero al mismo tiempo se había negado a creer que Héctor no supiera nada de la sustracción del expediente de Ruth de los archivos de personas desaparecidas. Y había adoptado un tono entre solemne y ofendido para dejar claro que «se sentía profundamente decepcionado». Después de todo lo que había hecho por él, después de haberlo apoyado cuando metió la pata y abusó de la fuerza, Savall había dejado claro que esperaba, si no agradecimiento, sí al menos un poco de lealtad. Y de sinceridad.

No hay nada peor que una verdad que parece una mentira, pensó Héctor. Por muchos argumentos que diera, el comisario se había mostrado

inconmovible y, además, le había acusado de utilizar a la subinspectora Andreu para llevar a cabo «lo que no has tenido huevos de hacer tú mismo». Héctor, que había llamado a Martina Andreu dos veces desde la noche anterior sin obtener respuesta, reiteró su desconocimiento, aunque le dolió que Savall no le creyera. Al menos eso se aclararía pronto, pensó mientras empezaba a notar el calor del esfuerzo: Martina volvería el lunes de Madrid y todos tendrían ocasión de hablar. En realidad, a él también le extrañaba que la subinspectora hubiera hecho algo que, en otras circunstancias, tampoco tendría tanta importancia. En estas, sin embargo, tratándose de Ruth por un lado y de Bellver por otro, tendría que haber pensado que el resultado podía ser catastrófico. La última frase del comisario, expresada en aquel tono de enfado paternal que Héctor detestaba por encima de todas las cosas, no dejaba lugar a dudas: «Te estás creando demasiados enemigos, Héctor. Y no puedes permitirte ese lujo. Ya no. Y llegará un momento en que ni yo podré defenderte».

Si el aviso apuntaba a la posibilidad de que le partiera la cara a Dídac Bellver, el comisario tenía motivos para inquietarse. Hacía mucho tiempo que no experimentaba esa furia sorda, la necesidad física de emprenderla a golpes con alguien, y solo la aparición del agente Fort había impedido que eso volviera a suceder. La cara de Bellver cuando conjeturaba sobre la inestabilidad emocional de Ruth y la humillación de Héctor al ser abandonado por otra mujer estaba pidiendo a gritos una de esas hostias que desencajaba la mandíbula con un chasquido seco y doloroso. Mientras corría, Héctor intuyó que eso era precisamente lo que buscaba Bellver: hacerle perder los nervios, demostrar una vez más que Salgado era un argentino lunático y violento, capaz de agredir no solo a un sospechoso, sino también a un compañero.

He logrado controlarme, pensó Héctor, aunque sabía que no era del todo mérito propio. El lunes se despejarán algunas dudas, se dijo de nuevo, y eso le dio fuerzas para acelerar aún más en un paseo ya casi desierto y junto a unas olas que parecían enfurecerse a medida que él se calmaba. Iba a llover, el cielo estaba plagado de nubes sucias y a lo lejos se intuía algún relámpago aislado. Lo más inteligente hubiera sido dar media vuelta, pero Héctor estaba decidido a llegar hasta la meta que se había propuesto al salir de casa, las chimeneas de la antigua central térmica de Sant Adrià, y no tenía la menor

intención de renunciar a lo poco que era capaz de lograr por su cuenta, solo con su esfuerzo. El único objetivo del día que no dependía de la voluntad ajena, de que personas como Sílvia Alemany le dijeran la verdad.

En resumen, pensó, la visita a los laboratorios había sido tan infructuosa como temía y las averiguaciones del agente Fort, que comentaron durante el trayecto de regreso, tampoco apuntaban a ninguna revelación excepcional. Los empleados parecían pertinentemente conmocionados ante la noticia de dos muertes tan seguidas, pero no las relacionaban en modo alguno. Los comentarios, según Fort, apuntaban a que Sara Mahler era una mujer rara, «sin un hombre al lado» —algo que a Salgado le sonó al machismo más rancio—, y a que la Navidad era triste para los que estaban solos. En eso sí estoy de acuerdo, se dijo mientras notaba las primeras gotas de lluvia, tan aisladas que al principio creyó que procedían del mar. El tema de Gaspar Ródenas era ya un hecho remoto para la mayoría de los trabajadores; habían hablado de ello hasta la saciedad cuando sucedió y tenían poca cosa más que añadir.

El único dato significativo había sido la confirmación de sus intuiciones respecto al ascenso de Ródenas. Según le habían comentado al agente Fort, que se había pasado un buen rato charlando con los que iban pasando por la máquina de café, Martí Clavé, el otro candidato, se lo había tomado más a pecho de lo que Sílvia Alemany había reconocido. «Al parecer estuvieron a punto de llegar a las manos», le confesó Fort sin mirarle, probablemente incómodo ante una situación parecida a la que había presenciado en el despacho de su jefe la tarde anterior. «Ese tal Clavé le plantó cara a Ródenas en sus primeros días en el cargo y no ocultó que le parecía un ascenso injusto».

Decían que Gaspar no había reaccionado a la provocación, que se había callado. Decían también que, cuando se supo la noticia de su muerte, del asesinato de toda su familia, Martí Clavé, taciturno y arrepentido, se había pasado varios días sin hablar con nadie.

Todo eso entraba dentro de la lógica: ascensos, inmerecidos o no, personas que se sentían infravaloradas; sucedía en todas partes, constantemente y no merecía mayores comentarios. Incluso en tiempos de crisis, resultaba impensable que alguien matara a una familia entera para conseguir un ascenso. Al revés, tal vez en otra época Martí Clavé se habría

largado de la empresa, ofendido, pero tal como andaban las cosas su protesta había sido solo de voz, no de hecho. Y, en cualquier caso, nada de ello guardaba la menor relación con Sara Mahler, con los perros ahorcados ni con la sensación de que Sílvia Alemany y los demás participantes en esas jornadas le habían mentado con un descarado insultante.

La lluvia era ya una realidad y Héctor supo que acabaría empapado, a pesar de todo siguió adelante. Demasiada frustración llevaba acumulada para renunciar a esas alturas. Un descontento que había ido creciendo durante el paseo por la empresa junto con Saúl Duque, que resultó ser un tipo simpático y lo bastante parlanchín para sonsacarle alguna información, aunque a la postre lo que reveló servía de bien poco: estaba contento de trabajar allí, a las órdenes de Sílvia Alemany, una jefa dura pero justa; la crisis no les estaba afectando en exceso aunque se temía que la situación empeorara, ya que los brotes verdes anunciados por el gobierno no parecían llegar a florecer; había buen ambiente en la empresa, a pesar de esas muertes repentinas y trágicas. En eso, al menos, Saúl se había mostrado categórico: «Gaspar estaba nervioso, sin embargo, nunca pensé que pudiera llegar a perder la cabeza de ese modo. Estoy seguro de que hay algo más, algún problema en el matrimonio que no sabemos». En cuanto a Sara, Saúl no había podido disimular cierta antipatía, una reacción que la pobre chica parecía suscitar en la mayoría de la gente. «Pero eso no significa nada, inspector. Y nunca creí que estuviera deprimida, solo que no acababa de encajar».

La visita guiada fue tan poco interesante como cabía esperar. Con Saúl Duque al lado conoció a Brais Arjona y a Amanda Bonet, que confirmaron la versión dada por Sílvia Alemany. Héctor ni siquiera se tomó la molestia de hablar con el resto: estaba seguro de que Manel Caballero y César Calvo habrían dicho lo mismo con otras palabras. Quizá el único tanto que se apuntó lo obtuvo cuando le preguntó a Amanda, en tono casual, si era muy amiga de Sara Mahler. La chica había enrojecido, una reacción que podía ser timidez ante la policía, pero que a Héctor se le antojó algo exagerada, y solo dijo que había ido una tarde a su casa, a tomar café. Todo entraba dentro de lo razonable, todo era podridamente normal. Él y Fort habían vuelto a comisaría más desanimados que cuando partieron. Nada más quedaba un cabo suelto por revisar: el supuesto novio de Sara, si es que existía, algo que el propio Héctor

empezaba a dudar...

Héctor dio media vuelta al tiempo que un relámpago le anunciaba que había alcanzado la meta prevista. Faltaba lo más duro: el regreso, desandar el camino. Y pensar en la vuelta atrás le llevó directamente a la imagen de Lola, a la que todavía no había llamado de nuevo. Lo haría, más tarde, pero en ese instante se limitó a correr más, a sacar fuerzas de flaqueza para huir de la lluvia, para huir de los recuerdos. Para huir de la cara herida de Ruth cuando él le confesó lo que estaba pasando. Y, sobre todo, para huir del momento amargo en que había decidido abandonar a Lola para siempre.

Eran más de las cinco de la madrugada del domingo cuando César regresó a unas sábanas frías, a un hueco acusador, a la cama donde Sílvia dormía sola sin tan siquiera enterarse.

Había sido un sábado plomizo, lluvioso, gris como el invierno berlinés y a juego con el ánimo de Sílvia, que apenas había pronunciado cuatro palabras en todo el día. A César nunca se le habían dado bien los enfermos y era de los que preferían que lo dejaran en paz cuando no se encontraba bien. Por ello, cuando Sílvia rechazó sus intentos de conversar alegando que estaba incubando una gripe, él le dio un beso en la frente, singularmente helada, y le aconsejó que se acostara. No era de extrañar que se pusiera enferma, teniendo en cuenta la tensión de los últimos días. Fiel a su papel y sin nada mejor que hacer, había permanecido en casa de Sílvia durante toda la tarde, dormitando frente al televisor, intentando apropiarse poco a poco de ese espacio que en unos meses sería también el suyo. Estaban los dos solos: Pol había ido a casa de un compañero de clase y, al parecer, Emma también estaba estudiando con una amiga. César no preguntaba nunca por ellos y se alegró de tener el salón solo para él. A media tarde Sílvia se levantó, aunque era evidente que no se sentía mejor. Al revés, la larga siesta la había dejado atontada, con una intensa jaqueca. En ningún momento sospechó César que tras esos síntomas se escondía el disgusto originado por la conversación con Víctor.

Sílvia había decidido acostarse porque tenía la sensación de que estaba perdiendo el control de su mundo y necesitaba refugiarse en ese espacio íntimo y personal que era su cuarto, su cama. Aferrarse a su almohada y cerrar

los ojos para olvidar, aunque fuera durante unas horas, que su vida iba a cambiar a pesar de todo. Se sentía traicionada, vendida por Víctor y, más aún, por Octavi Pujades, que había colaborado en los planes de su hermano y se los había ocultado con la deliberación de un Judas de traje y corbata. Podría haberse confiado a César, y si no lo hizo fue sobre todo por vergüenza: ella no quería ser esa mujer estafada, esa perdedora a la que los auténticos poderosos ignoraban sin el menor pudor. Claro que conservaría su trabajo, si así lo quería. Víctor se había esforzado por demostrarle que ella le importaba algo, pero ambos sabían la verdad: las funciones que Sílvia desempeñaba en la empresa excedían a las que le correspondían por cargo y su poder venía dado tanto por su eficacia como por su apellido. No había dinero en el mundo que pudiera resarcirla.

En otro momento habría peleado con su hermano, habría luchado por defender sus intereses, le habría echado en cara afrentas reales e imaginarias. Pero el viernes, después de la visita del inspector, se sentía tan satisfecha consigo misma que la noticia de Víctor la dejó sin palabras. Muda y vacía como un cráneo seco. Y, veinticuatro horas después, tumbada en su cama, lo único que notaba era un sabor amargo en la boca. Incluso la amenaza recibida por teléfono dos días atrás había perdido su fuerza. Era absurdo, lo sabía, esa tarde nada parecía tener importancia. Nada merecía la pena.

Cenaron juntos, ella y César, sin hambre y sin ganas de hablar, y solo la llegada de Emma animó un poco el ambiente. Por un día, Sílvia se dejó mimar y accedió a tomarse una infusión caliente que su hija preparó especialmente para ella. Se la bebió en la cama, con Emma al lado, feliz de que por una vez se invirtieran los papeles y fuera su hija la que le apoyara la mano en la frente, la que le dijera que tenía fiebre y la que le diera un beso de buenas noches. Había pasado medio día en la cama y temió no dormirse, pero lo cierto fue que poco después de que Emma saliera de su habitación y apagara la luz, Sílvia se quedó sumida en un sueño plácido, reparador, justo lo que pedía su mente agotada.

César estuvo un rato más delante de la televisión sin verla. Se habría ido a su casa si no hubiera empezado a llover otra vez, si no se hubiera amodorrado en el sofá. O si Emma hubiera bajado a hacerle compañía, algo que no sucedió. Cuando no eran ni las doce, decidió acostarse. Sílvia hacía ya al

menos dos horas que dormía, y él se tumbó a su lado, pegado a su cuerpo, sin que ella se inmutara. Le dio un sugerente beso en la nuca y, al ver que estaba profundamente dormida, optó por darse la vuelta y separarse unos centímetros de ella, aunque sabía que el gesto serviría de poco. Estaba demasiado excitado para dormir y le daba pereza masturbarse, así que cerró los ojos a la espera de que el sueño se encargara de resolver ambas cosas. Pero el sueño no llegó, y la fuerte lluvia que caía a plomo sobre la ciudad fue desvelándolo cada vez más. César no se distinguía por ser imaginativo ni susceptible a los elementos; no obstante, le rondaban la cabeza demasiadas preocupaciones que le impedían el descanso: él sí tenía miedo a las amenazas, él sí empezaba a creer que detrás de la muerte de Gaspar y de Sara había algo más, una mano negra.

¿Merecían morir? Tal vez. Aunque no más que él, o que Sílvia, o que cualquiera de los demás. Quizá los términos fueran ridículos, pero por una vez expresaban una realidad: aquella noche de primavera todos habían colaborado, en mayor o menor medida. Importaba poco quién dio el primer golpe, quién sugirió el plan posterior, quién estaba más asustado o más seguro de sí mismo. Si lo que les había sucedido a Gaspar y a Sara era obra del destino, este podía atacarlos también a ellos con la misma justicia. Un trueno rubricó esa conclusión.

A pesar de que llevaba cuarenta y cinco minutos en la cama, tenía la sensación de haber estado allí durante horas. Necesitaba un cigarrillo y esta vez tenía un paquete en la chaqueta, comprado a hurtadillas como un colegial. Tendría que fumar junto a la ventana de la cocina si quería disimular el olor a tabaco. Bajó, pues, en pijama y descalzo, porque nunca se acordaba de comprarse unas zapatillas para su segunda casa. A tientas, para no despertar a nadie, localizó la chaqueta en el perchero y sacó el paquete y el encendedor. Luego fue a la cocina y abrió un poco la ventana. Fuera seguía lloviendo. Gotas que, a la luz de una farola cercana, parecían un velo denso, un telón líquido. Encendió el cigarrillo y dio una primera calada breve, para acostumbrarse al sabor.

No la oyó llegar. Solo oyó la puerta de la nevera y se volvió. Estaba a oscuras, pero la bombilla de la nevera daba luz suficiente para reconocer a Emma. Siguió fumando sin decir nada, deseando que se marchara y a la vez

que se quedara allí. Ella no dijo nada, se limitó a acercarse. Le cogió el cigarrillo de los dedos y dio una calada profunda antes de tirarlo por la ventana. Exhaló el humo despacio y luego se abrazó a él como lo haría una cría asustada por la tormenta.

—No me gustan las niñas —dijo César, notando que tenía la voz ronca—. Si quieres que te trate como a una mujer, actúa como si lo fueras.

César no le veía la cara pero tampoco le hacía falta. Le bastó con el beso que ella le dio a continuación para saber lo que quería. Lo que querían ambos. Después de ese beso joven e inexperto supo que ya nada podría frenar lo inevitable. Emma solo le dijo una frase, al oído.

—No me hagas daño, por favor.

Y entonces fue él quien la besó con una mezcla de pasión y ternura, antes de cogerla de la mano y llevarla a su cama. Ansiaba con todas sus fuerzas poseer aquel cuerpo que se le ofrecía. Y no solo eso: deseaba hacerlo bien. Ser, aunque fuera por una sola noche, el mejor amante del mundo.

Cuando regresó a su habitación eran más de las cinco de la madrugada. Sílvia dormía. La tormenta había amainado y la puerta de la nevera seguía abierta.

César se tumbó, exhausto, y cerró los ojos, pero la aprensión por lo que acababa de hacer y el recuerdo de la amenaza que Sílvia había ignorado le desvelaron sin remedio.

El domingo amanece con un cielo resacoso y apagado, más turbio aún que el del día anterior. Echada en la cama, Amanda da vueltas, embargada de esa felicidad absurda que da la pereza en un día festivo cuando nada, o casi nada, te obliga a levantarte. Al contrario que a la mayoría de las personas, las tormentas le gustan ya desde niña. Esa especie de batalla que se desarrolla en el cielo le resulta estimulante, y la sensación de estar protegida, a cubierto, a salvo de truenos y relámpagos, la llena de una alegría casi infantil. Además, la lluvia ha sido la excusa perfecta para no tener que salir con sus amigos en esa ruta que ha convertido los sábados en un recorrido monótono: cena en La flauta, primera copa por allí cerca y luego otra en el Universal antes de meterse en el Luz de Gas.

Las variaciones son tan mínimas y acaban en sitios tan parecidos, que ella a veces no logra recordar con exactitud a qué bar ha ido el sábado anterior. Para colmo, Amanda no bebe —el sabor del alcohol le disgusta— y los pesados que la rondan para invitarla a una copa y a cambio meterle mano le parecen repulsivos. Sigue saliendo con sus amigos de siempre aunque cada vez se le hace más cuesta arriba. Durante gran parte del sábado por la noche su mente está ausente, pensando en el domingo, en lo que él le hará, en las sensaciones que estallarán en su cuerpo. A sus amistades les extraña que no tenga novio, ni parejas esporádicas, aunque ella le ha confesado a alguna amiga íntima la existencia de ese chico con derecho a roce, alguien del trabajo de quien no quiere dar más detalles. Eso parecía tranquilizarlos a todos, ya que se diría que es impensable que una chica tan guapa no tenga relaciones

sexuales regularmente.

Son casi las once cuando Amanda se decide por fin a levantarse y encender el ordenador, un gesto automático. Mientras espera a que se ponga en marcha, siempre siente el vago temor de que él le falle. De que algún domingo no llegue ese mensaje con las instrucciones a seguir. De hecho, ha sucedido alguna vez, un castigo inesperado que se le ha hecho más insoportable que cualquier otro de los muchos que él es capaz de imaginar y ejecutar. Pero este domingo sabe que no será así, él se lo anunció el viernes por teléfono, sobre las nueve de la noche, como suele hacer. La llama todos los viernes, sin que le importe donde esté. Ella debe contestar, es parte del trato. Por eso aquella noche, durante aquel fin de semana horrible con Brais y los demás, ella tuvo que alejarse de la casa para atender la llamada.

«Tócate, acaricia tus pechos por debajo de la ropa. Excítate pensando que yo estoy aquí, observándote, dispuesto a azotarte si no me complaces. Quiero oírte gemir».

No quiere pensar en ello. No este domingo; bastantes vueltas le ha dado ya. No puede contárselo a nadie. Bastante suerte tuvo ya con Sara...

Fue un descuido, un error imperdonable. Después de aquel fin de semana, los ocho se habían intercambiado los correos personales, por si hacía falta comunicarse. No los habían utilizado demasiado, la verdad era esa, y ella siempre respetó la consigna: eliminar cualquier rastro en cuanto lo hubiera leído. Pero la muerte de Gaspar les afectó a todos, sobre todo a Sara, que empezó a escribirle de vez en cuando. Sara estaba tan sola, necesitaba a alguien con quien hablar, aunque fuera un desahogo tan frío como el de un correo electrónico. Por eso, aquel día en que ella le escribió un mensaje a Saúl Duque, su amo, uno de esos textos arrebatadores y llenos de detalles íntimos, el nombre del destinatario se rellenó automáticamente cuando escribió las primeras letras sin que Amanda se diera cuenta. Y el maldito mensaje aterrizó en la bandeja de entrada de Sara y no en la de Saúl.

Amanda se habría azotado a sí misma cuando se percató del error, pero ya era demasiado tarde. Ya solo podía confiar en la discreción de Sara. Y esta se mostró discreta, aunque especialmente interesada, con una curiosidad que jamás habría sospechado en ella. Quedaron en su casa y Amanda intentó explicarle lo que sentía. Pero ¿cómo hacerlo? Solo podía narrarle detalles,

juegos que expresados en voz alta sonaban ridículos o perturbadores, a juzgar por la reacción de Sara.

Cómo explicarle que por fin, después de años de búsqueda inconsciente, ha encontrado en Saúl al hombre que hace realidad sus fantasías más íntimas. Alguien que le resulta atractivo y con quien, de eso está segura, puede jugar sin miedo. Aunque Saúl puede ser duro, y lo es, jamás se extralimita, siempre parece saber cuándo es el momento de cortar el dolor y consolar a base de caricias. Además, no se trata solo de sexo: Amanda se siente vigilada, protegida. No podría explicarle a nadie por qué la sensación de pertenecer a alguien, de obedecerle, la llena de tal modo. A veces le da miedo perderlo, no porque le ame, al menos no en un sentido convencional, sino porque sabe que será difícil volver a disfrutar de estímulos parecidos. Sin duda eso terminará sucediendo, y ambos son conscientes de ello. Pero de momento es mejor no pensarlo.

Mientras se prepara el café, Amanda lee el correo y frunce el ceño. Hay juegos que le gustan más que otros, y el que Saúl ordena para esta tarde no es ni mucho menos uno de sus preferidos. Sin embargo, no protesta; se limita a contestar en el tono de sumisión requerido y a disponerlo todo para después.

Brais sale de casa sobre las cinco de la tarde porque cree que, si sigue dentro un minuto más, reventará las paredes a puñetazos. Lleva un día y medio encerrado. Demasiado tiempo de inactividad para alguien como él. Necesita desahogarse y el gimnasio es una opción tan buena como cualquier otra. También necesita escapar de la mirada inquieta de David, que al mediodía le ha preguntado, ya en serio, qué demonios le está pasando. Por suerte, Brais ha podido achacar su malestar al trabajo sin mentir demasiado, pero David no es tonto y, aunque ha fingido aceptar la excusa, no se la ha creído del todo. Ha intentado mostrarse sociable durante la comida, ha intentado ver un par de capítulos de *Mad Men* que su marido había descargado de internet, un pasatiempo habitual de los domingos de invierno por la tarde, pero los nervios se lo comían y no lograba estar quieto en el sofá. Por fin, ha sido David quien le ha sugerido que se fuera un rato al gimnasio «a ver si te tranquilizas».

Es casi de noche, aunque en un día tan gris apenas se nota. Brais deja atrás

las luces de los teatros del Paral•lel, que empiezan a encenderse, y camina en dirección al centro. Va a paso rápido, con la bolsa de deporte al hombro, pero cuando está ya cerca del mercado de Sant Antoni cambia de opinión. No es allí donde quiere ir. Hay algo que tiene que hacer para quedarse tranquilo de una vez y no es precisamente correr en una cinta hasta perder el resuello. Los problemas no se resuelven huyendo sino enfrentándose a ellos. Y en este momento su problema tiene un nombre: Manel Caballero.

Ha anochecido cuando Octavi Pujades acompaña con la mirada el coche de su hijo, que se aleja por el camino. Todos se van, piensa sin resentimiento. La noche y la enfermedad combinadas dan miedo. Un perro aúlla no muy lejos de su casa, como si con sus ladridos pudiera ahuyentar a los malos espíritus. Octavi entra en casa y cierra la puerta. El silencio del interior vuelve a golpearle y enciende la televisión, solo para oír alguna voz. Eugènia duerme arriba, si es que a eso se le puede llamar dormir. Más bien va muriendo lentamente, consumiéndose hasta que ya no sea capaz de abrir los ojos. En los últimos días ha empeorado, su deterioro es evidente, y él apenas soporta verla. El dolor y el cansancio son otra combinación peligrosa: a ratos uno supera al otro y consigue dar fuerzas para seguir luchando, pero hay momentos, como este, en que la fatiga se impone y lo único que desea, de todo corazón, es que todo termine de una vez.

Desear la muerte de un ser al que ha amado es terrible, y Octavi es consciente de ello. Pero no puede negar la realidad. Aquella casa que los acogió cuando se amaban se está convirtiendo poco a poco en una tumba. En su tumba.

Sentado en el sofá, frente a la chimenea, intenta alejar de su mente esas ideas oscuras. Ha estado esperando que Sílvia le llamara durante todo el día, pero ella no lo ha hecho. Llegará el momento, no le cabe duda. Habló con Víctor ayer. Víctor... tan ilusionado, tan pueril en sus planteamientos... O quizá no, quizá son las personas como él y Eugènia los que han vivido equivocados, encadenados a trabajos, rutinas y obligaciones. Y total ¿para qué? Para acabar muriendo cuando están a punto de disfrutar de un poco de libertad pagada con años de esfuerzo. No, no puede echarle en cara a Víctor

Alemaný que quiera comprar la suya si tiene los medios para hacerlo.

Los ladridos del perro suenan más próximos, más acuciantes, y Octavi va hacia la ventana y retira los visillos. Como es de esperar, no ve nada. Se queda allí, atento a esos aullidos cada vez más histéricos. Alguien debe de rondar por los alrededores, piensa, intranquilo, antes de subir al cuarto de Eugènia a ver cómo está. A ver si sigue viva o la muerte ha ganado por fin.

«Quiero que me esperes dormida. Que seas mi bella durmiente. Ese será tu castigo, solo yo gozaré de tu cuerpo esta noche».

Y Amanda obedece, a sabiendas de lo que se espera de ella. Ha cambiado las sábanas, como hace siempre, y ha puesto unas nuevas de color blanco. Blanco es también el camisón que él le exige para este juego. Blancas son las pastillas que debe tomar para que, cuando él llegue, la encuentre profundamente dormida y disfrute de su cuerpo inconsciente como le plazca.

Las toma sentada en la cama, con un vaso de agua. Sabe de otras veces la cantidad necesaria. Él se enojaría si ella despertara en mitad del juego. Sucedió la primera vez y se mostró tan disgustado que Amanda decidió no volver a fallarle. Se tumba y se deja acariciar por el sueño; imagina lo que le hará él mientras está dormida... Lo ve desnudo, esposando sus brazos inertes, tratando su cuerpo como el hermoso trozo de carne que es. Está a punto de perder el sentido cuando oye abrirse la puerta de su habitación. No es culpa suya si las pastillas no han hecho efecto del todo aún, se le cierran los ojos, le pesa todo el cuerpo y, aunque tiene la sensación de estar soñando, nota que unas manos la agarran por los hombros y la incorporan bruscamente.

Amanda sabe que debería estar dormida. Por eso no se resiste cuando advierte que le abren la boca y empiezan a echarle pastillas, y luego agua, y más pastillas. Con las pocas fuerzas que le quedan consigue tragar, y lo último que piensa es que Saúl estará contento y se quedará a pasar la noche. Así podrá verlo cuando se acabe el juego, cuando recupere la consciencia. Cuando despierte...

Leire

«Dormías y no he querido despertarte. Tengo que irme. Nos vemos pronto. Un beso. T. Ah, y cuida del Gremlin».

La nota estaba en la mesita de noche cuando Leire regresó al mundo después de una siesta dominical inusualmente larga. Se había echado un rato sobre las tres y media, convencida de que no dormiría más de treinta minutos, pero al leer el mensaje y mirar el reloj se percató de que eran casi las seis; teniendo en cuenta que esa era la hora de salida del AVE, ya hacía rato que Tomás se había marchado. Demasiado aturdida para reaccionar con rapidez, se quedó sentada en la cama, con los pies apoyados en el suelo, dudando entre acostarse de nuevo o recomenzar el día a media tarde. Al final optó por lo último, sobre todo porque, aunque pareciera raro, volvía a tener hambre. El Gremlin, como lo llamaba Tomás, le provocaba un apetito voraz en momentos insospechados. O, mejor dicho, casi en cualquier momento, aunque siguiendo los consejos del padre de la criatura no lo alimentaba nunca después de medianoche, por si acaso.

Un rato después, tras engullir un par de sándwiches de queso y comer algo de fruta, se sintió activa, como si en lugar de merendar hubiera desayunado y tuviera todo el día por delante. Que a la jornada solo le quedaran cinco horas no le preocupó demasiado; empezaba a habituarse a la anarquía de no tener horarios y hacer lo que le apeteciera. «Aprovecha ahora, cuando nazca el niño será él quien te marque la pauta», le había dicho su madre. A Leire le parecía curioso que nadie se refiriera a él como Abel, un nombre que estaba decidido desde meses atrás: para su madre era el «niño»; para Tomás, el Gremlin y para

su amiga María, el «bebé». En cambio, ella sí pensaba en él por su nombre, quizá para acostumbrarse a la idea de que muy pronto alguien llamado así ocuparía un espacio fuera de su cuerpo: alguien que sería dormilón o llorón, o las dos cosas, alguien con cuerpo y personalidad propias.

Ese fin de semana Leire y Tomás habían abordado de nuevo el tema de cómo serían las cosas a partir del instante en que Abel abandonara su refugio y se lanzara al mundo. De hecho, fue Tomás quien sacó a relucir la cuestión, de repente y en tono casual, como si todo fuera de una obviedad aplastante.

—Tendré que empezar a buscar un piso por aquí —había dicho justo antes de acostarse la noche anterior—. No puedo seguir siendo un padre okupa para siempre.

—¿Te vas a instalar en Barcelona? —le preguntó ella, insegura de haberlo entendido bien.

—Será lo más práctico, ¿no crees? Tendré que seguir viajando mucho, ya sabes cómo es mi trabajo, pero puestos a tener un nido de alquiler, lo más lógico es que esté en la misma ciudad que mi hijo.

Era la primera vez que se expresaba en esos términos y Leire se sintió embargada por una absurda sensación de agradecimiento, contra la que trató de luchar, parecida a la que había experimentado el viernes por la noche, a su llegada. Aunque no estaba en absoluto segura de cuáles eran sus sentimientos hacia Tomás, Leire se había mirado en el espejo del recibidor poco antes de que él apareciera y se había visto inmensa, como una modelo de Botero. La idea de que todas las mujeres embarazadas están guapas nunca había cuajado en ella, por eso casi se echó a llorar cuando, nada más entrar, él soltó la maleta, prácticamente se abalanzó sobre ella y, apoyando las manos en sus pechos, murmuró algo así como:

—¿Me dejas, verdad? Llevo todo el viaje deseando hacerlo. Están gloriosos.

Luego se dedicó a acariciárselos y lamérselos, como si ella fuera una reina del porno y él su más rendido y excitado admirador.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Podrás resistir vivir a menos de diez kilómetros de mí? —preguntó él, sonriendo con los ojos—. Prometo no saquearte la nevera.

Leire asintió, consciente a medias de que por lógica tenía más sentido que Tomás se instalara con ella y con Abel en lugar de buscar apartamento propio.

Pero si él esperaba que se lo propusiera, tuvo la prudencia de no mencionarlo. Y ella desde luego no lo hizo. El ofrecimiento, o mejor dicho la ausencia de este, planeó sobre ambos durante toda la mañana del domingo cual objeto volador no identificado, y después de la comida adquirió tal solidez en el aire que Leire se acostó un rato para ignorarlo.

Se vistió como si fuera a salir, aunque al asomarse al balcón le asaltaron las dudas. El tiempo había sido terrible durante todo el fin de semana, y a pesar de que en ese momento no llovía, el aire frío le arañó las mejillas. Malhumorada por esa indecisión que parecía abarcar hasta los aspectos más nimios de su vida, una inseguridad nueva para ella, se le ocurrió de repente que Ruth Valldaura habría sabido qué hacer. Era una idea absurda, improcedente, pero de la que estaba absolutamente convencida. Ruth, que había decidido irse a vivir con Héctor Salgado cuando tenía poco más de veinte años, que había tenido un hijo a los veinticinco, que a los treinta y ocho se había separado para empezar una vida sentimental distinta llevándose a ese hijo consigo, no daba la impresión de ser una persona indecisa. Quizá ahí radicara su encanto, pensó mirando de nuevo las fotos: la aparente placidez escondía una voluntad de hierro, la capacidad de cambiar un camino trazado por otro más incierto sin despreciar a quienes dejaba atrás. Por lo que ella sabía, Ruth había conseguido mantener una buena relación con sus padres, con su exmarido, con su hijo. Personas poco dadas al elogio, como Martina Andreu y el mismo comisario Savall, se habían quedado conmovidas cuando se supo la noticia de su desaparición, seis meses atrás. Y no solo por el aprecio que sentían hacia Héctor, sino por ella. Por Ruth. E incluso cuando Carol había mencionado que suponía que acabaría abandonándola, lo había hecho con tristeza, no con odio. «El amor genera deudas eternas».

Le has echado valor a la vida, Ruth Valldaura, le dijo a la foto. ¿Qué más hiciste por tu cuenta? ¿Por qué tenías anotada la dirección del doctor Omar? Eso, al menos, quizá lo supiera pronto. Lo bueno de su posición actual, poli de baja, era que seguía conservando amigos en varios sitios y, a la vez, disponía de mucho tiempo libre. Por eso, después de encontrar el pedazo de papel con la dirección de Omar, había movido sus hilos. No le había costado demasiado

conseguir que un conocido de la cárcel de Brians 2 le concediera un permiso especial para interrogar en privado a Damián Fernández, el abogado que asesinó a Omar y que llevaba ya unos meses en chirona a la espera de que se celebrara el juicio. Al día siguiente, el lunes por la tarde a las cuatro, podría hablar con él.

Sin embargo, poco había averiguado sobre la niña de la foto que, según la madre de Ruth, había sido algo más que una amiga para su hija. Patricia Alzina había muerto en un accidente de tráfico en agosto de 1991, a los diecinueve años. Tal como había dicho Montserrat Martorell, el coche que conducía Patricia se había despeñado por la montaña del Garraf y el accidente se había achacado a la inexperiencia de la conductora y a la relativa dificultad de la vía, una carretera plagada de curvas. Lo que Leire no terminaba de comprender era por qué Patricia, conductora novata, había escogido ese camino en lugar de usar la autopista que cruzaba la montaña por dentro en línea recta. Cualquier conductor novel lo habría hecho a pesar del precio del peaje. Pero la madre de Ruth se había negado a dar más explicaciones y Leire tampoco se había visto con ánimos de localizar a la familia de la joven muerta. Al fin y al cabo, el accidente había tenido lugar veinte años atrás... Y Leire no creía en chicas fantasmagóricas que acechaban a sus amigas de la infancia en las curvas de las carreteras. Ni siquiera en noches como esta, pensó mirando hacia la calle, en que el viento parece capaz de insuflar vida a los muertos. Te estás poniendo macabra, Leire, se dijo. Y Abel, que desde su interior parecía leerle la mente, le indicó con un par de patadas que le apetecía un poco de movimiento. Sin saber muy bien hacia dónde iba, se puso el abrigo de cantautora rusa y salió a la calle.

Era el primer fin de semana de rebajas, y eso había animado a la gente a pesar del frío que había invadido la ciudad con rencor acumulado, como si hubiera estado rondándola durante meses y ahora por fin lograra saquear a unos peatones que regresaban a sus casas encogidos ante su crudeza. Un viento sonoro, de esos que evocan ramas nerviosas y remolinos de hojas secas, asaltaba las calles y flagelaba sin piedad a quienes se atrevían a ocupar unas aceras por las que él pretendía campar a sus anchas, sin obstáculos que frenaran su avance. Leire no había dado ni cuatro pasos cuando pensó en dar media vuelta, pero al ver la luz verde de un taxi que se detenía en el semáforo

cambió de opinión. Se le ocurrió de pronto, y aunque la noche no invitaba a aventuras, las ganas de llevar su plan a cabo contra toda lógica vencieron a los elementos sin casi proponérselo.

Después de decir en voz alta la dirección de Ruth, se preguntó por qué diablos había tenido la idea de dirigirse a una casa tan desangelada como los días que se avecinaban. Una casa cerrada. Quizá fuera eso, el zumbido del viento combinado con el ambiente glacial, lo que la empujaba hacia aquel lugar temporalmente abandonado. O quizá fuera que, sin explicación razonable, necesitaba ver de nuevo uno de los escenarios de aquel caso que desde hacía dos días había dejado estancado. Como quien visita una tumba secreta donde no se pueden dejar flores. «Tienes una mamá loca», le dijo a Abel en voz baja. «Pero te prometo que volveremos enseguida a casa. Será nada más un momento».

El taxi la dejó frente al edificio. La calle estaba tan desierta esa noche como podría haberlo estado el verano anterior, el fin de semana que desapareció Ruth. Leire anduvo hasta la esquina y solo vio a una pareja paseando a un perro. Durante el mes de julio, con la ciudad más vacía, alguien fuerte podría haber matado a Ruth y haber metido su cadáver en un coche de madrugada con escaso riesgo de ser visto. Pero eso ya lo sabías, se reprendió. ¿Qué diablos estaba haciendo allí entonces, además de gastar dinero en taxis? Levantó la vista hacia el ventanal del piso de Ruth, visible desde la calle. Y, sorprendida, vio que dentro había luz.

Llamó al timbre sin pensar demasiado, creyendo que se trataría de Carol, y solo un segundo después de hacerlo se le ocurrió la horrible posibilidad de que fuera Héctor quien estuviera allí. Si me contesta él me largo corriendo, se dijo, aunque sabía que, de momento, correr quedaba fuera de sus posibilidades. Le sorprendió oír una voz masculina y joven. No la reconoció, aunque no podía ser otro que Guillermo.

—Hola —dijo Leire—. Soy... soy una amiga de...

No tuvo que terminar la frase. Un zumbido metálico le permitió la entrada en la escalera.

El chico la esperaba arriba, con la puerta entreabierta.

—¿Buscas a mi madre? —le dijo él sin moverse del umbral. La miraba con una mezcla de curiosidad y suspicacia, que no disminuyó al ver que estaba

embarazada.

—Tú debes de ser Guillermo. Me llamo Leire, Leire Castro. Quizá hayas oído a tu padre mencionar mi nombre.

Él asintió, pero permaneció junto a la puerta, impidiéndole el paso.

—¿Te importa que entre?

Aunque no sabía muy bien qué iba a decirle, tenía claro que se le había presentado una oportunidad de oro para hablar de Ruth con la única persona de su entorno a la que no habría tenido acceso fácilmente. Y no pensaba desaprovecharla.

El chico se tomó sus buenos segundos para pensarlo; luego se encogió de hombros y dio media vuelta, dejándole vía libre. Leire le siguió y entró por segunda vez en aquella semana en ese espacio de grandes dimensiones y techos altísimos. La tumba de Ruth, pensó con un estremecimiento.

El televisor estaba encendido y de reojo vio en la pantalla a una joven rubia en la cama, aunque enseguida se percató de que no era lo que parecía. No recordaba haber visto nunca porno en blanco y negro.

Guillermo se dejó caer en el sofá y ella buscó una silla con la mirada: prefería un asiento menos blando.

—Trabajas con mi padre, ¿verdad? —preguntó él.

Leire sonrió.

—Bueno, en realidad es mi superior. Pero ahora estoy de baja. Por... — Señaló la barriga. Como temía la siguiente pregunta: «¿Y tú qué haces aquí?», de difícil respuesta sin parecer una lunática, decidió hacerla ella aunque en el tono más amable que pudo adoptar—. ¿Y tú qué haces aquí?

Por un momento creyó que él iba a replicarle con un: «¿Y tú?». Sin embargo, no lo hizo.

—Era mi casa. Ahora vengo a veces.

—Claro. —Guillermo no demostraba hacia ella ni curiosidad ni hostilidad, así que Leire decidió ser franca. Los adolescentes no soportan que les mientan, pensó—. Mira, ya sé que te parecerá raro que haya aparecido así. Sabes... Sabes que seguimos buscando a tu madre.

Guillermo se puso tenso y dejó de mirar a Leire para centrar su atención en la pantalla.

—¿Estabas viendo una peli? —Ella tenía que volverse hacia el televisor

para poder verla.

—Es *Al final de la escapada*.

—¿Está bien? No la he visto...

Él volvió a encogerse de hombros. Cuando habló lo hizo sin emoción.

—Era la película favorita de mamá.

Y entonces, tal vez porque quizá Abel la estuviera cambiando, tal vez porque el fin de semana había sido extraño y la tarde de domingo estaba resultando más inesperada aún, Leire sintió algo parecido a la compasión por aquel chico que buscaba refugio en lo que había sido la casa de su madre. Un espacio inmenso y silencioso donde el eco de Ruth estaba por todas partes.

Guillermo debía de tener catorce años, pero no era muy alto y seguía siendo más niño que adolescente. Le observó sin pudor, buscando parecidos, y llegó a la conclusión de que había en él mucho más de Ruth que de Héctor, al menos en lo físico. Su mirada, sin embargo, era seria. Sí, esa era la palabra. Ni triste, ni emocionada, solo seria. Como si perteneciera al semblante de un tipo mayor. La escasa luz de la sala, que procedía de una lámpara de pie, dibujaba en la pared una sombra estática.

—Oye, ya sé que me he presentado aquí de improviso y entiendo que no tengas ganas de hablar conmigo. Tampoco me conoces de nada. —Intentó darle un tono relativamente desenfadado a sus frases—. Pero quiero que sepas que estamos haciendo todo lo posible por averiguar qué le pasó a tu madre.

—Sé que a mi padre le quitaron el caso —dijo él. Era escueto, conciso. Y, de nuevo, serio.

—Contra su voluntad, puedo asegurártelo —repuso Leire—. Por eso aprovecho la baja para investigar un poco por mi cuenta. Él no lo sabe, así que si no te importa no se lo digas... O me crucificará.

Fue la primera vez que Guillermo sonrió, aunque no hizo ningún comentario.

—¿Y de qué trata? Me refiero a la película. ¿Está bien?

Él negó con la cabeza, como si le doliera tener que reconocerlo.

—Es bastante aburrida. Él es un ladrón al que busca la policía y que le propone a su novia que huyan juntos. Ella le quiere, aunque al final le traiciona. Le delata y lo matan.

Lo dijo como si fuera algo incomprensible, y probablemente debía de

serlo para un chaval de su edad.

—No sé por qué lo hace —prosiguió él—. Mamá me dijo que era porque le amaba demasiado y porque eso a veces da miedo. Pero tampoco entendí esa explicación.

No, pensó Leire con cierta ternura, no la entendiste. Sintió un escalofrío y se dio cuenta de que la casa estaba helada. Le entraron unas ganas terribles de sacar a aquel crío de allí cuanto antes.

—¿No tienes frío? —le preguntó.

—Un poco.

—¿Quieres... que vayamos a comer algo?

Él la miró, vagamente sorprendido.

—Yo invito —dijo Leire—. Seguro que conoces alguna pizzería por aquí cerca. Si te apetece, claro...

Guillermo asintió. Apagó el reproductor con el mando y se levantó del sofá.

—No puedo volver muy tarde —le dijo sonriendo—. O papá me crucificará.

Fueron a una pizzería cercana y tan vacía como el loft que acababan de dejar. Leire entró convencida de que no iba a comer casi nada y acabó pidiendo dos porciones de pizza, igual que Guillermo. Charlaron un poco de todo, de Carol, del colegio e incluso de Héctor en su papel de padre, pero al final, mientras esperaban la cuenta, la conversación volvió a su punto de origen.

—Descubriremos qué le pasó, Guillermo.

Él bajó la cabeza y murmuró:

—Al principio todos decían: «Encontraremos a tu madre». Todos..., papá, la señora Carmen, incluso el tutor del colegio. Ahora ya no dicen eso.

—Bueno, si descubrimos qué le pasó, tal vez...

—Piensas que está muerta. —Lo dijo en voz baja, y de no haber sido por su mirada, Leire habría creído que no comprendía el alcance de la frase—. Todos lo creen. Sobre todo papá.

Ella tragó saliva. Buscó algo que decir; cualquier frase se le antojaba ridícula.

—Por eso voy a veces a su casa. Para pensar en ella sin que papá se dé cuenta. Algún día la cerrarán y nos llevaremos sus dibujos, y sus cosas..., pero mientras sigan ahí puedo pensar que quizá vuelva algún día. —La miró con una expresión que ella no había visto nunca en un chico tan joven—. No, no soy tonto. También yo creo que está muerta, aunque, a veces, engañarse un rato no está mal, ¿no?

—Desde luego que no. Todos lo hacemos —murmuró Leire.

—Lo peor es luego, cuando vuelvo a casa y veo que papá no duerme, casi ni come. Solo fuma, sin parar. Y tengo miedo de que también a él le pase algo.

—Tu padre es mucho más fuerte de lo que crees. No le pasará nada.

Él negó con la cabeza.

—Mamá siempre decía que papá solo es duro por fuera. Y ella lo conocía bien.

El camarero les llevó la cuenta, y cuando se fue, Leire estuvo a punto de coger la mano de Guillermo. Fue un gesto espontáneo, que le habría extrañado más a ella que al propio chico, y que contuvo a tiempo. El instinto maternal parecía ir creciendo dentro de su cuerpo por cuenta propia.

—Escucha, no puedo prometerte que encontraré a tu madre viva. Pero haré todo lo posible por averiguar qué le pasó. Y cuando sepamos la verdad, tu padre podrá descansar. Te lo prometo. —Tuvo la impresión de que Guillermo la miraba con escepticismo, así que continuó—. Otra cosa: te voy a dar mi número y mi dirección, y si alguna vez quieres hablar de Ruth, de tu madre, llámame o ven a verme. ¿De acuerdo?

Él grabó el número en su móvil y ambos salieron a la calle. Aunque aún no eran las diez, el frío arreciaba. Leire paró un taxi y se ofreció a dejar a Guillermo cerca de su casa.

—Pero acuérdate de no comentarle nada a tu padre, por favor —insistió.

Él sonrió y aceptó el trato.

Ninguno de los dos se fijó en el coche que los seguía.

Las prisiones, como los hospitales, despedían un olor característico e inconfundible. Por mucho que se intentara despojarlas de cualquier connotación carcelaria externa dándoles un aspecto más parecido al de un colegio mayor, en cuanto franqueabas la entrada, los patios, las rejas e incluso las oficinas que los internos rara vez pisaban, hablaban en voz baja de marginación, de encierro. De castigo.

Y eso que Brians 2 era bastante nueva y la filosofía que abogaba por la reinserción se había aplicado con énfasis en todos sus detalles. Pensado para aligerar la carga humana de cárceles centenarias como la Modelo de Barcelona, ese edificio nuevo, situado en la carretera de Martorell, había sido inaugurado con orgullo en la primera década del siglo veintiuno. En enero de 2011, apenas unos años después, ni la Modelo estaba significativamente más vacía ni Brians 2 conseguía ocultar ya su verdadera condición a pesar de que una mirada superficial habría escandalizado a los funcionarios de prisiones de otras épocas. La verdadera esencia se imponía a la arquitectura, como si hubiera ido contagiándola desde su núcleo. Es absurdo engañarse, pensaba Leire, cuyas opiniones al respecto no eran políticamente correctas: los internos habían delinquido y por tanto se les había condenado a vivir, unos meses o unos años, apartados de la sociedad. Si aprovechaban o no ese tiempo para reeducarse acababa siendo, como todo, el resultado de combinar la personalidad de cada uno con sus circunstancias. Algunos lo lograban, otros salían aún peor de lo que habían entrado. Así era la vida.

Mientras esperaba que el contacto que tenía entre el personal acudiera a la

sala de visitas con el interno, Leire sintió el hormigueo clásico del investigador que cree estar a punto de desvelar algo importante. Era una sensación conocida y nunca del todo infundada. A pesar de que el inspector Salgado había interrogado a conciencia a Damián Fernández, que había sido testigo del supuesto «maleficio» que el doctor Omar había realizado en contra de Ruth, siempre quedaba la posibilidad de averiguar algo nuevo. Y eso, para ella, era un chute de adrenalina. Oyó que se abría la puerta y volvió la cabeza.

Los meses de reclusión ya habían dejado huella en el semblante de Damián Fernández y, al verlo, Leire se preguntó cómo ese hombre había sido capaz de terminar con el doctor Omar, aquel viejo zorro que, con toda probabilidad, se había enfrentado en su vida a adversarios más amenazadores. Quizá ahí radicaba su secreto: en esa cara anodina, en el aspecto de hombre corriente. En apariencia, Fernández tenía una sola cualidad, si es que pasar desapercibido era algo de lo que uno pudiera vanagloriarse. Lo único de él que llamaba la atención era un moretón azulado en la mejilla derecha.

—Supongo que no me recuerda, Damián —empezó Leire, pensando que era probable que así fuera—. Mi nombre es Leire Castro.

—Sí. Me acuerdo de usted; es la compañera del inspector Salgado, ¿no es verdad?

Se habían visto solo un par de veces, en comisaría. Leire sospechó de nuevo que en aquel tipo se escondía un cerebro bastante bien dotado, así que decidió actuar con cautela.

—Supongo que ha venido a verme a causa de la desaparición de la exmujer de su jefe.

—Es usted muy sagaz.

—¿Por qué otra cosa iba a venir? —preguntó él, encogiéndose de hombros—. Todas las visitas que recibo tienen que ver con eso. El propio inspector, en varias ocasiones, e incluso su superior... Al principio eran más frecuentes. Ahora hacía tiempo que nadie venía a verme. Creo que poco a poco se han ido convenciendo de que no tengo nada que decir. Solo lo que me contó Omar.

—¿Y qué fue, exactamente?

Damián parecía aburrido, harto de tener que contar la misma historia una y otra vez.

—Ya no recuerdo sus palabras exactas. El sentido general era que pensaba

asestar un fuerte golpe a Salgado. «Sufrirá la peor de las condenas» o algo así. Omar nunca hablaba claro: le gustaba la ambigüedad.

—¿Y usted no sintió curiosidad? ¿No se interesó por sus planes de venganza?

—Omar no era un tipo al que pudieras hacer preguntas, agente Castro. Y le gustaba mostrarse enigmático. Solo añadió que lo había investigado a fondo, y luego empezó a decir frases de las suyas, sobre el origen del mal, el destino, el azar... Su letanía habitual.

—¿No le comentó si Ruth, la exmujer de Salgado, había ido a verle?

Ahí sí pareció sorprendido.

—No. Tenía una foto de ella, pero nunca me dijo nada parecido. Y no lo creo. ¿Para qué iba a ir?

Esa era la cuestión. ¿Para qué?, pensó Leire. La única respuesta posible era que Ruth se sintiera responsable de lo que había hecho Héctor y quisiera ayudarlo, aunque eso significara meterse en la boca del lobo.

—Quizá para pedirle que cesara en su empeño por hundir al inspector.

Damián se rio.

—Si lo hizo, era una ilusa. Omar estaba decidido a acabar con Salgado. En el fondo el inspector debería estar agradecido de que el viejo ya no esté en este mundo.

—Dudo que el inspector Salgado esté de acuerdo —repuso Leire, mientras pensaba cómo dar el siguiente paso. Si Damián Fernández no podía confirmarle que Ruth había ido a ver a Omar, tendría que averiguarlo de otra forma. Y solo existía una—. Damián, ¿qué pasó con las cintas? Ya sabe a cuáles me refiero: las que grababa Omar en su consulta de todas sus visitas.

—No tengo nada que decir de esas cintas —dijo Damián.

—¿Ni siquiera a cambio de... mi ayuda?

—¿Su ayuda?

—No nos engañemos, Damián —Leire señaló el moretón—, la cárcel no le está sentando muy bien. Y yo tengo amigos entre los funcionarios de aquí. Buenos amigos, ya lo sabe. ¿Está seguro de que no le iría bien cierto trato... especial? Le espera bastante tiempo entre rejas.

—Ya me conozco esas promesas, agente. Se olvidan tan rápidamente...

Leire decidió jugar su baza final.

—Mire, Damián, si le soy sincera, no creo que eliminar de este mundo a Omar fuera un acto muy grave. Pero obstruir la investigación de la desaparición de Ruth Valldaura sí me lo parece. Así que le voy a proponer un trato.

—Es usted más lista que los otros. Al menos no me amenaza.

—Yo no investigo la muerte del doctor Omar. Lo único que me interesa es averiguar si Ruth fue a verle o no. Si me dice dónde guardó esas cintas, y los dos sabemos que usted las ocultó en alguna parte, le prometo que me ocuparé de que su vida en la cárcel sea distinta. Mejor. Y, si finalmente consigo encontrar a Ruth gracias a su ayuda, estoy segura de que Salgado, e incluso el comisario, se mostrarán más que dispuestos a interceder por usted. No va a librarse de su condena, eso está claro, pero puede ser más breve... y más cómoda. Si no, seguirá pasándolo igual de mal aquí dentro. —Estuvo a punto de decirle que también podía conseguir que su estancia allí fuera peor de lo que era, sin embargo, no lo hizo.

—¿Y yo qué tendría que hacer?

—Dígame dónde están las cintas.

Él bajó la voz.

—Solo tengo algunas, las de los últimos meses. Desde el día que el inspector Salgado atacó a Omar.

—¿Dónde?

—En un trastero de la ciudad, junto con otras cosas. No quería guardarlas en casa.

Leire se sorprendió. ¿Cómo se les podía haber pasado eso por alto?

—¿Lo alquiló a su nombre?

Él sonrió.

—No soy tan tonto, agente. Lo alquilé a nombre de Héctor Salgado.

—¿Me da la dirección y la llave?

—¿Me promete que no se olvidará de mí?

Leire era sincera en sus tratos y eso se notaba.

—Haré cuanto pueda por mejorar su vida aquí, Damián. Se lo juro.

Y él la creyó.

En condiciones normales, Leire habría ido al trastero ese mismo lunes por la tarde, pero la perspectiva de cruzar toda la ciudad para llegar hasta allí la disuadió. Además, cuando bajó del tren, en plaza Espanya, estaba cansada. Tenía muy cerca la comisaría y, por un momento, sintió la tentación de entrar y hablar con la subinspectora Andreu. Decidió esperar: era más sensato hacerlo cuando hubiera abierto ese trastero, que generar vanas esperanzas antes de tiempo.

Frente a ella, en la plaza de toros de las Arenas, cuya inauguración como centro comercial estaba prevista para pocos meses después, se probaba la iluminación. Tras años de obras, aquellas luces le recordaron al Exin Castillos de su hermano mayor. Aunque Leire detestaba profundamente la llamada «fiesta nacional», reconvertir aquella plaza en otro montón de tiendas le parecía casi una falta de respeto hacia los pobres animales que habían muerto en la arena. Pero la palabra «tienda» le dio una idea: pasaría por un videoclub que había visto cerca de su casa y alquilaría, o en su defecto compraría, la película que Guillermo estaba viendo en casa de su madre.

Al final llegó a casa pasadas las siete, francamente agotada, decidida a no salir de nuevo hasta el día siguiente. Tenía visita con el médico a las diez de la mañana y quería que la encontrara bien y descansada. Abel también parecía fatigado y ella estuvo un buen rato esperando a que se moviera. Sonrió cuando al fin lo hizo. «Estás ahí, ¿eh, chaval? Hoy mamá se ha pasado un poco, pero

te prometo que ahora nos vamos a quedar tranquilos en casa viendo la tele». Llamó a María, que solía acompañarla en sus visitas médicas siempre que podía, y quedó con ella para la mañana siguiente. Hace días que no nos vemos, pensó, lo que debía de significar que existía otro novio en su vida. Después de las aventuras africanas, María había vuelto sin su amigo de la ONG, despotricando contra él aunque satisfecha de haber pasado un verano diferente. Es extraño, pensaba Leire. El embarazo le había cambiado la perspectiva de la vida, y las correrías de su amiga, que antes la divertían, empezaban a aburrirla. Te estás haciendo vieja, se advirtió. Y vas a ser madre, no abuela.

Tuvo que darle la razón a Guillermo en relación con *Al final de la escapada*. Aparte de mostrar a un Jean Paul Belmondo con el que ella se escaparía sin dudarlo, la acción era tan lenta que Leire se durmió en el sofá a la media hora de empezar la película y se despertó al final, cuando una atribulada Jean Seberg, odiosamente delgada, denunciaba a su amante y lo veía morir a balazos. «Le amaba demasiado», había dicho Ruth. «Eso a veces da miedo». Estaba tan cansada que le dolía hasta pensar y se acostó con la sensación de que, de haber estado más alerta, habría entendido mejor a Ruth y su preferencia por esa película de amores trágicos.

A la mañana siguiente, fiel a su palabra, María la recogió y la acompañó a Sant Joan de Déu, el hospital donde daría a luz a Abel en unas semanas, si todo iba bien. Y, según el doctor, todo iba fenomenal, aunque insistió con cierta severidad en que debía reposar. Seguía existiendo el riesgo de que el parto se adelantara, de que Abel se decidiera a nacer antes de lo previsto, le advirtió. En cambio, la felicitó por su peso, algo que ella no podía creer y que atribuyó a sus paseos o a haberse moderado con la comida, y le dio cita para la semana siguiente. «Ya falta poco», la animó. «Y descansa. Ya sé que es aburrido, pero se acabará pronto».

Salieron a la calle y se dirigieron al aparcamiento donde habían dejado el coche.

—Bueno —le dijo María—. Te llevo a casa, ¿eh?

Leire vaciló: sabía que su amiga le echaría una bronca si, en lugar de obedecer al doctor, le pedía que la acompañara hasta el trastero que Fernández había alquilado en las cercanías de Poblenou, el barrio de Héctor. Pero, por otro lado, que alguien la llevara en coche hasta allí y luego a casa era una tentación difícil de resistir.

—¿Te importa acompañarme a un sitio?

—¿No me digas que quieres ir de compras?

—No. Tengo que recoger algo. —No quería mostrarse misteriosa, aunque tampoco le apetecía dar más explicaciones—. Por favor. Llámalo... un antojo.

María accedió, a regañadientes, alentada tanto por las ganas de complacer a su amiga como por la curiosidad. A cambio, Leire la puso al tanto de lo que le había dicho Tomás antes de irse.

—¡Vaya! ¿Así que piensa venir a vivir aquí? —dijo María, al enterarse—. Al final va a resultar un papá modelo. ¿Y a ti qué te parece?

—Bueno, supongo que estará bien tenerlo más cerca cuando nazca Abel. Por el niño, sobre todo.

Su amiga sonrió.

—¿Por qué te cuesta tanto admitir que te hace ilusión? —Pero al ver la cara seria de Leire, añadió—: Vale, ya me callo, miss Daisy. Yo conduzco sin hacer preguntas.

Sin embargo, no pudo mantener la boca cerrada cuando llegaron a la dirección que Leire le había dado y se encontraron ante un inmueble nuevo: un invento para paliar que los pisos de la ciudad, al menos los asequibles, fueran mucho más reducidos de lo que la gente necesitaba.

—¿Venir aquí es un antojo? ¡Un antojo es comer fresas! —le soltó María.

—Espérame. Solo será un momento.

Y, por una de esas carambolas de la vida, lo cierto es que lo fue. Leire abrió la puerta del trastero número 12, que en realidad estaba prácticamente vacío. Tardó muy poco en encontrar una bolsa de deporte, llena de cintas de vídeo, y volver al coche.

—¿Lo ves, gruñona? ¡Ya está! —le dijo al entrar.

—¿Qué llevas ahí?

Leire abrió la cremallera y sacó una cinta, a medias.

—Porno —le dijo—. Algo tengo que hacer en casa, ¿no?

—Pues debe de ser porno vintage, querida —replicó—. ¿No me digas que aún conservas un vídeo en casa?

No, no tenía un reproductor de vídeo en casa, pero se le ocurrió preguntar en la misma tienda donde había alquilado la película el día anterior y salió con uno a cambio de un módico precio. Dedicó unos minutos a instalarlo y luego se puso a revisar las cintas. Aunque no eran muchas, Leire pensó que le esperaba un buen rato de imágenes oscuras de cine mudo con cámara fija. Antes de introducir una al azar las examinó detenidamente: las cintas solo llevaban un número que las identificaba, y Leire se dijo que si Ruth había ido a ver a Omar, este habría señalado la cinta donde aquella visita quedara grabada de una manera especial. Era lógico pensarlo, aun sin ninguna prueba de ello, y cuando vio que una de las cintas tenía un asterisco junto al número decidió empezar por esa. Si no tenía suerte, tampoco perdería nada.

La cámara tenía que estar situada en un rincón del cuarto porque Leire veía la mesa del doctor Omar, con él de perfil, y a la persona que entraba y tomaba asiento al otro lado. Durante veinte minutos estuvo viendo la imagen fija de aquella mesa y de las personas que iban sentándose frente al doctor, y no pudo evitar preguntarse cómo podían confiar en alguien tan siniestro. Como había imaginado, las cintas no tenían sonido, así que, dejando a un lado la sensación desagradable de ver a aquel viejo, su contenido era bastante aburrido. Pero de repente, cuando empezaba a pensar que el asterisco no significaba nada, se irguió en el asiento, boquiabierta. Por primera vez en su vida, Leire vio a Ruth Valldaura en movimiento.

El corazón se le aceleró. Así que había ido... «El amor genera deudas eternas». Y Ruth había amado a Héctor Salgado, así que cabía dentro de lo probable que hubiera ido a ver a Omar con la intención de ayudar a su exmarido, acusado de haber propinado una severa paliza al curandero negro. Maldijo con toda su alma la ausencia de sonido, se acercó al televisor y se concentró en las expresiones de sus caras. Ruth, entre preocupada y sorprendida, en algún momento desdeñosa; él indiferente, casi sarcástico y al final, tremendamente serio. Luego Ruth se levantaba y se iba, deprisa, como si

quisiera huir de aquella sala donde había entrado por voluntad propia.

Vio la grabación una y otra vez, sin sacar mucho más en claro, hasta que le dolieron los ojos de tenerlos fijos en la pantalla. Frustrada porque no conseguía entender lo que decían, se disponía a detenerla cuando sonó el interfono. Leire apretó la pausa en el mando a distancia y fue hacia la puerta.

—¿Diga?

—¿Leire Castro?

—Sí. ¿Quién es?

Leire se percató de que en el espejo del recibidor se reflejaba la pantalla del televisor, donde había dejado congelada la imagen del doctor Omar. Arrugas de maldad, no solo de vejez, se dijo. Perfil de buitre negro.

—Usted no me conoce, pero creo que deberíamos hablar.

Era la voz de un hombre de mediana edad.

—¿Quién es? —insistió.

—Me llamo Andrés Moreno, aunque mi nombre no le dirá nada. Tengo motivos para creer que estamos interesados en la misma persona.

—Oiga, no sé qué...

—Puedo darle información sobre Ruth Valldaura.

—¿Qué?

El viejo de la imagen parecía sonreír; tenía una mano levantada, una mano de dedos finos como alambres que daban la impresión de que podían cortarte con una caricia.

—Lo que ha oído. Creo que hay algo sobre ella que debería saber. Ábrame la puerta, por favor.

Leire sintió un miedo súbito y se negó. No pensaba dejar entrar en su casa a un desconocido y así se lo dijo.

—Como quiera —repuso el hombre—. Hagamos otra cosa. Le doy mi teléfono: llámeme mañana y concertaremos una cita en un lugar público. ¿Le parece mejor así?

De alguna manera la voz parecía el reflejo de la cara de la pantalla, aunque eso era absurdo. Ni era el acento de un anciano nigeriano, ni tampoco un tono de ultratumba. Leire se dio cuenta de que le temblaban las rodillas e hizo un esfuerzo por calmarse.

—De acuerdo —dijo, anotando el número.

—Llámeme, por favor.

En el espejo, el doctor Omar seguía estático. Inmortalizado. Amenazante como una serpiente a punto de escupir su veneno.

Amanda

Sentado en una de las sillas de la Terminal 1 del aeropuerto, Héctor contemplaba una pequeña pantalla donde se anunciaba que el vuelo procedente de Madrid tenía una demora de cuarenta minutos. Siete años y cuarenta minutos, rectificó él para sus adentros. Era la primera vez en su vida que se alegraba de un retraso de ese estilo, y mientras veía cómo iban cerrando las tiendas de la terminal, pensó que necesitaba un rato de silencio, aunque fuera en un lugar público de baldosas negras que despedían un brillo casi insultante. Llevaba más de cuarenta horas sin dormir y cerró los ojos solo durante un instante, para que descansaran de la luz. No se movió del interior de la terminal porque no quería fumar más: había combatido el sueño a base de nicotina y sentía esa pesadez del exceso de tabaco combinado con la poca comida y la fatiga acumulada. Miró el reloj, las 22.35.

La noche anterior, a esa misma hora, estaba a punto de concluir un domingo frío, de cielo perezoso y grisáceo. Guillermo acababa de llegar y se encerró en su cuarto enseguida, diciendo que ya había cenado y sin dar más explicaciones. Y él, que estaba viendo cómo languidecía Marilyn en *Vidas rebeldes*, aquel western protagonizado por actores que morirían poco después, optó por no insistir. La película aún no había terminado cuando recibió la llamada del agente Fort quien, desde la comisaría, le informaba —con una voz que no conseguía ocultar un deje de excitación de novato— de que Saúl Duque, el asistente de Sílvia Alemany, acababa de ponerse en contacto con los mossos para confesar que había matado a Amanda Bonet.

Muerte blanca. Eso fue lo primero que pensó al entrar en el dormitorio donde yacía Amanda y adonde ya había llegado Fort con la gente del juzgado y el forense. Paredes pintadas de blanco marfil, un lecho de sábanas immaculadas y una joven rubia cuyas facciones pálidas ya nunca recobrarían el color de los vivos. La presencia de un cadáver siempre le impresionaba; afectaba a todos, dijeran lo que dijeren. Sin embargo, el cuerpo de Amanda le transmitía una placidez que pocas veces había sentido en la escena de una muerte inesperada. Sus labios parecían sonreír, como si antes de dejar este mundo hubiera experimentado una visión dulce y se hubiera deslizado hacia el más allá, o hacia la nada, con la conciencia tranquila y llena de esperanza. Así debían de morir los mártires, se dijo Héctor, aunque dudaba que Amanda Bonet pudiera ser calificada como tal.

—Se tomó una caja entera de somníferos —le dijo Fort.

—¿Se tomó? —preguntó Héctor. La voz de Roger Fort le había devuelto a la realidad, alejándole de fantasías trágicas—. Creí entender por teléfono que Saúl Duque se había declarado culpable.

Al entrar en el piso, Héctor había visto a Saúl sentado en el sofá, tan tenso que parecía a punto de partirse en dos, custodiado por un agente judicial.

Fort tomó aire y lo soltó despacio antes de responderle.

—Es bastante complicado, señor —dijo por fin—. Creo que será mejor que se lo explique él directamente.

Héctor asintió. Observó la habitación intentando apreciar algún detalle disonante, cualquier cosa que le apartara de la cabeza la idea de que se hallaban ante un tercer suicidio, la continuación de la serie macabra que se había iniciado con Gaspar Ródenas en septiembre del año anterior. Todo parecía en orden: la cama era de hierro, de estilo antiguo, con los barrotes pintados de blanco, a juego con las mesitas de noche. Un par de cuerdas negras, enrolladas como culebras sobre la mesita que Héctor tenía más cerca, rompían la armonía.

—¿Y eso? —preguntó a Fort.

—Cuerdas —dijo él, algo incómodo—. Las usaban para jugar. Saúl Duque y ella...

—Eso explica las marcas de las muñecas —dijo el forense, que hasta

entonces había permanecido en silencio, dedicado a examinar el cadáver—. Mirad.

Héctor se acercó. Era cierto, se apreciaba en ambas una marca rojiza.

—Murió hace solo unas horas, ¿verdad? —le preguntó Héctor.

—Sí. No lleva más de cuatro horas muerta. —Eran las once y cuarto de la noche—. Casi he terminado, nos la llevaremos en cuanto el juez lo autorice. —Miró hacia el cadáver con un leve desasosiego nada propio de alguien que llevaba años manejándose con ellos—. Parece feliz, como si estuviera disfrutando de un magnífico sueño.

—¿Y los somníferos?

—Aquí los tienes. —Había guardado la caja en una bolsa precintada—. Amobarbital. De lo más común. Tuvo que tomarse una buena cantidad para morir así. Ni siquiera intentó expulsarlos. A veces lo hacen y, como les fallan las fuerzas, se ahogan con su propio vómito. Ella simplemente se durmió; su cerebro se quedó sin oxígeno y falleció. Por eso se la ve tan... tranquila.

—Vamos a hablar con Duque —decidió Héctor—. Creo que tendrá cosas que contarnos y así dejamos que el forense trabaje.

Saúl Duque seguía sentado. Estaba inmóvil, levemente inclinado hacia delante, con las manos aferradas al borde del sofá, como si se enfrentara a un precipicio y tuviera miedo de caer al fondo. Vestía de negro de pies a cabeza, y Héctor tuvo la sensación de que había elegido ese atuendo a sabiendas de que le esperaba un funeral. O quizá para contrastar con el blanco imperante en todo el piso.

—¿Le importa dejarnos solos? —dijo Héctor al guardia que lo custodiaba. Y dirigiéndose a Duque añadió—: Saúl... Saúl, ¿se encuentra bien?

Apoyó la mano en su hombro con suavidad y entonces, al notar el contacto y oír aquella voz amable, el hombre se vino abajo. La tensión que lo sostenía erguido se evaporó y su cuerpo se encogió, desmadejado. Se cubrió el rostro con las manos, y Héctor no habría sabido decir si sollozaba de dolor, de miedo o de arrepentimiento. Quizá de las tres cosas juntas.

Tardó unos minutos en calmarse, lo bastante para poder hablar.

—Lo... lo siento —murmuró—. Ya estoy mejor. No... no pensaba volver a verlo, inspector —dijo en un intento por recuperar la normalidad en esas circunstancias tan anormales.

—Tampoco yo, Saúl. Creo que ya ha hablado con el agente Fort, pero necesito que me diga qué ha pasado aquí esta noche.

Duque interrogó a Roger Fort con la mirada, sin embargo, este no se dio por aludido.

—¿Le han dicho algo sobre la relación que manteníamos Amanda y yo?

Héctor creyó atisbar cierta vergüenza en el tono de aquel joven. Iba a tranquilizarlo, a asegurarle que en los juegos eróticos entre adultos nadie, excepto los interesados, debía meterse, cuando Fort contestó:

—Es mejor que se lo explique usted al inspector.

—Sí, supongo que sí... —Respiró hondo y miró a Salgado a los ojos. Cualquiera rastro de vergüenza se había desvanecido—. Amanda y yo teníamos una relación de disciplina y sumisión.

—¿Se refiere a una relación sadomasoquista?

—Sí, bueno..., llámelo como quiera. No voy a andarme con tecnicismos.

—Explíqueme en qué consistía.

Saúl hizo un gesto de indiferencia, que acompañó con una mueca que podría haber sido una sonrisa irónica en otro momento. En ese, pensó Héctor, expresaba más nerviosismo que otra cosa.

—No era más que un juego... Es... es muy difícil explicárselo a quienes no están metidos en el tema. Si le digo que yo era su amo, que la controlaba, que le ordenaba cómo debía vestirse, qué debía cenar, pensará que éramos un par de chalados.

—En absoluto. —Lo dijo en un tono que debió de resultar convincente porque Duque prosiguió.

—No sé por qué me gusta esto, y Amanda, por su parte, tampoco lo sabía. Simplemente disfrutábamos con ello. Con las llamadas y los correos electrónicos. Con las cuerdas, con los azotes. Con los juegos.

—¿Cuándo empezó?

—Poco después de que Amanda entrara a trabajar en Laboratorios Alemany. Se preguntará cómo llegamos a descubrir lo mucho que nos complementábamos. —Sonrió—. Supongo que ambos íbamos buscando eso, y tanteamos el tema, en tono informal, en un par de ocasiones. La segunda vez que quedamos me arriesgué a insinuarlo, medio en broma, y vi que la idea le atraía tanto como a mí.

—¿Se veían muy a menudo?

—Todos los domingos, y algún día más, por sorpresa. Pero pocos: no hay que abusar demasiado o se rompe el encanto.

Héctor asintió.

—¿Le dio unas llaves de su casa?

—No, solo de la puerta de la escalera. Dejaba la otra debajo del felpudo poco antes de que yo llegara. Formaba parte de la escenografía. Así yo entraba como si fuera mi casa, y ella ya me esperaba... Bueno, me esperaba metida en su papel.

—Comprendo. ¿Y hoy?

Duque volvió a suspirar. En ese momento, su aspecto proclamaba más debilidad que capacidad de dominar.

—Lo de hoy era un juego especial —confesó por fin, sonrojándose—. Ella debía esperarme dormida. Completamente dormida —recalcó.

—¿Y usted mantenía relaciones sexuales con ella sin que se enterara? ¿Ese era el juego? —preguntó Héctor con cierto sarcasmo.

—Sabía que no lo iba a entender. Dicho así yo parezco un enfermo y ella... —Entrecruzó las manos y fijó la mirada en el inspector en un intento desesperado de apelar a su empatía—. Nuestra relación tenía más que ver con la entrega que con el sexo propiamente dicho. Ella me ofrecía su cuerpo a cambio de nada para que yo disfrutara de él. La máxima prueba de sometimiento, de obediencia...

Héctor tardó unos instantes en reaccionar.

—Está bien —dijo con voz neutra—. Así que ella debía esperarle dormida, con lo cual supongo que se tomó los somníferos bastante antes de que usted llegara. ¿Me equivoco?

—Así es. Supongo que... que se tomó más de la cuenta...

—Espere un momento, ya llegaremos a la dosis. —La frente arrugada del inspector indicaba una gran concentración—. Lo que quería decir antes es que tuvo que dejar la llave fuera un buen rato antes de su llegada.

—Sí... No lo había pensado. Claro. Antes de que las pastillas hicieran efecto.

—¿Y a qué hora vino usted?

—Más tarde de lo previsto. Se presentaron unos amigos en casa y no

conseguí librarme de ellos hasta las ocho y media, así que no aparecí hasta las nueve y media pasadas. No miré la hora. La llave estaba donde siempre, así que entré y fui directamente a su cuarto.

Por un instante, Héctor, y también Fort, temieron que aquella confesión llegara más allá de lo que podrían soportar sin perder la profesionalidad.

—No sucedió lo que están pensando —dijo Saúl Duque—. Ella estaba preciosa, tal como yo le había pedido. Sábanas blancas y camión blanco. Dormida para mí. La admiré durante unos minutos y empecé a excitarme. Era tan bella. Se veía tan indefensa, allí, tumbada en la cama... Saqué las cuerdas del cajón de la mesita, y cuando la cogí por las muñecas me di cuenta de que sus manos estaban inertes. Intenté que volviera en sí, la zarandeeé, la besé... Estaba como loco. No sé cuánto tiempo pasó hasta que por fin llamé a la policía.

—Llamó a comisaría a las 22.34 —intervino Fort.

Héctor meditó durante unos segundos.

—Saúl... Lo que voy a preguntarle ahora quizá le extrañe, pero ¿se da cuenta de que tres personas de la empresa han muerto en pocos meses en circunstancias extrañas? Tres personas —continuó en voz baja aunque firme— de las ocho que formaron parte de un mismo grupo.

Saúl lo miró sin comprender. Luego, poco a poco, su semblante reaccionó ante aquella revelación.

—Gaspar. Sara. Y ahora... Amanda. ¿Qué quiere decir con eso?

—No lo sé. Es lo que intentamos averiguar. Saúl, ¿Amanda le contó algo de lo que sucedió ese fin de semana? ¿Algo inusual, extraño? ¿Algo relacionado con los perros que encontraron ahorcados quizá?

Él meneó la cabeza y Héctor sintió que la exasperación lo desbordaba. Por un momento había creído que tal vez ese hombre lo sabría, que tendría la respuesta aunque fuera de manera inconsciente.

—Bueno, lo único que sucedió, que le sucedió a Amanda, fue el susto que se llevó aquel viernes por la noche, cuando la llamé. Pero eso no tiene nada que ver con los perros... —Parecía confundido.

—Cuéntemelo.

—Yo la llamaba todos los viernes por la noche, sobre las nueve. Ella debía estar libre para contestar. Obviamente yo sabía que estaba con todos en

la casa, pero la llamé de todos modos y le ordené que saliera. Ella me obedeció, como siempre.

—¿Y qué más?

—Empezamos a jugar. Le dije que se alejara de la casa, la reprendí, le pedí que... —Se interrumpió, súbitamente avergonzado de nuevo.

—Prosiga —ordenó Héctor.

—No sabe cómo es la casa, ¿verdad? Se trata de una antigua masía del Empordà, ahora reconvertida en centro de actividades. Había funcionado como alojamiento rural de lujo también. Está alejada del pueblo y rodeada de bosques, aunque se puede llegar a ella sin problemas por carretera... Amanda había cogido la linterna y, para no ser sorprendida por ninguno de ellos, recorrió el camino de acceso hasta internarse un poco entre los árboles. Me dijo que no le gustaba, que estaba oscuro; yo insistí, así que me hizo caso. En eso y en acariciarse. Yo quería que se excitara, que se tocara los pechos al aire libre... Quería oírla gemir y ella empezó a hacerlo. Y entonces oí un grito y la llamada se cortó.

—¿Un grito de Amanda?

—Sí. Me llamó unos minutos después, muy alterada. Al parecer creyó ver a un hombre vigilándola en la oscuridad. Viendo cómo... se tocaba. El hombre no hizo nada, no la siguió ni nada de eso; de todos modos, Amanda se asustó y volvió corriendo al sendero.

—¿Eso es todo?

—Sí. Pero eso fue el viernes. Encontraron aquellos pobres animales al día siguiente.

—Ya. Y los enterraron, eso ya nos lo han dicho todos —afirmó Héctor, contrariado—. ¿Está seguro de que no sucedió nada más?

—No fue en esos días, sino más tarde, pero también tiene que ver con ellos. Después del verano, Amanda me dijo que debíamos tener más cuidado porque sospechaba que Sara Mahler se había enterado de lo nuestro. Sara era extraña, ¿sabe? Nunca podías saber qué estaba pensando.

Héctor asintió. La compañera de piso holandesa también había hecho algún comentario de esa índole. La imagen de Sara, aquella mujer poco agraciada y solitaria, escuchando los secretos de quienes disfrutaban de una vida sexual más intensa, le causó un malestar momentáneo.

—¿Sabe si Amanda llegó a confirmar sus sospechas o eran solo suposiciones?

Saúl Duque movió la cabeza en sentido negativo, aunque antes de que pudiera añadir algo más, el secretario del juzgado, que había aparecido a media conversación y se había dirigido a la habitación donde había muerto Amanda, ordenó el levantamiento del cadáver. Saúl se puso en pie, como si quisiera presentar sus respetos a aquel cuerpo cubierto por una sábana blanca que era transportado en una camilla hasta la puerta por un séquito de desconocidos.

Héctor Salgado observó el rostro del chico y le sorprendió la expresión de dolor que apareció en él. Inconfundible y difícil de fingir. Y pensó que Saúl Duque quizá tuviera unos gustos sexuales poco comunes, quizá disfrutara ejerciendo un amago de poder sobre una víctima que se prestaba al juego con las mismas ganas, quizá se excitara flagelándola o humillándola... Sin embargo, estaba seguro de que al mismo tiempo ese hombre había sentido por Amanda algo que muchos no llamarían amor, pero que iba más allá del mero placer.

—Lo siento, señor Duque, tendrá que acompañarme a comisaría —le dijo Héctor, en parte porque no podía descartarlo como sospechoso y en parte porque, por un instante, temió que Saúl Duque hiciera algo terrible esa noche si lo dejaban solo. Ya basta de suicidas, pensó. Falsos o auténticos. Ya basta de muertos—. Fort, registra a fondo la casa. Sobre todo el dormitorio. Huellas, ya sabes, cualquier cosa... —Y sin que Duque le oyera añadió—: Trata esto como si fuera un homicidio. Tres suicidios son demasiados. Llámalo instinto o tozudez, pero no me lo trago.

Desprovista de las tiendas y bares que disimulaban su condición de simple lugar de paso, la terminal se convertía en un espacio tranquilo, silencioso. Si el asiento fuera más cómodo, casi podría calificarse de acogedor. Algunos viajeros avanzaban por las cintas, alejándose de él sin esfuerzo en dirección a sus puertas de embarque, como autómatas de una película muda. La visión le serenó después de un día largo, plagado de tensión. Un lunes que tenía visos de no terminar nunca.

—Tres suicidios son demasiados. —Héctor repitió la frase delante de Sílvia Alemany que, de pie en su despacho, tuvo la decencia de mostrarse afectada.

A las ocho de la mañana, después de pasar la noche en comisaría custodiando a Saúl Duque, había conseguido localizar a un amigo de este, abogado, que cursó los trámites pertinentes para llevárselo a casa. Héctor se tomó un café rápido, sin hambre para desayunar, y apaciguó la sensación de mareo con dos cigarrillos. Una breve conversación con Fort, que había vuelto ya del piso de la presunta suicida, había aportado su parte de luz y de sombra al caso. Si quedaba alguna duda de la relación que unía a Amanda con Saúl, los utensilios encontrados en el piso de ella la habían despejado por completo. Uno de sus armarios podría haber formado parte de un sex-shop, a juzgar por la profusión de «juguetes»: un látigo, varias fustas, una vara fina de bambú y unas cuantas paletas de cuero de distintos tamaños y grosores; cuerdas, esposas, consoladores de tamaños diversos, bolas chinas; lencería y otros disfraces... Para gustos los colores, pero lo cierto era que Amanda y Saúl no se habían aburrido. Los interrogantes venían por otro lado. La muerte de Amanda podía ser el suicidio de una joven cuya vida sexual parecía indicar cierto conflicto interno. Podía tratarse también de un homicidio, porque resultaba difícil creer que alguien como Amanda ignorase que una caja entera de pastillas la dormiría para siempre. Esa hipótesis era la que le conducía, de momento, a Saúl Duque.

Héctor decidió ser él quien llevara la noticia de la muerte de Amanda Bonet a la empresa donde trabajaba. Quería ver la cara de Sílvia Alemany al enterarse y pretendía aprovechar el impacto para pillarla con la guardia baja y sacarle información de una maldita vez. No obstante, Sílvia era un hueso duro de roer, y así lo estaba demostrando.

—No puedo creerlo, inspector. —Se llevó la mano a la cara y dio la impresión de tambalearse un poco—. Deje que me siente. Amanda... Pero ¿cuándo ha sido? ¿Dónde?

—Anoche, en su propia casa. El forense estima que su muerte se produjo entre las ocho y las nueve. A su lado se encontró una caja de somníferos, vacía.

Héctor hablaba con la mayor frialdad posible. Si quería doblegar la

voluntad de la mujer que tenía delante no podía andarse con paños calientes. Y, la verdad, tampoco le apetecía ser cortés.

—¿Quiere decirme dónde estaba usted a esa hora?

—En casa. He estado enferma todo el fin de semana. Pero, inspector..., ¿no pensará que yo...? Por favor, eso es ridículo.

Se sonrojó, más por miedo que porque se sintiera ofendida, Héctor estaba seguro.

—En este momento no pienso, señora Alemany. Solo intento atar cabos. Y los cabos me llevan hacia Gaspar Ródenas, Sara Mahler y Amanda Bonet. Tres personas sanas, jóvenes, sin problemas aparentes, cuyos únicos nexos en común son su trabajo aquí y esta foto. Puede decirme lo que quiera; no me convencerá de que no me está ocultando algo. Esta vez no.

Las cartas sobre la mesa, una declaración de guerra expresada con todas las letras.

—¿Cree que le escondemos algo?

—Hablaba solo de usted, pero veo que pasa rápidamente a la primera persona del plural. —Héctor tuvo la satisfacción de verla palidecer—. ¿Ese «nosotros» se refiere a los demás? ¿A César Calvo, Brais Arjona, Octavi Pujades y Manel Caballero, además de a usted misma? ¿O solo a algunos de entre todos ellos?

—Inspector, está usted en mi despacho, así que le ruego que no me levante la voz.

—Y usted está ante un inspector de policía, y le ruego que deje de mentirme.

—Para demostrar una mentira hay que descubrir la verdad, inspector Salgado. Hasta ese momento las mentiras no existen.

Él sonrió. En parte le gustaba tener adversarios de altura.

—¿Tiene alguna sala de reuniones por aquí? Pues llame a los demás y dígalos que vengan. Inmediatamente.

—Le repito que no voy a aceptar órdenes tuyas. Soy abogada, inspector, y aunque no ejerzo como tal, no estoy dispuesta a permitir que se me trate, a mí o a mis empleados, como simples delincuentes.

—Quítele el «simples». Eso seguro que no. Lo de delincuentes está por ver. —Hizo una pausa breve y aflojó un poco el tono—: Oiga, sería mucho

más inteligente por su parte que colaboraran. Tal como están actuando, es fácil llegar a la conclusión de que tienen algo que ver con las muertes de sus compañeros.

Sílvia seguía lívida. Quizá fuera cierto que había pasado el fin de semana enferma. En cualquier caso, no parecía encontrarse muy bien.

—Se lo repito: ¿quiere hacerme el favor de convocar a los otros en esa sala? Creo que será mejor reunirlos allí que ir a interrogarlos por toda la empresa, ¿no le parece?

No respondió. Descolgó el teléfono para avisarlos.

La sala se hallaba entre los despachos de los hermanos Alemany, y Héctor advirtió que el de Víctor seguía vacío. Los jefes nunca aparecen antes de las diez, se dijo, pensando en Savall.

Les pidió que se sentaran, sin embargo, Sílvia Alemany permaneció de pie, a su lado, mientras él exponía punto por punto todos sus razonamientos. Octavi Pujades no estaba, por supuesto, y Héctor tendría que enviar a Fort a interrogarlo a su domicilio en caso de que no pudiera ir él mismo. Los rostros de los tres hombres expresaban emociones diversas, aunque sobresalía una entre las demás: la sorpresa, sobre todo en el semblante de Brais Arjona y de Manel Caballero, este último casi al borde del pánico. En cambio, César Calvo, el prometido de Sílvia, parecía haber encajado la muerte de Amanda con más aplomo.

—Así están las cosas, señores. De las ocho personas que pasaron juntas ese fin de semana de *team building* —dijo, mirando de reojo a Sílvia—, tres han muerto en circunstancias extrañas. El 5 de septiembre, Gaspar Ródenas se mató de un tiro después de asesinar a su mujer y a su hija; exactamente cuatro meses más tarde, el 6 de enero, de madrugada, Sara Mahler saltó a las vías del metro. Y anoche, apenas diez días después, Amanda Bonet se tomó presuntamente una caja entera de somníferos. Tres suicidas. Sin motivo aparente. Sin notas que expliquen sus razones. Sin avisos ni intentos previos. Y ahora les pregunto: ¿están seguros de que no tienen nada que contarme?

A Manel Caballero le temblaban las manos. Era el único que daba muestras de algo que iba más allá de la preocupación. Sin embargo, no fue él quien habló, sino Brais Arjona.

—Entiendo que todo esto les extrañe, inspector. Debo admitir que a mí

también empieza a inquietarme. Pero es que no sé en qué podemos ayudarle. Al menos yo.

—¿Dónde estuvo usted anoche, entre las ocho y las nueve y media?

—En casa, con David. Bueno, no sé a qué hora llegué. —Se dirigió a Manel Caballero, que le miró con el mismo temor con que observaba al inspector—. ¿A qué hora nos despedimos? Debían de ser las ocho, ¿no?

Héctor casi sonrió. Así que de eso se trataba ahora: coartadas compartidas. No esperó a que Caballero contestara y se dirigió, en tono sarcástico, a César Calvo.

—Y supongo que usted estuvo con su prometida, ¿verdad? Todo muy oportuno.

—Pues aunque le parezca mentira, así es.

—Yo estaba en la cama —intervino Sílvia—. Ya le he dicho que no me encontraba bien. No sé a qué hora se fue César de casa, pero mi hija podrá decírselo. Y ahórrese el sarcasmo, inspector. Estamos haciendo todo lo posible por colaborar.

Héctor la odió en ese momento, respiró hondo y mantuvo la calma. Lo único que había sacado en claro de toda la conversación con Saúl Duque había sido ese encuentro fugaz de Amanda con alguien en el bosque. Mejor no mencionarlo, pensó. Aún no. Guárdate esa carta hasta que sepas dónde colocarla, Salgado.

—Si quiere hablar con Octavi Pujades, mi asistente le dará su número. Ya sabe que el señor Pujades se ha tomado un período de excedencia, por la enfermedad de su esposa.

Héctor sonrió. Al menos ahí sí podía apuntarse un tanto.

—Cuando habla de su asistente, ¿se refiere a Saúl Duque?

—Sí.

—Creí que no le gustaba el término. —Dejó la sonrisa y puso cara de preocupación—. Me temo que el señor Duque no vendrá a trabajar en unos días. Está muy conmovido, francamente afectado, después de haber encontrado a su compañera sentimental muerta en la cama.

El techo de la sala podría haberse caído y nadie habría lanzado ni un grito. La cara de todos los allí reunidos expresó una mezcla de asombro y temor que deleitó a Héctor. Será que el sadismo se contagia, se dijo para sus adentros.

—¿Acaso no sabían que Saúl y Amanda mantenían una relación? —No quería dar más detalles, no era necesario—. Vaya, la vida está llena de sorpresas para todos, ¿no creen? Sorpresas y secretos. Pero es cuestión de tiempo: poco a poco la verdad va saliendo a la superficie... En eso consiste mi trabajo. En sacar la verdad a la luz, exponerla para que la vean todos. Y les aseguro que disfruto mucho haciéndolo.

Los cuarenta minutos eran ya sesenta y pesaban como si fueran doscientos. Héctor era incapaz de pensar más, su cerebro empezaba a reducir la marcha buscando la desconexión. Y entonces, cuando el sueño estaba a punto de mandar la conciencia al carajo, las puertas comenzaron a vomitar gente. Viajeros ojerosos y apresurados, mirando el reloj, con ganas de terminar un día que se había alargado más de lo previsto.

Allí estaba. La vio caminar hacia él y sonrió aunque le costaba mantener los ojos abiertos.

Lola.

Siete años y muchos minutos después.

Sin lugar a dudas, la mejor receta para los insomnes no eran las pastillas que le había recomendado el terapeuta, sino saltarse una noche, agotar al cuerpo hasta que este caía rendido y se apagaba como un móvil sin batería. Aunque Héctor no había dormido ni seis horas, despertó con una sensación de descanso que hacía tiempo que no sentía. Lo bastante despejado para enfrentarse al caso que tenía entre manos: aquel misterio de suicidas y perros ahorcados.

Así que ese martes por la mañana, mientras desayunaba con Guillermo — una de esas horas en que el silencio de su hijo era una bendición—, Héctor contemplaba con satisfacción una de las páginas del periódico que había bajado a comprar antes incluso de llenar la cafetera. Ahí estaba, el artículo pactado con Lola por teléfono y que ella había escrito con los escuetos datos que él le había enviado por correo electrónico la tarde anterior. Héctor sonrió ante el titular: «Jóvenes, libres y... muertos. Extraña oleada de suicidios entre los trabajadores de una misma empresa». Lola se había curado en salud: no había citado Laboratorios Alemany en ningún momento, pero el eslogan era inconfundible. Las fotos de Gaspar, Sara y Amanda completaban un texto que sugería más que explicaba.

Aquel había sido el trato, o quizá, siendo sincero consigo mismo, el anzuelo lanzado para atraerla a la ciudad: él le pasaba información sobre un caso que tenía visos de convertirse en una noticia de alcance; ella escribía los artículos para un periódico de tirada nacional. Y entre ambos, pensaba Héctor, ponemos a Laboratorios Alemany en el ojo del huracán, a ver si la corriente

de aire les aclara las ideas y se vuelven más locuaces. Estaba seguro de que los conceptos de su nueva campaña no armonizarían demasiado junto a un texto que hablaba de tres empleados muertos.

Debió de sonreír al pensarlo, porque su hijo le miró con curiosidad. No era un ejemplo muy edificante para un adolescente, así que, para no dar explicaciones, optó por decir:

—Guille, estos días voy a andar un poco loco con un caso. Ya viste lo que pasó el domingo, me llamaron a medianoche y no regresé hasta anoche muy tarde. —La pregunta le salió de repente—: Tú estás bien, ¿verdad? Es que... ya sé que no es lo mismo vivir aquí que con mamá...

Su hijo se encogió de hombros.

—No sé qué quiere decir eso. —Héctor se sirvió un segundo café y sintió la tentación de dejar la charla ahí, sin embargo, algo se lo impidió—. Sí, sí lo sé. Supongo que esto no es lo ideal para un chico de tu edad y sé que debería prestarte más atención, aunque, sinceramente, tú tampoco ayudas mucho. No, no es un reproche, no del todo. Solo es que los dos nos parecemos y eso complica las cosas. Antes...

—Antes estaba mamá. Pero ya no está.

—Exacto. Ya no está. Pero yo sí estoy..., aunque poco y quizá mal. Estoy y puedes contar conmigo. Siempre.

Era una de esas frases que dicha en voz alta parecía sacada de una película familiar estadounidense, una de esas en las que padres e hijos se decían a todas horas lo mucho que se querían, pero a Héctor no se le ocurrió otra mejor. Quizá porque algunos tuvimos que aprender a ser padres en el cine, pensó con cierta amargura.

Guillermo asintió y se echó unos cuantos cereales más en el bol de leche. Héctor dio un sorbo al café. Las cucharillas chocaban contra la loza. El grifo de la cocina goteaba. Si tuviéramos un reloj de pared las manecillas sonarían como putos tiros, pensó Salgado.

Héctor carraspeó y se levantó a buscar un cigarrillo. Su hijo puso el tazón en la pila y después fue a por la mochila. Antes de irse asomó la cabeza de nuevo en la cocina.

—Papá —le dijo, mirando al suelo.

—¿Qué?

—Solo quería que supieras que yo también estoy. Y que puedes contar conmigo. —Sonrió—. Casi siempre. A correr vas tú solo.

Héctor sonrió y le lanzó un trapo de cocina que Guillermo devolvió con más fuerza aún.

—Vete ya o llegarás tarde. ¡Guille! —le gritó cuando ya se iba—. Si estos días no estoy a la hora de cenar, pasa por casa de Carmen, ¿de acuerdo? Luego hablaré con ella. No quiero que cenes un bocadillo todos los días.

—Vale. Así veo a Charly.

Lo había olvidado. Por eso no la habían visto en todo el fin de semana: tenía al hijo pródigo en casa. Héctor fue a decir algo más, pero Guillermo ya se había ido. Se tomó ese segundo café con el segundo cigarrillo sin poder quitarse de la cabeza una sensación molesta que no sabía muy bien a qué atribuir, aunque poco después la imagen de Lola, y el breve trayecto hasta su hotel, se empeñaron en abrirse paso y emborronarle la conciencia.

Mientras conducía, Héctor había comprendido que los años les habían robado algo que siempre había sido importante para ellos: la complicidad. Era cierto también que ambos estaban cansados, amén de levemente inseguros sobre cómo tratarse. De camino al hotel, intercambiaron vaguedades sobre vuelos y retrasos, pero por fin, cuando llegaron a su destino, él le preguntó: «¿Cómo te va la vida?». Lola le miró, sonrió con aquel gesto tan suyo y le dijo: «Para resumirte siete años necesitaría algo más de siete minutos, Héctor. Estoy muy cansada. Ya hablaremos».

Las oficinas del CFEC, Centro de Formación Empresarial Continuada, se encontraban en la avenida Diagonal, no muy lejos de la plaza Francesc Macià, y tenían un aire aún más estadounidense que las conversaciones familiares en la cocina. En un día claro de verano debía de apreciarse una vista fantástica desde sus ventanas, pero aquel martes de mediados de enero las gotas de lluvia sucia empañaban los cristales y desdibujaban el fondo. Después de conseguir la información gracias a Saúl Duque, Héctor había llamado el día anterior, a media tarde, para concertar una cita con los formadores que se habían encargado del grupo de Laboratorios Alemany. Y ahora los tenía delante: un tipo ya entrado en años, en kilos y en canas que respondía al

nombre de señor Ricart, y otro más joven pero totalmente calvo. Cuando le habían dado cita, el artículo no había aparecido aún, no obstante, ambos parecían estar al tanto de la situación. Y con toda probabilidad Sílvia Alemany les habrá llamado esta mañana, pensó Héctor. Para prevenirlos.

—Por teléfono no entendí muy bien en qué podíamos ayudarle, inspector —empezó el de menor edad. El otro, sin duda su jefe, miraba y callaba.

—Si le soy sincero, tampoco yo lo sé —admitió Salgado—. Según mis datos, ustedes se encargan desde hace tiempo de las jornadas de formación de Laboratorios Alemany. En marzo del año pasado organizaron un fin de semana para un grupo de ocho personas. Sílvia Alemany, César Calvo, Brais Arjona, Octavi Pujades, Manel Caballero, Gaspar Ródenas, Sara Mahler y Amanda Bonet. Como ustedes ya sabrán —esperó a que asintieran, pero ninguno lo hizo —, tres de esas personas han muerto en los últimos meses en circunstancias digamos... extrañas. Es demasiada coincidencia, ¿no creen? Así que les agradeceré que me proporcionen toda la información que tengan sobre esos días.

Sus dos interlocutores intercambiaron una mirada rápida y, por primera vez, el mayor de los dos tomó la palabra.

—Creo que no hay inconveniente, inspector. Aunque francamente no creo que haya mucho que comentar.

Se puso las gafas de leer y revisó unos papeles que tenía en la mesa.

—Sí, ya recuerdo. —Se las quitó y siguió hablando—. Fue un grupo interesante desde nuestro punto de vista, inspector.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Se calló un momento, inseguro de cómo enfocar el tema—. ¿Sabe algo de teoría de grupos?

—Algo, aunque estoy seguro de que usted puede ampliar mis conocimientos con un esclarecedor resumen —dijo Salgado, sonriendo.

—Lo intentaré, inspector. Joan —dijo el señor Ricart, dirigiéndose a su ayudante—, creo que no hace falta que estemos los dos aquí. Si el inspector Salgado quiere hablar contigo, puede hacerlo luego.

El tal Joan pareció sorprendido, pero captó la indirecta más directa que Salgado había oído en tiempo y se marchó.

—Así estamos más tranquilos. Hablar delante de mis empleados me obliga

a respetar una corrección política muy aburrida. —Sonrió—. Inspector, antes que nada debo decirle que no creo que lo que voy a contarle le aporte información relevante...

—Deje que sea yo quien lo juzgue.

—Al menos intentaré ser claro. A ver, le he dicho antes que era un grupo interesante desde nuestro punto de vista, y le explicaré el porqué: en un grupo de ocho suele identificarse un líder, dos a lo sumo. Sin embargo, en este contabilizamos tres y eso no es habitual.

»Estaba, por supuesto, el líder oficial, Sílvia Alemany, y lo que nosotros llamamos el líder por experiencia, Octavi Pujades. Pero enseguida surgió otro, muy fuerte, que relegó a los dos primeros a un segundo plano.

—¿Brais Arjona? —aventuró Héctor.

—Diez puntos, inspector. Sí: el líder natural, el que se impone por capacidad, no por cargo, por edad o por experiencia. El señor Arjona cumplía todos los requisitos para ese puesto: joven, fuerte, inteligente. Muy implicado y resolutivo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que inspiraba confianza a la hora de trabajar, aunque no intentaba ganarse a los otros socialmente.

—¿Los otros?

—Amanda, Gaspar, César... Meros seguidores, de uno o de otro. Sí noté cierta tensión entre el líder natural, Brais Arjona, y otro de los seguidores incondicionales de Sílvia Alemany: César Calvo.

Héctor asintió, interesado.

—¿Se produjo alguna discusión?

—No, no en el sentido que usted está pensando. Simples desacuerdos entre ellos a la hora de afrontar tareas en común. Piense que cuando hablo de tensión me refiero a momentos concretos, puntuales: tendencia a competir, a alinearse en equipos distintos, a plantear enfoques opuestos para resolver una cuestión. Eso en los dos primeros días. El tercero, el domingo, la situación había cambiado.

—¿En qué sentido?

El señor Ricart sonrió.

—Veo que aprecia lo que le cuento. Normalmente la gente suele escuchar

nuestras exposiciones con escepticismo, pero le diré que la teoría de grupos es una materia fascinante... La mayoría de las veces nuestras jornadas siguen un patrón muy parecido: se diseñan pruebas, tareas... Llámelo como quiera. No obstante, en alguna ocasión un elemento externo, a ellos y a nosotros, altera la dinámica del grupo mucho más de lo que pensábamos.

—¿Y en este caso se produjo ese elemento? —Héctor intuía la respuesta, pero no quiso anticiparse.

—¡Sí! —El semblante del formador demostraba una satisfacción similar a la de un hincha de un equipo de fútbol que ha ganado la liga—. Durante una de nuestras pruebas el grupo se topó con un elemento externo... perturbador.

—¿Los perros ahorcados? —apuntó Héctor.

—Bravo. Sí. Fue una experiencia desagradable, por supuesto, y lo bastante chocante para que el grupo realizara una actividad por su cuenta, según supe luego. Los encontraron a media mañana del sábado y, aunque regresaron a la casa a terminar la prueba prevista, después decidieron ir a enterrarlos. Ahí ya no estábamos ni Joan ni yo; por norma, se les deja libre el sábado por la tarde para que interactúen sin intermediarios: eso también forma parte del programa. Así que el grupo se reunió, votó y actuó como un todo. Un gran logro si tenemos en cuenta que solo un día antes no se ponían de acuerdo en el reparto de habitaciones.

—¿Discutieron por eso?

—Siempre hay desacuerdos, inspector. En ese caso, lo recuerdo bien, uno de los miembros se sentía incómodo por tener que compartir habitación. Espere... —Ojeó sus notas—. Sí, Manel Caballero. Preguntó si era posible dormir solo, lo cual tiene poco sentido en unas jornadas de grupo. De todos modos, y aunque las observaciones proceden solo de un fin de semana, le diré que Manel era el clásico participante distorsionador: no protestaba nunca abiertamente, pero aprovechaba cualquier circunstancia para poner en entredicho la tarea de todo el grupo. Un joven de lo más antipático, hablando claro; un elemento incómodo, nada proclive a cooperar. De los que se sienten víctimas del mundo entero.

—¿Y con quién acabó durmiendo?

—Eso no lo recuerdo —respondió—. Aunque lo más probable es que compartiera habitación con los dos más jóvenes. La casa es grande y había

habitaciones vacías, pero, como le he dicho antes, demuestra un escaso espíritu de cooperación pedir un cuarto individual. Son unas jornadas de trabajo en equipo, no un fin de semana de vacaciones.

Héctor iba procesando la información con la sensación constante de que en ese rompecabezas que tenía delante faltaba una pieza esencial.

—Ya le he dicho que no creía que esto le sirviera de mucho —apuntó el hombre, sagaz lector de expresiones ajenas.

—En una investigación todo resulta útil —repuso Héctor.

—Usted es el experto en eso, no yo. Yo solo puedo decirle que el grupo se marchó mucho más cohesionado de lo que llegó. Conste que eso no tiene por qué mantenerse luego en su trabajo.

—¿No?

—En absoluto. Aunque puede ser que quede algo, por supuesto. En algunos grupos se genera una energía positiva, de logro común, sin embargo, no es una sensación permanente. Cuando los conflictos la ponen a prueba, se resiente.

—Y en ese caso, ¿para qué sirven? Las jornadas, quiero decir.

—Negaré haberlo dicho, inspector —dijo el hombre—. Sirven para poco y para mucho. Se lo explicaré muy rápido: los empresarios han aprendido que el conflicto es costoso, a muchos niveles. Y que una manera de evitarlo es haciendo que sus empleados se sientan bien tratados, cómodos, apreciados. Antes las categorías estaban claras y los miembros de las diferentes clases luchaban entre sí. Ahora flota una especie de armonía entre todos, una armonía que a unos les interesa y a otros les hace felices. Una armonía que solo dura mientras hay beneficios... Ya lo estamos viendo.

Héctor empezaba a perderse y no quería olvidar el objetivo de su visita.

—Una cosa más, ¿recuerda si Amanda Bonet se quejó de haber visto a alguien la noche del viernes? A alguien merodeando por la casa, quiero decir.

—No... Al menos no me acuerdo de que comentara nada parecido, aunque tampoco es raro. La casa está un poco aislada y la gente de ciudad tiende a sentir cierto temor, sobre todo por la noche.

—¿Dónde está exactamente?

El hombre sacó una fotografía del cajón. Se trataba, como Duque le había dicho, de la típica masía ampurdanesa.

—Pertenece al término municipal de Garrigàs, pero está apartada del

pueblo.

—¿Y los formadores van y vienen todos los días?

—No, sería agotador. Está a unos diez kilómetros de Figueres, y nos alojamos allí los fines de semana que tenemos que trabajar en la casa.

—Ya. ¿Y alguien se ocupa del mantenimiento, de la comida...?

—Sí y no. Los participantes se hacen cargo de la casa durante el tiempo que están en ella: es decir, cocinan o salen a comer fuera excepto cuando la actividad requiere un catering. Sí tenemos contratada a una pareja que vive relativamente cerca, a un kilómetro y medio, para las tareas de limpieza y mantenimiento una vez ha quedado vacía.

Héctor asintió. No tenía mucho más que preguntar, pero no pudo evitar la tentación de formular una última cuestión.

—¿Advirtió algo especial en los miembros de ese grupo? Nada que tuviera que jurar ante un tribunal, solo alguna impresión subjetiva. No saldrá de aquí —aseguró.

—No. Le digo la verdad, llevo pensando en ello desde que usted llamó ayer, y por supuesto más aún desde que he visto la noticia en el periódico. —Meneó la cabeza, con un atisbo de pesar—. El último día, el domingo, estaban cansados, pero eso suele ser lo normal. Interactuaban mucho mejor, ya se lo he dicho, aunque tampoco es extraño. A veces sucede lo contrario, se van más enfrentados. Los grupos son imprevisibles, inspector. Principalmente porque están compuestos de personas, o sea, individuos. Individuos distintos que se ven obligados a colaborar. No se habrían escogido como amigos, ni les unen lazos familiares; tan solo comparten un espacio, responsabilidades, objetivos.

—Como en un trabajo.

—Exacto. Me va a permitir una comparación con el mundo animal. ¿Sabe cuál es la virtud más apreciada por los cazadores en una jauría de perros?

—¿El olfato? —aventuró Héctor.

—Más que el olfato. —Hizo una pausa algo teatral, antes de anunciar en tono didáctico—: La cohesión. Mientras dure la cacería, los perros deben ser capaces de trabajar juntos para conseguir un objetivo común. Sin embargo...

—¿Qué?

—Cuando acaba la cacería, deles algo de comer y verá cómo pelean entre sí por el mejor trozo.

Aunque en esta ocasión iba acompañado, el camino hasta la casa de Octavi Pujades no se le hacía ni un segundo más corto. Con la vista fija en las curvas de la carretera, mojadas por la lluvia de la mañana, César conducía en silencio, sin dirigirle la palabra a su compañero de viaje. Brais, por su parte, tampoco parecía tener muchas ganas de hablar. En el coche flotaba un ambiente de duda, preguntas suspendidas en un espacio reducido comiéndose el oxígeno. Brais debió de notarlo porque, instintivamente, abrió un poco la ventanilla.

—¿Te molesta?

César negó sin palabras. Había acelerado y tuvo que dar un frenazo brusco antes de tomar la siguiente curva.

—Perdona —le dijo a Brais, en un tono que expresaba poca disculpa.

Su acompañante se encogió de hombros.

—No estaría mal que tuviéramos un accidente —repuso—. Alguien podría calificarlo de justicia poética.

En opinión de César, un comentario de ese calibre no merecía respuesta.

—¿No lo crees así? —insistió Brais—. ¿No crees que sería una buena forma de acabar con todo esto?

—Joder, Brais. —No estaba de humor para disquisiciones filosóficas sobre la vida, la muerte o la justicia—. No me vengas con estas historias, ¿vale?

Arjona sonrió.

—Me gustaría saber si te caigo tan mal porque soy gay o simplemente

porque te gané en la carrera de canoas.

César soltó un bufido.

—Me caes mal porque haces ese tipo de comentarios.

—Ahí te doy la razón.

Brais se rio, y la carcajada, aunque breve y un punto amarga, disipó en cierta medida la tensión.

—En serio, César, ¿tú nunca tienes remordimientos? Por lo que hicimos. Es pura curiosidad y aquí no nos oye nadie.

—¿Qué más da? ¿De qué sirve arrepentirse del pasado? —Sacudió la cabeza—. He aprendido que es mejor tragarse los remordimientos. O escupirlos. Cualquiera cosa excepto dejarlos vivir.

—A lo hecho, pecho, ¿no?

—Algo así. —Ya llegaban, y César no quiso desaprovechar la ocasión de hacerle la misma pregunta—. ¿Y tú?

Brais tardó un poco más en contestar. Y cuando lo hizo, no fue exactamente lo que el otro esperaba.

—Tengo miedo de que se entere David. Tengo miedo de perderlo si llega a saberlo. —Miró a César con una franqueza que habría derribado cualquier barrera—. Tú al menos tienes a alguien con quien hablar de ello. Los demás no, o al menos yo no puedo. Y no sé si tengo más remordimientos por lo que hicimos o por estar ocultándoselo a él. —Esbozó una sonrisa irónica—. Y al mismo tiempo sé que no tengo más remedio que seguir mintiéndole porque le conozco bien y estoy seguro de que decirle la verdad significaría la ruptura definitiva, y eso es algo que no podría soportar. Ya no.

La casa apareció tras la cuesta. En esta ocasión, César la había encontrado sin problemas. Aparcó el coche y, por primera vez en todo el trayecto, se dirigió a Brais con semblante preocupado y voz sincera.

—No sé muy bien qué hacemos aquí...

—Sílvia insistió en que viniéramos.

—Ya.

Así había sido, y lo que César no lograba explicarse era el cambio de opinión de Sílvia respecto a Octavi Pujades. Unos días antes había reaccionado como una fiera cuando Amanda insinuó que sospechaba de él. Era cierto que ignoraban dónde había estado Octavi el domingo por la tarde. Sin

embargo, pensó César, igual que él había mentido sobre la hora en que se fue de casa de Sílvia, porque a media tarde no aguantaba más y tuvo que salir de allí, Brais podía haber falseado su coartada.

—Por cierto, ¿para qué quedaste con Manel?

—¿Quieres saber la verdad? —Brais bajó la voz—. Fui a verlo por lo mismo que estamos ahora aquí. Para saber si nos había traicionado, si era él quien estaba mandando esa maldita foto. —Prosiguió sin que el otro insistiera —: Y, si así era, para asegurarme de que dejara de hacerlo.

Se bajaron del coche en silencio, y César se encaminó hacia la casa, veloz, acusando el frío, cuando Brais Arjona añadió:

—Antes te hablaba de remordimientos. ¿Sabes lo que he descubierto? Que son limitados y van perdiendo fuerza. Y algo más: si se enfrentan contra el miedo, es mejor que pierdan. Eso se llama supervivencia.

Por la cabeza de Sílvia rondaban ideas parecidas, miedo y supervivencia, mientras contemplaba la página del periódico donde, a grandes rasgos, se destrozaba la imagen de la empresa. El artículo no daba nombres, pero el titular «Jóvenes, libres y... muertos» era de por sí un dardo envenenado dirigido al corazón de Laboratorios Alemany.

Se había pasado la mañana respondiendo algunos correos e ignorando otros, en un intento de minimizar los efectos de la catástrofe. Una empresa que provocaba, aunque fuera indirectamente, el suicidio de sus empleados —de tres de ellos en solo cuatro meses para ser exactos—, pasaba a ser una especie de activo tóxico. Si además el nombre de dicha empresa iba unido a conceptos como belleza, bienestar y salud, la ironía alcanzaba proporciones surrealistas.

A las cinco de la tarde, poco antes de que César y Arjona hubieran salido hacia la casa de Octavi, Sílvia decidió cerrar el correo, apagar el ordenador y concentrarse. Algo que, al parecer, iba a ser imposible porque, apenas diez minutos después, su hermano entró en el despacho, de forma muy distinta a como había hecho por la mañana, cuando había irrumpido blandiendo ese mismo periódico como si ella, y todo el personal de la empresa, fueran un hatajo de cachorros desobedientes y él un dueño justamente furioso.

—¿Cómo va? —le preguntó él.

—Supongo que podría ser peor... Al menos nadie habla del producto en sí, solo de la empresa en abstracto.

Él asintió.

—Sí. La gente pide nuestras cremas por su nombre, no por el del laboratorio.

—¿Eso les has dicho a tus compradores? —No pudo evitar ser sarcástica. Víctor suspiró.

—Algo así. Sílvia..., esto tiene que acabar cuanto antes.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que ofrezca un bonus a los que prometan no tirarse por el balcón de su casa?

Él se sentó frente a la mesa.

—No desvíes el tema, Sílvia. ¿Hay algo que yo deba saber sobre ese fin de semana?

—¿Que tú debas saber...? —Meneó la cabeza, quizá por cansancio, quizá ya de puro desdén—. Lo único que hay que saber, y que deberías tener claro sin necesidad de preguntármelo, es que yo nunca haría nada que pusiera nuestra empresa en peligro. Nunca. Eres tú quien parece no sentir por ella el menor aprecio y está dispuesto a venderla al mejor postor.

—Eres igual que papá —repuso él, y en su tono se percibió el peso que dejan las verdades tristes—. La empresa es una cosa, Sílvia. Tú puedes quererla, pero nunca te va a devolver ese cariño. Conformarse con eso es patético.

—Ya. Estoy segura de que Paula te devuelve el cariño con creces.

—Deja a Paula fuera de esto, no tiene nada que ver.

—¿Ah, no? —Sílvia iba a hacer un comentario desagradable, sin embargo, se mordió la lengua—. Te diré una cosa, Víctor: la empresa no es una cosa. Es algo vivo, con gente, proyectos, ilusiones, ideas... y claro que te devuelve lo que inviertes en ella. Mucho más que las personas.

Víctor la miró como si quisiera entenderla, como si por un instante pudiera introducirse en su cuerpo y en su mente, sentir y pensar lo que ella sentía. De niños era más o menos así: existía entre ambos un potente vínculo, algo que entonces parecía inquebrantable. En ese momento, la distancia que los separaba era tan grande que él no se veía con ánimos de recorrerla.

—No sé cuándo confundiste el trabajo con la vida... Esto es un negocio,

nada más. Se acercan tiempos muy complicados, los dos lo sabemos. Es mucho más sensato vender ahora a buen precio que resistir hasta que llegue el huracán. Y llegará, te lo aseguro.

—Llegará. Sí. Pero no pretendas engañarme, Víctor. No vas a vender por prudencia o por miedo al futuro; vas a hacerlo por aburrimiento, por un ataque de inmadurez tardío... Las ganas de hacer ahora lo que no tuviste cojones de hacer a los dieciocho. Te aseguro que la juventud no se contagia, Víctor. Por mucho que te acuestes con ella. Ni se contagia, ni se puede vivir dos veces.

La conversación había llegado al borde del precipicio, a ese lugar en que las posturas eran tan irreconciliables que seguir hablando solo provocaba heridas. Víctor lo sabía, y por eso se levantó y fue hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia su hermana.

—Al menos yo me he preocupado por ti, por que conserves tu puesto y tus atribuciones. Cuando tú te marchaste, lo hiciste sin mirar atrás. Sin pensar ni por un segundo cómo serían las cosas para mí...

Ella estuvo a punto de contestar, de aducir en su defensa que tenía solo diecisiete años, que él podía haber hecho lo mismo, que no era culpa suya que él hubiera optado por la obediencia y que lamentaba —sí, lo había lamentado siempre— haberle dejado en una casa hostil, a merced de un padre frío y exigente, pero, una vez más, el orgullo ganó la batalla.

—Bueno, y tú obtuviste tu premio, ¿no? Papá te lo dejó prácticamente todo.

—Exacto. Y por eso hoy soy yo el que decide, y no tú.

La puerta del despacho se cerró tras él y Sílvia se quedó sola, con el periódico abierto, y por un instante pensó que quizá ya nada merecía la pena. Si las palabras que se decían en voz alta se empeñaban en traicionar los verdaderos sentimientos, tal vez fuera mejor callar para siempre. Abandonar la partida. Dormir.

—Vaya, más visitas. —El tono de Octavi Pujades era inconfundiblemente mordaz—. La pobre Eugènia creerá que ya ha muerto con tanta gente deambulando por la casa.

No les invitó a pasar al salón, ni a sentarse, ni a una cerveza sin alcohol.

Fue él quien salió al porche a pesar del frío vespertino. Y fue también él quien tomó la palabra.

—Esta mañana ha estado aquí un tal agente Fort. Un joven muy amable, que me ha estado haciendo preguntas sobre Amanda. Por cierto, sabía lo ocurrido porque Víctor me llamó ayer por la tarde, pero me resulta curioso que ninguno de vosotros se molestara en contármelo.

Tanto César como Brais se sintieron de repente como colegiales reprendidos por un tutor severo. Un preceptor que no les daba opción de defenderse.

—No tiene importancia. Creía que os habíais olvidado de mí. Ya veo que no.

—Lo siento, Octavi —dijo César—. Estaba convencido de que Sílvia te lo habría explicado.

Octavi sonrió, y al hacerlo su semblante se volvió aún más afilado, más tenso, como si la piel de las mejillas fuera a rasgarse.

—César, César... Me temo que ya no soy santo de la devoción de Sílvia. Ahora que lo pienso, supongo que os envía ella. Ya no confía en mí, ¿verdad?

Brais dio un paso adelante; no avanzó en exceso, pero sí lo suficiente para rebasar esa distancia que separaba la charla de la amenaza.

—Basta ya de sarcasmos, Octavi. No he venido hasta aquí para perder el tiempo.

—¿Y a qué has venido? ¿A darme una paliza? ¿A matarme, tal vez?

Los dos estaban tan cerca, y la diferencia entre ambos contendientes era tan evidente, que César se interpuso entre ambos.

—Eh, basta. Octavi, nadie desconfía de ti...

—Díselo a esta especie de matón. Te gusta amedrentar a la gente, ¿eh, Brais? ¿Te hace sentir más hombre?

—¡Octavi, por favor!

La única luz del exterior de la casa, un farol de hierro forjado que colgaba de una esquina, iluminaba las tres caras. Tres rostros cubiertos por máscaras que iban del desconcierto a la ira contenida, del temor a la indiferencia.

Un par de perros aullaron a lo lejos, nerviosos, como si todas esas emociones llegaran hasta ellos a través del aire de la noche.

—Marchaos —ordenó Octavi por fin—. Decidle a Sílvia que puede estar

tranquila, que de momento no tengo ninguna intención de hablar con los mossos y contarles la verdad. De haber querido, habría aprovechado esta mañana para hacerlo. —Miró de nuevo a Brais, desafiante, y César dio un paso atrás al ver que había sacado una pistola pequeña del bolsillo del anorak —. Tranquilo, no voy a disparar. Es solo para que sepáis que estoy protegido.

Brais no se movió ni un milímetro. Le sostuvo la mirada hasta que, con un gesto brusco, le dobló la muñeca con fuerza. El arma cayó al suelo y César la apartó del grupo de una patada.

—No basta una pistola para protegerse, Octavi. Hay que tener también cojones para usarla —le advirtió Brais.

Los perros dejaron de ladrar.

Héctor salía de uno de los lavabos de comisaría justo al mismo tiempo que el inspector Bellver entraba en ellos. El azar entrecruza nuestros caminos como en un mal wéstern, pensó Salgado, aunque en ese caso ya haría mucho que nos habríamos batido en duelo, a pleno sol y en la plaza del pueblo. Pero Barcelona no era el salvaje Oeste y los duelos se dirimían a puerta cerrada, con armas más sofisticadas. De todos modos, pensó Héctor, una parte de esa filosofía sigue vigente: a los tipos como Bellver, es mejor no darles nunca la espalda.

Iba hacia su mesa cuando se cruzó con otra persona, mucho más agradable.
—Martina...

No había visto a la subinspectora Andreu desde la semana anterior. Esperaba poder hablar con ella el lunes, pero con la muerte de Amanda Bonet todos sus planes se habían ido al traste.

Ella esbozó una sonrisa a modo de saludo y enseguida cambió de expresión. Su semblante se puso serio.

—Ven conmigo. Tenemos que aclarar este lío.

Héctor no tuvo tiempo de preguntarle cómo se había enterado de todo, aunque tampoco era difícil de deducir: en algún momento del lunes por la tarde o de la mañana de ese mismo martes, alguien, probablemente Fort, se lo habría dicho. En cualquier caso, sin saber muy bien qué pretendía, Héctor la siguió.

Martina Andreu llamó con decisión a la puerta del despacho del comisario y, sin esperar respuesta, la abrió y entró, escoltada por Héctor.

—Andreu... ¿Ya estás por aquí? —Savall nunca se había molestado en disimular sus simpatías hacia la subinspectora Andreu—. ¿Todo bien con Calderón y su gente?

Ella resopló, como si Calderón, su gente y toda la mafia rusa le importaran poco en ese momento.

—Todo bien por ahora. —Martina Andreu adoptó un tono formal, distinto al que solían usar los tres a puerta cerrada después de tantos años de trabajar juntos—. Comisario, quiero decirle, ahora y delante del inspector Salgado, que saqué el expediente de Ruth Valldaura de los archivos de Bellver por mi cuenta. Sin que Héctor, ni nadie, lo supiera.

Savall la miró fijamente. Si dudaba o no de su palabra, nadie habría sabido decirlo, pero la vehemencia de la subinspectora no admitía réplica.

—¿Y puede saberse por qué hiciste eso?

Martina vaciló durante un instante, tiempo suficiente para que tanto Salgado como Savall intuyeran que lo que diría a continuación no sería exactamente la verdad y nada más que la verdad. Ella se dio cuenta y, antes de soltar la excusa que había pensado a medias, se limitó a decir:

—No.

En boca de cualquier otro de sus subordinados, esa negativa habría desatado todas las furias del comisario, que eran muchas. Dicha por Martina Andreu, más bien le dejó sin palabras.

—Me disculparé ante Bellver si lo cree necesario.

Savall hizo un gesto de indiferencia con la mano, como si unir las palabras «disculpa» y «Bellver» en la misma frase fuera un absurdo.

—Déjalo. Todavía acabarían peor las cosas. Ya hablaré yo con él. —Entonces se volvió hacia Héctor, que había observado la escena en silencio—. De todos modos, será mejor que no tengáis demasiado contacto con Bellver y su gente en unos días. Evitad los posibles roces, ¿de acuerdo?

Hablaba en plural, pero sin duda se dirigía a Salgado.

—Eso no depende solo de uno, comisario.

—Lo sé. —Savall suspiró—. Bien, dejémoslo aquí por ahora. Héctor, ¿cómo va el caso de los laboratorios?

—Si vais a hablar de eso, os dejo solos —repuso la subinspectora.

—Dile a Fort que venga, por favor —ordenó Salgado—. Fue esta mañana

a interrogar a Pujades y aún no he podido hablar con él, aunque estoy casi seguro de que no debió de sacarle nada.

—Os lo envió enseguida. Pero tratadlo bien, ¿eh? No lo acojonéis en mi ausencia o me vengaré.

Sonreía, y la camaradería que siempre había reinado entre ellos tiempo atrás regresó fugazmente.

—Luego hablamos, Andreu —dijo Savall—. Tienes que contarme cómo te ha ido por allí.

Un buen rato más tarde, Savall y Salgado seguían discutiendo el caso de los suicidas ante la atenta mirada del agente Fort, demasiado tímido para intervenir a menos que se le formulara una pregunta directa.

—Veamos —dijo el comisario en un intento de recapitular—, a día de hoy, y si esos muertos no compartieran un mismo lugar de trabajo, tendríamos tres casos de suicidio, o incluso uno, y me estoy refiriendo a Amanda Bonet, que podría calificarse de muerte accidental.

Salgado negó con la cabeza.

—Tomó muchos somníferos, comisario. Y, según su amante, no era la primera vez que se divertían con esos «juegos», como él los llama.

—De acuerdo, pues entonces tres suicidios.

—Tres suicidios aunque cinco víctimas —apuntó Salgado—. La esposa de Ródenas y su hija, no las olvide.

—¿Cómo olvidar eso? —Savall se calló unos instantes con el fin de ordenar sus ideas—. Empecemos por el principio. Gaspar Ródenas. Recién ascendido, preocupado por ese mismo ascenso, aunque sin otros problemas conocidos.

—Cierto. Su caso se incluyó en los delitos de violencia machista, pero jamás hubo denuncias por parte de su mujer ni la menor insinuación de malos tratos en el entorno familiar.

—Sin embargo, Ródenas compró una pistola, ¿no es así?

—Lo hizo. Pero esa arma podía ser para matar a su familia y luego suicidarse o... para protegerse y proteger a los suyos —señaló Héctor.

Savall asintió.

—Es una posibilidad. No obstante, en ese caso estaríamos delante de un asesino despiadado. Un asesino que no dudó en matar a una niña de meses para que la escena del crimen remitiera a un caso de violencia doméstica llevada al extremo. ¿De verdad crees que entre los sospechosos tienes a alguien así?

Rememoró las caras de los empleados de Laboratorios Alemany: Sílvia, César Calvo, Brais Arjona, Manel Caballero...

—No lo sé. Honestamente, no sabría decirlo —concluyó Salgado—. ¿Qué te pareció Octavi Pujades, Fort? Ya sé que su declaración se limitó a confirmar la versión de los otros, pero a nivel personal, ¿qué impresión te causó?

Fort se sonrojó un poco y pensó bien la respuesta antes de hablar.

—Diría que está mucho más afectado por la situación que tiene en casa de lo que él mismo piensa. —Se estremeció—. Prácticamente solo, cuidando a su esposa en sus últimos días... Me pareció que estaba sometido a un enorme estrés, aunque no puedo afirmar nada más con seguridad.

—Bien —intervino Savall—, dejemos el caso de Ródenas por un momento. Sara Mahler se arrojó a las vías del metro la noche de Reyes.

Héctor hizo un gesto de contrariedad.

—Seguimos sin saber de dónde venía o adónde iba a esas horas. No solía salir de noche.

Fort se sintió obligado a añadir:

—Hemos rastreado los movimientos de su cuenta. Sara Mahler sacó dinero de un cajero a las 21.35, pero lo hizo sola, cerca de su casa. Las imágenes del cajero así lo demuestran.

Pobre Sara, pensó Salgado. Sus últimas horas habían quedado grabadas en distintas cámaras: las del banco, las de la estación de metro...

—La muerte de Sara Mahler se produjo cuatro meses después de la de Ródenas y su familia —apuntó Héctor—. Así que, si Ródenas fue asesinado, quien lo hizo se sintió seguro hasta entonces.

—Cierto. En cambio, Amanda Bonet...

—Murió pocos días después de Sara Mahler.

El semblante del comisario Savall expresaba ya una mezcla de irritación y cansancio.

—¿Y los demás no dicen nada?

—Eso es lo peor de todo. Parecen afectados —dijo Héctor, pensando al mismo tiempo que hablaba—, asustados incluso. Sea lo que sea lo que esconden, el miedo a que se descubra es mayor del que sienten por las muertes de sus compañeros.

—¿Y estás seguro de que esconden algo? —preguntó el comisario.

—Sí. —La respuesta de Salgado fue tajante—. Es una intuición: algo pasó ese fin de semana, algo suficientemente grave para que lo oculten, para que callen... Y para que algunos estén muriendo por ello.

—Una cosa más en relación con Amanda Bonet —dijo Savall—. ¿Alguien sabía que podía encontrar una llave debajo del felpudo de la puerta? Alguien aparte de su amante, ese tal Saúl...

—Saúl Duque. Según él, Amanda sospechaba que Sara Mahler sabía algo de su relación. Si eso es cierto, Sara pudo contárselo a alguien.

—¿A quién?

—A Víctor Alemany, por ejemplo. Era su secretaria, y por la empresa corre el rumor de que Sara era muy leal a su jefe.

—¿Eran amantes? —dijo Savall, sonriendo a medias.

—No lo creo —respondió Salgado con firmeza—. Además, Víctor no estuvo con ellos ese fin de semana...

—Cierto —intervino Fort, atreviéndose a hacerlo espontáneamente por primera vez—, pero si Sara se lo contaba todo, quizá le explicara también lo que fuera que sucedió en esa casa.

—Bien visto —dijo Héctor—. Aun así, seguimos en las mismas, y seguiremos hasta que averigüemos el origen de todo esto.

—Exacto. —Savall empezaba a dar señales de impaciencia, gestos que Héctor reconocía sin dificultad—. ¿Cuáles son tus planes, Héctor?

—Mañana iré a Garrigàs, a la casa donde se celebraron esas dichas jornadas, a ver si descubro algo. —Se volvió hacia Fort y añadió—: Por otro lado, descartada ya la posibilidad de identificar al responsable del mensaje, hay que seguir investigando lo que hizo Sara Mahler la noche de su muerte.

—Señor, me sigue pareciendo raro que en su móvil no hubiera ningún dato. Estaba con la configuración original, pero no se lo había comprado ese día.

—Ponte ya mismo con ambos asuntos. Hay demasiados cabos sueltos en la

muerte de Sara.

Roger Fort asintió, e intuyendo que esa orden implicaba abandonar el despacho salió rápidamente.

—Héctor —dijo Savall cuando se quedaron solos—, no estoy en desacuerdo con respecto a utilizar a la prensa en esta ocasión. Pero ten cuidado. Podría traernos problemas.

—Ya lo sé, aunque creo que esta vez no debemos preocuparnos.

—Bien, confío en ti. —Savall parecía dar por terminada la reunión, sin embargo, cuando el inspector se disponía a salir, añadió—: Me alegro de verte de nuevo en plena forma, Salgado.

Héctor, que ya estaba en la puerta, se detuvo. El comisario continuó, en un tono serio aunque teñido de algo parecido al afecto:

—Soy consciente de que te sentó muy mal que te alejara del caso de Ruth. Y créeme que lo siento, pero no había otra opción. No podía permitir que uno de mis mejores hombres se obcecara de esa forma. —Esperó a que Salgado replicara algo, y, al ver que no era así, prosiguió—: A veces hay que pasar página, por duro que resulte. Me costó mucho hacerlo. Sabes que te he apoyado siempre, incluso en los peores momentos, y que tanto mi mujer como yo os apreciábamos mucho... A ti y a Ruth.

Entonces, al oír su nombre, Héctor cayó en la cuenta de que hacía horas, días quizá, que no pensaba en ella. Sabía que era absurdo, pero no pudo evitar una sensación extraña: se había prometido no olvidarla. No supo qué respuesta dar al comisario, así que salió sin decir nada y se dirigió hacia la mesa de Fort. De espaldas a él y hablando con el agente distinguió una figura femenina que, de lejos, confundió con Lola. Luego la mujer se volvió y vio que no se trataba de ella. Era Mar Ródenas.

Mar se veía tan fuera de lugar en una comisaría, que Héctor decidió hablar con ella fuera de allí y la invitó a un café en un bar cercano. Además necesitaba fumar, y podría echar un pitillo de camino a la cafetería.

Una vez dentro, con dos cafés delante, el de ella descafeinado, Mar Ródenas sacó del bolso el periódico donde aparecía la noticia sobre su hermano. Debería haberlo previsto, pensó Héctor. A pesar de que en el artículo seguía hablándose de suicidios, la coincidencia de tres en pocos meses tenía que despertar inquietud en sus seres queridos, y el semblante de Mar Ródenas era un fiel reflejo de esa emoción.

—¿Qué significa esto, inspector? —preguntó ella, sin rodeos aunque con voz débil.

—Me gustaría poder decírtelo —repuso él—, pero en estos momentos sabemos poco más de lo que consta en el artículo.

—Pero... Pero el texto parece insinuar que...

Esperanza, pensó Héctor. Eso era lo que había en aquella mirada. Esperanza de que lo que hasta ese día había aceptado como un hecho fuera en realidad un espejismo. Esperanza de que su hermano no fuera finalmente un parricida, sino una víctima. Salgado no quería darle alas y, sin embargo, tampoco podía negarle la verdad.

—El caso se ha reabierto. Es lo único que puedo decirte.

Consideró que, para Mar, eso era suficiente. Al menos era una puerta abierta, un camino hacia una realidad distinta a aquella tan dolorosa con la que le había tocado convivir.

—¿Tiene usted hermanos, inspector?

—Sí. —No alargó la respuesta: estaba seguro de que un hermano mayor que escogía mirar hacia otro lado cuando tu padre te molía a palos no era el ejemplo que Mar pretendía poner.

—Gaspar me llevaba unos cuantos años. —Sonrió—. A veces era peor que mis padres: no me perdía de vista.

Héctor se dispuso a escucharla. Era evidente que aquella chica necesitaba hablar de su hermano, de aquel chico que la protegía en el colegio y la regañaba en casa; aquel muchacho que, en su cabeza, poco tenía que ver con el que había muerto de un disparo en aquella tragedia familiar. Mar siguió hablando durante un rato, cada vez más animada, como si por primera vez en meses pudiera solazarse con aquellos recuerdos, enturbiados por el triste final de Gaspar. Y, sin proponérselo, también Héctor acabó relatándole anécdotas de su infancia en Buenos Aires.

—Perdone —dijo Mar—. Seguro que tiene mejores cosas que hacer que intercambiar historias familiares.

—No pasa nada. —Miró el reloj—. Aunque ahora ya debería volver.

—Claro.

Ella protestó débilmente cuando él pagó los dos cafés, pero el inspector no cedió. Caminaron en la misma dirección, él hacia comisaría y ella hacia la estación de metro.

—Inspector —le dijo Mar—. Ya sé que mi opinión no es muy objetiva, pero créame cuando le digo que Gaspar era en esencia una buena persona. Hubiera sido incapaz de hacer algo tan horrible.

—Tratándose de personas, ninguna opinión puede ser objetiva —dijo él, con afecto—. Mar, permítame una pregunta. —Acababa de recordarlo; no era un detalle trascendente, sin embargo, aclararlo no estaba de más—. ¿Gaspar pertenecía a alguna liga para la defensa de los animales o algo parecido? Ya sabes, grupos ecologistas...

Mar pareció desconcertada.

—No que yo sepa. Aunque podría ser... ¿Me lo pregunta por algo en especial?

Salgado meneó la cabeza.

—Alguien nos lo comentó, pero no tiene importancia. No te preocupes.

Cuando regresó a su despacho, Fort se había marchado ya y tampoco vio en su mesa a Martina Andreu, así que Héctor pensó en llamar a Lola y proponerle que lo acompañara a la casa de Garrigàs al día siguiente. Aunque no era muy ortodoxo, estaba seguro de que a ella le apetecería, y él confiaba en su discreción. Tuvo que dejar la propuesta grabada en el buzón de voz, ya que Lola no atendió la llamada. Sin embargo, poco después recibió un mensaje de texto con un escueto: «Ok. Hasta mañana».

La brevedad de la respuesta tuvo la virtud de causarle una sensación momentánea de tristeza y permaneció unos segundos con la mirada fija en la pantalla del móvil, malhumorado consigo mismo y con ese poso de melancolía que parecía buscar cualquier motivo para desbordarse. No, se corrigió, no era un motivo cualquiera.

Iba a dejar el teléfono en la mesa, como quien destierra al mensajero que trae noticias indeseadas, cuando recordó que al día siguiente tenía su cita quincenal con el terapeuta. Levantó el destierro y buscó el número en la agenda para cancelar la visita aunque, de repente, se le ocurrió que quizá el chaval podría ayudarle, no a él, sino en el caso. Llamó, con la esperanza de que aún estuviera en la consulta y pudiera dedicarle unos minutos. Y en esta ocasión, injusta ley de la compensación, sí logró lo que buscaba.

No tenerlo delante se le hacía raro, lo cual era lógico: era la primera vez que hablaba con él por teléfono. Ignoraba si se realizaban terapias telefónicas o, aun mejor, por Skype, en ese siglo donde lo virtual ganaba puntos a una realidad cada vez menos tangible. Héctor, sin embargo, no estaba para prolegómenos, así que encauzó rápidamente la conversación.

—¿Quiere hablarme del suicidio, inspector?

—Sí, pero no del mío, no se asuste. No es un subterfugio para descargar mis deseos ocultos.

Al otro lado del teléfono se oyó una carcajada contenida.

—Nunca se me hubiera ocurrido que perteneciera usted al perfil de los suicidas, inspector.

—No, supongo que mi agresividad tiende a volcarse hacia fuera, no hacia dentro. Ahora en serio, ¿existe algo así como un perfil suicida?

—Llamarlo perfil sería demasiado. Hay rasgos de personalidad que,

combinados con las circunstancias adecuadas, pueden aumentar el riesgo de que una persona dé ese paso.

—Le seré franco. —Se arrepintió en cuanto lo dijo, ya que la expresión dejaba entrever que otras veces no lo había sido—. Estoy investigando tres posibles suicidios de personas que tienen en común el hecho de trabajar en la misma empresa.

Si el psicólogo había oído hablar del caso, no dio señales de ello.

—¿Y quiere preguntarme si existe la posibilidad de que sea el ambiente laboral el que provoca los suicidios?

No era exactamente lo que quería preguntarle, pero Héctor decidió dejarlo hablar. Ya matizaría luego lo que quisiera saber.

—Es un tema muy complejo, inspector. Y es difícil hablar de él sin citar teorías o explicar experimentos empleando términos ininteligibles para la mayoría de la gente.

—Inténtelo. Me he vuelto un experto después de seis meses de terapia.

Hubo unos instantes de silencio.

—Bueno, antes que nada deje que le diga que el suicidio se considera aquí un pecado, o un acto antinatural, aunque esa idea no es común en todo el mundo. En otras culturas es una salida digna: recuerde a los antiguos filósofos griegos o, más adelante, a los japoneses y sus haraquiris. Es la cristiandad la que cree que la vida no nos pertenece, sino que es de Dios, y que Él es el único capaz de darla o quitarla.

»Respondiendo a su pregunta, esa organización, sea empresa o grupo, que favorecería o provocaría indirectamente el suicidio tendría que enfrentarse a la resistencia individual de sus miembros, debida al instinto de supervivencia y a unas reglas socioculturales que condenan el suicidio. Se han dado casos de suicidios masivos en sectas donde el líder tenía una gran ascendencia sobre los miembros. Pero en una empresa moderna eso sería impensable: los trabajadores tienen vida social, familias...

—Sin embargo, se han dado casos...

—Sí, por supuesto. En contextos de mucho estrés, de condiciones cambiantes, de inseguridad laboral extrema, la ansiedad de los trabajadores crece. Los empleados suicidas sobre los que he leído expresaron claramente que la causa del acto que iban a cometer estaba en la empresa.

—¿Una especie de acusación póstuma?

—Exacto. Se lo voy a simplificar para no extenderme. Piense que el suicida comete ese acto ya sea porque cree honestamente que no desea vivir más o ya sea porque pretende que su muerte caiga sobre la conciencia de alguien. En el primer caso, es una decisión tomada en frío, razonable desde el punto de vista del sujeto: un enfermo terminal que no desea ser una carga para sus seres queridos. En el segundo, la intención es algo más perversa: imagine a un adolescente a quien ha abandonado su novia; él se mata y quiere que el mundo entero sepa que ella es la culpable, así que deja una nota acusándola de forma más o menos clara. ¿Me entiende?

—Claro. ¿Y si no hay nota? Ninguna.

—Eso resulta más extraño. La gente tiende a explicarse, a justificar lo que va a hacer... A exonerar de culpa a unos y acusar a otros. A menos que se trate de un momento de desesperación: una decisión tomada en caliente, tan apasionada que, si el intento falla, el suicida jamás vuelve a repetir ese acto.

—¿La falta de nota indicaría una decisión repentina?

—En líneas generales sí, inspector, pero en nuestro mundo generalizar es mentir.

Héctor asintió en silencio. Ni Gaspar, ni Sara, ni Amanda habían dejado nota alguna. Quizá porque querían ocultar la causa al mundo; o quizá porque alguien había decidido por ellos.

—Ya. Doctor —a veces le llamaba así, aunque sabía que no era médico—, una cosa más: tal vez los sujetos no quieren acusar a nadie específicamente.

—Si el suicida no deja nada escrito, la culpa es aún más difusa: todo su entorno se da por aludido, ya sea por no haberlo previsto o por el temor de haberlo causado de forma indirecta.

—O sea que es aún peor. Más... desconsiderado.

El psicólogo se rio.

—A diferencia de en su mundo, aquí no hay buenos y malos, inspector. — Su tono adquirió cierta seriedad al añadir—: Los que usted llama suicidas considerados serían los que minimizan la culpa en su entorno y se la achacan a ellos mismos de forma patente. Ese enfermo que decide poner fin a su vida y así lo deja escrito, por ejemplo. O...

—¿O?

—Aquel que camufla su suicidio a través de un accidente. Muere por su propia voluntad, pero no desea que la gente que lo quiere se sienta culpable, así que estrelló el coche. Su suicidio es indemostrable y sus seres queridos pueden llorarlo sin sentir remordimientos. Ese sería un suicida bueno, usando su terminología.

La conversación le estaba deprimiendo aún más y Héctor tuvo la urgente tentación de colgar, de irse a casa, a correr, a cualquier sitio donde se respirara vida y no muerte.

—Una cosa más. —Héctor recordó de repente la asociación de mujeres que aparecía en los movimientos bancarios de Sara Mahler—. Por casualidad, ¿ha oído hablar de la asociación Hera?

—Sí, varias colegas han dado charlas allí. ¿Por qué lo pregunta?

—Ha surgido en el curso de una investigación. ¿Puede decirme algo más sobre el centro?

—Se trata de una asociación llevada por mujeres y para mujeres, especializado en víctimas de abusos y agresiones sexuales.

De repente, todos aquellos datos inconexos sobre la vida sentimental de Sara comenzaron a cobrar sentido.

—Muchas gracias. No abuso más de su tiempo.

—Descuide. Y espero verle la semana próxima, Héctor. Tiene que contarme si ha hecho los deberes que le puse.

Héctor le aseguró que jamás se le ocurriría desobedecerle y se despidió. Y un buen rato después, tal vez para alejar de la cabeza voces más oscuras, seguía pensando si, en ese recuento de lo que tenía en su vida, podía o no contar a Lola.

La carretera se extendía ante ellos. Un espacio firme, recto y bien delimitado, capaz de proporcionar un marco seguro a un viaje turbulento, agitado por una marea de incertidumbres. Incluso el cielo contribuía a enfatizar esa inseguridad con unas nubes densas, lentas como un cortejo fúnebre, aunque de vez en cuando se despistaban y permitían que las burlara un tenue rayo de sol. En el interior del coche, Héctor y Lola habían comentado el artículo y sus consecuencias, habían expresado sus dudas sobre lo que iban a encontrar y al final se habían acomodado en un silencio de ascensor, educado y levemente desafiante. Una de esas pausas que se soportan solo durante un tiempo limitado y en un entorno estable, sin baches que remuevan las conciencias.

Héctor hizo ademán de sacar un cigarrillo, pero se contuvo.

—Fuma si quieres —dijo ella—. Aún estoy en esa fase en que el olor a humo me resulta agradable.

—¿Seguro? —Encendió el cigarrillo con el mechero del coche y bajó la ventanilla hasta la mitad. Expulsó el humo hacia fuera—. ¿Cuándo lo dejaste?

—Hace veinte días. —Sonrió—. Sí, lo sé. El típico propósito de Año Nuevo.

—Yo también debería dejarlo. —La frase, justo después de dar una generosa calada al pitillo, resultaba bastante ridícula.

—La verdad es que lo había intentado otras veces, sin éxito, pero ahora me lo he propuesto en serio. Primero me pasé al tabaco de liar, algo que en teoría relaja aunque a mí me ponía nerviosa. Y al final pensé que, para conformarme con sucedáneos, mejor dejarlo del todo.

El rayo de sol quedó sepultado de nuevo por una nube lenta pero implacable. Ya falta poco, pensó Héctor.

Un cuarto de hora después se desviaban hacia el camino de tierra que llevaba hasta la casa. La pista amable por la que habían circulado se transformó de repente en un sendero estrecho y traicionero, lleno de piedras y socavones. Lola se agarró a la manecilla de la puerta mientras el coche avanzaba a trompicones, nervioso, con más prisa de la que permitía el terreno.

En la puerta de la casa, más pequeña de lo que se adivinaba en las fotografías, los esperaba una mujer de unos cuarenta años. Estaba claro que la gente del equipo de formación la había avisado previamente.

Héctor había dejado el coche en la entrada, a un lado del camino, aunque estaba casi convencido de que podría haberlo estacionado en medio de la vía sin que molestara a nadie en un buen rato. A pesar de que el sendero no moría en la casa, a partir de ese punto se volvía más agreste aún. Lola y él avanzaron hacia la mujer, que los saludó con la mano. Hacía frío: el sol había desistido ya en aquella lucha desigual. Por enésima vez en ese día, Héctor se preguntó qué podrían descubrir en aquella casa, diez meses después de que el grupo de Laboratorios Alemany hubiera estado allí. Lola, sin embargo, parecía animada aunque fuera solo por haberse bajado al fin del vehículo y poder andar.

La mujer los recibió con una sonrisa, no exenta de desconfianza.

—Buenos días. —Tenía un marcado acento catalán, como la mayoría de los habitantes de esas comarcas—. Pasen, pasen. Me han dicho que venían, aunque los esperaba más tarde. Soy Dolors Vinyals. Mi marido Joan y yo tenemos una casita cerca y nos ocupamos de esta cuando nos lo piden, como ya saben.

Héctor se presentó, a sí mismo y a Lola, sin especificar que ella no pertenecía a las fuerzas del orden. La señora Vinyals tampoco preguntó y les hizo pasar al interior.

Este sí era tal como mostraban las fotos: una masía clásica, con muebles desaparejados que, sin embargo, conseguían formar un conjunto armónico. La chimenea, apagada, aportaba el toque campestre, imprescindible y decorativo, a un espacio habitualmente caldeado con radiadores. Ese día no estaban

encendidos, lo que debía de significar que no se esperaba la llegada de ningún grupo para ese fin de semana. Hacía frío y ninguno de los tres se quitó la chaqueta.

—Si quieren ver las habitaciones... —dijo la mujer, dubitativa.

—Por ahora no —respondió Héctor—. En realidad queríamos hablar con usted.

Dolors Vinyals no les invitó a sentarse, aunque eso se debía con toda probabilidad a que no estaba en su propia casa. A Héctor y a Lola tampoco les apetecía; llevaban horas en el coche y estirar un poco las piernas no estaba de más, así que permanecieron de pie en mitad de aquel comedor largo y estrecho.

—No sé lo que le ha contado el señor Ricart... —empezó Héctor.

—Me ha dicho que les proporcione toda la información que necesiten —repuso ella, muy en su papel.

—¿Recuerda a este grupo? Vinieron en marzo del año pasado y estuvieron tres días aquí —dijo, mostrándole la foto.

La mujer miró la fotografía con interés, y por un momento dio la impresión de que no los reconocía.

—Tal vez le ayude a recordarlos si le digo que durante su estancia sufrieron un percance desagradable: encontraron unos perros ahorcados.

El dato fue decisivo para que la señora Vinyals asintiera con la cabeza.

—¡Ah, sí! No me acordaba de sus caras, la verdad. Pero de eso sí. No entiendo cómo alguien pudo hacer algo así a esos pobres animales. Gente de fuera, seguro.

Héctor sonrió para sus adentros. Los malos siempre venían de fuera: de otro país, de otra región, incluso del pueblo vecino.

—No es algo habitual, supongo.

—¡Por supuesto que no! —La buena mujer estaba indignada—. Nunca había visto nada parecido, si le soy sincera. Bueno, y de hecho no lo vi, aunque ellos me lo contaron el sábado por la tarde.

Héctor había escuchado el relato del hallazgo de los perros demasiadas veces.

—¿Y le dijeron que pensaban ir a enterrarlos? —preguntó enseguida para zanjar el tema.

—No. Yo les dije que avisaría a los mossos y les pareció bien. Supongo que lo decidieron luego, porque a media tarde me llamaron para decírmelo. Nosotros no estábamos, nos fuimos por la tarde a Figueres, con los chicos. Esto es demasiado solitario y de vez en cuando nos vamos a la ciudad.

Sílvia Alemany ya le había contado lo de los perros. El grupo tenía la tarde libre y se impuso la tarea de enterrar a esos pobres bichos.

Contestando a una pregunta aún no formulada, la mujer se dirigió a la ventana y les señaló una especie de cobertizo anexo.

—De ahí cogieron las azadas y las palas... Por cierto, debieron de llevarse una pala de recuerdo. O la perdieron.

—¿Está segura de que faltaba una?

—Eso dijo Joan. Estuvo quejándose porque tuvo que trabajar en el jardín con una de las otras, más pequeñas. Yo le dije que la habrían dejado olvidada cuando se fueron a enterrar a los perros... De todas formas, ahora que lo recuerdo, eran un grupo bastante rarito.

Dolors se volvió hacia ellos.

—No me malinterprete. Todos tienen sus cosas, y al fin y al cabo vienen aquí durante su tiempo libre y se creen que esto es un hotel.

—¿Ustedes no se ocupan de la comida ni de la limpieza?

—Mientras están aquí no. Joan o yo vamos pasando, por si necesitan algo. Nada más. Y cuando se van limpiamos la casa.

—¿Y por qué ha dicho que eran raritos? —preguntó Lola.

La mujer suspiró.

—Bueno hubo uno que pidió una habitación individual. Ya le digo, algunos se creen que están en un hotel...

—¿Eso fue todo? —insistió Lola.

—Bueno..., no creo que importe que se lo diga. Al parecer una de las mujeres se asustó por la noche. Salió a dar un paseo, sola, y según ella vio a alguien. A un... inmigrante.

Dolors estuvo a punto de usar otra palabra, pero al final se había decidido por el término oficial.

—¿Árabe? ¿De color?

—Sí, hija, un moro. Antes había más, iban a trabajar a los campos. Ahora se ven muchos menos.

—Pero él no la atacó...

La señora Vinyals hizo un gesto despectivo con la mano.

—¡Bah, debió de ver una sombra, o cualquier cosa! Ya me dirá usted qué hacía ella dando una vuelta por el camino en plena noche. Al día siguiente me preguntó si habíamos sufrido robos por aquí. —Se rio—. ¡Como si en Barcelona no robaran nunca a nadie!

Héctor sonrió.

—¿Estaba asustada?

—Un poco... pero me dio la impresión de que creía que era culpa nuestra. Estaba como enfadada.

Héctor iba ordenando los hechos. La llamada de Saúl Duque a Amanda había sido el viernes. El sábado a mediodía habían encontrado los perros. Por la tarde fueron a enterrarlos y el domingo regresaron a casa. Si había sucedido algo más, algo que no contaban, tenía que haber sido el sábado por la noche.

—¿Cuánto tiempo cree que tardaron en enterrar a los perros?

La mujer no respondió enseguida.

—Bueno, eran varios hombres, aunque no creo que estuvieran muy acostumbrados a cavar. Se les debió de ir toda la tarde en eso.

Héctor asintió.

—¿Y dónde los enterraron?

Dolors volvió a acercarse a la ventana.

—Miren, el camino por el que han venido continúa hasta enlazar con la carretera. La *alzina surera*... ¿Cómo se dice en castellano?

—Alcornoque —dijo Héctor.

—Pues eso, el alcornoque donde estaban colgadas esas pobres bestias está a unos dos kilómetros, al lado de un cobertizo viejo. Claro que por la mañana habían ido allí a pie; formaba parte de esos juegos que hacen. —La mujer lo dijo en el mismo tono en que habría hablado de un castillo de arena en la playa—. Por la tarde fueron en la furgoneta. La que se ve en la foto.

Era una furgoneta grande, casi un minibús, con capacidad para ocho personas. Si habían decidido que enterrar a los perros era responsabilidad de todo el grupo, lo más lógico era que hubieran ido todos juntos, a pesar de que no veía a Amanda Bonet, ni a Sílvia, ni a Manel, con una herramienta en la mano. Dolors Vinyals pareció leerle el pensamiento porque añadió:

—Todos colaboraron. Ellas también. Aunque los más cansados eran ellos: al día siguiente aún se quejaban. Tenían mala cara.

Debían de sentirse orgullosos, pensó Héctor: al fin y al cabo habían dedicado su tarde libre a hacer algo no muy agradable solo porque creyeron que era lo correcto. Seguramente habían vuelto fatigados, pero contentos.

Lola había hablado poco, sin embargo, de repente se dirigió a la señora Vinyals.

—Dolors, ¿me deja que la tutee? En realidad, ahora caigo en que nos llamamos igual.

—Sí, nena. Lola, Dolors, Lolita... Es un nombre que ya no se lleva. No hay ninguna cría de veinte años que se llame así, al menos por aquí.

—Es verdad —convino Lola, sonriendo—. Cada vez hay menos. Antes, cuando dijiste que eran raritos, ¿te referías solo a que se quejaban más que otros?

—Ah, no. No solo por eso. Se me ha ido la cabeza. Fue por lo de las bicicletas.

—¿Bicicletas? —preguntó Lola.

Héctor las dejaba hablar sin intervenir.

—Los chicos, nuestros hijos, nos despertaron el domingo por la mañana diciendo que les habían robado las bicis. No veas qué disgusto... Son bicicletas buenas, y caras. Nos costaron un dineral y estaban nuevas. Joan y yo ya pensábamos que les tendríamos que comprar otras, pero cuando vine a media mañana a despedirme del grupo, las bicicletas estaban aquí.

—¿Las habían cogido ellos? ¿Sin permiso? —La voz de Lola denotaba extrañeza.

—Exactamente sin permiso, no. A su llegada les enseñamos donde vivimos, por si les hacía falta algo, y les dijimos que si querían usarlas para dar un paseo estaban a su disposición. Algunos lo hacen, pero nos avisan de que se las llevan, claro.

—¿Le dieron alguna explicación?

—Un joven moreno, muy guapo, me dijo que a él y a otro se les había ocurrido dar una vuelta por la montaña el domingo a primera hora y que no habían querido despertarnos. Se disculpó, el pobre chico, y la verdad es que no tenía tanta importancia al fin y al cabo, aunque no pude menos que decirle

que les había dado un buen susto a los chicos. Como mínimo podía haber dejado una nota. Pero ya le digo: les das la mano y te cogen la manga. Es algo así, ¿no?

—¿Las bicicletas estaban en buen estado? —inquirió Héctor, que no quería que la conversación se perdiera en frases hechas y refranes.

—Como siempre. Tampoco es que mis chicos les saquen brillo después de usarlas, créame.

Poco más había que añadir. Héctor y Lola visitaron la casa en cinco minutos y, después de dar las gracias a la señora Vinyals, cogieron de nuevo el coche. Antes de marcharse, Héctor quería ver el alcornoque. Aunque fuera sin perros. Y, más que nada deseaba ordenar las ideas y encontrar una solución lógica a todo ese asunto.

Por primera vez en su vida, César se alegró de irrumpir en el piso de Sílvia en ausencia de ella. No era el día que solía ir, pero la noche anterior había llegado muy cansado de ver a Octavi y se fue directamente a su casa. Necesitaba pensar, analizar todo.

César entró y cerró la puerta con firmeza. Intuía, sin saberlo, que Emma sí estaba allí, así que se encaminó a su habitación con un objetivo concreto. No la había visto desde el domingo anterior, aquel día incómodo, plagado de silencios y del recuerdo de lo que sucedió de madrugada. César no mentía del todo cuando le dijo a Brais que prefería escupir los remordimientos antes de dejarlos anidar en él, como malas hierbas; sin embargo, era consciente de que la situación se había vuelto muy delicada. No era un hombre especialmente diestro a la hora de tratar a la gente, pero tenía que hallar el modo de asegurarse el silencio de Emma. Su complicidad.

La puerta del cuarto de la chica estaba abierta. Sentada ante el ordenador, Emma parecía enfrascada en lo que tenía en la pantalla, tal vez un chat con alguna amiga. Él llamó a la puerta, súbitamente nervioso. Ella le vio reflejado en la pantalla y se volvió, despacio, con una expresión de leve fastidio dibujada en la cara.

—¿Ya estás aquí? Hoy no es martes...

César no tenía muy claro qué significaba eso; el tono de la adolescente lo desconcertó. Era como si no hubiera pasado nada.

—Emma, ¿podemos hablar?

Ella sonrió para sus adentros, decidida a seguir demostrando una

indiferencia que en ese momento la divirtió. Dispuesta a ser la adulta en un mundo de niños grandes. Cerró la ventana del chat e hizo girar la silla, con las piernas ligeramente entreabiertas.

—Por supuesto. Lo que tú digas. —Sonrió—. Al fin y al cabo, dentro de pocos meses serás como mi padre.

César detestaba esa pose de niña perversa. Había llegado con la idea de tratarla como a una mujer y se encontraba con esa versión descarada de una lolita moderna.

—Emma, déjate de tonterías. Esto va en serio.

—Vaya, ¿qué he hecho ahora?

Emma juntó las piernas y se cruzó de brazos. Sabía que, en ese instante, él la zarandearía hasta borrarle la sonrisa de la cara y la idea la excitaba un poco.

—Bueno, dime... Estoy ocupada, ¿sabes? Y tú deberías estar trabajando a esta hora. Mamá te va a poner un negativo si sigues saliendo del almacén tan temprano.

César era incapaz de discernir si ella escogía las palabras con deliberación, para humillarlo, o si simplemente se le ocurrían de manera espontánea. En cualquier caso, conseguía ofenderlo, sobre todo el énfasis que había puesto en palabras como «negativo» o «almacén». Al mismo tiempo notaba que le estaba provocando, retándolo a un juego en el que no quería entrar. Ya no. Ni hoy ni nunca.

—No te voy a molestar mucho rato. No quiero que digas que no has acabado los deberes por mi culpa.

Su intento de resultar irónico chocó con la evidente realidad de que ella, con dieciséis años, aún estaba en edad de tener deberes. Emma fue, sin embargo, lo bastante benévola para no hacer ningún comentario, aunque la expresión de su cara superaba cualquier réplica despectiva que pudiera darle.

—Quiero que hablemos de lo que me dijiste el otro día. Sobre Sara Mahler.

César tuvo la satisfacción, entonces sí, de verla perpleja, sorprendida. Él no quería hablar solo de eso, por supuesto, aunque desde el día anterior, desde la conversación con Brais en el coche, le había estado dando vueltas a algo que él le dijo: «Al menos tú puedes hablarlo con Sílvia».

Emma se levantó de la silla, como si el tema la aburriera, y se dirigió a la puerta.

—¿De verdad quieres hablar de esa Sara? —preguntó, sonriente, mientras hacía ademán de acariciarle la mejilla.

—Sí. —Y en un arrebato del que se arrepintió enseguida, la agarró por la muñeca. Sin hacerle daño, solo para que la caricia quedara en el aire—. Emma, tienes que decirme qué diablos oíste. No me mientas. Es muy importante.

—Suelta.

Él no hizo caso. Al revés, apretó un poco más.

—¡Habla, Emma!

—«Habla, Emma». «Calla, Emma». Eres igual que mamá. ¿Por qué no «*sit Emma*»? ¿Os creéis que soy vuestra mascota?

César la agarró entonces por los dos brazos y la empujó contra la pared.

—Habla, joder.

Disimulando, para no darle ese gusto, ella contesta:

—Sara. La fiel Sara. Podemos confiar en ella. Sara es de fiar...

Se quedó frío al reconocer frases que Sílvia y él habían usado en la intimidad del dormitorio.

—Se oye todo, César. Desde el cuarto de Pol se oye todo y a él no le importa cambiármelo por una noche. —Se rio—. Hasta se oyen vuestros patéticos intentos de echar un polvo.

Él volvió a empujarla contra la pared. La cabeza de ella rebotó contra el muro blanco.

—¡Bruto!

César se dio cuenta de que le había hecho daño. El golpe había resonado en el piso vacío y los ojos de Emma se llenaron de lágrimas, a su pesar.

—Perdona —murmuró él—. Emma, esto es más grave de lo que crees... Por favor, cuéntame todo lo que oíste.

—Me has hecho daño.

—No era mi intención.

—¿Y cuál era tu intención?

Volvían a estar peligrosamente cerca y el olor de Emma era una adicción a la que costaba resistirse. Un solo beso, uno más. El último, se prometió él.

Sus lenguas se acariciaron, se lamieron; sus labios chocaron al tiempo que las manos de César cayeron sobre sus pechos. Ella separó un poco los labios, solo un instante, para recobrar el aliento. Para gemir, porque ya sabía que esos jadeos le excitaban.

Él atajó el gemido con otro beso, más voraz, más furioso, y ambos cerraron los ojos. Las lenguas se buscaban, las manos quemaban. Se olvidaron de lo que estaban hablando antes, de donde estaban, de quienes eran. Solo respiraban, se besaban, se tocaban, se olían.

Sin darse cuenta, en ningún momento, de que no estaban solos.

Sílvia había entrado hacía pocos minutos, preocupada por la llamada amenazante que había recibido después de comer. La misma voz, las mismas exigencias económicas. Y mientras le hablaba, Sílvia no había podido quitarse de la cabeza la imagen de Amanda muerta en una cama blanca. En cuanto cortó la llamada sufrió un mareo, fue al cuarto de baño de la empresa y vomitó el desayuno junto con la comida, y luego se sintió demasiado enferma para seguir trabajando. De hecho, se encontraba tan mal que por un instante, al encontrarse con esa escena, había creído que todo era producto de la fiebre. Una alucinación. Una pesadilla.

No era así. Ningún sueño era tan real. Eran César y Emma, en carne y hueso. A punto de follar, besándose como hacía años que nadie la besaba a ella. Tan entregados a sus actos que ni siquiera la habían visto, ni la habían oído, hasta que Sílvia, incapaz de reaccionar de otra forma, se echó a reír. Y fue esa risa amarga, antinatural, lo que hizo que los dos amantes se detuvieran. Siguieron abrazados pero inmóviles, negándose a abrir los ojos; los mantuvieron cerrados un poco más para no tener que ver. Les bastaba con sentir esa carcajada, esa lluvia de dardos oxidados que los clavaba a la pared como si fueran una foto erótica, un póster de mal gusto que en poco tiempo sería arrancado, rasgado en dos y arrojado a la basura.

El trayecto de vuelta a Barcelona estaba resultando mucho más relajado que el de la mañana. En ello influía que habían parado a comer, ya tarde, en un restaurante a pie de carretera, y que el relato de la señora Vinyals abría paso a toda una serie de posibilidades, aunque a pocas certezas. Cuando subieron de nuevo al coche eran ya más de las cinco, y Héctor aceleró un poco. Quería llegar a comisaría a tiempo para ver a Fort y enterarse de primera mano de si había alguna novedad. Curiosamente, la animada conversación que habían mantenido durante la comida se apagó un poco en cuanto él se puso de nuevo al volante. Lola miraba por la ventanilla y él la observó de reojo: se había cortado el pelo, pero aparte de ese detalle había cambiado muy poco en esos siete años. Siempre había sido atractiva, aunque su estilo era tan opuesto al de Ruth que cabía preguntarse cómo el mismo hombre había podido enamorarse de dos mujeres tan distintas.

—Estás igual. —Su pensamiento había encontrado la forma de expresarse en voz alta sin que él se diera cuenta.

—No creas —repuso ella, sin desviar la mirada de la ventanilla—. Solo lo parece.

—¿Y cómo te va? Ahora tenemos más de siete minutos para hablar... Dime, ¿cómo te van las cosas?

—Supongo que podrían ir peor. Y mejor también. En resumen, no me quejo. ¿Y a ti?

Él encendió un cigarrillo antes de contestar; esa vez no pidió permiso para hacerlo.

—Digamos que he tenido momentos mejores y peores también — respondió por fin.

—Me enteré de lo de Ruth. Lo siento, de verdad.

—Lo sé.

La mención de ese nombre fue un hechizo de silencio, pero en esa ocasión fue Lola quien lo rompió.

—Vine a Barcelona a entrevistarla. Poco después de que os separarais.

Héctor se sorprendió.

—No sabía que te dedicaras a esa clase de reportajes.

—Bienvenido al perfil de la nueva periodista —dijo ella en tono irónico—. O, mejor dicho, como consta en mi tarjeta: «Proveedora de contenidos». Ten cuidado, cualquier día dejarás de ser inspector para convertirte en «proveedor de orden» o algo parecido.

Había una nota de amargura en su voz que ella no se molestaba en disimular.

—Todo ha cambiado mucho. Y me temo que tendremos que asistir a cosas peores. ¿No lo percibes? —Por primera vez en ese rato se volvió hacia él—. Hemos vivido en una especie de limbo, Héctor, pero ese limbo no será la antecámara del cielo...

—¿Te has vuelto religiosa? —bromeó él.

—¡No! Creo que mi ADN no me lo permite, debo de ser inmune a la espiritualidad. Hasta el incienso de las tiendas de velas y budas me marea. No, hablo de un infierno real: pobreza, extremismos, miedo... Tal vez sea que la edad me vuelve pesimista, pero en este país ya nada tiene sentido: ni la izquierda, que lo es solo de nombre; ni la derecha, que se llama a sí misma moderada; ni los bancos, que obtienen más beneficios que las empresas. —Sonrió—. Ni los empresarios, que se llevan a sus empleados a pasar unos días al campo como si fueran hijos suyos, como si les importaran de verdad. Ha habido demasiado buen rollo, Héctor, demasiadas mentiras que todos nos hemos creído porque eran bonitas. Porque decían lo que nos gustaba oír.

Lola se calló durante unos momentos y luego retomó el tema inicial.

—Como te decía, conocí a Ruth. Era una mujer encantadora. Durante toda la entrevista estuve dudando de si sabía o no lo nuestro, y me fui sin haber llegado a una conclusión.

—Lo sabía —dijo Héctor—. Yo se lo conté. Cuando...

—Cuando me dejaste. Dilo. Han pasado siete años, no me voy a echar a llorar.

Se acercaban a Barcelona. El tráfico se volvía más denso y la sensación de intimidad se evaporaba.

—No podíamos seguir como estábamos. Se estaba volviendo demasiado... intenso. Si te sirve de consuelo, Ruth acabó dejándome a mí.

—No, no me consuela. —La voz de Lola era tan seria, tan triste, que Héctor apartó un momento la mirada de la carretera para volverse hacia ella—. ¿Sabes por qué? No porque sea una santa, precisamente. Cuando preparando la entrevista de Ruth me enteré de que os habíais separado, de que ella tenía otra pareja, supe que tú y yo ya no podríamos estar juntos nunca más sin que me sintiera como una sustituta obligada. Un recambio forzado por los acontecimientos.

Héctor alejó una mano del volante y buscó la de ella. No pudo evitarlo. Lola no apartó la suya.

—Héctor... Me marché de Barcelona, superé lo nuestro poco a poco; me esforcé por dejar de envidiar a Ruth, por olvidarme de ti.

Él deseaba besarla. Aparcar el coche en cualquier esquina y abrazarla. Ir a su hotel y desnudarla despacio. Acariciarla hasta borrar aquellos siete años de separación. Ella le miró a los ojos y comprendió.

—No. —Se soltó con suavidad, aunque con firmeza—. Nada de polvos nostálgicos, Héctor. Son asquerosamente deprimentes. Hubo un tiempo en que no podía rechazarte. Mi cuerpo no habría sido capaz de negarse. Pero ahora sí. ¿Y sabes por qué? Porque solo hay una verdad y no quiero engañarme. Tuviste la opción de escoger y lo hiciste: yo perdí y ganó Ruth. La partida acabó ahí.

De haberse tratado de Martina, o incluso de Leire, habrían notado que el jefe estaba de un humor de perros con solo verlo entrar. Pero, lógicamente, Roger Fort carecía de intuición femenina, y tampoco poseía grandes dosis de la masculina, así que abordó al inspector Salgado en cuanto este pasó ante su mesa.

—Inspector, ¿podemos hablar?

Héctor se volvió hacia el agente con una mirada que habría resultado frustrante para cualquiera que no estuviera tan emocionado. Fort, pensó Héctor, tiene la cualidad principal de los superhéroes y de los locos: es inmune al desencanto.

—Claro —respondió—. Dime.

—Por fin hemos localizado a una camarera que vio a Sara Mahler cenando con alguien la noche de Reyes en un restaurante cercano a la estación de metro donde murió. No habíamos hablado con ella antes porque estaba de vacaciones. La recuerda, a ella y a su acompañante, porque le pareció una pareja curiosa: una rubia y una morena.

—¿Rubia? ¿Era una mujer?

—Sí, señor. La camarera no recuerda mucho más, era la noche de Reyes y había gente. Solo que era rubia y joven. —Y Fort se atrevió a añadir—: Podría tratarse de Amanda Bonet.

Mierda, pensó Héctor. Tenía la esperanza de que el misterioso acompañante de Sara aportara algún dato a ese misterio.

—Otra cosa, señor —prosiguió Fort—. Ha llamado el señor Víctor Alemany preguntando por usted varias veces. Estaba bastante enfadado. Quería hablar con el comisario...

—¡Al carajo con él! —exclamó Héctor. Y Fort tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un paso atrás—. Al carajo con todos. Se creen que pueden marear la perdiz y encima acojonarnos con llamadas. Se acabó.

—¿Se acabó?

—Mi paciencia se acabó, Fort. —Los ojos de Salgado despedían un brillo que ya era definitivamente furia y no mal humor—. Voy a destrozar a ese grupo. Mañana tú y yo iremos a Laboratorios Alemany y haremos un par de detenciones. Solo para interrogarlos. Allí mismo, delante de sus compañeros, para que se enteren todos.

Fort recordó las historias que circulaban sobre Salgado por comisaría, pero creyó estar en su derecho al preguntar:

—¿Y a quién vamos a detener, señor?

—Al miembro más fuerte y al más débil, Fort. A esa señora con aires de reina y a Manel Caballero. Y te juro que les sacaré la verdad aunque tenga que estar veinticuatro horas interrogándolos sin parar.

Leire

No debería haber concertado esta cita, pensó Leire cuando el taxi la dejó junto a la entrada de los Jardines de la Maternidad en el barrio de les Corts. Había pasado mala noche y dormido solo a ratos, abrumada por sueños inquietantes en los que aparecían Ruth y el doctor Omar, hablando en voz baja, sin que ella pudiera oírlos. Al final, harta de pesadillas, se había levantado sobre las siete, un poco mareada. Desayunó sin hambre por un día y un rato después, a pesar de que se había prometido no hacerlo, cogió el móvil y marcó el número que le había dado aquel desconocido la noche anterior.

Y ahí estaba, en aquellos jardines que en verano quizá fueran preciosos pero que en el mes de enero tenían un aire lúgubre, de mansión decadente. Eran las once, aunque a juzgar por el cielo podrían haber sido las seis de la tarde. Un frío insidioso, sin aire ni lluvia, asolaba una ciudad poco habituada a las temperaturas extremas. Nerviosa, sin saber por qué, esperó junto a la puerta del parque; era de suponer que el hombre a quien debía ver la reconocería, porque ella no tenía la menor idea de cuál era su aspecto.

De pie junto a la verja, se preguntó por qué aquel individuo había escogido precisamente ese lugar. «Mejor un sitio al aire libre», le había dicho él. «Así podremos hablar con más tranquilidad». Ella accedió: por regla general no le molestaban los espacios abiertos, pero en ese momento, destemplada a pesar del grueso abrigo que llevaba, deseó haber propuesto una cafetería cualquiera donde al menos le esperaría sentada.

No tuvo que aguardar mucho más. Cinco minutos después de las once, un hombre de unos treinta y pocos años, dobló la esquina y se dirigió

directamente a ella, sin vacilar.

—Agente Castro —dijo él, extendiendo la mano—. Soy Andrés Moreno.

Ella se la estrechó y al hacerlo se sintió aliviada. No había nada siniestro en aquel tipo; al contrario, su estatura media y su rostro amable, casi demasiado amable para resultar atractivo, tendían a alejar cualquier atisbo de desconfianza. Llevaba una mochila colgada al hombro, que se empeñaba en resbalar por la manga de la cazadora de cuero marrón.

—Perdona que llamara anoche a tu casa —le dijo él—, pero me marcho hoy y no quería irme sin verte. ¿Damos un paseo?

Ella asintió, aunque en cuanto cruzaron la entrada del parque buscó con la mirada un banco. Lo encontró y encaminó sus pasos hacia él. Había poca gente en los jardines, y los antiguos edificios, bañados por aquella luz de invierno, tenían un aire casi fantasmal.

—¿Te importa que nos sentemos? —preguntó ella, tuteándolo también—. Peso demasiado para moverme mucho.

Él asintió, sonriente. Frente al banco había una estatua de piedra blanca: una joven madre con un niño en el regazo. Aunque los edificios se usaban ya para otros menesteres, aquel conjunto de pabellones había sido años atrás un hospital donde las mujeres daban a luz. Leire se acarició la barriga al sentarse. Abel parecía estar dormido: perezoso como el día, pensó ella. Seguro que en eso se parecía a su padre.

—Bueno —dijo Leire—. Me tienes muy intrigada.

Andrés Moreno sonrió.

—Supongo. Y ahora que te tengo delante la verdad es que no sé muy bien por dónde empezar.

—Me dijiste que tenías algo que contarme sobre Ruth Valldaura. Creo que ese sería un buen principio.

Él apoyó la mochila en el banco, entre los dos, la abrió e iba a sacar algo de ella, pero lo pensó mejor y desistió. En su lugar, formuló una pregunta que dejó a Leire completamente desconcertada.

—¿Has oído hablar de los bebés robados?

—¿Qué? —Se recobró de la sorpresa enseguida—. Claro, ¿quién no?

Así era. Hacía ya tiempo que la noticia, el escándalo, circulaba por periódicos y programas de televisión. Bebés separados de sus madres al

nacer, dados por muertos por sus verdaderos progenitores y entregados en adopciones turbias a otras familias que creían acoger a niños no deseados. Lo que había empezado como consecuencia de la posguerra, en referencia a madres del bando perdedor que, según la jerarquía del momento, eran indignas de ese nombre, había ido evolucionando hacia una trama, un negocio, que se mantuvo durante muchos años más: casos de niños nacidos en los sesenta y setenta que buscaban ahora desesperadamente a sus padres biológicos; padres biológicos que hasta hacía poco estaban convencidos de haber perdido un hijo y descubrían de repente que su tumba estaba vacía; padres adoptivos que asistían horrorizados a la constatación de que, sin ellos saberlo, habían formado parte de una trama inmoral y delictiva. El asunto era estremecedor y sus ramificaciones salpicaban a comadronas, monjas y médicos, aunque en la mayoría de los casos la ley podía hacer bien poco. A la dificultad de demostrar fehacientemente los delitos cometidos se unía la prescripción legal de los mismos.

Mientras Leire pensaba en todo ello, en los retazos de información oída y comentada, Andrés Moreno sacó unos papeles y fotos de la mochila.

—Soy periodista y llevo meses metido de lleno en este tema. Como ya lo conoces, no voy a entrar en detalles. Solo te diré que son muchos los casos por descubrir, por sacar a la luz. Pero los nombres de algunos médicos implicados se repiten, así como los de alguna religiosa poco caritativa, por llamarla de alguna forma.

Leire asintió, aún sin saber qué tenía que ver todo eso con ella y con Ruth Valldaura.

—Como comprenderás, existen pocos rastros de esas adopciones ilegales. La metodología variaba. Algunas madres biológicas daban a luz en hospitales propiamente dichos y se les comunicaba después del parto que sus bebés habían muerto. Tenían incluso el cadáver de uno... Perdona. —Se interrumpió al ver que Leire iba perdiendo el color.

—No, no pasa nada —mintió ella.

—Joder, ahora que lo pienso, no es muy adecuado hablarte de esto. Lo siento.

—Tranquilo. No sé si es adecuado o no, pero ahora ya has empezado. Sigue.

Él inspiró profundamente.

—Había otro tipo de casos. Madres solteras que buscaban refugio en instituciones religiosas y con las que se seguía el mismo método u otro peor. Simplemente se les anunciaba que no merecían ser madres, que sus hijos estarían mejor en brazos de una familia como Dios manda. Si ponían muchas objeciones se las amenazaba: a veces con arrebatárles a otros hijos que ya tuvieran... En cualquier caso, los bebés eran entregados prácticamente en el momento de su nacimiento y los padres adoptivos los inscribían como propios. Lo que sí está claro es que había dinero de por medio.

—Ya —dijo Leire—. Por lo que sé en forma de donaciones, ¿no es así?

—En el caso de las instituciones religiosas, desde luego. Y ahí es adonde quería llegar.

Andrés Moreno abrió la mochila y sacó una carpeta vieja, tanto que parecía a punto de romperse en pedazos.

—Una de esas casas de acogida para madres solteras de la época era esta.

Le enseñó una foto en blanco y negro. Unas monjitas posaban frente a una casa de jardín amplio. Todas sonreían a la cámara.

—Era el Hogar de la Concepción, en Tarragona, y estaba dirigido por una monja cuyo nombre ha salido a la luz en más de un expediente. Sor Amparo. Esta.

Poco la diferenciaba de las otras: los uniformes cumplían su función y les daban a todas el mismo aspecto, de dóciles palomas grises.

—Digo era porque ya no existe. Ni sor Amparo tampoco, al menos en este mundo. Murió hace cuatro años. El Hogar se cerró a finales de los ochenta y sus archivos debieron pasar a otra institución, o se destruyeron. Al parecer ya quedaban pocas hermanas entonces, pero una de ellas consiguió llevarse algunos documentos consigo.

—¿Para qué?

—Bueno, digamos que había visto ciertas cosas allí y quería preservar algunas pruebas.

Moreno bajó la cabeza y añadió:

—No puedo decirte más cosas de ella. Fue la condición que me impuso para darme la información. Esta información.

De la carpeta sacó otros papeles: sin duda, eran fotocopias de otros más

antiguos, que tampoco se veían muy bien. Leire los cogió y los observó con atención.

—Son donaciones. Verás que las cantidades varían, pero todas son muy altas. Hablamos de millones en los años setenta, cuando la gente normal iba como mucho en seiscientos. Mira esta en especial.

Leire obedeció. Según constaba allí, el 13 de octubre de 1971, un tal Ernesto Valldaura Recasens había donado diez millones de pesetas al Hogar de la Concepción.

—¿Qué me estás diciendo? —preguntó, aunque su ceño fruncido indicaba que ya lo intuía.

—No es ninguna prueba de nada, obviamente. Cada uno puede donar el dinero a quien le dé la gana. Pero me puse a investigar, no a él, a todos los nombres que aparecen aquí. No son muchos aunque sí difíciles de localizar. Con Ernesto Valldaura tuve suerte. Esta es la partida de nacimiento de su hija. —Se la mostró—. Ruth Valldaura Martorell, nacida el 13 de octubre de 1971.

Leire observaba ambos papeles con algo que se parecía mucho al vértigo.

—¿Eso significa...?

Él se encogió de hombros.

—No es ninguna prueba de nada. Al menos no una prueba judicial. Como te he dicho, el señor Valldaura tenía todo el derecho del mundo a hacer donaciones tan cuantiosas como quisiera y al centro que más le gustara. Pero la coincidencia es significativa, ¿no crees?

—¿Qué más te dijo la monja? La que te dio todo esto...

—Poca cosa. Que había madres que volvían al Hogar reclamando a sus hijos, que había muchos partos «difíciles» y que sor Amparo dirigía el lugar con mano de hierro y las arcas siempre llenas.

—¿Cuándo... cuándo obtuviste estos documentos?

—A finales del año pasado.

Ruth ya había desaparecido para entonces, pensó Leire.

—Cuando por fin localicé a los Valldaura y la partida de nacimiento hice una búsqueda rápida del nombre de su hija. Y me enteré de lo que le había pasado, unos meses atrás.

—¿Fuiste a verlos?

—Los Valldaura no quisieron recibirme. Supongo que creyeron que era un

periodista más interesado en el caso de su hija, y de hecho yo tampoco insistí mucho. ¿Qué iban a decirme? Hablarles de la donación y las sospechas que esta podía levantar, me pareció fuera de lugar cuando tenían que enfrentarse a la desaparición de esa hija. Así que me concentré en investigar a Ruth Valldaura, aunque la verdad es que no he obtenido gran cosa. Mi única pista desde hace unos días has sido tú —dijo, sonriendo—. Confieso que te he seguido los pasos al ver que también te interesabas por ella.

—Pero...

—Ya no tengo más recursos, ni más tiempo. Creí que podría descubrir algo... Incluso me planteé la posibilidad de que el nacimiento y el final de Ruth estuvieran relacionados de algún modo, por improbable que parezca. También pensé en abordar al exmarido de Ruth Valldaura, pero al enterarme de su «propensión a la violencia» desistí.

Ella sonrió. Pobre Héctor, algunas condenas persiguen a los reos toda la vida. Son las peores, una estela de rumores que se resiste a desvanecerse y contra la que el acusado no puede luchar.

—No soy de Barcelona —prosiguió Andrés Moreno— y ya no puedo quedarme más tiempo por aquí. Hay que pagar el alquiler y no tengo nada que publicar. Además...

—¿Sí?

—Si te soy sincero, no sé si quiero seguir con esto. Es un asunto sucio, marcado por una crueldad que a ratos se me hace insoportable. Voy a casarme, en primavera, quiero formar una familia...

Andrés Moreno se sonrojó. La frase quedó en el aire, sin embargo, Leire entendió a la perfección lo que quería decir.

—Hazme un favor —dijo ella.

—¿Quieres el documento? Te he traído una copia. Úsala como creas conveniente, pero... ten cuidado. Es un asunto que quizá llegue a los tribunales algún día, aunque de momento se mantiene sepultado bajo toneladas de burocracia. Y hay mucha gente que desea que siga así. Muchos implicados han muerto o se han jubilado, muchos de los bebés son ahora adultos que ignoran la verdad. Quedan otros muchos, claro, pidiendo justicia, embarcados en una lucha contra el olvido, pero me temo que el tiempo irá desanimándolos, acallándolos, haciéndolos desaparecer...

Como a Ruth, pensó Leire. El cansancio daba paso a una indignación capaz de vencer cualquier mareo. Como a Ruth.

Montserrat Martorell le abrió la puerta de su casa ese mismo día, poco antes de las dos. Leire había ido a verla obedeciendo un impulso y, en esa ocasión, el semblante soberbio de la madre de Ruth le impresionó muy poco.

—¿Otra vez por aquí, señorita Castro?

—Sí. —No estaba de humor para andarse con rodeos así que le puso el documento fotocopiado delante de sus narices sin casi darle tiempo a verlo—. Creo que tenemos que hablar.

La señora Martorell la condujo al mismo saloncito donde la había recibido la otra vez, pero no se molestó en fingir que era bienvenida. Sí debió de verla cansada, o alterada, porque la invitó a sentarse y Leire aceptó.

—Explíquemelo —dijo Leire. Y añadió—: Por favor.

La madre de Ruth se puso unas gafas pequeñas que llevaba colgadas al cuello de una fina cadena y echó un vistazo a la hoja de papel. Luego se quitó las gafas y centró su atención en aquella visitante inesperada. Leire se fijó de nuevo en los ojos grises de la señora Martorell, intensos a pesar de su edad.

—No sé qué quiere que le explique. Mi marido hizo una donación a ese sitio hace casi cuarenta años. Entonces era más creyente. El tiempo y la vida también curan eso.

Leire la observó, incapaz de decidir si aquella mujer era consciente de lo que ese papel podía significar. Decidió ir al grano.

—¿Adoptaron a Ruth? —preguntó.

La señora Martorell dobló la hoja de papel y habló con una voz lenta, que quería ser fría pero no lo conseguía del todo.

—Señorita Castro...

—¡Agente Castro, si no le importa!

—No me levante la voz. He tenido mucha paciencia con usted, pero ahora ya está rebasando los límites. Le recuerdo que investiga la desaparición de mi hija, no su nacimiento. Y dudo que, con treinta y nueve años de diferencia, exista alguna relación entre ambos hechos.

Leire iba a contestar, pero en ese momento Abel decidió entrar en la

conversación y lo hizo de una forma dolorosa, casi como si protestara.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. —Respiró hondo—. Creo que sí. Esta vez se ha movido con más fuerza...

—¿Por qué no se hace un favor a sí misma? Váyase a casa, tenga a su hijo. De verdad, se lo digo como madre: no hay nada más importante. Cuando nazca, el resto de cosas que ahora le parecen importantes simplemente se desdibujarán. Pensará solo en cuidarlo, alimentarlo. Protegerlo.

—Lo sé —dijo Leire. Le temblaba la voz—. Le cuidaré, le alimentaré, le protegeré... Pero no le mentaré. No me inventaré un cuento romántico sobre su padre, ni sobre la relación que mantengo con él. Quizá no seamos la familia perfecta, pero no fingiremos serlo. Mi hijo sabrá la verdad.

—¡La verdad! —Montserrat Martorell hizo un gesto que casi podía ser de fastidio—. Los jóvenes tienen una obsesión por ella que resulta casi ingenua. ¿Usted cree que el mundo podría funcionar a base de verdades? Le diré una cosa, agente Castro: la sinceridad es un concepto sobrevalorado en nuestros días. Y hay otros que lamentablemente han perdido su vigor, como la lealtad, la obediencia. El respeto a unas normas que llevan años funcionando mejor o peor. No, agente Castro, no es la verdad lo que sostiene el mundo. Piénselo.

—Creo que el mundo al que se refiere ya no existe —repuso Leire casi con tristeza.

—¿No? —preguntó, con una sonrisa irónica—. Mire a su alrededor. ¿Usted cree que la gente que va por la calle, la gente normal, sabe toda la verdad? No. Hay cosas a las que las personas normales, como usted y como yo, no podemos tener acceso. Es así, siempre lo ha sido, por mucho que ahora se crean con derecho a saberlas. Si lo lleva a otra escala, más pequeña, verá que también se aplica en los hogares, en las familias... Cuando tenga a su hijo se dará cuenta de que la verdad no es importante si choca contra otros valores como la seguridad, la protección. Y lo quiera o no, tendrá que decidir por él. Para eso es su madre: para trazarle un camino seguro y evitar que sufra.

Leire empezaba a marearse de nuevo, pero las últimas palabras de aquella mujer le hicieron pensar en otra cosa.

—¿Eso es lo que hizo con Patricia? ¿Apartarla de ese camino que tenía pensado para Ruth?

La señora Martorell le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Solo le dije que dejara a mi hija en paz. La estaba agobiando. Las madres siempre nos damos cuenta de esas cosas. Hablé con Ruth, la presioné un poco y al final ella me lo contó todo. Estaba tan asustada, tan confusa... No sabía cuáles eran sus sentimientos, ni sus inclinaciones. Mi deber era protegerla.

—¿Protegerla de Patricia? —No pudo evitar una nota de sarcasmo en la voz.

—Protegerla de algo que aún no estaba preparada para asumir. Y de lo que ni siquiera era del todo consciente. —Hizo una pausa antes de añadir—: Hace falta valor para ser diferente en esta vida, señorita Castro. Mi única intención era evitar que Ruth sufriera. Así que, antes de que Patricia se fuera, tuve una charla con ella, a solas.

Leire se imaginaba a aquella mujer, imponente en la vejez; tenía que resultar impresionante como madre ofendida. Y Patricia se habría sentido traicionada, incluso avergonzada en aquellos años. Casi era capaz de verla después de enfrentarse a la señora Martorell, conduciendo sola, de vuelta a casa...

—¿Y no se sintió mal después? —Le costaba creerlo, le resultaba imposible pensar que aquella mujer que tenía delante no tuviera el menor asomo de remordimientos—. ¿Cuándo se enteró del accidente?

Montserrat Martorell se irguió y respondió con voz gélida, tajante:

—Mis sentimientos no son en absoluto cosa suya, agente Castro.

No, no lo son, pensó Leire. Casi prefería no saberlos.

—Tiene razón. No tengo derecho a preguntárselo, aunque sí a contarle algo. Quizá ya lo sabe o tal vez no, pero al menos a partir de ahora no podrá escudarse en la ignorancia.

Y Leire le habló de los bebés robados, del Hogar de la Concepción y de sor Amparo; le habló de la posibilidad de que la madre de Ruth no hubiera entregado a su hija voluntariamente, de que la hubieran engañado diciéndole que estaba muerta o que se la hubieran quitado de los brazos. De que la donación de su marido fuera un pago a cambio de una recién nacida.

La señora Martorell la escuchó con atención, sin interrumpirla. Cuando terminó su exposición, Leire estaba muy cansada y quería irse. Su piso de

baldosas suicidas y desagües atascados se le antojaba de repente el mejor hogar del mundo.

—Está muy pálida —le dijo la señora Martorell—. Creo que llamaré a un taxi para que la lleve a casa. Y... créame, agente Castro, porque se lo digo por su bien y el de su hijo: deje de remover un pasado que, aunque fuera cierto, en nada nos ayudará a encontrar a Ruth. Concéntrese en el futuro. Será lo mejor para usted y para todos.

Leire habría querido contestarle que la justicia consistía en eso, pero no se vio con fuerzas para hacerlo. Se limitó a mirarla, a intentar transmitirle su incomprensión ante esa forma de ver las cosas. La mujer no pareció darse por aludida. Desengañada, Leire se levantó, cogió la hoja de papel donde constaba la donación del padre de Ruth y se fue hacia la puerta sin decir nada más. Esperaría el taxi fuera.

Anhelaba volver a su casa, encerrarse en ella y olvidarse de ese mundo que quizá no fuera cruel a propósito, pero que desde luego era profundamente inhumano.

El reloj de la mesita indicaba que eran solo las seis de la mañana y Leire se dio media vuelta en la cama. No tenía por qué madrugar tanto. Cerró los ojos e intentó conciliar el sueño, como si fuera algo que pudiera forzarse a voluntad. Cuando por fin se rindió y desistió de seguir en la cama había pasado un cuarto de hora. Tiempo suficiente para comprender que era mejor levantarse aunque aún fuera casi de noche.

Fue de la cama al sofá, extrañamente sin hambre para desayunar, y estuvo un rato esperando algún movimiento por parte de Abel. Al fin se produjo y respiró tranquila. Se había acostumbrado a notarlo y cuando no era así la asaltaba un miedo atroz.

Frente a ella, en la mesita, estaban las fotos de Ruth; su expediente y la cinta con la grabación en la consulta del doctor Omar. No se sentía con ánimos para verla de nuevo y, de repente, se dio cuenta de que empezaba a quedarse sin ánimos para seguir con aquel caso. La estaba afectando demasiado, invadía su conciencia, la intranquilizaba. Esto no puede seguir así, se dijo. Y lentamente, asumiendo que por primera vez se rendía ante un caso antes de haber agotado todas las posibilidades, fue guardándolo todo en el mismo sobre que le había dado Martina Andreu. Tras unos momentos de duda, dejó fuera solo el documento de la donación. Se lo daría al inspector Salgado, que él hiciera lo que considerase oportuno.

Ya estaba decidido: le devolvería todo a la subinspectora Andreu diciéndole que estaba demasiado cansada para seguir investigando. Hablaría con Héctor Salgado y le comunicaría los detalles que enturbiaban el

nacimiento de su exmujer. Y luego se dedicaría a esperar que naciera Abel, sin sobresaltos ni conversaciones tan angustiosas como la que había mantenido con la madre de Ruth.

Pero la memoria jugaba con reglas propias y la cara de Ruth, tal como aparecía en la foto, se empeñaba en reaparecer. Ruth, quizá adoptada sin saberlo. Manipulada por su madre hasta que tuvo el coraje de decidir por sí misma. ¿Cómo se habría sentido Ruth al enterarse del accidente mortal de Patricia? Como la protagonista de *Al final de la escapada*, se había asustado de sus propios sentimientos, y, a su manera, había delatado a su amiga ante su madre. Para la señora Martorell, todo había terminado ahí, pero no para su hija.

Ruth había guardado la foto de Patricia, había escrito que el amor generaba deudas eternas. Incluso con aquellos a quienes ya no amabas, con aquellos que en algún momento te habían querido. Por ese sentimiento de responsabilidad mal entendido, Ruth había ido a ver al doctor Omar para interceder por su exmarido. Sí, estaba segura. ¿Qué le había dicho aquel viejo perverso? Nada muy serio, porque Ruth había cambiado poco a partir de esa visita, de la que no habló con nadie. Héctor había hablado con Leire de la última vez que vio a su exmujer, cuando ella le acompañó al aeropuerto a buscar su maleta extraviada. La vio normal, como siempre... Y luego desapareció.

No puedo más, se dijo Leire. Estaba segura de que, si Ruth tenía alguna forma de ver lo que sucedía en el mundo, no se sentiría traicionada por aquella agente embarazada. Al revés, la entendería perfectamente.

A media tarde abandonaba la comisaría, ya con el bolso vacío, embargada por una mezcla de sensaciones que iban desde el alivio a la culpa, pasando por todo un abanico de emociones distintas. El inspector Salgado estaba ocupado interrogando a todo un grupo de testigos de un caso y no pudo verle. No importaba mucho, lo que tenía que decirle podía esperar.

Martina Andreu la había comprendido a la perfección y se había hecho cargo de todo. «Es mejor así», había añadido. «No sabes el lío que se ha montado por aquí con lo del expediente». Y debía de haberle visto mala cara,

porque sus palabras habían sido las mismas que las de la señora Martorell. «Descansa, Leire». Y sí, por una vez pensaba hacerles caso: solo quería volver a su piso, tumbarse en el sofá y no hacer nada en lo que le quedaba de embarazo. Intentó alejar de su mente la imagen de Ruth sin conseguirlo del todo, pero decidida a lograrlo.

Por eso, cuando en la puerta del edificio donde vivía se encontró con Guillermo, tuvo la tentación de decirle que no subiera, que no se encontraba bien. Pero no lo hizo: el chico parecía tan nervioso, y ella estaba tan fatigada, que no tuvo más remedio que invitarle.

—Disculpa que me haya presentado así —dijo él, ya dentro de su casa—. Te he llamado, pero no respondías...

Sacó el móvil para demostrárselo y lo dejó en la mesita.

—Tranquilo, no pasa nada. —Ella se dejó caer en el sofá, la habitación le daba vueltas.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

—Un poco mareada, eso es todo. Se me pasará en cuanto haya descansado un rato. Si quieres beber algo, puedes cogerlo tú mismo de la nevera.

Guillermo rechazó la invitación, pero se ofreció a llevarle algo si ella quería.

—Sí, ¿me traes un vaso de agua, por favor?

—Claro. —Él obedeció y regresó enseguida.

Le tendió el vaso al tiempo que se sentaba a su lado.

—Dijiste que podía hablar contigo sobre mamá.

Sí, se lo había dicho, pensó Leire, aunque en ese momento era lo que menos le apetecía. Dio un sorbo al agua y se dispuso a escuchar. Él se sentó a su lado. Estaba preocupado, de eso no cabía duda. Incluso mareada podía advertirlo.

—Supongo que debería contárselo a papá —dijo él—, pero hace días que anda muy ocupado y pensé que antes podía hablarlo contigo.

—Por supuesto. —El agua le sentaba bien—. Dime, ¿ha pasado algo?

Él asintió.

—¿Conoces a Carmen? ¿A la dueña del edificio donde vivimos?

Leire la conocía de oídas y sabía que mantenía una estrecha relación con Héctor y su familia, una relación que iba más allá de la que solían mantener las caseras con sus inquilinos.

—Carmen tiene un hijo —prosiguió él—. Se llama Charly, aunque no vive con ella. Llevaban años sin verse.

Recordaba haber oído algo sobre el tal Charly en boca del inspector Salgado, y desde luego no eran precisamente elogios.

—Bueno, pues Charly ha vuelto a casa, con su madre.

—Diría que no es una buena influencia para ti... —aventuró Leire—. ¿Le conoces mucho?

Guillermo negó con la cabeza.

—De hecho no le recuerdo de antes de que se fuera, pero...

—¿Pero qué? —La curiosidad ganaba terreno al mareo.

Él tardó en hablar, como si estuviera traicionando una confidencia.

—Pero sé que mamá le dejó dormir en casa, en el loft, alguna que otra vez. Leire se incorporó.

—¿Qué?

—Ya. A papá no le habría gustado nada y mamá me pidió que no se lo contara. Según ella, Charly no era tan malo y, en cualquier caso, dijo que lo hacía por Carmen. Cosas de madres. Fueron solo tres o cuatro noches desde que vivimos allí, él nunca se quedaba demasiado. Se me había olvidado, pero estos días, al volver a verlo, he pensado que quizá podría ser importante, ¿no?

—Quizá sí. Has hecho bien en decírmelo.

—¿Crees que él pudo hacerle algo? Yo no estuve en casa durante toda esa semana. Me había ido a Calafell, a casa de un amigo...

Parecía tan acongojado que Leire se esforzó por consolarlo.

—No lo sé, Guillermo, aunque no lo creo. —No sabía muy bien por qué, pero dudaba que aquel caso tan complejo se resolviera de repente con la aparición de un delincuente de poca monta—. Habrían encontrado sus huellas, seguro que está fichado. Además, tu madre no solía equivocarse, ¿no? Tal vez Charly no sea tan mal tipo.

En la cara de Guillermo se dibujó una sonrisa de agradecimiento.

—De todos modos, tienes que decírselo a tu padre. —Al recordar que ella también tenía cosas que contar al inspector Salgado, añadió—: Yo también

tengo cosas que contarle.

—¿Sí?

Leire dejó el vaso en la mesita. No quería hablar de eso con aquel chaval. Y, ya que no podía encontrar a Ruth, se dijo que lo menos que podía hacer por ella era darle algo de cenar a su hijo.

Guillermo no solo aceptó la invitación, sino que se ofreció a preparar la cena, algo que, para sorpresa de Leire, resultó dársele bastante bien. Ella se esforzó por estar animada y probar la pasta que el chico había hervido al tiempo que hacía una salsa de tomate natural aderezada con pimienta negra y un poco de carne picada que encontró en la nevera. No pudo comer mucho, el mareo regresaba a ratos. Y no precisamente solo.

Él recogía los platos de la mesa cuando una punzada rabiosa, repentina, la dejó sin aliento, pálida como un lienzo nuevo. Fueron solo unos segundos y luego la sensación desapareció, pero le quedó un sudor frío y aquel vértigo constante.

—¿Te encuentras bien?

Leire iba a contestar cuando el dolor se repitió. No, no, no puedes nacer aún, pensó.

—Creo... —Le dolía tanto que casi no podía hablar—. Creo que hay que llamar al médico...

Héctor

La detención de Manel Caballero se produjo a las nueve y media de la mañana del jueves, 20 de enero. Un ofendido y asustado Manel, que protestaba con vehemencia, fue abordado en su puesto de trabajo por Roger Fort y otro agente, ante la mirada estupefacta de sus compañeros: debía acompañarlos a comisaría para ser interrogado. Lo esposaron sin la menor compasión. Paralelamente, Héctor Salgado hacía lo mismo con Sílvia Alemany, que, para sorpresa del inspector, salió de su despacho con la cabeza alta y sin decir una sola palabra.

Ambos fueron introducidos en sendos coches de policía y trasladados a comisaría. Se vieron entonces, en la puerta, aunque no tuvieron oportunidad de hablar. Él esposado y casi empujado hacia el interior del edificio; ella caminando dignamente con el inspector al lado. Dos salas de interrogatorio diferentes les esperaban.

Asustado es poco, pensó Héctor en cuanto entró en una de ellas, dispuesto a sacar de ese joven escurridizo todo cuanto pudiera. Desde la tarde anterior, cuando llegó de la casa de Garrigàs, había estado ordenando las piezas de ese rompecabezas: los perros, las bicicletas, la pala, el cambio de actitud de los participantes, el susto de Amanda la noche anterior. Y, aunque no sabía a ciencia cierta cómo habían ido las cosas, sí tenía una imagen difusa de lo que, al menos, podía haber sucedido. Una imagen que no le gustaba nada.

Se sentó ante Caballero, en silencio, y dejó una carpeta sobre la mesa. Iba

a abrirla cuando el otro, beligerante, le espetó:

—¿Se puede saber a qué viene esto? ¿Por qué diablos me han traído aquí?

—Ahora mismo iba a explicártelo, no te preocupes.

—¡No pueden tratar a la gente así! A mí no me engaña, conozco mis derechos...

—Has visto demasiadas series de televisión, Manel —repuso Héctor, con una sonrisa condescendiente—. En cualquier caso, ya que estás tan al tanto de cuáles son tus derechos, te voy a resumir los míos. Eres sospechoso en un caso de asesinato múltiple y estás aquí para ser interrogado.

El semblante de Manel acusó el golpe, y Héctor prosiguió:

—No puedo obligarte a hablar, aunque te prometo que no me importaría hacerlo. En cambio, sí que puedo retenerte durante setenta y dos horas para que reflexiones y decidas si quieres colaborar.

—¡Esposarme y traerme de malos modos hasta aquí no es la mejor forma de pedir que coopere, inspector! Al menos dígame de qué está hablando, porque si cree que me cargué a Amanda o a Sara, es que está totalmente loco.

Héctor volvió a sonreír.

—Los locos a veces intuyen la verdad. O eso dicen, ¿no lo habías oído nunca? —Cambió de tono para añadir—: No quiero hablar de Sara, ni de Amanda. Ni siquiera de Gaspar. Quiero que hablemos de lo que pasó en la casa de Garrigàs.

Consiguió desconcertarlo, aunque solo fue un momento. Manel hizo acopio de sus fuerzas y replicó:

—No tengo nada que contarle sobre eso.

—¿Seguro? ¿Nada que contarme sobre unas bicicletas robadas? ¿Una pala desaparecida?

Manel enrojeció, pero consiguió mantener la calma y fingir un tono de incredulidad bastante convincente.

—Creo que no sabe nada, inspector. Solo supone cosas. Así que reténgame el tiempo que le dé la gana. Esperaré a mi abogado.

—Claro. No hay problema. —Héctor apoyó ambas manos sobre la mesa, se levantó y se inclinó hacia un azorado Manel. Cuando habló lo hizo en voz baja y firme—: Pero no esperarás aquí.

—¿Qué quiere decir? —balbuceó Manel.

El inspector no contestó. Salió de la sala, despacio, y poco después volvió a entrar acompañado de dos agentes que, sin decir palabra, levantaron a Manel Caballero de la silla.

—¿Qué es esto? ¿Adónde coño me llevan?

—Como te decía, tengo setenta y dos horas para conseguir que cooperes. —Miró el reloj—. Pero no vas a pasarlas aquí, sino en uno de los calabozos. Necesito esta sala para hablar con alguien más importante que tú. No sería prudente por mi parte enviar a una celda a la señora Alemany, ¿no crees? Podría meterme en un buen lío.

La mirada de rabia que le dirigió Manel fue la primera de sus victorias. Los agentes se lo llevaron, ajenos a sus gritos de protesta, a uno de los pequeños calabozos de comisaría, ya ocupado por un par de yonquis.

—¡No! ¡No! No pueden hacerme esto...

Héctor soltó el aire despacio. Los chillidos de Manel se alejaban. Era solo cuestión de tiempo, estaba seguro. Alguien que quería dormir solo no aguantaría demasiado en esas celdas.

—¿Cómo va? —preguntó Roger Fort desde la puerta.

—Irá bien —respondió Héctor—. ¿Alguna novedad?

—Ha llamado Víctor Alemany. No a mí, sino al comisario Savall. Por lo que he entendido viene hacia aquí con su abogado. Bueno, mejor dicho, con el señor Pujades. Inspector, ya sé que tiene prisa, pero hay algo que me gustaría enseñarle. Será solo un momento. Venga, acompáñeme.

Fort le precedió y ambos se dirigieron a una sala provista de una pantalla. Héctor vio en ella la imagen congelada de ese maldito andén de metro.

—Estuve pensando cómo había podido entrar alguien detrás de Sara sin que lo captaran las cámaras de los tornos. Y de repente se me ocurrió que solo había una posibilidad: que hubiera llegado en el metro que iba en dirección contraria y hubiera cruzado de un andén a otro, como quien se equivoca de estación.

Héctor le miró y asintió.

—Claro. Tan simple como eso.

—No bajó al andén, por supuesto. Debió de quedarse en la escalera. Sara

Mahler no se movió mucho, así que, suponiendo que alguien la empujara, pudo esperar ahí, sentado en un escalón, y salir solo cuando vio que el convoy estaba a punto de llegar.

Sí, pensó Héctor. Un acto arriesgado, casi suicida, pero podía ser. La cámara no había captado ese momento.

—Pero Sara tuvo que verle al bajar. Ella sí pasó por esas escaleras — repuso.

—Ya. Eso pensé también. Pero ella parecía inquieta. Si hubiera visto a un tipo sentado en la escalera no lo habría mirado mucho. Habría creído que era un borracho.

Podía ser...

—Buen trabajo, Fort. Y lo digo de verdad. ¿Has pedido las cintas del otro andén?

—Han ido a por ellas, señor. Las revisaré en cuanto lleguen.

—Lo dejo en tus manos —dijo Salgado, sonriente—. Yo voy a hablar con Sílvia Alemany antes de que lleguen sus huestes. Asegúrate de que nadie me interrumpa mientras estoy con ella. Ni el comisario, ni Alemany, ni el Papa de Roma, ¿está claro?

»Otra cosa. Si Manel decide cooperar, enciérralo en una de las salas y llama a los otros dos. A César Calvo y a Brais Arjona. Los quiero a todos cerca.

Esta vez juego en casa, pensó Héctor al encontrarse delante de Sílvia Alemany, que conservaba el porte y el aplomo que da la inteligencia unida con cierta clase. Ella se mostraba indiferente, sentada en la sala de interrogatorios adonde la habían conducido al llegar, pero no pudo evitar una mirada de soslayo al ver entrar al inspector.

—¿Quiere volver a hablarme de los perros muertos, inspector? —preguntó con retintín—. Si hubiera sabido que iba a comportar tantas explicaciones, jamás habría accedido a llevarlo a cabo.

—¿Sabe, señora Alemany? Creo que es la primera verdad que me dice desde que nos conocemos.

—También me estoy hartando de sus insinuaciones veladas, inspector. Si

tiene algo de qué acusarme, hágalo. Y si no es así, deje que me vaya. Tengo mucho trabajo.

—¿Asegurándose de que los demás no hablan? Me temo que ya llega tarde. Manel no tiene su temple, eso es obvio. Mientras se sintió a salvo, le daba lo mismo. Pero cuando se vio entre la espada y la pared...

—No me engaña, inspector Salgado. Cuando se ve entre la espada y la pared, Manel escoge pared. Nunca espada.

Héctor se rio.

—Tiene razón. Lo bueno de los refranes es que son simbólicos, así que uno nunca sabe bien dónde está lo uno y lo otro. Le aseguro que el pobre Manel Caballero se enfrentó a una espada muy, muy afilada.

Ella palideció.

—¿Por qué no me cuenta su versión de lo que pasó? Está cansada, tiene que estarlo... ¿De verdad merece la pena tanta carga?

Sílvia vacilaba. Pudo ver que la duda asomaba a sus ojos y que la tentación empezaba a crecer en ella. Pero el orgullo pudo más.

—Estoy segura de que mi hermano debe de estar viniendo hacia aquí. Y bien acompañado. Así que, inspector, creo que pronto podré salir de esta sala y descansar.

—¿Sí? ¿Cuando se acueste olvidará la cara de Gaspar? ¿La de Sara? ¿La de Amanda? Tres personas muertas, Sílvia, sin contar a la pobre mujer de Gaspar y a su niña... Usted es madre.

—Otro de los tópicos que me molesta de hoy en día es la opinión generalizada de que ser madre te haga mejor persona, inspector. Hay buenas y malas madres. Buenas y malas hijas. —Héctor no sabía a qué se refería, pero resultaba evidente que acababa de tocar un punto sensible en la mujer que tenía delante—. Y no pretenda echarme la culpa de lo que Gaspar le hizo a su familia. Bastante tengo con intentar comprender a la mía.

Por fin había hecho mella en Sílvia Alemany. El tono de amargura no podía ignorarse. Y Héctor comprendió que había llegado el momento de apostar fuerte, aunque con cautela, para que ella no adivinara las cartas tan bajas que tenía en la mano.

—Fue un error devolver las bicicletas, Sílvia. Un error bastante tonto. Impropio de usted.

Ella parecía absorta en sus pensamientos, en algo que tenía poco que ver con eso y mucho con su familia.

—Las bicicletas estaban intactas. No había se... —Sílvia se calló, pero ya era demasiado tarde y Héctor terminó la frase por ella.

—No había señales del accidente, ¿verdad?

—¿Qué accidente? —preguntó ella, con voz mucho más insegura.

—El accidente que tuvo lugar cuando regresaban de enterrar a los perros. —El farol funcionaba, Héctor podía sentirlo—. Creo que volvían de buen humor, satisfechos consigo mismos, de la tarea realizada. Creo que no se esperaban que el destino les jugara una mala pasada. Y, de verdad, pienso honestamente que el primer acto de esa farsa fue un puro y simple accidente. ¿Me equivoco?

Sílvia Alemany ya no tuvo el valor de seguir negándolo. Cerró los ojos, tomó aire muy despacio y empezó a hablar.

Los ocho contemplan su obra con la satisfacción que da el haber hecho algo real, con las manos, a base de esfuerzo físico y sudor de verdad. Una sensación a la que, de hecho, están poco acostumbrados porque sus trabajos tienen poco que ver con eso.

—Ya está —dice Brais con un suspiro, mientras se frota las manos. Es el que más ha cavado y sabe que al día siguiente tendrá las palmas llenas de ampollas del mango de la azada, pero el esfuerzo físico le resulta sano. Vigorizante.

El único rastro de aquellos animales sacrificados sin compasión es la tierra removida a unos cien metros del árbol. Sin ellos, las ramas del alcornoque vuelven a ser inofensivas, vulgares. El anochecer baña el paisaje de una luz plácida, reconfortante.

—¿Nos vamos ya o pretendéis también que recemos algo? —pregunta César. Es el único que parece inmune al ambiente generalizado de bienestar que se respira allí. En realidad, fue el que aceptó ensuciarse las manos solo a regañadientes, cuando vio que la votación estaba perdida de todos modos. Solo Manel había objetado a la idea y a César no le gustaba asociarse con los perdedores.

Octavi sonríe y Sílvia mira de reojo al que es su prometido. César se calla.

—¿Por qué no nos vamos ya? —interviene Manel—. Es casi de noche.

—¿Por qué no esperamos un momento? —propone Sara—. No hay muchas oportunidades de disfrutar de un atardecer como este.

César está cansado y tiene ganas de volver a la casa, pero una vez más los otros parecen estar de acuerdo. Y, en realidad, todos, incluso él, contemplan la puesta de sol en las montañas, en parte porque es hermosa y en parte porque están demasiado cansados para moverse o para discutir. El sol desciende tras las montañas despacio, sin esfuerzo, apagando su brillo anaranjado y dejando al mundo en penumbra.

—Bueno, ya está —dice Brais en voz baja—. Ha sido un día largo.

Caminan hacia la furgoneta, fatigados pero contentos. La tarea y el crepúsculo los han dejado satisfechos. Los invade una paz eufórica y contagiosa.

—Ya la llevo yo —dice Sílvia, y César, que había conducido a la ida, le lanza las llaves—. Me gusta conducir de noche.

Se acomodan en la furgoneta, que tiene dos filas de tres asientos además de los dos de piloto y copiloto: Sílvia al volante y Octavi a su lado; en las dos filas traseras se han distribuido los demás. Pone música antes de arrancar y todos parecen sentirse tan jóvenes y tan libres como proclama la canción.

—Me encanta —dice Sílvia—. Ahora que no nos oye mi hermano, creo que es lo mejor de la campaña.

Se oye una carcajada general: no es habitual que los Alemany se critiquen entre ellos, aunque corre el rumor de que las relaciones entre ambos no atraviesan su mejor momento.

Sílvia arranca y la furgoneta inicia la marcha, tan alegre como ellos y en absoluto fatigada.

—¡Eh! —protesta César después de una curva que los ha impulsado a todos hacia un lado—. Ten cuidado. Me he clavado la dichosa pala en las costillas.

—César, no seas aguafiestas. Ya llegamos. Pon otra vez la canción, Octavi. Me anima.

Y Sílvia acelera, porque de repente se siente como cuando era joven y rebelde, y hace años que no experimenta una sensación parecida. Acelera sin tener en cuenta que la visibilidad no es buena, ni la carretera tampoco. Acelera porque no cree que en ese camino solitario vaya a encontrar ningún obstáculo que la frene.

Están llegando, se distinguen sus luces en lo que, sin ellas, sería un campo

negro. Los que van sentados detrás ni siquiera ven lo que pasa. Solo oyen la súbita advertencia de Octavi, notan un volantazo brusco y un golpe sordo. La furgoneta se detiene a un lado del camino, frente a la puerta exterior del sendero que lleva a la casa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Amanda.

Nadie le contesta. Octavi baja del vehículo y se acerca a un bulto que hay en el suelo. Solo que no es un bulto, ni un animal. La bicicleta que hay volcada junto a él lo confirma. César intenta correr tras él, pero la pala, que llevaba reclinada en el asiento, le corta el paso, así que con un gesto de impaciencia la arroja hacia fuera para poder descender. Brais, más ágil, llega una vez más antes que él. Y los tres hombres contemplan al chico árabe, la herida que le brota de la sien y que ha teñido de sangre la mano de Octavi cuando ha intentado incorporarlo.

—¡No lo toques! —exclama Brais, pero por la cara de Octavi está claro que ya da lo mismo.

—Mierda... Joder. —César da una patada al suelo y por una vez sus protestas parecen justificadas.

—Le ha dado con el retrovisor —dice Brais, señalando el espejo de la furgoneta.

Se miran sin saber qué hacer y César regresa hacia el vehículo, cabizbajo. Camina despacio y se dirige al lado del conductor. Sílvia baja la ventanilla y lo mira, y por la expresión de su rostro sabe que ha pasado algo grave. Suspira y se cubre la cara con las manos.

Amanda y Manel también han bajado ya del vehículo, pero no se mueven, como si allí, pegados a la furgoneta, estuvieran a salvo. Gaspar y Sara los imitan, ella con el teléfono móvil en la mano.

—Hay que llamar a una ambulancia. O a la policía. No sé.

—No llames a nadie. Espera un momento —ordena César, y sigue hablando en voz baja con Sílvia.

El mundo parece detenido en esa porción de camino oscuro y tenebroso. Ya no se sienten jóvenes y libres, sino nerviosos y asustados. El silencio del campo, invadido por susurros desconocidos, los intranquiliza.

—No quiero verlo —dice Manel—. No puedo soportar la sangre.

Toma el sendero hacia la casa, a toda prisa, huyendo de todo aquello.

—Sí —dice César—. Entrad en casa. Vamos, Gaspar, acompaña a Sara y a Amanda. Y no llaméis a nadie. Ya nos ocupamos nosotros de esto.

Todos comprenden que quiere quedarse a solas con Sílvia, que sigue en el interior del vehículo, y con Octavi. Quizá incluso con Brais.

Gaspar recoge la pala del suelo, la que había lanzado César desde la furgoneta, y empieza a andar. Sara y Amanda van detrás de él: se desvían un poco para no pasar cerca del cadáver aunque resulta evidente que Amanda no puede evitar echarle un vistazo rápido.

Y entonces, una vez más, sucede lo imprevisto. Oyen un grito en el patio de la casa, una voz de alarma que solo puede proceder de Manel. Sara y Amanda se detienen, asustadas, y Gaspar, con la pala en la mano, corre hacia aquellas sombras que se debaten en el suelo. Lo siguiente que se oye es un ruido intenso y metálico.

El crujido de un cráneo al partirse.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó Héctor, impresionado a su pesar.

Sílvia Alemany había adoptado una voz neutra durante todo el relato, una voz que parecía no formar parte de la historia, no ser la de una de sus protagonistas.

—¿A usted qué le parece? —preguntó, y en su tono se advertía de nuevo a la mujer que Héctor había conocido esos días—. Eran dos moros, seguramente un par de ladronzuelos. Un par de inmigrantes sin papeles a los que nadie echaría de menos.

—¿Convencieron a todos de no denunciarlo?

—Más o menos. No resultó muy difícil, créame. Gaspar estaba anonadado y Octavi lo convenció de que no merecía la pena acabar en la cárcel, lejos de su hija, por un ladrón sin familia ni futuro. Sara se mostró leal a la empresa, a mí, igual que César. Manel aceptó porque sabía que podría sacar algo a cambio. Y Amanda... sinceramente, inspector, no sé en qué pensaba Amanda Bonet.

En su historia personal, se dijo Héctor. Estaba seguro de que eso había sido una obsesión para Amanda: la intensidad de su entrega a Saúl así lo indicaba.

—¿Y Brais?

—Fue el más difícil de persuadir. Nunca he sabido por qué accedió. Creo que lo hizo por Gaspar. Brais es huérfano, ¿sabe? No estoy segura, no es un hombre previsible. Eso sí, es un hombre de palabra.

—Así que decidieron ocultarlo —concluyó Héctor—. Y les salió bien, o al menos todo pareció quedar olvidado hasta...

—Hasta que sucedió lo de Gaspar. Estuvo muy raro durante los meses previos al verano, tanto que temí que fuera a contarlo todo. Por eso, cuando Octavi nos comunicó lo de su excedencia, decidimos que un ascenso le iría bien. Le pondría más de nuestro lado. Pero no fue así: se sentía aún peor... No sé si también recibió alguna foto de los perros antes de morir.

—¿La foto? —Héctor se irguió, súbitamente alerta—. ¿La recibieron todos?

—Creo que sí, aunque después. De hecho, nos llegó hace poco. Después de la muerte de Sara.

La mente de Héctor funcionaba sin parar, uniendo datos, planteando preguntas y respondiéndolas de la única manera que, en realidad, parecía posible. La crueldad con la familia de Gaspar, la cena de Sara antes de morir, las fotos... Le faltaban datos, pero tenía que ser así. Necesitaba pensar. Cuando tomó la palabra, lo hizo con voz seria y acusadora.

—Hicieron con esos hombres lo mismo que habían hecho con los perros. Deshacerse de sus cuerpos, borrarlos de la vista. Eliminarlos para que el paisaje volviera a ser normal. Pero los hombres no son perros, Sílvia.

—Ya. Algunos son bastante peores. Bichos que muerden a traición.

Héctor esbozó una sonrisa irónica.

—Esa opinión de los demás me parece de un cinismo exquisito viniendo de usted, Sílvia. —Alzó el tono para añadir—: Dígame, ¿qué hicieron con sus cuerpos?

Sílvia le miró a los ojos. Ya no le quedaban fuerzas para el desafío, pero conservaba un instinto primario: el de supervivencia.

—Eso, inspector, es lo único que no pienso contarle.

Héctor dejó a Sílvia en la sala de interrogatorios y salió al pasillo. Después de aquella confesión en voz baja, el ruido de comisaría se le antojó casi un estruendo, como si estuviera saliendo a la superficie después de bucear en aguas oscuras y traicioneras. Una superficie nítida solo en apariencia, pensó. Seguía sin saber cómo había muerto Gaspar. Sara. Amanda. Una voz le sobresaltó.

—Inspector. He hecho lo que me dijo. Están todos en la sala dos.

—¿Y Manel?

Roger Fort abrió las manos en un gesto que podía ser de disculpa o de burla.

—Se desmayó en la celda, inspector. Tuvimos que sacarlo de allí para reanimarlo, pero estaba totalmente ido. Le hemos enviado al hospital.

Héctor asintió. Los débiles siempre lo serían, y, de hecho, se sentía mejor habiendo hecho caer a uno de los del otro bando. Es más limpio, pensó, aunque sabía a ciencia cierta que ese era un calificativo que pocas veces podía aplicarse a su trabajo. Eran las dos del mediodía de una jornada que prometía ser extremadamente larga.

A juzgar por sus posturas, pensó Héctor al entrar, se diría que forman tres bandos: Víctor Alemany y Octavi Pujades se habían sentado muy cerca; Brais y César ocupaban dos sillas distantes entre sí y separadas de las de los otros dos. Ninguno de ellos hablaba cuando Salgado entró en la sala.

—Espero que tenga un buen motivo para todo esto, inspector.

—Usted debe de ser Octavi Pujades —dijo Héctor.

—Efectivamente, y no sé si es usted consciente de que tal vez mi mujer esté muriendo en este momento, mientras yo estoy aquí acompañando a Víctor.

A pesar del aspecto envejecido, aquel hombre conservaba el aire de autoridad típico de quienes la han ejercido durante mucho tiempo.

—Le habría hecho venir de todos modos.

—¿De qué está hablando? —Víctor Alemany se levantó de la silla—. Esto es... una persecución hacia mi empresa. He hablado con sus superiores y le aseguro que tomarán medidas.

Héctor sonrió.

—Señor Alemany, antes de que siga hablando le sugiero que escuche. Se ahorrará hacer el ridículo.

—No le consiento...

—Calla, Víctor —le ordenó Octavi.

—Haga caso a su amigo, señor Alemany. Déjeme hablar a mí.

Y Héctor habló. Contó, de una forma resumida pero sin omitir ningún detalle importante, casi todo lo que le había narrado Sílvia. Tuvo la satisfacción de que nadie se atreviera a interrumpirle y de que cuando terminó el silencio era tan espeso como las verdades desagradables. Víctor Alemany le había escuchado y se había quedado boquiabierto, y si Héctor tenía alguna duda de que estaba al margen de ese secreto, en ese momento comprendió que así era.

—Y ahora que sabemos lo que pasó ahí arriba, ¿tienen algo que añadir, caballeros?

No hubo respuesta. Héctor estaba seguro de que, en alguna conversación previa, habían decidido cuál sería el plan si eso salía a la luz.

—¿No hay nada que quieran contarme? —insistió.

Fue César quien respondió:

—Yo no sé de qué me está hablando.

Negarlo. Ese era el plan. Negarlo, porque en el fondo sería la palabra de ellos contra la de quien les había traicionado solo a medias. Negarlo, porque si nadie revelaba dónde estaban los cadáveres, sería muy difícil acusarlos formalmente por muchas ganas que tuviera Héctor de verlos a todos en

chirona.

—Muy bien. Sigán en silencio, pero les aseguro que terminaré descubriendo qué hicieron con los cuerpos. Y entonces se les acusará de asesinato. A todos. —Miró a Brais Arjona—. Incluso a aquellos que no conducían, ni golpearon a nadie.

No había forma de adivinar qué estaba pensando Brais: su rostro era la viva imagen de la concentración. Resopló desanimado.

—Mejor cállate, Brais. —Octavi Pujades se dirigió a Arjona con voz ronca—. O los demás también tendremos cosas que contar. —Prosiguió sin poder contenerse—: Amenazaste a Gaspar, él me lo dijo. ¡Te tenía miedo!

—La vejez te hace chochar, Pujades. —Brais hizo un gesto de fastidio—. Llevamos meses desconfiando unos de otros. ¿O acaso no te acuerdas de que César y yo fuimos a verte por orden de Sílvia? Gaspar estaba histérico, todos lo vimos. No me culpes a mí de lo que hizo. Yo no intenté convencerle más que tú, o Sílvia... Entonces aún merecía la pena. Ahora ya no me importa.

—Está claro que a todos les interesaba que Gaspar no se fuera de la lengua. —Héctor fue posando la mirada sobre cada uno de ellos—. ¿Sellaron otro pacto, entre ustedes? ¿Eliminar a quien mostrara señales de arrepentimiento?

—¿Y cree que lo matamos a él y a toda su familia? —preguntó Octavi en un tono evidentemente sarcástico—. No somos miembros de una banda de delincuentes, inspector.

—No. No lo son. Pero esa noche cruzaron una línea peligrosa, señor Pujades. Ya no podían volver atrás. No sé cómo se convencieron unos a otros de que ocultar dos muertes violentas podría quedar impune, pero estoy seguro de que han disfrutado de pocos momentos de tranquilidad desde entonces.

Brais Arjona se levantó de su silla y se puso la chaqueta. Se le veía extrañamente tranquilo cuando tomó la palabra.

—Tiene razón, inspector. Y ahora, si no desea nada más, yo me marcho. Tengo cosas que hacer.

Héctor deseaba retenerlos, pero no podía: había esperado que averiguar lo que sucedió meses atrás en aquella casa alejada de la ciudad comportara una solución casi instantánea al misterio de los presuntos suicidas. Podía ser que alguno de los hombres que tenía delante se hubiera adjudicado el papel de

brazo ejecutor para proteger al resto, de la misma manera que todos podían ser víctimas de una venganza; en ese momento no había forma de saberlo.

Los vio salir, uno a uno, enfundados en sus americanas de paño y sus abrigos de buen corte. Reyes y esbirros de un ejército gris. Súbditos sin reina, que seguía encerrada después de traicionarlos. Déjate de tonterías, Salgado, se dijo. Aquí no hay príncipes ni reyes, solo tipos corrientes. Eso sí, algunos con bastante más dinero que la mayoría...

Y entonces, de repente, como si todos ellos no fueran ya personas, sino fichas de dominó, capaces de caer en serie con el toque más leve, Héctor se puso en pie, apartó al señor Alemany y se alejó por el pasillo, casi corriendo, hacia la sala donde aún estaba Sílvia. La reina al borde de ser derrocada.

Irrumpió con tanta fuerza que ella se sobresaltó.

—Contésteme a una pregunta. ¿Cuándo debe entregar el dinero que le han pedido a cambio de silenciar la verdad?

Sílvia movió la cabeza y apretó los labios. Se jugaba mucho con esa respuesta y ella lo sabía. Pero también comprendió que aquel enemigo que tenía delante no cejaría en su acoso.

—Vamos, conteste. Puedo hacer que la sigan las veinticuatro horas. Ha perdido. Todos han perdido.

—Mañana viernes —respondió ella por fin—. Antes de las cinco de la tarde.

—No diga nada a nadie. Y haga exactamente lo que yo le ordene.

Héctor no vio a Fort en su mesa y decidió salir a fumar un cigarrillo. Sus pulmones pedían nicotina y su cerebro, aire frío. Es ya de noche, se dijo. La jornada había terminado y él ni siquiera había visto la luz del día.

Cuando volvió a entrar, Fort le esperaba en la puerta de su despacho.

—Inspector —dijo el agente, súbitamente animado al verlo—, pensé que se había marchado y hay una cosa que quería comentarle.

—¿Algo que ver con el caso?

—No, señor...

—Entonces puede esperar a mañana —zanjó Salgado.

—La cuestión es que no puede, señor.

—Venga, di lo que sea. —En el cerebro de Héctor había aún demasiado ruido para concentrarse en algo que no guardara una estrecha relación con lo que le había ocupado en las últimas horas. Por eso no consiguió prestar atención hasta que, entre el murmullo, distinguió dos palabras que juntas dispararon todas las alarmas: el nombre de pila de su hijo y la palabra hospital.

—¿Qué dices? —preguntó.

—Ha llamado su hijo Guillermo, inspector —repitió Fort—. Está en Sant Joan de Déu, en el hospital. Pero no se asuste, no es por él. Ha ido allí con la agente Leire Castro. Ella está dando a luz.

Roger Fort podría vanagloriarse a partir de entonces de ser de los pocos que había visto al inspector Salgado completamente desconcertado ante una noticia.

Los bebés recién nacidos tienen la virtud de despertar ternura en los adultos, pensó Héctor, y miedo en los jóvenes. O al menos eso era lo que intuía viendo la cara de Guillermo, que contemplaba a esa criatura diminuta, metida en una especie de pecera sin agua, con una expresión que fusionaba el temor y la aprensión.

Aunque quizá el miedo no sea por el recién nacido, se dijo Héctor, sino por todo lo que Guillermo había tenido que contarle a su llegada y que él aún no había podido procesar del todo. Poco a poco, mientras esperaban noticias del médico que atendía a Leire, Héctor se enteró de cómo y por qué se habían conocido esta y su hijo, en casa de Ruth, y también de la historia de Charly. Maldito Charly... Héctor no sabía si enfadarse o no, ni con quién, pero poco a poco otras piezas sueltas también encajaron: la sustracción del expediente de Ruth, la negativa de la subinspectora Andreu a dar más explicaciones...

—¿Estás enfadado? —le preguntó Guillermo.

Héctor pensó que sí. O que al menos lo estaría si no se sintiera a la vez contento por ese crío, que había nacido débil pero sano. Y porque estaba preocupado por Leire, que yacía en la cama con su amiga María al lado. Su familia llegaría al día siguiente y Héctor no quiso preguntar por el padre del niño. Se conformaba con saber que ni Leire ni el bebé corrían ningún peligro.

—Ya hablaremos de todo en otro momento, ¿no te parece? —le dijo, al tiempo que le echaba un brazo alrededor de los hombros—. Ahora será mejor que nos vayamos a casa. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

Siguieron unos minutos más contemplando al recién nacido, a Abel, que

iba a pasar su primera noche en un mundo que, ya de entrada, le estaba maltratando un poco. Solo cabía esperar que ese mundo tratara a ese crío con más dulzura a partir de entonces.

La mujer mira el mundo con ojos extraviados, de un azul desvaído. Ojos que no parecen ya capaces de ver el presente tal como es, que se pierden en las brumas de un pasado que se empeña en invadir aquel dormitorio amueblado con piezas recias, de madera envejecida por los años. Las persianas a medio bajar frenan el paso a la luz del exterior. Héctor no se atreve a subirlas: está claro que la anciana prefiere la penumbra al brillo resplandeciente del sol. Quizá envuelta en esa oscuridad amable se siente mejor. La claridad se ha convertido en un enemigo: a la luz del sol todo adquiere unos contornos demasiado definidos y a la vez remotos, desconocidos.

Héctor se acerca a la butaca donde la mujer está sentada, de cara al balcón, y ella por fin parece advertir su presencia. Por un momento la nube que emborrona su mente se despeja un poco, lo bastante para saber que alguien está ahí: alguien cuyos rasgos le resultan familiares aunque hace mucho tiempo que no los tiene delante.

«Hola», le susurra él, acercándose un poco más. Y levanta la mano para acariciar aquella mejilla que, pese a los años y a la enfermedad, se mantiene sorprendentemente tersa, pero la caricia se queda en el aire, frenada por el súbito ataque de pánico que asalta a la anciana. Los ojos se le llenan de lágrimas en un instante aunque Héctor apenas tiene tiempo de verlo porque la mujer se cubre la cara con el brazo, como si deseara defenderse de un presunto agresor. «No me pegues. Por favor. No me pegues más».

Héctor da un paso atrás y se mira al espejo que hay en la pared, un espejo tan antiguo como los muebles, de marco dorado. Y entonces comprende qué es lo que asusta a su madre. No lo ve a él, a su hijo Héctor, y sin embargo reconoce su cara. El rostro de aquel marido cabrón que la golpeó durante años a escondidas, en ese mismo dormitorio.

Lo peor es que él también lo ve en ese mismo espejo: en su propio reflejo, en su cara, idéntica a la que recuerda de su padre cuando tenía la edad que él tiene ahora.

Lo peor, pensó Héctor, aún despierto en la terraza de madrugada, es que esto no es ninguna pesadilla al uso, sino un recuerdo real y doloroso. El último viaje a Buenos Aires mientras su madre aún vivía, siete años atrás. Fue el viaje que marcó el final de su relación con Lola y el inicio de una nueva etapa de su matrimonio con Ruth. Había muchas maneras de hacerle daño a una esposa, de propinarle golpes invisibles. De hacerla sufrir.

Y eso era algo que él no podía permitirse a sí mismo.

—¿Estás seguro de que irá a por el dinero hoy mismo? —le preguntó Lola. Había acudido a comisaría porque no quería perderse el desenlace del caso antes de irse. Héctor sabía que debía regresar a Madrid esa misma noche para cubrir un evento que se celebraba el sábado en la capital. Eso si el tiempo se lo permitía: no cesaban de anunciar la posibilidad de que, por extraño que resultara, una nevada cayera sobre Barcelona en las próximas horas.

Eran las cinco de la tarde del viernes.

—Digamos que creo que no podrá resistir la tentación de ir. Hizo muchas cosas por ese dinero, aparte de mandar fotos, y debe de tener muchas ganas de apoderarse de él. No esperará.

Lola hizo un gesto de conformidad, aunque no estaba del todo convencida.

—En cualquier caso, lo sabremos enseguida. Sílvia Alemany ya ha cumplido las instrucciones y ha dejado la bolsa en la taquilla. Fort anda por ahí, vigilando. Si alguien va a sacarlo, lo verá.

Y sin querer su mirada se volvió a posar en el teléfono, que seguía insultantemente mudo.

—Aún no entiendo cómo dedujiste que estaban chantajeando a Sílvia.

Él sonrió.

—Digamos que fue una inspiración repentina. Había encajado piezas, pero algo fallaba. Alguien había tenido la oportunidad y el motivo. Motivo para denunciarlo todo, para al menos exponerlo públicamente. Pero no lo había hecho, así que tenía que estar buscando otra cosa. Y al final se me ocurrió que el dinero suele ser un acicate muy razonable para hacer cosas terribles.

—No sé si te sigo —dijo ella.

—Hubo algo que me preocupó durante el transcurso de la investigación. Podía llegar a entender que uno de los otros hubiera matado a Gaspar, a Sara y a Amanda, pero ¿por qué ser tan cruel con la mujer de Ródenas? Y con la niña. Octavi Pujades también lo dijo.

—Bueno, alguien fue cruel con ellas.

—Sí. —Y Salgado intentó no pensar en la escena terrible que debía de haber tenido lugar aquella noche—. Y otra cosa: de las tres víctimas, Gaspar Ródenas cumplía claramente los requisitos del posible suicida.

—No pudo soportar el peso de la culpa...

—Eso por un lado; por otro estaba la adquisición de un arma. No sé si cuando se agenció la pistola pensaba ya lo que iba a hacer o si se le ocurrió luego, pero lo cierto es que la usó. Contra él y contra su familia. Su caso se archivó como lo que era, y durante cuatro meses no pasó nada más.

Lola asintió.

—Y así llegamos a Sara. Otra de las claves de todo este asunto. Tan sola, por un lado, y por el otro, tan leal. En el fondo, tan vulnerable a cualquiera que la abordara y le demostrara cierto cariño. Cuando supe que la foto había llegado después de su muerte intuí que eso tenía que significar algo. Gaspar se había suicidado cuatro meses antes y para ellos todo había seguido igual. La única explicación posible era que durante esos cuatro meses alguien se hubiera acercado a Sara para obtener información...

El teléfono sonó entonces y Héctor respondió al primer timbrado. Fue una conversación breve, de frases cortas y tensas; cuando colgó, se echó hacia atrás en la silla y exhaló un largo suspiro.

—Vienen para acá —dijo—. Fort acaba de detener a Mar Ródenas cuando sacaba el dinero de la taquilla del supermercado donde lo había introducido Silvia Alemany. Su novio la esperaba en el coche e intentó huir, aunque lo interceptaron poco después.

—Estabas en lo cierto —le felicitó Lola.

Pero Héctor no parecía satisfecho cuando dijo:

—No me creía que Gaspar se hubiera suicidado sin decir por qué lo hacía. Y Mar era la única persona que podía haber encontrado una nota que, aunque fuera solo parcialmente, la pusiera en antecedentes de lo que había ocurrido en

Garrigàs. Eso le daba la oportunidad. Las ansias de venganza contra los otros eran un buen motivo. Y la necesidad económica, o la codicia, la hicieron modificar sus planes. Eso sí, como pasa a veces, ella y su novio tuvieron la suerte del novato. Una suerte de consecuencias perversas.

Mar Ródenas estaba mucho más seria esa tarde que las otras dos veces que Héctor la había visto. A pesar de todo, él no pudo evitar una sensación extraña al verla esposada, sentada en la misma sala de interrogatorios donde había estado Manel Caballero. No era exactamente compasión aunque sí una especie de tristeza. En el fondo estaba seguro de que aquella joven que tenía delante no habría dado nunca ese paso, pero cuando la codicia se aliaba con la venganza los resultados podían ser horribles.

—Hola, Mar —le dijo él.

Ella no contestó.

—La verdad es que hasta ayer no esperé verte nunca en estas circunstancias.

—¿No? —Su tono era duro, amargo—. Todos cometemos errores, inspector.

—Tienes razón. El mío fue fiarme de las apariencias. El tuyo pensar que podías hacer justicia por tu cuenta y de paso sacar provecho. —Héctor la miró fijamente y prosiguió—: Aunque en tu defensa diré que hay algo que puedo comprender. La escena que encontraste en casa de tu hermano tuvo que dejarte destrozada. Ver que Gaspar había matado a su mujer, a su hija y luego se había pegado un tiro sería suficiente para que cualquiera perdiera la razón. Y leer la nota que escribió tuvo que ser una experiencia traumática. Luego, en el ordenador, entre otras cosas, encontraste la foto de los perros.

Ella se mantuvo en silencio, expectante, pero él no le concedió una tregua demasiado larga.

—Quiero pensar que al principio guardaste esa nota con buena intención. Sin ella, tus padres siempre podrían pensar que su hijo no había cometido ese crimen atroz. La guardaste y empezaste a obsesionarte. Especialmente porque no lo contaba todo, ¿verdad? Aún no sé lo que decía, pero deduzco que se refería a un asesinato cometido en la casa de Garrigàs, al regreso de enterrar a

esos perros de la foto, y con la complicidad de los otros, sin dar más detalles aparte de sus nombres. Si lo hubiera explicado con detalle, tú no habrías tenido que abordar a Sara Mahler. La conociste en el entierro de Gaspar, ¿no es así?

Ella desvió la mirada, pero no pudo evitar un fugaz gesto de asentimiento.

—Pobre Sara... —dijo Héctor—. Era reservada, discreta, y al mismo tiempo estaba muy necesitada de afecto. Y tú te presentaste ante ella como lo que eras entonces: una chica cuyo hermano había muerto de forma trágica; una joven sin empleo, y tal como están las cosas, sin un futuro muy halagüeño. Le dijiste que habías encontrado la nota de Gaspar y que la habías ocultado para no hacer más daño a tu familia. Sara, con un padre que no la quería, se conmovió y confió en ti.

Mar seguía encerrada en un mutismo hosco y Héctor continuó:

—Sara te hizo regalos y gastó dinero en cenas y otras cosas porque llegó a apreciarte y porque, como todos, necesitaba a alguien con quien hablar. No solo de eso, también de sí misma y de la empresa, incluso de Amanda y de sus hábitos sexuales. Además, si salía el tema de Garrigàs, no sentía que estuviera traicionando a nadie: la habías convencido de que ibas a guardar un secreto del que ya sabías algo, no por ellos, sino por el bien de tus padres, y poco a poco fuiste sonsacándole el resto de la información. Al fin y al cabo, ella debió de pensar que te asistía cierto derecho a saberla. Solo hubo una cosa, un detalle que se resistía a revelar a pesar de tus insinuaciones: qué habían hecho con los cuerpos.

El inspector hizo una pausa. Había muchas cosas que no sabía, que debía intuir; datos que obtener de aquella chica que en ese momento parecía dispuesta a permanecer en silencio para siempre.

—¿Qué pasó, Mar? ¿Intentaste convencerla de que te ayudara en ese chantaje? —Había estado hablando con Víctor Alemany esa misma mañana, y el director de los laboratorios le había contado su extraño encuentro con Sara en el despacho de Sílvia la noche de la cena de Navidad—. ¿Le dijiste que ambas merecíais algo mejor? ¿Un premio tangible a cambio de vuestro silencio?

Mar Ródenas se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —dijo por fin—. Eso era lo único que podían darme.

—Pero Sara no pudo hacerlo. No creo que fuera capaz de traicionar a los suyos; no se atrevió a dejar la fotografía de los perros en el despacho de Sílvia.

—¡Sara no tenía ni un ápice de ambición! —saltó Mar.

—No —dijo Héctor—. Sara era leal, aunque de golpe vio que sus lealtades se dividían. Por un lado estaba el pacto con sus compañeros; por otro, la simpatía que sentía por ti. En cualquier caso, su fidelidad al pacto acabó ganando. Y tú te enfadaste, ¿verdad? Había pasado de ser una aliada a un obstáculo: sabía demasiado.

El inspector Salgado iba ordenando los hechos siguiendo un razonamiento que le llevaba a una única conclusión posible.

—Así que esa víspera de Reyes tú decidiste encontrarte con ella para, una vez más, insistir en lo que te faltaba por saber. Y ella se negó en redondo. Discutisteis. Por cierto, eras rubia entonces, ¿verdad? Os teñisteis el pelo las dos: tú de rubio y ella de negro azabache.

Mar se volvió hacia él. Un leve rastro de furia brillaba aún en sus ojos.

—Intentó disuadirme, y comprendí que era como los demás. Y se lo dije. —La furia de su mirada se tornó ira—. Se lo solté todo, la insulté. Le recordé que en cualquier momento podía volver a pasarle aquello que tanto temía.

—Sara Mahler había sido víctima de una agresión sexual, ¿verdad? —Era una posibilidad muy razonable teniendo en cuenta lo que sabía de Sara.

—Hace años —dijo con desprecio—. Sara era una frígida y los hombres la aterraban. Ni siquiera era capaz de coger un taxi; todo para no estar a solas con un hombre.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Héctor, en voz baja.

—No le hice nada. Solo le dije que mi novio y sus amigos se ocuparían de ella. Lo tenía decidido: si Sara no respondía a las buenas, callaría a las malas.

Héctor meneó la cabeza, intentaba recomponer la situación.

—No sé cómo te las arreglaste, supongo que mientras ella estaba en el servicio, pero le cogiste el móvil y borraste toda la información para evitar que, al menos esa noche, cuando la acosarais, ella pudiera llamar a alguien. Y luego, además, eso te resultó muy conveniente para que no encontráramos ningún rastro de vuestra amistad. —Héctor cambió el tono—. Llamaste a Iván, tu novio. Para que esperara a Sara en la estación. Sara se marchó alterada y

fue hacia el metro. Se sentía fatal: había traicionado a sus compañeros y tú la habías decepcionado. Además, estaba aterrada por tus amenazas.

Héctor había dejado la proyección lista.

—Ninguno de los dos teníais previsto que Sara muriera. Os bastaba con asustarla. Pero las cosas se os fueron de las manos —dijo, pensando en la explicación de Fort, que había resultado ser cierta a medias—. Esta mañana nos llegaron las imágenes grabadas del andén contrario. Creo que en ellas descubriremos a tu Iván. Vuestra gran esperanza era el anonimato, que nadie os relacionara con esto. Que sospecharan los unos de los otros. Que no supiéramos a quién buscar.

Mar desvió la mirada de la pantalla y la clavó en el inspector.

—No —dijo Héctor—. Quiero que veas cómo murió Sara. Te mereces verlo.

Activó la grabación: el gris andén apareció ante ambos. Y Sara, nerviosa, mirando hacia atrás, con el móvil en la mano.

—Al ver su teléfono vacío tuvo que darse cuenta de que maquinabas algo —prosiguió Héctor—. De que tus amenazas no iban en broma. ¡Mírala! —ordenó—. Ten la decencia de ver lo que hicisteis.

Mar Ródenas obedeció. Y, en honor a la verdad, su semblante fue alterándose.

—Entonces tú le mandaste la foto, desde un locutorio próximo al restaurante. Podía haberle llegado más tarde, pero aún la pilló en el andén. El miedo en ella se hizo más fuerte. E Iván, que la había visto bajar, solo tuvo que salir un instante: llamarla, o enseñarle una navaja. Y Sara estaba tan desesperada que hizo lo único que se le ocurrió para huir.

El metro llegaba a la estación. Los dominicanos ocupaban el primer plano pero Héctor casi podía ver lo que las imágenes no mostraban: a la pobre Sara saltando a las vías para evitar algo que, en su mente, era todavía peor que la muerte.

—No tiene ninguna prueba de eso, inspector —le retó Mar.

—Bueno, estoy seguro de que tu novio confesará cuando le planteemos la otra posibilidad: que la empujara deliberadamente. No creo que lo hiciera, la verdad. Demasiado arriesgado y, además, para matar a alguien a sangre fría hace falta un motivo mayor... No, Iván quería asustarla.

Mar Ródenas bajó la cabeza. Para entonces, el miedo era palpable en su semblante.

—Eso sí, una vez pasado el trago decidiste seguir adelante con tu plan y enviaste la foto a todos. Empezaron a ponerse nerviosos. Sara siempre tenía el ordenador encendido así que en alguna visita a su casa conseguiste los correos electrónicos. No te importó no saber todos los detalles de la historia: ya no había opción de averiguarlo y no pensabas renunciar a lo que considerabas tuyo. Además, supusiste que la muerte de Sara también los habría intranquilizado. Pero Sílvia no te lo puso fácil: se negó. Te enfureciste tanto... estoy seguro. Tus amenazas no eran tomadas en serio.

Héctor vio cómo las lágrimas acudían a los ojos de Mar. De pena por sí misma, de rabia o simplemente de miedo. Daba igual: prosiguió sin tregua, alzando la voz, acusando a esa chica del crimen que sí tenía que haber cometido.

—A esas alturas ya no te importaba nada: la muerte de Sara os había convertido en asesinos involuntarios, así que el paso al crimen ya no era tan difícil. Y Amanda era la víctima perfecta. Sara te había contado sus juegos, escandalizada ante esas prácticas, y te dijo dónde dejaba Amanda la llave todos los domingos por la tarde. Encontrarla medio dormida te vino bien; no sé si habrías sido capaz de matarla en cualquier otro caso.

—Eso no son más que suposiciones, inspector.

—¡Por favor, Mar! No intentes tomarme el pelo: tú hiciste el chantaje, tú amenazaste a Sílvia con que alguien moriría si no entregaba el dinero. Amanda murió para que tus amenazas fueran creíbles. No pretenderás que nadie se crea que fue casualidad. —Héctor sonrió—. Ahora mismo uno de mis hombres está acusando a tu Iván de ello, y por mucho que te quiera no cargará con eso. Lo sabes.

Héctor bajó la voz y miró a Mar Ródenas fijamente.

—Solo respóndeme a una pregunta: ¿por qué los odiabas tanto?

Mar le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Usted me pinta como un monstruo, inspector —dijo entonces—. Y habla de la pobre Sara como si fuera una santa. Pero los monstruos eran ellos. Habían matado a dos personas y seguían adelante con sus vidas, con su dinero, con sus empleos, con sus parejas. Incluso después de lo de mi hermano. Yo

solo quería lo mismo: un trabajo, una casa, un futuro. No me diga que no tengo derecho a eso. ¿Sabe cómo va a acabar todo esto? Yo iré a la cárcel y ellos seguirán libres. Porque nadie se molestará en buscar los cuerpos de los desgraciados a quienes asesinaron. Los pobres no le importamos a nadie.

»Lea la nota que dejó Gaspar, inspector. La llevo siempre conmigo. Léala y no me diga que esos hijos de puta no merecen morir. Léala delante de mí y se lo confesaré todo por escrito.

Y Héctor la leyó.

Alba llora. No puedo hacerla callar. Había escrito una confesión completa, pero ya no tengo tiempo, ni fuerzas para repetirla... Es igual. Este mundo no te deja hacer las cosas bien. Primero los demás y esta noche Susana. Se lo conté todo, le dije que lo único decente que podía hacer era confesar, contar la verdad. No puedo vivir con esos muertos en la cabeza. Con la imagen de esos perros muertos, con el ruido de esa pala. Con un ascenso que es el pago del crimen. Un crimen que ocultamos entre todos: Silvia, Brais, Octavi, Sara, César, Manel y Amanda. Se lo dije a Susana, se lo expliqué, pero ella no lo entendió.

Joder, no para de llorar... Se lo dije a Susana y no lo entendió, me dijo que estaba bien, que yo no era más culpable que los demás, que no permitiría que lo echara todo por la borda. Era como hablar con Silvia, o con Octavi...

Redacté la confesión de todas formas. Esta noche. Mientras dormían. Lo puse todo, sin omitir detalle. Y cuando por fin hube terminado me sentí otro. Tranquilo, por primera vez en meses. Entré en el cuarto de Alba... Su habitación huele tan bien, a sueños limpios, a bebé dormido. Le di un beso y salí.

Susana estaba en el cuarto de baño. Había roto mi confesión en pedazos, la estaba tirando en el retrete. Oí el agua llevándose toda mi verdad, como si fuera mierda.

Alba no para. Cuando se pone así, Susana es la única capaz de consolarla. No puedo... No puedo dejarla llorando ahora que su madre ya no está.

Eran casi las nueve de la noche del viernes y Héctor seguía en el despacho, a solas. La confesión, que Mar había firmado finalmente, estaba en su mesa. La incluyó en el expediente, a falta del informe definitivo que le tocaría redactar al agente Fort, sin poder sacarse de encima la sensación incómoda, desasosegante, que solía asaltarle al final de casos tan complejos como ese, aunque nunca con tanta fuerza.

Te estás haciendo viejo, Salgado, se dijo. No tenía claro que fuera solo la edad. Estaba seguro de que había hecho un buen trabajo, de que Mar Ródenas había matado a Amanda Bonet y había inducido al suicidio a Sara Mahler. Pero en algo sí tenía razón: los dos chicos muertos en Garrigàs merecían justicia. Y él no descansaría hasta conseguirla.

Adjuntó la nota al resto de papeles sin saber si era rabia, impotencia o pura y simple desolación lo que le nublaba la vista. El dolor que desprendía esa carta desesperada era más del que nadie debía soportar y sabía que, en sus horas de insomnio, las palabras de Gaspar Ródenas volverían a su mente. Necesitaba algo que le devolviera la poca fe que le quedaba en el ser humano o ya nada valdría la pena.

Se preguntó cómo habían podido vivir con ello esas cuatro personas aparentemente normales. Intentó pensar en cómo se sentirían en ese mismo momento, pero no conseguía ponerse en su lugar.

Sílvia estaba recostada en el sofá de su casa, a oscuras, viendo sin interés el

parte meteorológico que anunciaba la posibilidad de una fuerte nevada en Barcelona esa noche. Había silenciado el móvil para no oír las llamadas de César, ni sus mensajes pidiendo disculpas. Si le hubiera importado de verdad, también habría sido incapaz de perdonarle. No, no había perdón para César Calvo porque simplemente no merecía la pena concedérselo. Igual que tampoco existiría para ninguno de ellos si un día se descubría toda la verdad. Estaba dispuesta a aceptarlo. A vivir con ello auestas. A última hora de la tarde, su hermano le había dicho que, ahora que el caso parecía resuelto, la venta de la empresa seguiría adelante, aunque había aprovechado para matizar que no podía asegurarle que los nuevos dueños quisieran seguir contando con ella. Sílvia no se había molestado en responder; estaba demasiado ocupada buscando un internado para Emma, no en el extranjero, como habían hablado alguna vez, sino en Ávila: un colegio religioso para niñas de buena familia, que su hija detestaría con todas sus fuerzas. Incluso había llamado al centro para preguntar si, como favor especial, la admitirían a medio curso. Afortunadamente, el dinero seguía abriendo puertas y Emma empezaría una nueva vida, lejos de ella, a principios del mes de febrero. Se lo había comunicado un rato antes, en un tono que no admitía discusión.

Al menos este problema está resuelto, pensó, incapaz de abordar entonces todos los demás. Apoyó la cabeza en el reposabrazos y se tumbó, con la vista fija en una pantalla donde aparecían imágenes de nevadas pasadas y, por hastío, cerró los ojos. Lo siguiente que notó fue una mano que la agarraba del cabello y una voz ronca, distinta a la que conocía en su hija, que le murmuró al oído: «Si crees que voy a ir a ese convento es que estás loca, hija de puta». Sílvia ahogó un gemido de dolor y vio a Emma, sonriente, que se iba tan silenciosamente como había llegado.

Ella se quedó quieta, acurrucada en el sofá, atacada por un temblor que era más debido al miedo que a la rabia. De no ser por el dolor, habría pensado que lo sucedido había sido una pesadilla. Pero no, era real. Tan obvio como la música que salía del cuarto de Emma a un volumen ensordecedor. Sin saber qué hacer, Sílvia buscó el número de César en la agenda del móvil y le llamó: no se le ocurrió otra persona a quien recurrir. César era fuerte, podría protegerla... Después de un buen rato de espera tuvo que rendirse a la evidencia de que nadie iba a contestarle y, aún temblorosa, apagó el televisor

y se encerró en su habitación.

La música seguía sonando como una declaración de guerra. Esa noche Sílvia decidió rendirse sin luchar y fingir que no la oía.

César habría contestado gustoso si hubiera recibido la llamada una hora antes, mientras todavía estaba en casa, contemplando la puta alfombra manchada que parecía resumir todo su presente y gran parte de su futuro. Que Sílvia le perdonara le parecía tan imposible como olvidarse del sabor de Emma. Por eso, cuando se hubo fumado un paquete entero de cigarrillos esperando una respuesta que no llegaba, decidió salir a hacer algo que había dejado de lado durante mucho tiempo. Y no se llevó el teléfono.

El bar de señoritas de la calle Muntaner le acogió con la clase de afecto servil que él andaba buscando. Estaba seguro de que, por el precio de una copa, aunque fuera absurdamente elevado, aquel lugar de rincones oscuros le ofrecería lo que necesitaba para calmar su ánimo. Pensó que ni siquiera se había duchado desde la mañana, pero no le importó. Allí nadie se lo echaría en cara. En la barra, con el vaso en la mano, escrutó las caras de las chicas que trabajaban en el local, buscando a alguna que despertara en él el suficiente deseo para abrir la cartera. Después de un rato todas se le antojaron mayores, ajadas, tan distintas a lo que tenía en mente que no se sentía capaz de follar con ellas. Entonces, tras apurar de un trago el whisky, pidió otro y aprovechó para preguntarle al camarero, en voz muy baja: «Oye, ¿sabes dónde puedo encontrar una jovencita? Ya me entiendes, joven... joven de verdad».

La esposa de Octavi Pujades murió al anochecer, cuando la nevada era solo una amenaza. Simplemente se durmió a media tarde y ya no despertó. Al entrar a verla antes de cenar, supo que su corazón ya no latía.

Le cerró los ojos y se sentó en la cama, a su lado. Sabía que debía llamar a sus hijos y darles la noticia, empezar a prepararlo todo, pero necesitaba estar un rato a solas con ella. Le acarició la frente y rezó una oración en voz baja porque fue lo único que le pareció apropiado. Ya se había despedido muchas noches en que creyó que todo se acababa, así que entonces, llegado el

momento, no tenía ya demasiadas cosas que decirle. Eugènia había muerto demasiadas veces para que la definitiva le impresionara realmente.

Salió a la puerta de la casa, en un intento por llenarse los pulmones de un aire que no oliera a muerte, y, sin poder evitarlo, pensó ya no en su esposa sino en Gaspar, en Sara, en Amanda y en los dos chicos muertos. Se dijo que, de todos, él era el más viejo, el que por lógica natural debería haberse ido antes. Y, sin embargo, allí estaba. Vivo, fumando un cigarrillo que se resistía a matarlo, y con un futuro relativamente asegurado por delante. Si todos callaban, claro. Tenía que confiar en eso.

Esa noche ni siquiera se oían los ladridos de los perros vecinos. El silencio era absoluto. A otro le habría incomodado, pero para él ya era algo normal. Pronto la casa se llenaría de gente, hijos, parientes políticos, amigos, conocidos, y esa paz se acabaría. Suspiró: tendría que pasar por eso. Era el penúltimo capítulo antes de que comenzara una nueva historia. Viudo, casi prejubilado, y con dinero suficiente para encarar esa edad crepuscular con dignidad. Era irónico que, si nada cambiaba, él no podría quejarse de cómo le habían ido las cosas.

Tuvo que esforzarse por no sonreír cuando descolgó el teléfono para llamar a su hijo y decirle que su madre había muerto.

A Manel no le gustaban las tormentas, ni la lluvia. Y aún menos la nieve que, según las noticias, se acercaba a la ciudad. Una nevada que iba a rematar unos días horribles, vergonzosos, en los que se había sentido tratado como un criminal. Él, que apenas había hecho otra cosa que mirar y asentir. Lo habían encerrado en un sitio inmundo, con un par de presos apestosos, y luego lo habían llevado a un hospital público donde tuvo que esperar a ser atendido entre un montón de gente vieja y enferma. Cabrones. No era justo. ¿Acaso no había sido Sílvia la que llevaba el coche? ¿Y Gaspar el que asesinó el palazo a aquel moro sucio? Y al final había resultado ser esa tal Mar Ródenas la que había matado a Amanda y empujado a Sara al suicidio. Pero había sido solo él, Manel, quien había tenido que sufrir un infierno. Él, que se había limitado a seguir las directrices de la mayoría sin hacerle daño a nadie.

Definitivamente la vida es injusta, se dijo con amargura mientras iba a la

cocina a tomar el vaso de agua de rigor. Agua fresca para limpiarse por dentro antes de pegarse una ducha. Su rutina de todas las noches que en esa se le hacía más necesaria que nunca después de las experiencias sufridas. Solo por un instante pensó en lo horrible que sería si alguno de los otros se echaba atrás y confesaba qué habían hecho con los cadáveres: ignoraba si eso le llevaría a la cárcel, pero la simple idea de que pudiera suceder le llenó la frente de un sudor frío e hizo que el vaso se le escapara de la mano y se hiciera añicos contra el suelo.

Interpretó la rotura como un mal augurio. Recogió los pedazos abrumado por la terrible sensación de que su vida, su seguridad, estaba en manos de personas a las que poco les importaría dejarlo caer. Verlo hecho trizas.

Héctor estaba tan absorto en sus pensamientos que no oyó que alguien llamaba a la puerta, y se sobresaltó cuando esta se abrió de repente.

—Inspector Salgado.

—¿Sí?

Era Brais Arjona.

—Sé que es tarde, inspector, pero me dijeron que aún estaba aquí. Y no quiero esperar a mañana para hacer esto.

Brais ocupó una silla frente al inspector.

—Se lo he contado todo a mi marido. Desde que acepté ese maldito pacto, ocultárselo era mi único objetivo. Ahora él se ha marchado, y el miedo a perderlo se ha ido con él. ¿Sabe? Siempre pensé que si eso sucedía me llenaría de remordimientos: por lo que hicimos allí, por Gaspar, por Amanda, por Sara. Por todo... Pero no sentí nada. Nada. Ni pesar, ni arrepentimiento, ni siquiera tristeza. Es como si las emociones se hubieran congelado con este maldito invierno. Por eso estoy aquí. Porque o venía y confesaba o me arrojaba por la ventana. Y no quiero hacerlo. Siempre he pensado que el suicidio era una mala solución.

Dos horas después la calle recibió a Héctor con la animación amortiguada de un viernes de invierno por la noche. Parecía mentira que ahí fuera hubiera

gente normal, personas que no cometían crímenes atroces. Respiró hondo y el frío le agujereó los pulmones, pese a todo sacó un cigarrillo y lo encendió. Puto tabaco.

Héctor fumó unos minutos en silencio, bajo un cielo extrañamente oscuro. No podía volver a casa así. Aunque entendía a quienes bebían para olvidar, el alcohol nunca había sido un refugio para él. Lo que necesitaba era aire, gente. Vaciar la mente de lo bueno y de lo malo. Hacía demasiado frío para estar parado, así que decidió caminar hasta casa.

Tomó Gran Vía, llevaba solo unos minutos andando cuando recordó el sueño que había tenido la víspera de Reyes. No había puestos de juguetes, ni luces de colores, ni villancicos atronadores. Pero él seguía igual, caminando solo. Casi esperaba que una maldita bola de cristal cayera del cielo y lo atrapara. Y de repente, como en el sueño, los transeúntes se pararon, sorprendidos: no desaparecieron, sino que se limitaron a mirar hacia el cielo. También Héctor levantó la vista al notar que empezaba a llover. No era lluvia, no, era nieve, tal como habían anunciado.

Héctor estuvo a punto de sonreír. Había algo en las nevadas que sacaba al niño que todos llevamos dentro. Siguió adelante, despacio, mientras contemplaba cómo, poco a poco, la calle iba cubriéndose de un insólito manto blanco. Y se hallaba cerca de la Universidad Central cuando, animado por ese tiempo inusual que no decaía, sacó el móvil y llamó a Lola, diciéndose que aquella noche todo era posible.

Ruth

En el despacho del comisario, Martina Andreu terminaba su relato, en el que ponía al tanto a su jefe de todo lo sucedido tras la sustracción del expediente de Ruth. Por su parte, Savall la escuchaba con el semblante concentrado y el ceño fruncido.

—Leire no ha descubierto gran cosa, la verdad, aunque tampoco ha tenido mucho tiempo —concluyó la subinspectora.

Decían que fuera nevaba. Dentro del despacho el ambiente tampoco era cálido.

—Martina —dijo él después de unos instantes de silencio—, sabes que si no fueras tú quien me está contando esto, tendría que tomar toda una serie de medidas.

—Y aunque sea yo, también, Lluís. No pasa nada, estoy dispuesta a aceptarlas.

—Deja que lo piense. Al final de la semana uno está cansado. Hace tiempo que aprendí que no es buen momento para decidir nada.

—En cualquier caso, todo está sellado, clasificado y añadido al expediente de Ruth Valldaura. Tampoco es mucho: el contenido de la carpeta que Castro cogió de casa de Ruth, algunas notas a mano, y las cintas que consiguió de Fernández. Esta, la del asterisco, es donde aparece Ruth.

Savall asintió.

—Pobre Ruth. Ver a ese tipejo de cerca no tuvo que ser una experiencia agradable. Te lo digo de primera mano. —Él bajó la voz para decir—. Supongo que Ruth fue a interceder por Héctor. Dios, qué ingenuidad... como si

a ese hombre se le pudiera convencer de algo.

—Ya. Pero estamos igual. Omar murió, y entre tú y yo, al abogado ese que se lo cargó deberían pagarle un balneario en lugar de meterlo en la cárcel.

—Desde luego nadie echará de menos a Omar —convino Savall—. Te juro que pocas veces he tenido tratos con alguien tan vil.

—Sí, le recuerdo. Bueno, aquí lo tienes todo. —Martina pensó su siguiente frase durante unos instantes—. Lluís, sé que no estoy en disposición de hacerlo, pero quiero pedirte algo. Leire ha hecho todo esto en su tiempo libre, déjala en paz. Si tienes que abrirme un expediente, hazlo.

Él desdeñó esa posibilidad con un gesto muy suyo.

—Sabes que no voy a hacerlo. Llevamos demasiados años juntos, Martina.

—Gracias —le dijo ella. En el fondo lo esperaba, aunque algo así nunca podía saberse a ciencia cierta—. Precisamente por la confianza que nos tenemos, quiero que sepas que ni yo ni Castro nos habríamos metido en esto si la investigación hubiera estado en otras manos.

Lo decía con sinceridad, aunque al mismo tiempo, Martina también sabía que la desaparición de Ruth Valldaura parecía condenada a no esclarecerse nunca. No era la primera vez que sucedía algo así, ni sería la última.

Savall le dirigió una mirada de reconvención.

—No creo que te puedas permitir el lujo de criticar a Bellver. No ahora, ni delante de mí. Y —añadió— si te refieres a Salgado, no quiero que se vuelva a meter en esto. Fue un error permitirselo al principio. Iba contra toda lógica, y lo sabes. Además de contra toda norma.

—Las normas... Los buenos tenemos demasiadas y los malos casi ninguna. Eso también lo sabes. —Martina se disponía a levantarse, pero no lo hizo. En su lugar, miró a su jefe y añadió, en voz baja—: Como mínimo, pon el caso en manos de otro, Lluís. Si yo fuera Héctor y Bellver se ocupara de algo que me concierne personalmente... Bueno, es igual. Mejor me callo.

—Sí. —Él inspiró profundamente y su corpachón pareció hincharse—. Dejémoslo, es viernes y ya es de noche. Los comisarios no deberíamos trabajar a estas horas.

—Las madres de familia tampoco —replicó ella, yendo hacia la puerta.

—Hablando de madres, ¿cómo está Castro? —preguntó Savall.

—Bien. El parto se le ha adelantado unas semanas, pero todo ha ido sin

demasiados problemas.

—No me cuesta creer que el hijo de la agente Castro tuviera prisa por nacer —bromeó él—. Pocas veces he tenido a mi cargo a alguien más impaciente.

Martina sonrió. Ese era el comentario general de todos cuantos conocían a Leire Castro.

Desde la ventana de su habitación en el hospital, también Leire contemplaba aquella nevada densa, impropia en Barcelona, y se dijo: todo parece estar cambiando. Empezando por ella misma. Acababa de estar con Abel; solo un rato, porque el bebé pesaba poco y debía permanecer en la incubadora como una indefensa cobaya llena de tubitos de plástico. Cuando la enfermera le anunció que debía devolverlo a aquella urna, Leire obedeció, pero no pudo evitar una sensación extraña. Habría permanecido horas observándolo, cerciorándose de que estaba bien. Entero, sano, perfecto. La enfermera debió de leer sus pensamientos porque la tranquilizó con la eficiencia de quien lleva años manejando bebés prematuros y madres neuróticas. Y, con esa misma autoridad, la envió a su habitación, a descansar. «Tranquila», le dijo, «yo estaré aquí toda la noche, con estas cuatro criaturas. A Abel no le pasará nada».

Y Leire la creyó, aunque luego, mientras miraba cómo esos copos cambiaban la ciudad y la convertían en un escenario de postal navideña a finales de enero, pensó en lo terrible que debía ser que tras esa enfermera de rostro amable se escondiera alguien capaz de hacer desaparecer al niño, decirte que había muerto, y venderlo como si fuera un objeto. Un bebé como Abel, o como Ruth...

Se dijo que seguía teniendo en su poder algo que no probaba nada e insinuaba mucho, algo que abría la puerta a un nuevo enigma en torno a Ruth Valldaura. Si las sospechas se confirmaban, la vida de Ruth había dibujado un círculo tristemente perfecto: desapareció de una cuna al nacer, y de su casa, de ese loft que compartía con su hijo, treinta y nueve años después. Quienes habían disfrutado de ella como hija, como madre, como amante o como esposa, ahora se veían obligados a buscarla como quizá lo hizo una mujer

muchos años atrás. Una mujer sola que tal vez tuvo que enfrentarse a todo un mundo que iba en su contra. A una jerarquía de bata blanca y hábito negro, piezas aliadas en ese ajedrez perverso, que contaba además con cómplices en otros estamentos para poder moverse con impunidad.

No dudó en aplicar la palabra «perverso». Leire opinaba que en este mundo, en esta ciudad que ahora se disfrazaba de pureza, existía gente mala. Y no pensaba en delincuentes, ni siquiera en asesinos, sino en monstruos sin conciencia como el doctor Omar. Las imágenes de Ruth en la consulta de aquel viejo seguían vivas en su memoria, y, estaba convencida de ello, seguían formando parte de ese rompecabezas imposible. Solo había logrado añadir nuevas piezas a un puzzle incompleto. Tendré que conformarme con esto, pensó. Alguien le había dicho una vez que madurar es rendirse un poco. Pues bien, ella se rendía, al menos durante unos meses. Y sin sentirse mal por ello.

Leire se quedó un rato más en la ventana, disfrutando de aquella noche blanca, pensando en Abel. En sus propios padres, que llegarían al día siguiente, pillados por sorpresa primero por un alumbramiento impuntual y luego por un clima adverso. En Tomás, que desoyendo los consejos de todos, había emprendido el viaje y estaba entonces atrapado en un tren. Y recordó lo que le había dicho su madre aquel día en la cocina, la premonición que de hecho parecía cumplirse. «Al final, cuando llegue el momento, estarás sola».

Pero, mientras veía caer la nieve, Leire descubrió que no se sentía en absoluto así. Y con una sonrisa se dijo que, en realidad, era todo lo contrario. Desde el día anterior ya nunca volvería a estar realmente sola.

Seis meses atrás

Ruth había tardado poco en preparar lo que quería llevarse. Serían dos días, así que solo necesitaba cuatro cosas que metió en una bolsa pequeña de viaje. El sol que invadía el interior de su casa le daba más ganas aún de irse. En una hora podría estar tumbada en la playa, leyendo un libro. Sin más obligaciones que usar crema protectora y decidir dónde quería comer. Era una buena idea. Necesitaba un par de días para ella sola. Solo eso, un fin de semana de mar, serenidad y aburrimiento. Se merecía ese pequeño premio después de unas semanas complicadas, y en algunos momentos muy desagradables. Aún no se había quitado de la cabeza a aquel hombre siniestro y que él hubiera desaparecido tampoco la tranquilizaba demasiado. Basta, se dijo. Había cometido un error yendo a verlo, pero flagelarse por ello no le hacía ningún bien. No se lo había dicho a nadie... A veces ni ella misma comprendía por qué se metía en esos líos que, de hecho, no la incumbían.

Ya se iba, pero antes, por pura manía, revisó los grifos del cuarto de baño y de la cocina, y, ya que estaba en ella, guardó los platos del desayuno que había fregado antes. Eso son cosas de vieja, se regañó mientras lo estaba haciendo. Luego cogió aquel equipaje mínimo y se aseguró de que en el bolso había metido todo lo imprescindible: las llaves de la casa de Sitges, el móvil, el cargador... Sacó las gafas de sol, con ese día no podría conducir sin ellas.

Se dirigía a la puerta cuando sonó el timbre y en su cara se dibujó un gesto de fastidio. No tenía intención de demorarse por nadie, pero se sorprendió al ver quién era.

—Hola, Ruth. Perdona que haya venido sin avisar. ¿Tienes un momento?

—Claro... —Ella intentó disimular lo mejor que pudo y le dejó entrar, porque intuyó que aquel contratiempo temporal para sus planes obedecía a algo importante.

Lluís Savall no solía hacer visitas de cortesía.

Agradecimientos

Hace aproximadamente un año se publicaba *El verano de los juguetes muertos* y sería imposible dar las gracias a todos los que contribuyeron a impulsar la novela. Desde el equipo comercial y de comunicación de Random House Mondadori hasta los librereros, esos que siguen recomendando títulos a una clientela fiel; desde la prensa hasta los autores de blogs, todos aportaron un importante granito de arena. No puedo olvidar tampoco a los editores extranjeros que se atrevieron a apostar por un nombre desconocido y que ahora están publicando el primer caso del inspector Salgado en sus respectivos países, ni a Justyna Rzewuska, que hizo que eso fuera posible.

Ahora, al terminar mi segunda novela, soy absolutamente consciente de que esta no habría sido igual sin la contribución de muchas personas que han puesto en ella cariño, inteligencia y buena voluntad. Quiero empezar por destacar a mi editor, Jaume Bonfill: su paciencia y su dedicación han sido vitales para que *Los buenos suicidas* sea lo que es. No puedo olvidar tampoco a María Casas y a Gabriela Ellena, y ellas saben perfectamente por qué; ni a Juan Díaz, director editorial de Debolsillo, que sigue confiando en mí y en el inspector Héctor Salgado.

Aparte de ellos, y aunque seguro que me dejo a alguien, quiero dar las gracias a: mi familia, que siempre está ahí; Pedro y Jorge, Carlos, Yolanda y Guillermo, Sara, Carmen (y Leo), Jose, Hiro, Edu, Carmen Moreno (excelente poeta), Anna, Xavi, Rebecca y sus calaveras, Sílvia y sus spaghetti. Y a Ana Liarás por su comprensión a lo largo de todo este proceso.

A todos y a muchos más, gracias de nuevo.



TONI HILL (Barcelona, 1966). Licenciado en Psicología, aunque desde hace años ha desarrollado su trabajo en el ámbito de la traducción literaria.

En 2011 publicó su primera novela, *El verano de los juguetes muertos*, que fue un éxito instantáneo de crítica y ventas, y cuyos derechos fueron vendidos a casi una veintena de países.

A esta novela le siguieron *Los buenos suicidas* (2012) y *Los amantes de Hiroshima* (2014), que completaron la exitosa trilogía de novela negra protagonizada por el inspector Héctor Salgado.